



UNIVERSITÉ CATHOLIQUE DE LOUVAIN
Faculté de Psychologie et des Sciences de
l'Éducation

IDENTIDAD Y ROLES DE GENERO
UNA APROXIMACION DESDE LOS RELATOS DE VIDA

DARIELA SHARIM KOVALSKYS

Thèse présentée en vue de
l'obtention du titre du Docteur
en Sciences Psychologiques

Promoteur:

Michel Legrand

Unité de Psychologie clinique:
Anthropologie, Psychopathologie
et Psychothérapie
(CAPP)

Louvain-la-Neuve, Belgique
Février, 2005

A Pablo, Antonio y Noela,
quienes me han acompañado cariñosamente
en esta aventura

Dibujo portada :

Fernand Léger :
« Les saltimbanques »
(detalle)

Agradecimientos

Tengo la suerte de poder agradecer a mucha gente que me ha acompañado y apoyado en este largo trayecto de la realización de mi doctorado.

A mi promotor, Michel Legrand, quien, a pesar de la distancia, mantuvo el hilo de este trabajo, dando siempre un nivel insospechado a nuestras discusiones. A Guy de Villers, miembro de mi comité de acompañamiento, quien se ocupó que esta experiencia me sirviera para aprender mucho de mí. A Françoise Digneffe, también integrante del comité de acompañamiento, por sus aportes comprometidos y respetuosos.

Al Secretariado de la Cooperación internacional de la Universidad de Lovaina, especialmente a Louise Baeyens. Sin su apoyo, mi doctorado no hubiese sido posible.

También agradezco a la Fundación FORD, quienes apoyaron el inicio de este viaje, permitiendo mi formación de maestría y el inicio del doctorado.

Asimismo, a la dirección de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica de Chile, que me ha permitido hacer viable el camino final del doctorado. Y a los colegas y amigos de la Escuela que me han dado fuerzas cuando faltaban.

La realización de esta tesis implicó varias estadías en Louvain-la-Neuve. Allí la acogida fue indispensable para que todo fuese posible. Esta acogida tiene nombre: mis amigos Namur Corral y Guy Bajoît, cuya relación familiar agradeceré para siempre. Cécile Hainaut y Jacques Claessens, de quienes no termina de sorprenderme su solidaridad y apertura. Espero poder retribuir tanta amistad.

Un agradecimiento también para mi compañera de aventura, Marcela Cornejo.

A mi colega y amiga Jenny Thiemer, quien hizo el milagro de recuperar mis ganas de terminar la tesis.

A la Feña y la Chica, fieles, incondicionales y severas. Grandes compañeras de una historia importante.

Gracias a Claudia e Ilana, cuyo estímulo y solidaridad ha sido indispensable.

A mis padres, incondicionales, apoyadores y grandes maestros.

A mi hermana Paula, cuyo sabio sentido del humor me ha hecho sentir posible lo imposible.

A Pablo, que ha sabido compartir alegre y activamente todo este tiempo de trabajo.

A mis hijos, Noela y Antonio, quienes han sabido crecer y desarrollarse con una mamá tesista.

GRACIAS.....

INDICE

INTRODUCCIÓN	7
I. PARTE TEORICA	13
1. La problemática de género	14
1.1 Antecedentes sobre el concepto	14
1.1.1 División sexual de los roles	14
1.1.2 Distinción entre sexo y género	17
1.1.3 Subordinación femenina y dominación masculina	23
1.1.4 Figura cultural de lo femenino y masculino	30
2. Flexibilización de los roles de género	35
2.1 Modelos socioculturales y roles de género	36
2.2 Transformación en la estructura familiar	44
2.3 La condición femenina y el proceso de flexibilización de roles en Chile	51
2.3.1 Un nuevo espacio social para las mujeres	51
2.3.2 Cambios y continuidades: Nuevos y viejos modelos	55
2.3.3 El cambio en la continuidad	59
3. Género e Identidad	70
3.1 El concepto de identidad	71
3.1.1 Lo social y lo individual	71
3.1.2 Subjetividad y objetividad: Identidad y roles	73
3.1.3 Identidad biográfica: el trabajo del sujeto	79
3.2 Identidad de género	86
3.2.1 Identidad de género y sujeto: ¿cómo visualizar el cambio?	90
3.3 Estrategias identitarias	94
4. Conclusiones	102

II. PARTE METODOLOGICA	107
1. Un enfoque biográfico para el estudio de la identidad de género	108
1.1 El Enfoque Biográfico	109
- Contradicciones sociales y conflictos psicológicos	112
- Lo singular y lo universal	115
- La relación sujeto-objeto	116
- El relato de vida	117
2. Metodología	121
2.1 Cuántos relatos y de quiénes	121
2.2 Número de relatos	123
2.3 Dispositivo metodológico	123
2.4 Reconstrucción y análisis de los relatos	125
2.5 La implicación personal: un problema metodológico transversal	130
III. LOS RELATOS. ANÁLISIS CASO A CASO	135
1 El relato de Ximena	136
2 El relato de Martín	154
3 El relato de Magdalena	173
4 El relato de Alberto	187
5 El relato de Carmen	203
6 El relato de Cristián	223
7 El relato de Silvia	242
8 El relato de Francisco	256

IV. ANÁLISIS TRANSVERSAL. DISCUSIÓN DE RESULTADOS	274
1 Los referentes de la identidad de género en conflicto	275
1.1 Feminidades	276
1.1.1 Referentes tradicionales	276
1.1.2 Nuevas feminidades	278
1.2 Masculinidades	280
1.2.1 Lo tradicional de las masculinidades	281
1.2.2 Masculinidades emergentes	282
1.3 El conflicto	
2 Negociando el conflicto: Estrategias identitarias	288
2.1 La autonegociación	289
2.2 Las estrategias identitarias de género	292
2.3 Lo común de las estrategias identitarias de género	302
3 Estrategias Identitarias de Género: ¿Una acción del Sujeto?	305
3.1 Género y subjetividad	309
3.2 Narración e identidad de género	312
4 Condiciones de Producción de la Tesis y la Identidad de Género.	315
V. CONCLUSIONES	321
VI. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	331
VII. ANEXOS	337

INTRODUCCIÓN

Según el Diccionario de la Real Academia Española (1992), la palabra género tiene variadas acepciones. Significa no sólo un orden o tipo de cosas, sino también es sinónimo de tela. Telas vendían mis bisabuelos y mis abuelos, telas fue lo que movilizó su itinerancia por el mundo y la instalación definitiva en mi país. El género aparece así, en sus distintas acepciones, desde muy temprano en mi familia de origen.

El Género es el tema de mi tesis. Un orden de cosas, desde lo concreto, la tela, el material con que se elaboran nuestras vestiduras, hasta mi género, características con las que también nos vestimos –y somos vestidos- para tener claro que somos parte de un orden de cosas. Tal vez, esto explica en algún sentido, el lugar de estas preocupaciones en lo invisible de la transmisión generacional.

Buscar en la propia historia aquello que explique la motivación de un investigador frente a la temática elegida, no corresponde a un recurso literario o a una excentricidad. Es más bien ilustrativo de una postura frente a la actividad investigativa que intenta recuperar el valor de la singularidad y de la subjetividad.

Es esta postura la que encontré en la proposición del Enfoque Biográfico, perspectiva teórico-metodológica desde la cual se aborda el problema de investigación de esta Tesis.

Estudiar la problemática de género desde un enfoque biográfico, constituye así el marco más general de este trabajo y, al mismo tiempo, da cuenta de la motivación específica por hacerlo.

La formulación del problema específico de investigación surge del nuevo escenario que, ya desde hace algunas décadas, se puede constatar respecto a la condición de los géneros en la sociedad chilena.

El mejor acceso de las mujeres al mercado laboral, la mayor equidad de género en el nivel educacional y la mayor participación masculina en la crianza de los niños constituyen expresiones contundentes de los nuevos tiempos.

Sin embargo, el análisis de estos cambios no resulta tan claro, pues forman parte de un proceso difícil de evaluar. Los indicadores que hasta hace poco se consideraban reveladores directos de la condición de género (como el nivel educacional o la inserción laboral), ya no parecen ser suficientes para dar cuenta de ella en toda su complejidad. Hay otro tipo de variables —ligadas a la subjetividad— que también es necesario incorporar para acercarse a un análisis más completo de la dimensión y cualidad de estos cambios.

La dificultad para caracterizar dichas transformaciones también se relaciona con la gran cantidad de contradicciones presentes tanto en las prácticas como en los discursos relativos al género. Al mismo tiempo que se incorporan elementos modernos, menos estereotipados respecto a lo femenino y masculino, se siguen dictámenes ancestrales que continúan moldeando las conductas y actitudes en tanto hombres o mujeres. Parece generarse así una importante distancia entre las prácticas y los discursos. A veces, las prácticas son más modernas que los discursos; y, otras, la distancia se produce en el sentido contrario.

Es precisamente este desfase uno de los factores que estimula a redimensionar el plano de la subjetividad en relación con la categoría de género. Con esto se alude a que éste no sólo refiere a las condiciones "objetivas" de desigualdad.

De este modo, el objetivo general de la tesis es investigar sobre la condición de género a través de su dimensión identitaria, preguntándose sobre la manera en que los sujetos están hoy día enfrentando y haciendo propios los referentes socioculturales disponibles. Pregunta que se formula en el contexto de un escenario social en el que ya no parecen predominar los viejos ordenamientos que equiparaban el sexo al género. Pero que tampoco ofrece un único ordenamiento alternativo, sino más bien una multiplicidad de referentes que coexisten y que no necesariamente son susceptibles de integrar entre sí. El escenario se complejiza al considerar que la identidad de género constituye uno de los diálogos centrales de la vida humana, de los significados asociados a lo femenino y lo masculino.

Los estudios en este ámbito permiten pensar que los nuevos mensajes culturales respecto al género emergen y comienzan a instalarse en convivencia con el modelo tradicional, que pareciera no perder su fuerza y seguir vigente en muchos planos sociales y de la vida cotidiana. Estos cambios de los roles de género parecen masificarse no en el sentido de una transformación ideológica, sino más bien con un énfasis en lo pragmático, en la necesidad de adaptación a realidades nuevas asociadas a las modernizaciones sociales que ha conocido nuestro país. Nuevas realidades que exigen mayor flexibilidad de los comportamientos. Esto se traduce en que gran parte de las personas tiende a diversificar y a compartir más sus responsabilidades cotidianas.

Se hace evidente que hoy se está en un contexto de tensiones y conflictos sociales relativos tanto al ejercicio de roles de género como a la definición identitaria de género. No se trata por tanto solamente de cambios superficiales. Aquí se juegan aspectos muy fundamentales de la definición de una persona. Los elementos de género han tenido históricamente un poder ordenador y de sentido muy importante. Si este orden aparece debilitado –en relación a las contradicciones sociales y al declive de las instituciones- y no asumido plenamente a nivel de lo social, es posible que su expresión individual esté

interfiriendo la capacidad de los sujetos de definir ámbitos importantes en relación a lo femenino y lo masculino.

Por esto la opción en esta investigación es abordar las transformaciones de género preguntándose por el lugar del sujeto. Si estas transformaciones implican o no una posición diferente respecto a estas determinantes. Si los individuos pueden apropiarse de los nuevos y múltiples referentes y de qué manera lo hacen.

Por tanto, la intención principal no es el profundizar sobre la vasta teoría sociológica que se ha desarrollado en torno al tema de género. El aporte que se visualiza es desde las experiencias particulares que pueden iluminar la dimensión más universal de dicha problemática.

Esta opción requiere entonces de un enfoque que permita adentrarse en pleno en la singularidad. El trabajo con relatos de vida resulta en este sentido una posibilidad privilegiada. Como instrumento paradigmático del Enfoque Biográfico, los relatos son enormemente fecundos para explorar la construcción identitaria. La identidad es el relato que hacemos sobre nosotros mismos... Los relatos entregan la posibilidad de mirar la doble relación de un individuo con su historia, en tanto determinado por ésta, pero también en cuanto a su capacidad de actuar sobre ella.

El Enfoque Biográfico visualiza, a partir de la profundización y conocimiento de los casos individuales, la posibilidad de acceso a una dimensión más universal. Se trata de una metodología cualitativa que considera que la singularidad y la heterogeneidad de las situaciones individuales, permiten la aparición progresiva de elementos que permiten analizar los procesos comunes que estructuran las conductas y organizan estas situaciones.

Como se decía en un inicio, este enfoque hace pleno sentido tanto en relación a la temática a investigar como a la propia experiencia profesional, que encuentra aquí un marco que recupera la subjetividad en la investigación. Tanto es así que este enfoque se inscribe en lo que se ha denominado Ciencias

Humanas Clínicas (Legrand, M. 1993), usando lo clínico como metáfora. Esto, porque se trata de una propuesta de investigación que alude a situaciones singulares, pero entendidas como parte de conflictos sociales que sugieren un sujeto en crisis. También lo clínico alude a la implicación del investigador, en tanto sujeto y objeto al mismo tiempo de su trabajo. Y el trabajo científico sobre la subjetividad, donde esta dimensión no sólo no constituye un elemento a neutralizar, sino que un material privilegiado a investigar.

Trabajar desde esta perspectiva, significa la posibilidad de dar un sentido muy personal a la presente investigación, pues está el espacio para incorporar la experiencia profesional de largos años en torno a la temática de género, así como la consecuente historia personal allí involucrada.

En su parte teórica, se revisa el camino, desde las Ciencias Sociales, del establecimiento del concepto de género que devela un tránsito desde la rigidez de su determinación hacia un panorama más flexible. Se identifican allí las tensiones más importantes que han caracterizado esta transformación. A partir de éstas, se va configurando progresivamente la pregunta central respecto a la apropiación del género como referente identitario. Pregunta que llevar a abordar teóricamente el problema de la identidad, también desde sus tensiones principales como lo son lo singular y lo colectivo; las conductas y los significados; lo esencialista y lo histórico; lo subjetivo y lo objetivo. De aquí deriva la definición de la identidad de género y de las problemáticas que pone en juego. En las conclusiones de esta parte teórica, se plantean las hipótesis que guían el trabajo empírico.

En una segunda parte, la metodológica, se expone el Enfoque Biográfico, el cual entrega el marco del cual se desprende el dispositivo metodológico que da cuenta de la manera específica en que se realizó la investigación.

La presentación de los relatos constituye la tercera parte del trabajo. Una reconstrucción de cada uno de ellos antecede a su análisis, también específico

para cada uno. Los detalles metodológicos pueden encontrarse en los anexos de la tesis.

La mirada transversal, que permite la discusión más amplia de los análisis individuales, constituye la cuarta parte del trabajo. Los resultados son discutidos en forma conjunta, manteniendo las especificidades de cada una de las historias. Finalmente, se incorpora en esta parte una mirada retrospectiva de las condiciones de producción de la tesis, develando como este proceso contuvo al mismo tiempo los contenidos investigados.

I. PARTE TEORICA

1. LA PROBLEMÁTICA DE GÉNERO

1.1 Antecedentes sobre el concepto de género

1.1.1 La división sexual de los roles.

Las diferencias entre los sexos han estado, históricamente, asociadas a características que traspasan con creces las fronteras de las especificidades biológicas y anatómicas de cada uno de ellos. De este modo, la fisiología se ha considerado determinante de las diferencias fundamentales entre los sexos, no tan sólo a nivel de lo biológico y morfológico, sino que también en lo psicológico y social. Es a esta suerte de innatismo que se ha atribuido la posición y el rol de cada sexo en la sociedad. Se ha entendido que es la "naturaleza" entonces, la encargada de definir las atribuciones que corresponden a los diferentes sexos. Definición que no ha conocido de límites, por cuanto su extensión ha alcanzado la mayor parte de las esferas de la vida humana.

Este sistema de atribuciones y asignaciones corresponde a lo que se conoce como división sexual de los roles, la que ha tenido un carácter de normativa social y que, como se decía, se estructura en torno al razonamiento de base que concibe que a un determinado sexo le corresponden determinadas características fijadas genética y hormonalmente. Es Margaret Mead quien, hace ya cuarenta años, aseveraba que la diferenciación de los roles atribuidos respectivamente a hombres y mujeres, está infaltablemente presente en todas las sociedades, más allá de la enorme gama de variaciones posibles de observar entre unas y otras.

No se conoce cultura alguna que haya proclamado la falta de diferencias entre el hombre y la mujer más allá del ámbito de la procreación. Ni tampoco que haya considerado que, fuera de este terreno, se trata de seres humanos con características muy

*variadas, ninguna de las cuales puede atribuirse exclusivamente a un sexo u otro....La dicotomía se encuentra inevitablemente en cada sociedad.*¹

Efectivamente, siguiendo los estudios antropológicos y etnológicos, pareciera que en toda colectividad humana ha existido siempre la definición de tareas reservadas a un sexo e interdictas al otro. Y aunque la variación de una sociedad a otra sea infinita, puede reconocerse la división sexual de los roles como una constante. Este grado de universalidad es el que permite a E. Badinter (1986) asimilar la división sexual del trabajo a la prohibición del incesto descrita por Lévi-Strauss.

Esta concepción de las diferencias condujo a sostener la idea de la complementariedad entre los sexos. Es decir, que entre ambos constituirían una totalidad y que ninguno puede pensarse como una globalidad por si solo (Holla, E. & Pischedda, G. 1993). Se trata de un modelo basado en la observación de la evidente complementariedad anatómica con relación a la procreación, extendiéndola a todos los planos de la interacción entre los sexos.

El modelo de la complementariedad, hasta hoy presente en las diversas sociedades, reconoce una binariedad primera, mediante la cual todo es distribuido en dos, atribuyéndose a uno u otro sexo según dos polos que se constituyen como opuestos. La antropóloga francesa Françoise Héritier (1978, en Sullerot, E. 1978), plantea que esta dualidad está indisolublemente asociada a una asimetría y desigualdad sexual. De esta oposición se desprende que en todas las culturas haya un sexo mayor y otro menor; uno fuerte y otro débil. Se trata para esta autora del "lenguaje de la ideología". (p.387)

¹ Traducción libre. "...On ne connaît aucune culture qui ait expressément proclamé une absence de différences entre l'homme et la femme en dehors de la part qui leur revient dans la procréation de la génération suivante; qui ait profesé l'idée qu'ils ne sont, hors cela, que des êtres humaines aux attributs variables dont aucun ne peut être exclusivement assigné à l'un ou l'autre sexe...La dichotomie se retrouve invariablement dans chaque société..."(Mead, M. 1975, p.36)

Entender la ancestral división sexual de los roles como una realidad cruzada por la ideología, remite necesariamente a la cuestión del poder. Se sabe, plantea Hérítier, que no existe ninguna sociedad -histórica o actual- en la cual el poder no sea detentado por los hombres. Sin duda, las respuestas a la interrogante sobre las causas de esta desigualdad incorporan múltiples variables; pero, al menos, parece haber gran acuerdo en entender que los orígenes de la asimetría entre los sexos hayan estado vinculados a la mayor fuerza física masculina, como a la relativa inmovilidad y fragilidad femenina producto de su condición de reproductora. En palabras de la antropóloga francesa, el arraigo de esta dualidad en la realidad del cuerpo y de la diferencia sexual, pareciera ser uno de los secretos de la eficacia ideológica. Es decir, la ideología se habría apoderado de esta dicotomía primaria, que expresa una dimensión de supremacía masculina, extendiéndola a todos los niveles de la vida y convirtiéndola así en una clasificación binaria valorizada, de aptitudes, comportamientos y cualidades según el sexo.

De esta manera, para definir la feminidad se ha invocado, en el pasado y aun en nuestros días, una "naturaleza" predeterminada y fijada para siempre. Lo que ha justificado a posteriori la desigualdad entre el status femenino y masculino (Thibault, O. 1978, en Sullerot, E. 1978). Describiendo la ideología de la "naturalización", Thomas Lacqueur (1992) plantea que la biología se ha transformado en el fundamento epistemológico de las prescripciones sociales. El aparato reproductor definiría en el caso de las mujeres, su consagración absoluta a la maternidad y una total oposición de características con relación a sus compañeros. Esta oposición básica generaría derechos y destinos diferentes, y, más aun, lógicas de funcionamiento y, en definitiva, mundos diferentes y opuestos. A ella, el mundo de los afectos, del hogar, de la reproducción. A él, el mundo público, de la creación y de la producción. Para E. Badinter (1986), algunos han querido ver en esta dicotomía de mundos femenino y masculino, la realización de un ideal: la complementariedad de los sexos, garante de la armonía entre el hombre y la mujer. Según la autora, este ideal impediría postular la desigualdad

entre los sexos, ya que éstos serían incomparables. A pesar de estas disquisiciones, dice la autora, sigue siendo el hombre el criterio central en función del cual se evalúa a la mujer.

En una acuciosa revisión histórica sobre la relación entre los sexos, E. Badinter (1986) concluye que la relación de complementariedad y asimetría se ha ido codificando a través del tiempo como si fuera un sello de la humanidad, una de las condiciones más necesarias para su supervivencia. Citando a G. Balandier, plantea que las relaciones instituidas entre los sexos, conformes a estructuras ancestrales e intangibles, serían difícilmente modificables en lo sustancial, ya que todo intento por alterar este sistema implicaría una revolución más "corrosiva" que aquella que visualizara la eliminación de las relaciones de clase. Para Balandier (1974, citado en Badinter, E. 1986), la dualidad de sexos constituiría el paradigma de todas las dualidades. Se ha tratado entonces, como lo dice E. Sullerot (1978), del establecimiento de sistemas binarios que explican el mundo a partir de los sexos, y los sexos a partir del mundo.

Como lo plantea P. Bourdieu (1990), estos esquemas de pensamiento de aplicación universal, siempre parecen incorporar las diferencias inscritas en la naturaleza de las cosas, lo que dificulta enormemente la tarea de desentrañar la relación social de dominación que está en su origen y principio, la cual, por una total inversión de causas y efectos, aparece como una consecuencia más de un sistema de relaciones independiente de la distribución de fuerzas y de poder.

1.1.2 Distinciones entre sexo y género

Esta rígida concepción sobre las diferencias sexuales y sus implicancias, fue posteriormente cuestionada en forma radical desde la investigación en ciencias humanas y sociales sobre las implicancias de la diferenciación sexual, como también desde los estudios y reflexión feministas. Se comienza a producir así una resignificación de los conceptos, la cual se va constituyendo en un

importante marco de referencia (que para muchos, adquiere la calidad de una teoría del género) para la discusión e investigación en este campo.

Es concretamente John Money, investigador dedicado al estudio de la sexualidad, el creador, en 1955, del traslado de la noción de género desde las ciencias del lenguaje al campo de la sexualidad humana (1982). El término comienza a integrarse al ámbito científico y académico como un suplemento esencial en la conceptualización y comprensión de la problemática de la sexualidad. El género empieza a entenderse como el otro componente de un sistema complejo de relaciones que se denomina sistema "sexo-género".

Aunque aún hoy día, permanece abierta la discusión sobre las categorías básicas de una teoría que dé cuenta de las relaciones entre los géneros, es posible reconocer ciertas preocupaciones fundamentales a nivel teórico y metodológico. La necesidad de diferenciar los conceptos de género y sexo, es una de las coincidencias más básicas que pueden encontrarse en la mayoría de la gran cantidad de estudios existentes. Diferenciación que adquiere mayor relevancia en los estudios que usan lenguas de raíz latina, ya que en ellas el concepto de género es todavía un sustantivo que denomina clase, tipo, orden de asuntos, etc., sin estar necesariamente referido al ámbito de lo sexual como sí es el caso del término inglés "gender", el cual cada vez más se refiere sólo a las formas femenina y masculina de la sociedad (Gomariz, E. 1992)

Money propuso específicamente el término de "rol de género" (gender role) para describir el conjunto de conductas asignadas a hombres y mujeres. Su proposición fue más claramente elaborada por Robert Stoller (1978), quien, desde sus estudios con niños que por problemas anatómicos habían sido criados de acuerdo a un sexo que no les correspondía fisiológicamente, definió nítidamente el género como un concepto de connotación psicológica y cultural. Si los términos apropiados para referirse al sexo son "macho" y "hembra", los que corresponden al género serían "masculino" y "femenino". Stoller planteaba que una de las finalidades más importantes de su trabajo era el demostrar que el sexo y el género

no se encuentran necesariamente en una relación de simetría y que estos dos dominios pueden tomar caminos totalmente independientes:

Esto se hace evidente en dos obras esenciales de Freud, "La interpretación de los sueños" y "Tres ensayos sobre la teoría sexual", en los que él obliga al lector a reconocer que una parte importante de lo que se entiende por sexualidad está determinado por las propias experiencias tempranas de vida, por lo que no se trata simplemente de un asunto de herencia, bioquímica ni de otros factores orgánicos...²

De acuerdo a E. Dio-Bleichmar (1992) la definición más simple de género es la de "sexo asignado", es decir *"el dimorfismo de respuestas que generan los progenitores a partir de la forma de los órganos sexuales externos del bebé"* (p.19). Es decir, después del nacimiento se establecería un movimiento de construcción de la identidad del recién nacido por medio del lenguaje, actitudes, expectativas, fantasías y deseos, los que serían transmitidos por todos aquellos que le rodean a lo largo de su vida. Este dimorfismo de respuestas basado en los caracteres sexuales externos se constituiría en uno de los aspectos más universales del vínculo social.

Con la introducción del concepto, Money (1982) desplazaba el fundamento de la identidad desde el sexo al género. Este cambio se fundamentó en la constatación del grado de fijeza e inmutabilidad que podía adquirir el sentimiento de ser niño o niña en cuerpos cuyos determinantes del sexo eran los opuestos. Según el investigador, *"la feminidad o masculinidad construida en la relación humana tienen, en muchos casos, el poder de torcer los destinos que la naturaleza ha fijado"* (p.18).

² Traducción libre. *"...Cela nous est apparu avec évidence dans ces ouvrages essentiels: L'Interprétation des Rêves et Les Trois Essais sur la théorie de la sexualité où Freud oblige les lecteurs à reconnaître qu'une bonne partie de ce que l'on appelait sexualité était, pour chacun, déterminée par ses propres expériences remontant à la petite enfance et n'était pas simplement une question d'hérédité, de biochimie et d'autres facteurs organiques..."* (Stoller,R. 1978. p.13)

En esta diferenciación de términos, es el "sexo" entonces el que connota principalmente los aspectos biológicos. Aunque actualmente se diferencia entre sexo cromosómico, gonadal, hormonal, fisiológico y anatómico e incluso se conoce algunos de sus influencias a nivel del temperamento, de comportamientos y de lo psicológico, las atribuciones que la sociedad establece para cada uno de los sexos pueden y deben ser distinguidas.

Dio-Bleichmar (1992), destaca que esta demarcación entre los conceptos de sexo y género ha puesto en evidencia la sobrecarga que ha imperado desde "siempre" con relación al valor causal del sexo. Esta redistribución de factores causales, como ella le denomina, ha permitido situar el concepto de género no sólo como una importante herramienta teórica, sino que también como una opción epistemológica fundamental para el estudio y la comprensión de la subjetividad.

En este contexto, la autora explica como al concepto de género ha sido necesario incorporar aquél de "identidad de género", el que expresaría el sentimiento que vivencia el propio niño respecto a ser mujer o varón. Como lo dice Stoller (1978), la identidad de género comienza con el conocimiento y la percepción, conscientes o inconscientes, de pertenecer a un sexo y no al otro.

Efectivamente, un niño nace inmerso en un mundo pleno de distinciones de género de todo orden: actitudes, roles, vestimentas, gestos, etc. Diferencias que le pre-existen y que lo determinan en su entorno familiar e intersubjetivo. De como estas diferencias se asocian comúnmente a lo dado por naturaleza, Money (1982) dice:

Se halla tan arraigada la convicción de que se es incapaz de influir sobre lo que la naturaleza ordena, que los padres no se dan cuenta que ellos mismos son configuradores, en el niño, de su conducta dimorfa en cuanto al género y dan por sentada la suya propia como reacción, sin alternativa posible, a las señales de su hija o hijo, que

creen estar preordenadas por alguna verdad eterna para ser dimorfas en cuanto a género. (p.19)

Money ha sustituido el término "diferencias entre los sexos" por el de "codificación del género" para denominar el sistema de estructuración de la identidad sexual. De acuerdo a sus investigaciones, la organización de este código en niños y niñas refleja invariablemente los estereotipos de masculinidad y feminidad en su entorno familiar. No se conocen culturas libres de esta dicotomía, la que sería recibida por el pequeño de la misma manera en que recibe el lenguaje. Ambos constituirían para Money, sistemas simbólicos complejos que nos diferencian de los otros mamíferos de la escala zoológica. Las experiencias tempranas serían así decisivas en la estructuración de la identidad de género, la que una vez establecida, funcionaría con el mismo grado de fijación que una lengua materna.

El concepto de género haría alusión entonces, tanto a la identidad como al rol. De acuerdo a Stoller (1978), al decir identidad de género, se utiliza el término identidad para significar el conocimiento (consciente o no) que se tiene de la propia existencia y del proyecto de vida. Dicho de otro modo, la identidad se refiere a la organización de los componentes psíquicos que deben preservar la conciencia que se tiene de existir. La identidad de género connota por tanto, un sentimiento de si mismo, en tanto femenino o masculino, que se reconoce y es reconocido en la medida que se acerca a rasgos y expectativas establecidas. Asimismo, se puede definir el rol de género como un conjunto de prescripciones y prohibiciones para el ejercicio de conductas ligadas a la feminidad o a la masculinidad. (Dio-Bleichmar, E. 1992)

La discusión sobre la naturaleza de lo femenino y lo masculino ha sido larga y considerable. A la primera gran orientación que sostenía el determinismo biológico, le sigue una posición que sostiene que es la cultura, el proceso de socialización, la que define las identidades sociales de acuerdo al sexo. En la última década, los estudios han demostrado que la identidad sexual se explica

como una unidad psico-socio-biológica (Holla, E. & Pischedda, G. 1993). Esta conceptualización recoge ciertas bases genéticas que marcan el temperamento y algunos rasgos psicológicos y, al mismo, tiempo confirma la importante determinación del aprendizaje cultural. Las infinitas posibilidades de interacción entre estas dimensiones, constituyen un campo de investigación del cual aún resta mucho por conocer.

A lo largo de este proceso de búsqueda de respuestas, surge y se expande el concepto de género, categoría que corresponde al sexo socialmente construido. Gayle Rubin (1986) lo define como: *"El conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el que se satisfacen esas necesidades humanas transformadas"* (p.42). En la misma línea, T. De Barbieri (1992) propone manejar el concepto como "sistema sexo-género". Lo define así:

(...) los sistemas de género/sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general a las relaciones entre las personas. (p.115).

De acuerdo a esta definición, puede entenderse que son reflexiones sobre el género: *"...todas aquellas que se han hecho en la historia del pensamiento humano acerca de las consecuencias y significados que tiene pertenecer a cada uno de los sexos, por cuanto esas consecuencias, muchas veces entendidas como "naturales", no son sino formulaciones de género..."* (Gomariz, E. 1992 p.84).

1.1.3 La subordinación femenina y la dominación masculina

Si bien el concepto de género surgió a propósito de estudios específicos sobre la sexualidad (Money, Stoller), el contexto más amplio en que se inscribe su aparición es aquél definido por una de las dimensiones centrales de la desigualdad social: la subordinación femenina.

La tarea de dar cuenta teóricamente sobre la condición de subordinación de las mujeres, ha implicado un paulatino acercamiento a la definición del sexo social, es decir, *"observar, dimensionar, dar explicaciones coherentes a los hallazgos acerca de la sociedad dividida en sexos"* (De Barbieri, T. 1992, p.114). Tarea, por cierto, nada fácil, pues significa desentrañar el fenómeno social desde una enraizada concepción naturalista de las diferencias que ha sumergido su dimensión de construcción social, trastocando las causas y efectos.

En palabras de Bourdieu (1990), la diferencia entre los sexos biológicos se ha estructurado conformemente a los principios de división de una concepción dualista del mundo; principios que son producto de la relación arbitraria de la dominación masculina. Esta dominación estaría inscrita en "la realidad del mundo", en tanto constituye una estructura fundamental del orden social. En este contexto, la diferencia biológica -anatómica, más específicamente- entre los cuerpos femenino y masculino, aparece como la justificación indiscutible de la diferencia socialmente construida entre los sexos.

La conceptualización de los sistemas de género/sexo como una categoría que incorpora los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómica, los constituye -al entender de De Barbieri (1992) - en el objeto de estudio más amplio para comprender y explicar el par subordinación femenina/dominación masculina.

Siguiendo la revisión que realiza esta autora, se reconocen en la bibliografía actual distintas perspectivas u orientaciones teóricas respecto a la problemática de la desigualdad sexual. Dentro de la reflexión feminista (si es que todavía puede distinguirse tan claramente de la reflexión de las Ciencias Sociales), ella reconoce tres principales: Una primera, denominada "relaciones sociales de sexo", privilegiaría la división social del trabajo como núcleo central de la desigualdad. Corriente, de inspiración marxista, que se ha desarrollado básicamente en Francia, cuya principal exponente es Danielle Kergoat. Su investigación se ha centrado en la inserción femenina en el mercado de trabajo, la participación sindical y el cambio tecnológico. Por otro lado, puede también distinguirse otra corriente que concibe las diferenciaciones de género como "un sistema jerarquizado de status o prestigio social" (De Barbieri, T. 1992, p.116). En esta perspectiva se releva el peso de la socialización como aprendizaje de los roles que se van repitiendo a lo largo de la vida. Algunas de sus autoras más conocidas son Carol Gilligan y Nancy Chodorow. Según De Barbieri, se trataría de una corriente fuertemente influenciada por el funcionalismo sociológico.

Una tercera corriente es aquella que considera los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social. *"Las jerarquías sociales entre los géneros responden más que a prestigio, a resoluciones del conflicto desfavorables hasta ahora para las mujeres frente a los varones"* (De Barbieri, T. 1992, p.118). Es decir, la dominación masculina tendría un comienzo en el tiempo -aunque impreciso y vago- y correspondería a un proceso histórico de resolución de conflictos. Concepción que permite desligar la subordinación de las mujeres como evolución "natural" de la humanidad. De acuerdo a De Barbieri, esta vertiente encuentra sus orígenes en el análisis pionero de Gayle Rubin (1986) y sus desarrollos posteriores han incorporado elementos provenientes de las teorías del conflicto y del poder, recogiendo asimismo los aportes del postestructuralismo de Foucault, Deleuze y Derrida entre otros.

Se trata de una perspectiva en la cual los fenómenos sociales (siguiendo metodológicamente a Marx) se definen por las

relaciones que guardan entre si. De ahí que la contextualización se vuelve un principio de primer orden a todo lo largo del proceso de investigación. (De Barbieri, T. 1992, p. 117).

Enfocar la problemática de la dominación-subordinación entre los géneros desde esta última perspectiva, implica, según la autora, ciertas consecuencias de orden metodológico, supuestos básicos imprescindibles de considerar. En primer lugar, significa concebir la subordinación de las mujeres como producto de determinadas formas de organización y funcionamiento de las sociedades. En segundo lugar, tanto en el ámbito doméstico como en el mercado de trabajo y en la esfera pública es necesario analizar la división social del trabajo. "La división sexual del trabajo es un ámbito fundamental del sistema de géneros, pero como consecuencia del conflicto de poderes y no como el factor clave desde donde se origina la opresión / subordinación de género" (Hola, E. & Psichedda, G. 1993 p.9). Otra consecuencia remarcable es que si bien los estudios deben considerar la perspectiva de las sociedades divididas en géneros y el conflicto de poderes allí presente, no resulta menos importante estudiar la dinámica de poder tanto desde los dominadores como de las dominadas, las cuales tienen la posibilidad de adecuarse, desobedecer, resistir o manipular desde su subordinación. Y en último término, es necesario considerar que la dominación de género se articula con otras formas de dominación; la posición de los sujetos es resultado de múltiples determinaciones que se dan en un contexto específico.

La comprensión del conflicto y de las dimensiones de poder involucradas en los problemas de género, requiere, paradójicamente, remontarse a las diferencias anátomo-fisiológicas de los cuerpos humanos. Dada la capacidad exclusiva de las mujeres para asegurar la sobrevivencia del óvulo fecundado y por tanto de la especie humana, *"todo grupo humano que pretenda sobrevivir, debe asegurarse la existencia de un cierto número de mujeres que puedan reproducirlo"* (De Barbieri, T. 1992, p.117). Y no sólo se requiere de la maternidad biológica, sino también es necesario contar con mujeres dispuestas a ejercer la maternidad social, es decir dispuestas a acompañar el largo proceso de maduración y aprendizaje de todo

recién nacido. Por tanto, el cuerpo femenino en edad fértil ha sido siempre muy valioso y ahí precisamente reside un gran poder específico de la mujer, el poder de reproducir la especie. Pero ha sido esta misma capacidad la que ha significado la ubicación de la mujer, como categoría social, en una condición de subordinación. El control social efectivo sobre la reproducción ha implicado la necesidad de actuar también sobre la sexualidad femenina. En otras palabras, si los hombres quieren reclamar su derecho sobre los hijos deben asegurarse de tener control sobre la sexualidad de las mujeres. Asimismo, se ha impuesto el control del trabajo femenino, pues éste comporta la posibilidad de cambiar la relación de dependencia respecto al hombre y llevaría a exigir el reconocimiento social, en términos de poder real, de su maternidad.

Como muchos autores, De Barbieri (1992) se pregunta por los orígenes y los procesos mediante los cuales se institucionaliza la relación de dominación:

En qué momentos, desde cuando los varones se apropian de la capacidad reproductiva, de la sexualidad y de la fuerza de trabajo de las mujeres? ¿Cómo es que esos poderes de los cuerpos femeninos se trastocan en subordinaciones? ¿Cómo es que si bien tanto el cuerpo de la mujer como el del varón tienen la capacidad de producir placer en el otro/a sólo el cuerpo femenino se constituye como el objeto erótico de nuestras sociedades? ¿Cómo es que la capacidad de trabajo de las mujeres es dirigida por las sociedades a la realización de un trabajo socialmente imprescindible pero desvalorizado? (p.118)

Volviendo a los planteamientos de Bourdieu, no podemos pensar en el origen de la dominación masculina si no es en estrecho vínculo a una visión de oposición entre lo masculino y lo femenino, visión inscrita en un sistema de oposiciones homólogas (alto/bajo; abajo/arriba; seco/húmedo, etc.). Oposiciones que, siendo parecidas en la diferencia, son lo suficientemente concordantes para sostenerse mutuamente y, al mismo tiempo, son lo bastante divergentes como

para conferir a cada cual una connotación valórica determinada. Visión dicotómica que encuentra múltiples expresiones, entre las más claras, la ya clásica división del trabajo entre los sexos, ejemplificada por Bourdieu (1980) -en relación con sus observaciones en Kabilya o por Rocheblave-Spenlé (1964) en su cuadro de atribuciones.

Para Bourdieu (1980), la dominación masculina está lo suficientemente asegurada como para no requerir de justificación. "...Puede permitirse ser y ser dicha en prácticas y discursos como si fuera una evidencia, contribuyendo así a que exista de acuerdo a como se dice..."³

Asimismo, señala otras expresiones de la visión dominante de la división sexual como los proverbios, cantos, poemas o en las representaciones gráficas como murales, decorados de la cerámica o de tejidos. Del mismo modo, en las estructuras del espacio, especialmente en las divisiones internas de las casas; en la organización del tiempo y particularmente en las posturas y maneras corporales.

Si esta división parece pertenecer "al orden natural de las cosas", a lo "normal", al punto de ser casi inevitable, se debe a que ella está presente tanto en el mundo social como en la esfera subjetiva. Al decir de Bourdieu, esta división se presenta tanto en su "estado objetivado" (mundo social), como en su "estado incorporado", en los "habitus"⁴, donde funciona como un principio universal de visión y de división, como un sistema de categorías de percepción, de pensamiento y de acción. Es la concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas lo que hace posible esta actitud natural, la cual constituye la forma más absoluta de reconocimiento y legitimidad. Esta permite la aprehensión del mundo social y de sus divisiones arbitrarias, comenzando por la división

³ Traducción libre. "...Elle peut se contenter d'être et de se dire dans des pratiques et des discours qui énoncent l'être sur le mode de l'évidence, concourant ainsi à la faire être conformément au dire..."(Bourdieu, P. 1990, p.5).

⁴ El "habitus" es un concepto central en el trabajo de P.Bourdieu. Se refiere a los sistemas de disposiciones incorporadas o interiorizadas. "...Ils sont acquis à la faveur d'une familiarisation précoce et intensive, d'où le fait qu'ils puissent apparaître illusoirement sous les traits d'une nature innée. Mais ils viennent, en dernière instance, du monde social objectif et de l'expérience qu'en fait l'agent. Ils sont socialement structurés, pour l'essentiel produits de l'intériorisation des structures du monde social. Dès l'instant où ils sont formés, incorporés, ils deviennent socialement structurants". Definición extraída de: Legrand, M., 1993, p.42

socialmente construida entre los sexos, como realidades naturales, evidentes, indiscutibles.

Esta aproximación "natural" a la división entre los sexos, excluye la posibilidad de cuestionamiento de un orden que "es y siempre ha sido así". Para Bourdieu (1990), la universalidad de hecho de la dominación masculina excluye casi por completo la "desnaturalización" o la relativización que casi siempre produce el encuentro con otros modos de vidas diferentes a los propios. Relativización que potencialmente podría poner al descubierto las "opciones" naturalizadas de la tradición, develándolas como arbitrarias, históricamente instituidas, fundadas en la costumbre o en la ley y no en la naturaleza.

Como dice F.Héritier (1984, citado en Bourdieu, P. 1990) a pesar que no todas las sociedades han sido estudiadas desde el punto de vista de la relación entre los sexos, puede admitirse con cierta certeza que la supremacía masculina es universal. De este modo, el hombre es un ser particular que se vive como ser universal, que tiene el monopolio, de hecho y derecho, de lo humano, de lo universal, y que está socialmente autorizado a sentirse portador de la forma entera de la condición humana. No es entonces el azar el que permite que en ciertas lenguas latinas la palabra "hombre" designe al mismo tiempo al ser humano macho y al ser humano en general y que se utilice lo masculino para hablar de la humanidad.

Siguiendo el enfoque de Bourdieu (1990), puede sostenerse que uno de los fenómenos esenciales en la comprensión de la problemática dominación-subordinación, es el proceso de incorporación del orden social. De este modo, la incorporación progresiva de las relaciones fundamentales constitutivas del orden social, desemboca a la institución de dos "naturalezas" diferentes, es decir de dos sistemas de diferencias sociales naturalizadas. Estas se inscriben, a la vez, en el cuerpo, bajo la forma de dos clases opuestas y complementarias de posturas, actividades, gestos, etc., y en los cerebros o a nivel de la cognición, que percibe estas diferencias según una serie de oposiciones dualistas que se ajustan

"milagrosamente" a las distinciones que ellas mismas han contribuido a producir. Así, para Bourdieu, las concepciones sobre lo masculino y lo femenino que se desprenden del orden social, hallarían su eficacia simbólica en la medida en que funcionan como "profecías autocumplidas", lo que lleva a los individuos a consagrarse al destino al que, en tanto que hombre o mujer, ya está socialmente definido. Habría entonces una relación dialéctica entre los prejuicios o preconcepciones que anticipan la distinción entre lo masculino y femenino y las prácticas que éstos favorecen. Ambos se validarían entre sí, lo que encerraría a hombres y mujeres en una suerte de círculo de espejos que reflejan indefinidamente las imágenes antagónicas.

Siguiendo este enfoque, es claro que no puede pensarse adecuadamente esta forma particular de dominación entendiéndola simplemente como un problema de presiones o consentimientos; de coerciones o adhesiones. Entender la violencia simbólica -dimensión de toda dominación- requiere abordar la coerción que se instituye mediante el reconocimiento que el dominado otorga al dominante, dado que las herramientas de conocimiento que utiliza para pensarlo y para pensarse, les son comunes, ya que corresponden a la forma incorporada de la relación de dominación. Según el autor, las estructuras -estructuradas y estructurantes- del "habitus" son el producto de la inscripción en el cuerpo de una relación de dominación. Y en esta medida, constituyen el principio de los actos de conocimiento y reconocimiento de la frontera mágica que produce la diferencia entre dominados y dominadores, en otras palabras, de su identidad social contenida en esta relación.

Este conocimiento lleva a los dominados a contribuir a su propia dominación, aceptando tácitamente, fuera de toda decisión consciente y de todo decreto de la voluntad, los límites que le son impuestos e incluso produciendo y reproduciendo a través de su práctica los límites ya abolidos en el orden del derecho. (Bourdieu, P. 1990, p.12).

En el marco de esta comprensión de la problemática, la utilización de la categoría de género adquiere mayor relevancia, en el sentido que constituiría una herramienta que posibilita, en este ámbito, recortar lo mítico, lo ideológico que norma y hace homogénea a la experiencia humana, abriendo de este modo el espacio de la singularidad y de la diferencia.

1.1.4 Figura cultural de lo masculino y femenino

"No se nace mujer, se llega a serlo". Esta célebre frase de Simone de Beauvoir(1949) que releva la feminidad como construcción social, pareciera haber encontrado finalmente una amplia aceptación en el ámbito de las ciencias sociales y humanas. No obstante, pareciera también que cuando han de enfocarse los problemas que atañen a la diferencia entre los sexos, se cae fácilmente en inadvertidos prejuicios naturalistas. Prejuicios que, en la polémica sobre la feminidad, se sitúan más en lo eterno que en lo histórico, más en lo natural que en la cultura; acentuando así lo inmutable frente a las posibilidades de un cambio profundo que afecte tanto al estatuto de la feminidad como al de la masculinidad en las sociedades del futuro.

Los aprioris culturales se relegan así a la cadena de las "consecuencias" de la anatomía y de la naturaleza, en vez de ser firmemente implantados en el orden de las condiciones irreductibles de las realidades humanas, incluida la misma anatomía. (Schnait, N. en Lamas,M. & Saal,F 1991, p.44).

Por "aprioris culturales", N. Schnait entiende una estructuración histórica de la sensibilidad que determinaría importantes aspectos del comportamiento y de la autoconcepción de los individuos instalados en ella.

De este modo, la "secundariedad" que describiera S. de Beauvoir para referirse al espacio social que ocupan las mujeres como ciudadanas, tiene

también un importante correlato a nivel de lo subjetivo, de la autorrepresentación y de los valores asociados a la feminidad y masculinidad. Como lo dice Schnait (en Lamas, M. & Saal, F 1991):

(...) se caería en un idealismo de poca monta al no reconocer la fuerza estructurante de las grandes convenciones culturales, casi siempre impuestas por los amos pero lo suficientemente poderosas y convincentes como para ser asumidas también por los siervos. La imagen que se ha gestado de lo masculino y femenino a través de los milenios y de las diferentes culturas, no es ajena a esta dialéctica. (p. 45)

Las históricas atribuciones a lo femenino han planteado la menor disociación posible entre naturaleza, vida y cultura, de ahí que los ejes principales que han trazado el espacio de la mujer fuesen la custodia del hogar; servir al placer del varón y la producción de hijos. En este enfoque, aparece paradójal que la tradición haya atribuido al mismo tiempo a las mujeres un papel sociocultural explícitamente adscrito a las funciones naturales de la vida, y por otro lado una naturaleza menoscabada. Efectivamente, lo femenino -Eva es el emblema- encarna un sentido de lo natural asociado a cierta "animalidad" no dominable culturalmente. Se trataría, de acuerdo a Schnait, de una subvaloración cultural, de la naturaleza que caracteriza lo específico de la feminidad.

(...) el gran pensamiento occidental, asunto masculino, ha permanecido fiel a sus dos orígenes confluentes en lo que atañe a la idea de la mujer: el judeocristiano y el griego. Así la exaltación de la feminidad se fundara en la idea de que sirve de complemento a la plena realización del destino masculino. La mujer representa a la madre tierra, encarna, biológica y socialmente, el principio pasivo que se requiere como mediador de los fines activos de la humanidad asignados al varón. Tales fines consisten en la construcción de la realidad social y de los símbolos sociales que

manifiestan el grado de progreso alcanzado por la especie.

(Schnait, N. en Lamas, M. & Saal, F 1991, p. 50).

Citando a Hegel, Schnait dice que en esta distribución de papeles culturales, la mujer ha sido la guardiana de la singularidad de la familia frente a los fines universales del Estado. Así, ella representaría la ley divina frente a la ley humana. Más radical aún, según la autora, fue el planteamiento de Kierkegaard, quien decía que para despertar en el hombre la idealidad, es preciso que la mujer muera. Que esto sea realmente necesario, dice Schnait, es lo que hoy día está en discusión. Pero lo que no admite dudas, es que así fue. La mujer hubo de "morir" culturalmente, en tanto sujeto autónomo, para prestarse, como mediadora pasiva, al cumplimiento de los fines superiores de la humanidad, a cargo de los varones. Para la autora, el estigma mítico y teológico de Eva, como instrumento pasivo de la tentación civilizatoria, ha pesado sobre la figura simbólica, teórica y cotidiana de la mujer. Es probable que en muchos hombres y mujeres se agite secretamente, aun en nuestros días, esa imagen de Eva fémina, que quiere decir de menos fe, carne paciente de un conflicto que se resuelve en la dimensión de la virilidad, un dominio que no le corresponde.

Pero no sólo de imágenes se trataría, pues gran cantidad de estudios han descrito la dimensión de género (aunque no siempre utilizando este término) como una variable que tiene una importante expresión a nivel psicológico.

Múltiples investigaciones, basadas principalmente en la observación de la socialización diferencial de varones y niñas, han aportado datos que permiten postular una estructuración del Yo diferencial según el sexo, desde la temprana infancia. Así por ejemplo, las niñas:

(...) tienden hacia la creación y el mantenimiento de las relaciones afectivas, obteniendo el mayor placer y auto-engrandecimiento del yo en el seno de las mismas a lo largo de toda la vida. Los varones, por su parte, tienden hacia la destreza y realización de

una obra, a partir de las cuales construyen sus relaciones afectivas; la autoestima del Yo recae en sus propios logros y la identidad se recorta en los límites de su poder de realización. En las mujeres, la autoestima se sostiene en el entramado de las relaciones afectivas y la identidad incluye, de alguna manera, a los otros. (Dio-Bleichmar, E. 1992, p.24)

Similar es la descripción de Erikson (1965) sobre el espacio interior y el exterior, la cual, de manera esquemática, asocia la orientación instrumental al polo masculino y la orientación expresiva, al polo femenino. La orientación masculina sería entonces de tipo instrumental; su mundo, sería de intervención, de transformación, de producción, en el cual predominaría la autonomía individual, la independencia y el sentimiento de control del entorno. La orientación femenina sería más bien caracterizada por la aptitud a la expresión emotiva y relacional.

La descripción de antinomias psicológicas como éstas es considerable. Rasgos que permitirían una eventual diferenciación entre lo masculino y lo femenino. Pero de una u otra manera, éstos reflejan el papel conservador y "anticultural" que tradicionalmente se ha asignado a la mujer en el conflicto que opone a la familia con la comunidad social. La obra cultural se fue constituyendo cada vez más, a lo largo de la historia, en tarea masculina; imponiendo dificultades crecientes a los hombres y obligándolos a sublimar sus instintos, sublimación para la cual las mujeres, se supone, estarían escasamente dotadas. Es vasta la mitología que avala la figura de la mujer como caprichosa, dependiente, infantil, incapaz de pensar y actuar por su cuenta, de tomar decisiones claras y explícitas; maestra del lenguaje indirecto y maldiciente. En términos psicoanalíticos, como lo dice Schnait (en Lamas, M. & Saal, F. 1991), la mujer que nunca resuelve satisfactoriamente su Edipo y permanece ligada a la figura del varón. Ya Freud explicaba, como se verá más adelante, una suerte de debilidad constitutiva del súper-yo femenino.

Si bien es claro que estas características corresponden a una acumulación mitológica, no lo es menos que también encuentran su expresión en pautas frecuentes a partir de las cuales ha cobrado forma y ejercicio la tradicionalmente menospreciada "psicología femenina".

Como bien lo expresa Schnait (en Lamas, M. & Saal, F 1991), es contra esta imagen que se debate hoy la mujer, tomando en préstamo las armas y valores de su "enemigo" sin someterlo, muchas veces, al juicio crítico que demandaría el sentido más profundo de sus reclamos. Pareciese, hasta el momento, que las alternativas posibles para superar las evidentes limitaciones de esta imagen, se restringen a dos: o bien asumir los rasgos "varoniles", entrando a la competitividad sin cuestionamiento, o bien "parecerse" a la imagen tradicional de la mujer, repitiendo o explotando las viejas pautas de la dependencia y de este modo, confirmándolas.

Aun cuando la nueva conciencia anuncia la progresiva extinción de estas viejas pautas, los obstáculos económicos, socio-culturales y sobre todo psíquicos que se le oponen son poderosos: las mujeres no sólo deben luchar contra los varones para defender su nueva condición, sino que, en primer lugar, deben debatirse consigo mismas. (p.65)

La figura cultural de lo femenino y lo masculino presignifica, para N. Schnait, el sentido "natural" de las determinaciones biológicas; como vastos modelos estructurantes de la sensibilidad y la razón dentro de los cuales se encuadran las diferencias anatómicas; como pautas de muy largo plazo que orientan las modulaciones históricas de cada tradición.

Como lo afirma Bourdieu (1990), la liberación de las víctimas de la violencia simbólica que comporta toda dominación, no se produce por decreto, ya que los "habitus" de los dominados tienden a reproducir y perpetuar las estructuras eventualmente abolidas.

2. FLEXIBILIZACIÓN DE LOS ROLES DE GÉNERO

Las nociones de lo masculino y lo femenino, materializadas como un conjunto de características y prácticas, han estado históricamente aparejadas a los roles sexuales y, como se ha visto, son percibidas como naturalmente determinadas. Roles, representaciones e identidad se han concebido desde el prisma de la bipolaridad sexual. Sin embargo, hoy día puede reconocerse la presencia de un proceso de flexibilización de los roles sexuales. La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo y la participación cada vez más activa de los hombres en la crianza de los hijos, son, entre otros, un signo de este cambio. En este marco cabe preguntarse por la amplitud de estas modificaciones y especialmente sobre su impacto a nivel de las representaciones e identidades.

Como se verá, estas transformaciones parecieran conllevar significativas contradicciones con relación a los modelos de feminidad y masculinidad a los que hoy día se ven confrontados hombres y mujeres. En este capítulo se procurará exponer los elementos centrales de estas transformaciones a nivel de los modelos socioculturales y de la estructura familiar, de modo de sentar el marco para el análisis de estos cambios a nivel del individuo y su conflictiva psicológica.

Para esto, se tomará en préstamo algunas de las proposiciones de Michel Legrand (1993) quien, inspirado en la obra de V. de Gaulejac, plantea proceder por etapas en el camino que conduce desde las contradicciones sociales a los conflictos individuales. Así, se distinguirán tres niveles: el macro-social, que da cuenta de los modelos socio-culturales de la feminidad y masculinidad. El nivel de los agentes mediadores, que expresa el espacio de lo micro-social, que en este caso se centrará en la familia como espacio mediatizador entre las contradicciones sociales y el nivel de lo individual, desde el cual se expondrán algunas pistas sobre los cambios de roles de género en las mujeres chilenas y el eventual impacto en sus identidades de género.

2.1 Modelos socio-culturales y roles de género

La publicación resultante del coloquio sobre la mujer, realizado en París en 1976, titulado "Le Fait Féminin" concluye con un detallado análisis de Evelyne Sullerot (1978) sobre las transformaciones de los roles femeninos en Europa. Retomando la multiplicidad de trabajos allí presentados, provenientes de distintas disciplinas y países, la autora plantea una importante modificación que puede constatarse en relación con los roles sexuales. El enorme desarrollo científico, cultural y socio-económico que han conocido las sociedades industrializadas, habría modificado la universal concepción binaria que dominó "desde siempre" la división de los roles sexuales, dando paso a un nuevo modelo denominado: "la similitud entre los sexos".

Que extraño camino, dice Sullerot (1978), el que ha seguido esta cultura estructurada en polos inversos y opuestos, para desembocar a la moderna ideología de la similitud entre el hombre y la mujer. Tanto es así, continua la autora, que hoy día parece extremadamente osado enfatizar en las diferencias entre los sexos, ya que la nueva ideología nos plantea la no-diferencia entre hombres y mujeres.

Esta similitud se reconocería principalmente basándose en que los roles de hombres y mujeres tienden a ser cada vez más plásticos y flexibles, más parecidos e intercambiables. Y es común escuchar en nuestros días opiniones que sostienen que en esta medida se ha acrecentado también la igualdad entre los sexos. Sin embargo, el problema es complejo, como lo dice Sullerot (1978), ya que si bien el rol puede ser definido como status en términos de acción, se sigue constatando la desigualdad asociada a la supervivencia de los roles "tradicionales". De este modo, la similitud de los roles no se traduce necesariamente en igualdad de status y poder.

Esta gran transformación de los roles sexuales provendría entonces del progreso social, científico y cultural, particularmente claro en la segunda mitad de nuestro siglo. En su trabajo, Sullerot (1978) hace un recuento de estos cambios en Europa, asociándolos a los estilos de producción, a las nuevas tecnologías y a las crisis sociales.

En este análisis nos recuerda que durante siglos las tareas domésticas fueron en su mayoría tareas agrícolas, industriales y productivas, siendo las labores propiamente del hogar claramente menores. Hombres y mujeres participaban en esta producción. Pero a medida que nuevas tecnologías se iban introduciendo, la división de tareas se modificaba. Así, cuando se mecanizaba una labor, mejorando su productividad, generalmente ésta pasaba a manos masculinas, incluso si antes había sido manejada por las mujeres. Ellas quedaban a cargo de las tareas menos evolucionadas y ligadas a aquello posible de realizarse en el hogar o en el entorno inmediato. Los hombres, por su parte, se atribuían y asumían los roles que necesitaban de una mayor movilidad geográfica.

Con la revolución industrial, el proceso se acelera. Las mujeres quedan al margen de los aspectos inventivos, innovadores y aventureros. En su gran mayoría, además de la crianza de los hijos, trabajan como pequeñas artesanas a domicilio. La competencia de la industria, las lleva a integrarse al nuevo orden industrial por la "puerta de la miseria". La fragilidad de la inserción económica de las mujeres aumenta con las desigualdades que provoca un sistema educativo cada vez más discriminatorio y clasista. Los hombres absorbidos por sus labores productivas, van cediendo definitivamente el ámbito de la crianza de los hijos a las mujeres. El trabajo extra-doméstico, masculino en su mayoría, conoce así una fuerte expansión en este período, lo que le reporta el reconocimiento exclusivo como la actividad correspondiente al "verdadero" trabajo. El entorno de las mujeres sufre una clara reducción de espacio y de perspectivas: las tareas del hogar, el consumo, la educación de los hijos y el dominio de las relaciones privadas e íntimas, se consolidan como su ámbito "natural" (Burín, M. 1987).

Siguiendo el recuento de Sullerot (1978), podemos reconocer la reaparición de la mujer en la escena pública a propósito del dramático acontecimiento de las guerras que azotaron a Europa en la primera mitad del siglo. A pesar que éstas constituyen uno de los acontecimientos sociales en los cuales más claramente se expresa la división de roles sexuales, las dos guerras mundiales tuvieron efectos paradójales a este respecto: dados los intensos requerimientos industriales de estos periodos, la participación femenina en el mercado de trabajo se vio casi duplicada y en general las mujeres reemplazaron a los hombres ausentes en una importante cantidad de actividades, tanto en lo público como en el hogar.

Estos logros para el status femenino producidos paradójicamente por crisis que comportan una gran discriminación sexual, han llevado a algunos a sostener una suerte de "teoría de las crisis" con relación a los avances de la condición femenina. Esto, en el sentido que serían dichos movimientos, que remueven a la sociedad entera, los que permiten alcanzar los logros que las mujeres no pueden obtener en períodos menos revolucionados. Hipótesis cuestionable, no sólo por el hecho real que se constata inmediatamente después del Armisticio, de un reflujo masivo de las mujeres hacia el hogar, sino porque también, como lo señala Sullerot (1978), los avances se confunden con aquellos favorecidos por la prosperidad sin precedentes que se vive en gran parte de Europa occidental, especialmente a partir de los años 50. Los tiempos de paz y el aumento significativo del nivel de vida, permiten la emergencia de temas que habían permanecido en la oscuridad, transformándose en temas de reflexión colectiva. Por lo tanto, según Sullerot, es necesario considerar con prudencia las hipótesis relativas al impacto definitorio que tendrían las crisis en los avances de la condición femenina. Los aspectos que las revisten son fundamentales para entender sus efectos. Así, violentas convulsiones, como es el caso de una guerra, pueden trizar rigideces ancestrales, entregando a las mujeres mayores responsabilidades y posibilidades. Sin embargo, otras crisis sociales, como una grave recesión económica que desorganiza todo el edificio social o como un severo problema demográfico que amenace la sobrevivencia, pueden jugar a la inversa contra las mujeres, las que incluso pueden ser fácilmente

responsabilizadas del hundimiento del antiguo orden a causa del abandono de sus roles tradicionales. Al contrario de las guerras, las crisis económicas, sobretodo si son graves, muestran la fragilidad de los logros obtenidos con relación a una distribución más igualitaria de los roles sexuales. Las nuevas prioridades que aparecen bajo la presión de las dificultades, amenazan no sólo con detener estos avances sino que también con provocar retrocesos. Prueba de ello, para Sullerot, es el caso de la depresión de los años treinta y probablemente los efectos de la crisis económica que se arrastra desde 1974.

A pesar de dichas fragilidades, la autora reconoce las décadas de los 60 y 70 como el período en el que se expresa con mayor claridad el cuestionamiento de la sociedad europea sobre la legitimidad moral de las estructuras y fundamentos de una distribución sexual de los roles que es considerada como fuente de discriminación. Una serie de eventos explicarían el notable progreso en cuanto a la igualdad de derechos y responsabilidades de hombres y mujeres. Entre ellos se destacan los siguientes:

a) Los cambios constitucionales que advienen después de la segunda guerra, basados en la igualdad y responsabilidades ciudadanas, abarcan territorios específicos sobre la situación femenina. No sólo se reconoce su derecho a voto, sino que también la igualdad de los sexos frente a la ley se hace explícita. En muy pocos años, una gran mayoría de países europeos adopta la denominada "filosofía jurídica de igualdad de los sexos". De ésta se desprenden numerosas políticas estatales que apuntan a asegurar dicha igualdad en el ámbito de la educación, el matrimonio, la propiedad y gestión de los bienes, los derechos sociales y de los salarios. Asimismo, la institución de sistemas avanzados de seguridad social, que comprenden los gastos del parto y los permisos maternales, transformando de alguna manera los riesgos sociales del rol maternal.

b) A esto puede agregarse el significativo cambio en el rol económico de las dueñas de casa, especialmente a partir de 1960. Efectivamente, la

acelerada multiplicación de productos terminados, listos para el consumo directo (vestimentas, alimentos), como también la mayor rapidez y facilidad del equipamiento de los hogares, liberan gran parte del tiempo y fatiga que antes requerían a las mujeres. Por lo tanto, el valor económico del trabajo doméstico se ve drásticamente reducido. En los años 70 es claramente más caro para el presupuesto familiar el que una mujer se encargue de toda la producción doméstica, que si ella trabaja fuera del hogar -incluso sin calificación- y adquiera en el mercado productos y servicios. Esta disminución del valor económico del rol doméstico, se extiende también a la desvalorización de otros valores no-económicos de este rol.

c) Otra de las causas más importantes de la modificación de los roles femeninos es la vinculada a los progresos científicos y médicos. Estos han permitido reducir considerablemente las diferencias entre hombres y mujeres ligadas a las determinantes biológicas. Así, la asistencia a los embarazos; la disminución de la mortalidad de los recién nacidos; el control de la natalidad o la lactancia artificial. La multiplicidad de avances ha sin duda modificado la vida de las mujeres. Efectos como la mayor esperanza de vida, la contracepción eficaz, la mayor precocidad de la pubertad en las niñas o el retardo de la menopausia, han significado una transformación importante de cada etapa del ciclo de vida femenino y de los roles que van asociados.

d) No puede dejar de mencionarse la importancia del hecho que una parte importante de las responsabilidades familiares, tradicionalmente femeninas, son tomadas a cargo por las instituciones. Así la escuela; las guarderías de pre-escolares; los servicios especializados en problemas de aprendizaje o los hogares de ancianos. Institucionalización que, a pesar de ser ampliamente cuestionada con relación a la reproducción de las desigualdades sociales, ha aliviado innegablemente las labores antes ejercidas exclusivamente por las mujeres.

e) Las crecientes expectativas y necesidades de la sociedad de consumo, impulsan cada vez con más fuerza la incorporación femenina al mercado de trabajo. Dado el acelerado ritmo de urbanización, hogar y trabajo se distinguen radicalmente tanto por los espacios físicos como por los horarios. Esto acentúa la vivencia de la denominada "doble jornada", que caracteriza el empleo del tiempo de una mujer que trabaja fuera del hogar. "Tironeadas" entre sus roles divididos, una gran mayoría de las mujeres experimentan un dilema que, equivocadamente, se denomina "opción", el que se acompaña de las subsecuentes culpabilidades asociadas. (Sullerot, E. 1978)

Si bien estas situaciones, entre varias otras, dan cuenta de un cambio sustancial en relación con la división de roles sexuales, este proceso no ha estado exento de dificultades y contradicciones. Desde ya, porque no ha sido un movimiento homogéneo en todos los países, las mismas tareas que en un país son hechas gratuitamente por las mujeres, en otro son tomadas a cargo por la comunidad. Pero también porque estos cambios no implican necesaria e inmediatamente la adopción total de los nuevos roles posibles. De hecho, a pesar de la inmensa transformación, aun pareciera recaer sobre las mujeres una carga de tareas domésticas muy superior a aquélla que asumen los varones, particularmente en consideración a los niños y ancianos.

Contradicciones que parecen expresarse en el plano de la vivencia subjetiva. Muchas mujeres dan cuenta de un cierto malestar por sentirse menos "definidas" socialmente. Considerablemente asistidas en su rol maternal: siempre en busca de consejos y opiniones profesionales que aseguren un mejor desempeño; muchas de ellas se preguntan hoy día en qué consiste exactamente su rol. Para Sullerot (1978) esta situación constituye una verdadera crisis de identidad para numerosas mujeres; crisis que se manifiesta en el dilema de cómo establecer sus derechos sobre los servicios que ofrece la sociedad y al mismo tiempo cómo conservar el sentido y la responsabilidad de los roles privados.

Los múltiples factores involucrados en este proceso de transformación, han hecho ineludible el cuestionamiento del conjunto de la problemática femenina desde las mismas mujeres. La sola toma de conciencia de los cambios sucedidos no podía menos que desembocar en una reivindicación de nuevas definiciones, de una nueva ética del rol sexual. La reducción de ciertas desigualdades entre hombres y mujeres fue aumentando la conciencia de aquéllas que aun subsisten. De aquí el rol de los movimientos feministas que, para muchos, fueron desencadenantes de lo que denominaban una "nueva era". En su análisis y sin restarle importancia al papel que han desempeñado, Sullerot (1978) los considera más bien como la resultante lógica de todas las transformaciones y contradicciones que, en su mayoría, se han aquí enumerado.

Para E. Badinter (1986), este nuevo modelo, el de la similitud de los sexos, es angustiante en más de un sentido. Se han perdido las viejas referencias sin estar muy seguros de las nuevas. Para ella, el desequilibrio que se produce entre las raíces, que aun pertenecen al "antiguo mundo", y la velocidad con que las mujeres se integran a las nuevas pautas, provoca sentimientos contradictorios, fuente de malestar. Todo se percibe como muy rápido y muy lento al mismo tiempo. Las mujeres -dice Badinter- queremos romper con el antiguo orden, temiendo, a la vez, el nuevo. Se sabe mejor quienes ya no somos que quienes queremos ser.

La relación hombre-mujer no se ha convulsionado en vano. Esta no constituye solamente el paradigma de toda sociedad, sino que influencia el ser más íntimo. El intento de modificar las relaciones de poder al interior de la sociedad, se percibe hoy día como un cuestionamiento de nuestra "naturaleza". Las certezas más esenciales se debilitan y se transforman en evidencias de problemas. Cuál es finalmente la diferencia entre los sexos, cuál es la especificidad de cada uno, es la pregunta que surge desde la constatación de la plasticidad de los roles sexuales y de la posibilidad de elección que tienen las mujeres de no ser madres. A esta desorientación contribuye los cada vez mayores conocimientos sobre la similitud inicial y la plasticidad de la diferenciación

fisiológica en ambos sexos. "*No hay límites infranqueables entre lo masculino y lo femenino*", dice E. Baulieu (1978, citado en Sullerot, E. 1978, p. 133), agregando una similitud fisiológica imposible de imaginar anteriormente.

Similitudes todas que no nos hacen idénticos, pero que obligan a una nueva reflexión sobre los sexos. Dificil reflexión, al decir de Badinter (1986), ya que se corre el riesgo de no encontrar un modelo sobre el cual apoyarse en ningún tiempo ni en ningún lugar.

Riesgo que aumenta si recordamos la advertencia de E. Sullerot (1978) en el sentido que si bien los problemas relativos a la desigualdad de los roles sexuales han sido reconocidos como fundamentales, ellos pueden desaparecer de la escena y de la conciencia colectiva cuando la prosperidad que puede haberlos favorecido, se ve amenazada. Así, en nombre de la necesidad, pueden verse reintroducidas dicotomías pasadas, que permiten que en el camino de los grandes objetivos igualitarios y libertarios se deje al margen los avances relativos a la dominación-subordinación sexual.

Extraño camino, efectivamente, el que se ha recorrido en el intento de superación de esta problemática. Cuestionando en un inicio los supuestos designios de la naturaleza para poner de relieve el problema de poder que atraviesa las divisiones de los roles sexuales, se llega a sostener la no-diferencia. Planteamiento que permite caer nuevamente en la necesidad de referentes naturales que den cuenta de las diferencias, confundiéndolas una vez más con las desigualdades, que ya parecían haberse establecido como de claro origen cultural e ideológico.

2.2 Transformaciones de la estructura familiar

Sin duda, las transformaciones a las que se ha aludido han tenido un impacto decisivo en la modificación de las estructuras familiares. La nueva imagen de la mujer que se ha ido progresivamente imponiendo, ha estado aparejada de un cambio significativo de las relaciones conyugales y de las biografías familiares.

Efectivamente, como lo afirma L. Roussel (1989), la “nueva” mujer, más autónoma materialmente; con capacidad de control sobre su fecundidad y con un status jurídico más igualitario, viene a convulsionar los antiguos equilibrios en la pareja.

Ella ya no se percibe como la simple regenta del hogar, rechaza el ser relegada en la expresividad de tierna esposa y de madre dedicada. Quiere ser igual a su compañero y para que esta igualdad no disimule ciertas trampas sutiles, ella reivindica como fundamento la total identidad entre hombres y mujeres: igualdad de capacidades, de sus facultades y derechos. La era de su "domesticidad", en el sentido etimológico del término, ha ya finalizado" (p.240).

A pesar de su generalidad, esta descripción da cuenta, para Roussel, de los cambios fundamentales de las representaciones colectivas que se producen en Europa occidental entre los años 65 y 85.

Pero, ¿en qué contexto específico de transformaciones familiares operan estas nuevas representaciones colectivas de las cuales habla Roussel?

La institución familiar es claramente un espacio privilegiado de expresión y reproducción del orden social. Como lo describe de Gaulejac (1990), es en el seno de la estructura familiar donde se arraigan y perpetúan no sólo los dos órdenes "naturales" -la diferencia de sexo y la de generación- sino que más ampliamente el

orden social que en todas las sociedades distribuye a los individuos según posiciones sociales jerarquizadas de acuerdo a la clase o al grupo social al que pertenezcan.

Para de Gaulejac (1990), las transformaciones que ha sufrido la familia en este siglo, caracterizadas por una disociación de sus funciones, corresponde a un lento proceso de desestabilización de sus estructuras y expresa asimismo el progresivo individualismo que recorre a la sociedad.

La disociación de funciones familiares a que se alude, corresponde a la separación entre la producción y la reproducción o, en otros términos, entre las funciones económicas y las afectivas de la familia. Separación que encuentra sus orígenes más claros en la instauración y extensión del régimen del asalariado, el cual no sólo suprime la transmisión del patrimonio como el pilar de la cohesión familiar, sino que también separa la reproducción de las estructuras de producción de las unidades de reproducción social. Así, las alianzas matrimoniales pierden su función económica y la preservación de la familia ya no constituye la condición esencial de la reproducción de las unidades económicas. De este modo, para de Gaulejac (1990), la introducción del régimen del asalariado⁵ suprime un importante factor de estabilidad de las estructuras familiares, lo que en cierto modo las fragiliza. A esto hay que agregar, de acuerdo al autor, el desarrollo de la movilidad social requerido para el funcionamiento del mercado laboral, lo que promueve el advenimiento de la familia nuclear, acentuando así el proceso de disociación de funciones.

Siguiendo este análisis, pareciera ser innegable el gran impacto sobre la estructura familiar que ha implicado el avance del individualismo, el cual, a su vez, ha sido ampliamente favorecido por las modificaciones del sistema de producción.

5 de Gaulejac señala la necesidad de matizar esta afirmación dados los antecedentes que muestran que incluso antes del desarrollo del capitalismo industrial, la familia nuclear era ya dominante en Inglaterra.

Para E. Shorter (1977), la lógica de la economía de mercado exige del individualismo, en el sentido que requiere de los individuos la búsqueda sin hesitación del propio interés. En esta medida, el contrato entre el dueño de los medios de producción y el individuo que vende su fuerza de trabajo, aleja a este último de su red de obligaciones familiares (contrariamente al sistema de empresa familiar). De este modo se estimula, a nivel individual, el desarrollo de conductas que ya no se articulan en torno a las necesidades y prescripciones del grupo familiar. Estas condiciones contribuyen a que cada sujeto se vaya transformando progresivamente en su propio referente.

A pesar que estas tendencias de cambio encuentran respuestas diferenciadas, aceptaciones y resistencias, pareciera ser, como lo subraya el autor, que la historia de las normas occidentales de la conyugalidad se caracteriza por *"una dialéctica de la fusión y el individualismo"* (Kellerhals, J. et al. 1984, citado en de Gaulejac, V. 1990, p.29). En este proceso de individualización, que desemboca a las formas actuales de la familia, pueden distinguirse varias etapas. Una primera la constituye un repliegue de los individuos de la comunidad hacia la familia, mediante el cual se produce una suerte de oposición entre la colectividad y la familia nuclear. Este repliegue se acentúa aun más en la medida que, en un segundo momento, la conyugalidad adquiere un valor mayor que el de la familia, provocando una distinción importante entre ambas dimensiones antes asociadas. De este modo, la relación y dependencia de la familia respecto a la colectividad, se va progresivamente sustituyendo por una "intimidad fusional". Esta corresponde, como la describen los autores, a la emergencia de una preocupación de intimidad; a la asociación de la infancia con un "retiro profesional" de la esposa y a la prevalencia del amor romántico. Así, se introduce progresivamente un esquema cultural que define a la pareja y la familia como el principal espacio de esperanza de vida (Kellerhals, J. et al. 1982,). Un tercer momento de esta dialéctica, se constituye a medida que la fusión interpersonal es resquebrajada por la reaparición de renovadas aspiraciones individualistas. Los sujetos tienen la expectativa de la realización personal al interior de la pareja, pero al mismo tiempo pretenden sustraerse de las obligaciones y presiones que ésta implica. Así es,

como bien lo ha señalado Kellerhals y su equipo, afirmando que el sujeto contemporáneo está confrontado a una doble obediencia: por un lado, a la familia construida históricamente como legítimo refugio y espacio afectivo, y, por otro, una obediencia que se debe a si mismo, como individuo independiente de toda relación con otros. De este modo, los individuos cifran sus esperanzas de vida en la fusión familiar o de pareja y al mismo tiempo las evalúan en términos de "costo-beneficio" con relación a la eventual obtención de sus logros en el espacio extra-familiar. Las posibilidades de desarrollo personal y de libre voluntad van adquiriendo una creciente prioridad en relación con las obligaciones y normativas familiares. Esto habría permitido la aparición de lo que los autores denominan "monogamia serial o en cadena", la que alude a un tipo de relación familiar en la que, si bien se cifran fuertes expectativas en lo afectivo, las rupturas son cada vez más probables como solución a las dificultades y obligaciones que comporta la vida en común. Una nueva relación, del mismo tipo, vendría rápidamente a sustituir la anterior fracasada.

Es entonces en este contexto general de mutaciones familiares, en el cual de Gaulejac (1990) inscribe el conjunto de los nuevos comportamientos familiares observables hoy día en los países industrializados. Estos serían principalmente los siguientes: disminución de la natalidad; disminución de los matrimonios y aumento de uniones libres; aumento de hijos "ilegítimos"; mayor cantidad de familias uniparentales y de aquéllas a doble salario (este último como tipo dominante).

Estas características dan cuenta de la emergencia de un nuevo modelo que Roussel (1989) denomina el "matrimonio-asociación". Lo describe con relación a otros tres modelos ya existentes: el "matrimonio-institucional", articulado en función de la transmisión de un patrimonio material o simbólico, modelo prácticamente inexistente entre las nuevas generaciones; el "matrimonio de alianza", también en declive y fundado sobre la idea de la armonía entre institución y felicidad, lo que ya implicaba un cierto desprendimiento con relación al problema de la subsistencia y sobrevivencia. Y el modelo del "matrimonio-fusión", aun dominante y fundado principalmente en una intensa solidaridad afectiva.

Una de las condiciones sociales que ha hecho posible la emergencia de este nuevo modelo de matrimonio-asociación es precisamente el nuevo standard femenino. Para Menahem (1979, citado en de Gaulejac, V. 1990), la familia-asociación está esencialmente constituida por miembros de las clases medias, asalariadas a nivel de ingresos y de nivel de estudios relativamente alto, las que juegan un rol de agentes de creación y difusión de innovaciones culturales y sociales. En ellas se encuentra un especial cuestionamiento de la división sexual del trabajo doméstico y las mujeres reivindican fuertemente el control de la natalidad. En este modelo, describe Roussel (1989), el acto del matrimonio deja de ser una formalidad indispensable, lo que da paso a la extensión de la cohabitación. El índice de divorcio es alto y los segundos matrimonios no son la constante. El se explica estos comportamientos a partir de la definición de la pareja como *"un equipo bien ajustado en el cual cada miembro espera resultados satisfactorios para si mismo"* (p.31). A diferencia del modelo fusional, en éste la felicidad ya no se centra en la intensidad de la solidaridad afectiva de la pareja. Es más bien el bienestar de cada uno el que mantiene junta a la pareja. Así su permanencia en el tiempo estaría supeditada a la evidencia de gratificaciones y ventajas que ésta reporta a cada integrante. Así, las eventuales rupturas al interior de este modelo, estarían despojadas de su tradicional carácter traumático y dramático, en la medida en que ellas serían un componente y no un producto de sus contradicciones internas.

Como decíamos anteriormente, dentro de las condiciones sociales decisivas que permiten la aparición de este nuevo referente familiar, se encuentra la flexibilización de la división sexual de tareas. Hecho que se ve favorecido por el nuevo status de la mujer, en el que controla individualmente su fecundidad y aumenta sus recursos profesionales. Pero también, siguiendo el análisis de Kellerhals, son necesarias al menos otras dos condiciones. Es fundamental, reconoce el autor, que, por una parte, la noción de individuo se constituya como una categoría ideológica dominante, así como también que las instituciones estatales tomen a cargo una serie de funciones que tradicionalmente han reposado sobre la familia y especialmente sobre las mujeres.

Así entonces, concluye de Gaulejac (1990), la unión entre un hombre y una mujer, primero descargada de la totalidad de sus funciones de producción y después de la mayoría de sus funciones de reproducción de la fuerza de trabajo (por el paso al mercado de gran número de servicios antes asegurados por el trabajo doméstico), constituye hoy día *"un asunto estrictamente privado y centrado en su función afectiva, lo que la hace notablemente más frágil"* (p.35).

Una interesante cita de François de Singly (1987) completa esta descripción, mostrando el vínculo entre el aumento del capital cultural -el cual substituye al capital económico como elemento central para adquirir un status social- y la ideología del amor, como elemento estructurante de las relaciones familiares. La elección de pareja; el tener hijos y la constitución de una familia están supeditados actualmente a la necesidad del amor.

Estas nuevas bases de las relaciones familiares son calificadas como más frágiles en la medida en que se las compara a los intereses económicos o a la reproducción de un patrimonio. El amor, dicen los autores, no se adquiere definitivamente; puede cambiar, transformarse o desplazarse. Obedece a otras reglas que a las del derecho; no es posible institucionalizarlo ni reglamentarlo. Las relaciones entre la institución familiar y las relaciones afectivas se han invertido. En las sociedades holistas, las alianzas se instituían en función de intereses económicos y políticos. En las sociedades individualistas, las alianzas se establecen sobre bases afectivas y psicológicas: se trata del bienestar de la pareja; de ayudarse a la realización personal; de compartir "el goce de la vida" y tantas otras cosas que los autores califican como efímeras, frágiles e inestables.

De este modo, el emergente modelo familiar reposa principalmente en la existencia de un vínculo amoroso o al menos afectivo. Su ausencia o desaparición conduciría innegablemente a la separación y por tanto a la fragmentación del grupo familiar o a su recomposición. Esto da origen a múltiples y complejas constelaciones familiares en las cuales prevalece siempre el vínculo afectivo concreto por sobre el status que las inviste.

El análisis de los procesos de transformación de la estructura familiar que han realizado los autores citados, da cuenta en gran parte de la inestabilidad que reviste hoy día a las relaciones conyugales, la cual se expresaría especialmente en el aumento de divorcios y separaciones. Asimismo permite entender el significativo aumento de las situaciones de monoparentalidad, producto de la ruptura conyugal. Pero, como bien lo afirma de Gaulejac (1990), no es posible explicar cabalmente la también significativa presencia de situaciones de monoparentalidad "voluntaria". Es decir, el por qué muchas mujeres aceptan y, más aún, desean tener hijos sin tener compañero o sabiendo que tienen con él una relación extremadamente precaria y provisoria. El autor propone comprender este proceso en una doble perspectiva: como el producto de una evolución social que cuestiona el orden familiar tradicional y como una consecuencia de la acción de las mujeres quienes, enfrentadas a esta evolución, inventan respuestas a las contradicciones que las atraviesan.

Evidentemente, la situación es compleja y comporta significativas contradicciones, especialmente para las mujeres, cuyo propio proceso de transformación ha estado estrechamente ligado a la emergencia de nuevos modelos. Si bien éstos constituyen, aparentemente, una respuesta a la demanda histórica de condiciones de igualdad entre los sexos, al mismo tiempo implican, o al menos amenazan, con la fragilización de los vínculos afectivos. De aquí, que resulte casi lógico el sentimiento de culpabilidad que recorre a una gran mayoría de mujeres "modernas", quienes divididas en sus dobles jornadas no están dispuestas a asumir como el "costo" de su emancipación, la pérdida del espacio afectivo familiar, el que aún sigue siendo el más legitimado en la sociedad.

Posiblemente, como se verá, estos temores y contradicciones, no siempre explícitos ni conscientes, y probablemente reforzados por una suerte de doble discurso social, sean uno de los factores de mayor incidencia en la tendencia "conciliatoria" que se observa en las mujeres chilenas, mediante la cual intentan la adopción de nuevas pautas culturales sin abandonar ni transformar significativamente las tradicionales.

2.3 La condición femenina y el proceso de flexibilización de roles de género en Chile

2.3.1 Un nuevo espacio social para las mujeres

A lo largo de la historia chilena, la participación en la esfera pública de las mujeres ha resultado de la particular combinación del protagonismo y la acción social por un lado, con la discriminación e invisibilidad por el otro. Desde la Colonia con una activa participación en el quehacer humanitario, se constituyen en las primeras graduadas universitarias de América Latina a fines del siglo pasado. Más de cincuenta años de luchas les fueron necesarios para conquistar su ciudadanía y con ella un lento y precario acceso a cargos públicos y de representación popular.

En el marco de las transformaciones que marcan la sociedad chilena en los últimos veinte años, los cambios relativos a las mujeres parecen estar cada vez más integrados en el sentido común de los chilenos. Este reconocimiento se funda tanto en la simple observación de los quehaceres cotidianos, como también en ciertos índices de desarrollo del país.

Efectivamente, a nivel de la observación, hoy puede reconocerse una cierta tendencia global de las mujeres a desenvolverse de una manera más autónoma en comparación a su rol e imagen tradicionales. La realización de actividades remuneradas; la reducción del número de hijos; la preocupación por la estética personal durante todas las etapas vitales; la participación independiente en eventos y organizaciones sociales y culturales, son algunos indicadores, reparables a simple vista, que permiten pensar en un cierto nivel de transformaciones respecto a la figura social y cultural de la mujer.

Transformaciones que también pueden percibirse a nivel del discurso social y político. Ciertamente, durante el proceso de transición democrática (a partir del año 1990), ha quedado en evidencia una suerte de aparición pública de la problemática femenina, en tanto desigualdad social. Un ejemplo de esto lo constituye la reiterada presencia del tema en las campañas políticas; la discusión a través de los medios de comunicación de temas álgidos como la violencia doméstica y el abuso sexual en el trabajo, o la puesta en marcha de un Servicio Nacional para la Mujer.⁶

Esta ampliación a lo público de un tema que estaba confinado a ciertas elites intelectuales o militantes, no es, por cierto, resultado del azar. Del mismo modo que se explicara respecto de las transformaciones de los roles femeninos en Europa, se trata más bien de la articulación de una serie de antecedentes -ligados a situaciones sociales y políticas- que favorecen dichos cambios. Si bien no se trata aquí de dar cuenta de todos ellos, si se puede, brevemente, reconocer algunos que en los últimos años en Chile han jugado un papel importante:

- a) Expansión de las organizaciones femeninas. Después de un período de repliegue de las organizaciones femeninas, la crisis económica y política que conoce el país durante la dictadura militar, exige de las mujeres una mayor participación. Especialmente las mujeres populares, organizan y se integran activamente a las organizaciones de supervivencia que les permiten sortear de alguna manera los problemas de alimentación o de generación de recursos básicos. Así también su presencia es clave en la creación de agrupaciones por los derechos humanos (esposas de detenidos; familiares de desaparecidos). La participación en estas organizaciones, ha lógicamente significado una paulatina mayor presencia femenina en el espacio público.
- b) Participación laboral. La crisis económica de los años 80 abre, paradójicamente, nuevas expectativas laborales a las mujeres.

6 SERNAM: Servicio estatal cuya Directora porta el rango de Ministro de Estado. Creado en 1990.

Particularmente la mujer de estratos populares, y a propósito de la prolongada cesantía de su compañero, se incorpora masivamente al mercado laboral. Si bien esta participación se produce en condiciones de extrema explotación, abre nuevas expectativas a las mujeres dueñas de casa, con relación a sus potenciales posibilidades de desenvolvimiento en el ámbito extra-doméstico.

c) Impacto de los movimientos feministas. La influencia de los movimientos feministas europeos reactiva el surgimiento de grupos y colectivos de mujeres en el país. Sus participantes, como agentes externos, técnicos o profesionales, juegan un rol importante de apoyo a las organizaciones populares, incorporando la temática de género y, en general, el problema de la discriminación de la mujer en las actividades propias de sus agrupaciones.

d) Avances culturales y económicos. Vinculados a los patrones de modernización, éstos se expresan, entre otros, en mayores índices de escolaridad y de acceso al trabajo en las mujeres.

Efectivamente, la revisión de los índices de desarrollo del país permite reconocer ciertas transformaciones en la situación de la mujer. Pero al mismo tiempo, las cifras también expresan algunas continuidades que muestran la mantención de características ligadas no sólo a la pobreza sino también a su condición de desigualdad como género.

Las mujeres chilenas son acentuadamente urbanas, más que los hombres, principalmente las jóvenes-adultas; han reducido notablemente su fecundidad (de 5 a 2,6 hijos promedio) y han mejorado su condición educativa. Un tercio de las mayores de 15 años participa en el mercado laboral y algo más de la mitad vive en condiciones de pobreza (Valdés, T. & Gomariz, E. 1993).⁷

⁷ Todos los antecedentes entregados en este trabajo sobre los índices socio-demográficos de la mujer chilena, han sido extraídos de este informe.

La participación femenina en la población económicamente activa ha crecido sostenidamente en los últimos treinta años, pasando de ser un cuarto a un tercio de la misma. Esto representa también un tercio de las mujeres en edades de trabajar. Si bien hay una apreciable proporción de mujeres profesionales y técnicas, en su mayoría, se ocupan en servicios personales, trabajo de oficinas y ventas. A pesar de tener el mismo, o mayor, nivel educacional que los hombres, las mujeres perciben salarios menores, ya sea porque ocupan puestos de menor rango o directamente en razón de su sexo. Así también, la participación en el mercado laboral, no afecta significativamente el hecho que sea la mujer quien se ocupa del cuidado del hogar y la familia.

Respecto a la condición educacional, ésta ha mejorado significativamente hasta situar a las mujeres chilenas en niveles semejantes a los que presentan los varones. Es en las generaciones mayores de 30 años, donde aun permanecen diferencias importantes entre ambos sexos. La participación femenina en las matrículas de enseñanza básica y secundaria es muy semejante e incluso es cualitativamente mejor que en los varones, en el sentido de presentar un mayor rendimiento escolar. A partir de la enseñanza secundaria, se puede reconocer una clara diferenciación en la elección de carreras y especialidades. Las mujeres se orientan prioritariamente hacia carreras pedagógicas, en tanto que los hombres lo hacen hacia el área técnica. Esta segmentación se hace particularmente clara en el área de la capacitación laboral, en la cual se profundiza la tendencia de las mujeres hacia labores consideradas tradicionalmente como femeninas, muchas de las cuales ya no constituyen vías de integración a la actividad laboral.

Estas deficiencias en la capacitación profesional, así como la segmentación educativa general que sufre la población femenina tienen una consecuencia fundamental: el nivel de educación formal ya adquirido por las mujeres no se traduce en igual medida en un mejoramiento de su participación en la vida económicamente activa y social en general (aunque también existe un sector cuya participación se ve menoscabada por falta de educación). De hecho, para que las mujeres obtengan puestos cualificados, necesitan haber cursado varios años más

de educación que los hombres que ocupan iguales cargos. (Valdés, T. & Gomariz, E. 1993, p.56)

Así entonces va conformándose un panorama que da cuenta, a partir de índices y observaciones comunes, de nuevos espacios y figuraciones públicas de la mujer. Sin duda se trata de cambios, pero también de continuidades en los cuales están involucradas diversas dimensiones. Nos interesamos particularmente a aquéllas que dicen relación con los modelos socio-culturales que están en juego y al impacto de estos procesos evolutivos en la vida personal y en las representaciones de los individuos, especialmente de las mujeres.

2.3.2 Cambios y continuidades: Nuevos y viejos modelos

Tras la constatación de las transformaciones de los roles femeninos y, en cierta medida, de la figura cultural de la mujer, se encuentra la generación de nuevos modelos que expresan, estimulan y sostienen estos cambios de género. Hoy puede reconocerse en el país la presencia de un nuevo mensaje cultural sobre la mujer. Expresado a través de los diversos canales sociales, el ideal de la mujer "moderna", independiente y autónoma comienza a expandirse y a integrarse al discurso social. Así el discurso de la no-discriminación⁸ -identificado con la modernidad- sostiene la legitimidad de la demanda femenina; el reconocimiento de la justicia y la conveniencia de su incorporación al mercado de trabajo y al proceso de toma de decisiones; la validez de sus derechos, etc. (Hola, E. & Todaro, R. 1992)

Si bien la aparición de estos nuevos referentes para la figura femenina corresponde a una evolución similar a la que describiéramos para Europa occidental, hay que considerar que la distancia en el tiempo tiene implicancias que se constituyen en diferencias significativas. En otros términos, la generación de un nuevo modelo socio-cultural ligado a la evolución de los roles femeninos, empieza

8 Término utilizado en referencia especial a la no-discriminación en el ámbito laboral y en el de la participación política.

a manifestarse con claridad en América Latina, y en Chile particularmente, alrededor de dos décadas después. Como bien lo afirma E. Sullerot (1978), esta distancia temporal con que se adoptan las nuevas pautas culturales, genera una transformación de sus sentidos y significados. De hecho, las mismas modificaciones cambian su significación dependiendo del momento en que operen.

No parece tratarse entonces de la simple reproducción de lo que se describiera como el modelo de la "semejanza", sino que la distancia temporal y las características locales llegan a tener un poder transformador del modelo. Se piensa en particular, que la adopción de estos nuevos referentes culturales está mediatizada por la percepción que tienen los individuos de los efectos que éstos ya han producido o producen en los países desarrollados. Independientemente de su veracidad, la "evolución" femenina, se encuentra asociada a la imagen de fragilidad de la estructura familiar e incluso a estereotipos de la mujer egoísta; que rechaza la maternidad; que sólo le interesa el éxito personal y que siempre está dispuesta a nuevas aventuras amorosas. Imagen bastante común en las representaciones tanto de hombres como de mujeres; la cual es permanentemente reforzada por los medios de comunicación y otros agentes socializadores. En otros casos, sin llegar al estereotipo extremo, la adopción de los nuevos referentes pareciera acompañarse más bien de la percepción de que éstos constituyen una fuente de problemas. Recuerda la afirmación de E. Badinter (1992) respecto al modelo de la semejanza, en el sentido que en éste las certezas se transforman en evidencias de problemas.

De este modo, puede pensarse que los nuevos roles femeninos se sostienen en un modelo que se presenta ambivalentemente: por un lado, se le asocia a la igualdad de oportunidades y a la no-discriminación, y por el otro, como portador de graves amenazas con relación al ámbito afectivo y a la estabilidad de la estructura familiar. Es decir, los cambios son positivos, pero "peligrosos".

Esta suerte de "doble mensaje" se ve reforzado por la aun poderosa vigencia en la sociedad chilena de pautas tradicionales en relación con la división de roles sexuales. De lo que se denominara modelo de la "complementariedad". No sólo las cifras, como ya se mencionara, dan cuenta de éstas. Simples indicadores como los contenidos y formas de la publicidad; las relaciones cotidianas o la vida familiar son también expresivos de la continuidad y arraigo de este modelo.

Todo lo anterior pareciera indicar entonces que se está frente a un doble referente con relación a la condición femenina. Y no pareciera tratarse de una coexistencia anodina, sino más bien que se constituye en una fuente eventual de fuertes contradicciones ya que, como se ha visto, en rigor, se trata de modelos opuestos tanto en sus formas como en su sustento ideológico.

Sin embargo, es necesario considerar que el arraigo de las pautas tradicionales no alude tan sólo a la mantención del pasado. Como bien lo explica H. Lamarche (1980), la tradición no se limita solamente al aspecto temporal; tiene también connotaciones profundamente morales. Así los roles tradicionales, serían más bien, para el autor, "roles-convenientes", los cuales se inspiran naturalmente del pasado, de estructuras muy antiguas, las que combinadas con otras más recientes forman un solo modelo que es percibido como algo que siempre ha existido y que debe perpetuarse.

Estas precisiones de Lamarche (1980), permiten pensar que la vigencia del modelo tradicional femenino, es bastante matizada y no necesariamente es percibida como característica de otra época o vivida como el peso de las costumbres.

De este modo, las contradicciones que puede comportar la coexistencia de modelos o referentes de la feminidad a las que se refiere, se ven también de alguna manera mediatizadas por los eventuales matices en la percepción y vivencia de lo tradicional.

Este doble standard para la condición de la mujer, se expresa claramente en los estudios realizados en Chile con relación a la inserción laboral femenina. De acuerdo a éstos, uno de los fenómenos más relevantes ocurridos en los últimos veinte años, es el que se refiere a los procesos de continuidad y ruptura del sistema de dominación de género: continuidad de los valores que sustentan la condición de desigualdad social de la mujer y discontinuidad de las prácticas concretas mediante las cuales dicha desigualdad se crea y se refuerza.

Aunque se observan algunos cambios en el perfil de la segregación de la mujer en el mercado de trabajo -inserción en actividades del sector servicios y feminización de ciertos puestos laborales-, este perfil no ha variado substancialmente y tampoco ha cambiado el criterio social sobre cuya base se considera a la mujer y sus actividades como secundarias. (Hola, E. & Todaro, R. 1992, p.13)

En este ámbito, afirman las autoras, el vínculo entre masculinidad y poder organizacional sugiere que el reconocimiento de los procesos de modernidad no es sinónimo de igualdad o ausencia de discriminación. Lo que habría más bien son nuevas formas de expresión de la discriminación, más persuasivas que represivas; más ideológicas que coactivas; más sutiles que directas. El hecho de no encontrar modificaciones sustanciales en uno de los sectores considerado como de los más modernos de la economía chilena -el sector financiero-, permite a las investigadoras desvirtuar el mito según el cual la discriminación va desapareciendo con la modernidad. *"...Por el contrario, la discriminación no cambia, si cambian los mecanismos a través de los cuales ella se perpetúa..."*. (Hola, E. & Todaro, R. 1992, p.14)

Puede pensarse entonces que la sociedad chilena porta hoy día importantes contradicciones en su discurso relativo a la mujer. Los estímulos sociales que favorecen las transformaciones a nivel de la división de los roles sexuales, parecieran ser sólo parciales y no formar parte de un proceso social más global y consolidado.

2.3.3 El cambio en la continuidad

Se decía en un inicio que es relativamente fácil hoy en Chile distinguir ciertas transformaciones en lo que se refiere a la condición femenina. Sin embargo y paradójicamente, muchas mujeres, cuando testimonian sobre su propia experiencia, parecen resistirse a la idea de un cambio.⁹ Efectivamente, cuando se las interroga sobre sus nuevos roles, una respuesta frecuente es que no se trata de un cambio, sino más bien de "extensiones" o "ampliaciones" de los roles que siempre han ejercido. Más allá de las diferencias etarias y sociales, la respuesta es similar: "somos las mismas de siempre", dicen, "sólo que hoy hacemos más cosas"

Un ejemplo de esta especial manera de percibir los cambios, es con relación a la valoración de su experiencia en el mundo del trabajo. Si bien, la mayoría valora fuertemente su incursión en este ámbito, la explicitación de esta valoración no deja nunca de aludir a la maternidad y a la pareja. Es decir, reconocen la importancia que el trabajo tiene para ellas, pero al mismo tiempo lo condicionan a que esta actividad no implique el "descuido" de la pareja ni de los hijos. Por descuido pareciera entenderse una amplia gama de conductas que tienen en común el no responder exactamente al diseño más tradicional del rol femenino en cuanto al cuidado y reproducción de la familia.

De este modo, puede observarse una tendencia en las mujeres a supeditar su desempeño laboral al requisito de no transgredir ciertos cánones establecidos sobre su rol de madre y esposa. Estos parecen constituir una suerte de fronteras o límites internos entre los cuales ella se permite transitar en su incursión laboral.

9 Todas las referencias siguientes sobre opiniones y actitudes de las mujeres, corresponden a los datos obtenidos en la primera etapa de la investigación: "Identidad femenina y modernidad", realizada en Mayo de 1992 por Sharim, D. Rodó, A. & Silva, U. Las generalizaciones aquí expresadas son sólo posibles dentro de los límites que este estudio permite. La muestra de la investigación está constituida por grupos de mujeres de sectores medios y populares; jóvenes y adultas. También se incluyó a dos grupos de varones de ambos sectores sociales. La técnica de recolección de información fue de grupos focales. SUR Profesionales, Documento de trabajo, Septiembre 1992, Santiago de Chile.

La afirmación "no cambiamos, sólo realizamos nuevas actividades", está también de alguna manera presente en la permanencia de la asociación del ser mujer a la maternidad. El hecho de que para la gran mayoría de ellas la maternidad les signifique la experiencia básica de autorrealización, las lleva a homologar en su discurso, y sin hesitaciones, los conceptos de mujer y madre: "ser mujer es ser madre".

Por otro lado, los grupos de varones entrevistados en la investigación citada, sí incorporan, y de manera explícita, en su discurso, la noción de cambio en relación con la situación de la mujer. No sólo reconocen un cambio, sino que también dicen valorarlo. Particularmente en lo que se refiere al trabajo femenino, del cual piensan que constituye un espacio que ellas han ganado, en el cual demuestran competencia y calificación y que, incluso, muchas veces su desempeño es mejor.

Lo que no parecieran percibir estos grupos de varones, es la fuerza con que las mujeres establecen los límites a sus nuevos papeles, especialmente con relación al trabajo. Por el contrario, según ellos la inserción laboral femenina implica una cierta amenaza, un temor respecto a que, finalmente, la mujer no priorice el rol de esposa y madre frente a su desempeño en el mundo público. En otros términos, junto a valorar y aceptar los cambios femeninos, ellos temen una suerte de postergación de los roles que las mujeres han ejercido desde "siempre" en el ámbito de lo privado. Imaginan, por ejemplo, y quizás como proyección de su propia experiencia, que las exigencias del mundo laboral y de una vida "más moderna", pueden determinar una menor preocupación y dedicación de la mujer por la vida doméstica y familiar.

Particular divergencia entonces, entre la percepción masculina y femenina de los cambios acaecidos a las mujeres. Mientras las mujeres evitan hablar de cambios, los hombres los explicitan y valoran ambivalentemente, asociándolos a avances por un lado, y por el otro a temores y riesgos de pérdida.

A pesar de los límites de la información que se maneja, no parece demasiado osado intentar ligar estas percepciones particulares a la presencia de un doble modelo o mensaje social al cual se hacía alusión anteriormente. Probablemente, el no querer hablar de cambios, revela en las mujeres ciertas contradicciones y conflictos frente a la doble proposición que está recibiendo respecto de su condición y status en tanto mujer.

La coexistencia de modelos: de dolores y temores

Considerando los antecedentes entregados, parece necesario preguntarse por los alcances que puede tener la presencia paralela de dos modelos, aparentemente opuestos, con relación a la vivencia femenina. Es decir, se trata acaso solamente de nuevos roles, de cambios superficiales que no alcanzan las definiciones internas o hay también otros niveles que están en juego detrás de esta aparentemente inofensiva "ampliación de roles"

Se sabe que las sociedades determinan el tipo de mujer y de hombre que "necesitan" que las constituyan, lo que da paso a modelos que generan, a través de dispositivos de poder, los sujetos que ese sistema necesita. Pero también se sabe que cada sujeto pone una resistencia propia, *"establece un conflicto entre su psiquismo y la fuerza socio-cultural que lo conforma"* (Matrajt, M. 1994. p.6). Se agrega asimismo, que los modelos no sólo generan resistencias, desde el punto de vista psicológico, sino que también entregan espacios de reconocimiento y de legitimidad personal. De cierta manera, "seducen".

Así, la coexistencia que se postula en la sociedad chilena, no implica necesariamente una valoración polarizada de ambos referentes. Es decir, no parece que la presencia de un nuevo modelo que aparentemente entrega pautas distintas sobre la feminidad, sea percibida como la solución absoluta a los viejos problemas que comportaba el modelo tradicional. Ni tampoco parece que las pautas tradicionales tengan una connotación totalmente negativa, que exija su anulación y olvido.

Más bien se piensa que ambos modelos generan, en las mujeres en este caso, seducciones y resistencias. Legitimidad y rechazo. El modelo tradicional, el cual se ha denominado de la complementariedad, de acuerdo a Badinter, ha tenido como mandato permanente a la mujer el ser cuerpo para ser madre; cuerpo para otro, para dar placer a otros, para perpetuar la especie, para reproducir. La valoración de una mujer, pautada por la sociedad, pasa por la creatividad en el ámbito doméstico, privado: tener esposo, hijos, cuidarlos, ocuparse de ellos. Las sanciones a las eventuales transgresiones tienen un amplio espectro, cuya forma más leve puede ser el rechazo y la desaprobación de los familiares, amigos y el entorno social en general. Sin duda, estas pautas han generado grandes dolores a las mujeres y muchas de sus consecuencias se detectan a través de lo que se califica como trastornos neuróticos, en la medida en que se expresan como cuadros angustiosos, depresivos, polisintomatología o somatizaciones diversas. Más que apelar a estrictas categorías psicopatológicas, pareciera que los trastornos asociados a las pautas tradicionales corresponden a dolores de "secundariedad": de soledad; de encierro; de rutina; de dependencia material y afectiva; de miedo a desenvolverse de manera voluntaria en áreas "prohibidas" de creatividad; de frustración, de ausencia de un proyecto propio.

Pero no solo de dolores se trata. Al mismo tiempo, en el marco del modelo de la complementariedad, las mujeres han encontrado espacios propios, de legitimidad social y asociados también a una cierta cuota de poder. A modo de ejemplo, puede decirse que la familia chilena, en general, tiende a tener una estructura "matrifocal" (Gissi, J. 1982), es decir que la mujer, la madre, constituye el eje central del funcionamiento cotidiano. Matrifocalidad que otorga un poder de la vida diaria; de las decisiones domésticas y que la convierte en el sostén de la vida afectiva familiar. Se puede pensar, por tanto, que este referente no ha implicado únicamente limitaciones para las mujeres, sino que también, y al mismo tiempo, ha constituido un espacio de gratificaciones y de legitimidad social.

Por otro lado, los nuevos mensajes y referentes, el modelo de la "similitud", que, como se explicara, resulta del progreso y de los logros de las luchas de

movimientos por la emancipación, no significa tan nítidamente para las mujeres una "liberación" de los problemas que las aquejan como género. Ciertamente representan una oportunidad de encontrar alternativas orientadas a salir de su encierro y rutina y a vivir una vida de mayor independencia económica. En este discurso de la igualdad y de la no-discriminación, la ilusión de ser sujeto de la propia vida, no resulta extraña ni demasiado susceptible de sancionar. La proposición de este modelo resulta evidentemente atrayente para las mujeres; contiene una gran posibilidad de desarrollo, de poner fin a las frustraciones acumuladas a lo largo del tiempo.

Pero también se le percibe riesgoso. La afirmación de Badinter (1992) se hace aquí, una vez más, pertinente: *"Se abandonan los viejos referentes, sin estar muy seguros de los nuevos"*.(p.22) Así, las nuevas proposiciones de igualdad, parecieran implicar un cuestionamiento a los referentes que han dado una legitimidad histórica a las mujeres en tanto reproductoras de la vida cotidiana. El riesgo de perder este referente no atañe tan sólo entonces al cambio de roles, sino que lo que pone en juego es la legitimidad como género. Legitimidad que, por cierto, no es fácil de reencontrar en otro marco, pues exige de profundas transformaciones ideológicas y culturales en cuanto a la concepción de las diferencias sexuales y de las desigualdades entre los géneros que le están asociadas.

En estos temores y resistencias a los nuevos referentes, pareciera también estar presente la amenaza de la ruptura familiar. Es decir, pareciera asociarse los nuevos roles femeninos a una conducta que poco a poco va desembocando en la soledad, el individualismo y a la pérdida del espacio familiar. Asociación que seguramente es producto de gran cantidad de estereotipos, pero también de conflictos reales que resultan de los cambios de roles femeninos en una sociedad que pareciera no decidirse aun por asumir en toda su magnitud las exigencias y transformaciones globales que requieren estos cambios. De esta forma, no parece tratarse aquí de la evolución de un modelo que ya no responde a las nuevas necesidades que surgen en el tiempo. La presencia paralela de dos referentes

distintos, pareciera revelar una profunda contradicción social que impide una proposición más clara y definida de cambio. Más aún, esta convivencia no parece resultar de una evolución natural de un modelo a otro, proceso en el cual hay etapas en que ambos tienen una presencia significativa. Queda la impresión que es posible reconocer, más bien, una cierta "voluntad" o intencionalidad social en la mantención de esta dualidad. Es decir, una proposición de cambios limitados por la perpetuación de valores tradicionales. Cambios a nivel de ciertos roles que permitan a las mujeres desenvolverse en áreas diversas; pero que no cuestionen radicalmente los valores y concepciones ideológicas y culturales que han sostenido la endémica división sexual de los roles.

Es así que la hipótesis de este trabajo sostiene que, al menos en el caso chileno, los nuevos referentes de la femineidad contienen efectivamente una dimensión de transformación, la cual alude, por una parte, a favorecer nuevos roles y conductas, y por otra, a la constitución de un discurso social en pos de la igualdad y de la no-discriminación. Pero al mismo tiempo, no parecen ser portadores de una proposición que provoque transformaciones valóricas profundas que marquen una diferencia significativa con el modelo tradicional.

Contradicciones sociales y conciliaciones individuales

Si bien se puede hipotetizar que, en rigor, los nuevos parámetros no difieren fundamentalmente de los antiguos, a nivel del discurso y de las formas sí se encuentran proposiciones radicalmente distintas, opuestas e incompatibles. Su coexistencia comporta entonces importantes contradicciones sociales respecto a la desigualdad-igualdad entre los sexos.

Frente a estas contradicciones, las mujeres parecieran entrar en un proceso interno, individual, de "negociación" de conflictos. No se trataría de cambiar, sino más bien de conciliar propuestas distintas, muchas veces opuestas que actúan tanto en el ámbito de las conductas cotidianas como también a nivel de la

valoración personal, poniendo en juego aspectos importantes de la identidad en tanto género. Una suerte de negociación interna se hace entonces necesaria entre los modelos; entre los roles y entre los roles y cada modelo. Cómo se resuelve entonces este conflicto, frente al cual la sociedad pareciera contentarse con su doble proposición, dejando la solución delegada en quienes "necesiten" resolverlo. Frente a la contradicción social, entonces, aparece el intento individual de conciliación de roles y propuestas que se presentan como opuestos.

En este contexto, es posible entender el por qué la mayor parte de las mujeres de la investigación citada anteriormente se resisten a hablar de cambios sobre su condición. Podemos pensar que el hacerlo les significaría hacerse cargo individualmente de una enorme transformación social. Frente a esta presión, resulta menos riesgoso y removedor intentar el esfuerzo de conciliar las proposiciones que "están en el aire". Compatibilizar entre los distintos roles propuestos; entre los roles ejercidos y los modelos preponderantes en distintas situaciones y también entre las distintas definiciones de cada modelo. Se trata de no desperdiciar las posibles puertas de salida a su condición de secundariedad, pero al mismo tiempo, de no arriesgar los espacios afectivos que ella sostiene y que cada vez se vuelven más importantes en una sociedad que los pierde a ritmo vertiginoso.

En otros términos, el intento de hacer compatibles proposiciones aparentemente tan dispares, permitiría a las mujeres soslayar o atenuar el conflicto que se intuye respecto a eventuales pérdidas afectivas. Evitar esta amenaza, al menos subjetivamente, aparece como una necesidad de primer orden, pues lo que parece estar "en el aire" es el temor a que los cambios en la dinámica familiar, que se derivan de la ampliación de los roles femeninos, lleguen a poner en juego o incluso a desarticular la familia, y con ello el espacio más legitimado para la mujer.

Los nuevos roles y la percepción de si misma

A partir de la información que manejamos, puede postularse la presencia de dos discursos paralelos en la mujer sobre si misma. De un lado, un discurso explícito que alude a la ampliación de roles y que permite hipotetizar sobre la incorporación de nuevas dimensiones en la identidad femenina. Pero también un discurso a nivel de lo implícito, que se resiste a los cambios y que aparece ligado al temor de la posible ruptura con modelos ancestrales de funcionamiento que, sabemos, están profundamente arraigados en la estructura psíquica de la mujer.

Esta disociación que sugiere el mundo de las autorrepresentaciones femeninas parece reproducir en gran parte, las contradicciones del discurso social respecto de la mujer. Como ya se mencionara, este discurso contiene un doble mensaje respecto a los cambios y continuidades en lo que se refiere a la dinámica entre los géneros.

Contradicciones que, en una primera mirada, conducirían probablemente a un conflicto interno; a una necesidad de definiciones y autodefiniciones más precisas. Sin embargo, las mujeres parecen no vivenciar esta situación como conflictiva. O más bien, parecen intentar a cualquier precio evitar la evidencia de éste. De este modo, se tiene la impresión que los nuevos roles que están ejerciendo son integrados a la percepción de si misma de una manera "secundaria. Es decir, pareciera que la representación interna de las nuevas dimensiones del desempeño femenino se produce a un nivel muy distinto que aquéllas tradicionales. Nuevas dimensiones que se supeditan al eje central constituido por la maternidad, no sólo en cuanto a experiencia personal sino como modelo global.

En esta dirección, se cree válido para el caso chileno lo expresado por A. M. Daneau (1988), al afirmar que las mujeres perciben y realizan su propio desarrollo a través de los roles femeninos tradicionales (esposa, madre y dueña de casa). Pero que el mito de la mujer ideal, de la mujer liberada, persiste y se espera sea logrado por las propias hijas. Para las mujeres, continua Daneau, el

trabajo permanece como algo anexo, no constituye realmente un área de investimento mayor, de modo que puede ser abandonado siempre que el rol de madre lo requiera.

Este mecanismo, puede comprenderse a la luz de lo que clásicamente se ha descrito con relación a la autovaloración femenina. Esta se caracterizaría, como lo denomina S. Sturdivant (1983), como orientada hacia el otro, en el sentido que la realización personal se vive marcadamente a través del otro. Así, la mayor parte de las vivencias de éxito o fracaso, corresponden más bien a la experiencia laboral del esposo o a los estudios y desempeño de los hijos. Esta dirección estaría asociada, según la autora, a una frágil valoración de si misma, en tanto extremadamente dependiente de la aprobación del otro. La autora plantea que este centrarse en el otro alimenta una fuerte necesidad de aprobación de los otros. La mujer tiende a sentirse enteramente responsable de los éxitos o fracasos de sus relaciones, como también a crear dependencias artificiales. Se subraya asimismo, que si la autoestima femenina se funda en el éxito del apoyo y el cariño entregados a otros, se hace entonces necesario que éstos tengan necesidad de ella y de alguna manera dependan de ella. Esto crearía una doble relación: si los hijos y el esposo tienen "éxito", ellos serán menos dependientes de ella; y si ellos no logran sus metas, es ella quien fracasa.

Finalmente, esta autora afirma que en tanto las mujeres invisten gran parte de su identidad en los otros, ellas otorgan al mismo tiempo (a los otros) el poder de definir la realidad. Esto las dejaría expuestas por ejemplo, al etiquetamiento negativo de aquellos comportamientos juzgados como inapropiados, tal que una actitud de decidida confianza en si misma; la autonomía, la confianza o la afirmación de si. De este modo, éstas pueden ser codificadas como conductas arrogantes, agresivas o egoístas. Estas características, entre otras, que se van arraigando desde temprano en la estructura femenina, dificultan enormemente su desarrollo en nuevos espacios.

(...) la condición de la mujer implica que el acceso al mundo profesional no se realice en condiciones de normalidad. Puesto que la imagen de si misma, que proyecta con su actuación, será considerada, según cree, contraria al ideal de lo femenino, no hay mediación posible, ella se verá obligada a confirmar o a negar dicha imagen... en las mujeres se pone en marcha un mecanismo de distancia del rol y sin llegar a extremos de total escisión, de doble vida, se dan múltiples casos de asunción de roles muy diversos que suponen cualidades personales contradictorias. (Peña-Marín, C. 1982, p. 254)

Puede pensarse entonces, que la búsqueda del equilibrio que la mujer ha encontrado en su vínculo al hombre, le significa una compensación suficientemente importante como para no querer arriesgarla. Un cambio radical de su condición, se asocia a la autonomía y por tanto al desprendimiento de este referente identitario. Esto, naturalmente, constituye una amenaza considerable, sobretodo en el contexto del ofrecimiento contradictorio de la sociedad moderna con relación a la mujer y de la competitividad, individualismo, lucha de poder como rasgos que la caracterizan.

Sin duda se está frente a complejos mecanismos de adaptación y resistencias, que, como se mencionara, no parecen ser únicamente el correlato individual del paso de una norma a otra. Se trataría más bien de un particular "cambio en la continuidad". Modificaciones que permiten la mantención de un modelo tradicional bajo una imagen renovada que abre mayores posibilidades de desarrollo a las mujeres. Así una mujer que intenta desarrollar sus potencialidades fuera del rol femenino tradicional sin incurrir en transgresiones frente a los otros y frente a si misma, las realiza además de sus papeles "de siempre". Así la vivencia no es de cambio, sino de ampliación, de aumento.

Esto lleva a preguntarse si los trastornos de salud mental femeninos, ampliamente vinculados a la condición de género, se ven también modificados por este proceso. De acuerdo a Maccoby (1974, citado en Sturdivant, S. 1983), las

mujeres que intentan desempeñarse en áreas no tradicionales se ven expuestas a un serio conflicto y a una gran ansiedad. La necesidad de nuevas indagaciones y despliegues, se ve obstaculizada por aquélla de mantener su rol tradicional. Los obstáculos externos e internos se constituyen muchas veces en una barrera difícil de franquear. En el caso chileno, la alta demanda de atención psicológica y psiquiátrica de las mujeres, permite afirmar que además de los conflictos derivados de la frustración, ambivalencia y discontinuidad, asociados a los roles tradicionales, hoy se observan trastornos asociados a importantes sentimientos de fragmentación, de culpabilidad y de rabia. Trastornos que no son difíciles de comprender como resultantes, en una medida importante, del doble standard de funcionamiento que pareciera caracterizar cada vez más a gran parte de las mujeres chilenas.

Si bien se piensa que estas proposiciones pueden ser válidas para las mujeres como género, en tanto se trata de características que marcan fuerte y profundamente su condición sexual, no se puede desconocer la importancia de otras variables que también juegan un papel importante en este proceso y que seguramente dan cuenta de la gran gama de diferencias que pueden reconocerse entre unas y otras. Así por ejemplo, la condición socio-económica parece de una incidencia importante. Difícilmente, las mujeres podrían adoptar nuevos referentes de mayor autonomía respecto a su condición, si viven una realidad de pobreza en la cual la dependencia económica resulta una necesidad. No puede hablarse de autonomía si la discriminación laboral o la falta de recursos para el cuidado de los hijos continúan siendo una lamentable realidad.

3. GÉNERO E IDENTIDAD

La discusión e investigación sobre la variable de género es particularmente susceptible de ser abordada desde múltiples perspectivas. El concepto mismo convoca la dimensión sociológica; la psicológica y también la biológica. La revisión realizada hasta aquí en este trabajo, ha enfatizado una mirada respecto a los cambios y transformaciones en relación al género durante las últimas décadas. En ese contexto, se han identificado tensiones importantes respecto a dichas transformaciones. Se ha subrayado especialmente aquella entre lo social y lo individual, en el sentido de entender cuál es el escenario preponderante en esta problemática y cómo se dan las relaciones entre ambos niveles. Y así también, se ha destacado la tensión entre el análisis de los roles de género y el de los significados que le otorgan quienes los desempeñan.

En el marco de estas tensiones, se ha ido configurando paulatinamente la pregunta central de esta tesis, la que se refiere al modo en que los individuos se están actualmente apropiando del género como referente identitario. El concepto de identidad, de identidad de género más específicamente, se ubica así en el centro de la investigación.

Elegir la identidad como concepto central parece una opción coherente con la intención de abordar las tensiones detectadas respecto al género. Se trata de un concepto con gran poder articulador precisamente de las variables que aquí interesan. Su definición atraviesa la tensión entre lo singular y lo colectivo; entre las conductas y los significados; entre lo esencialista y la construcción histórica; entre lo objetivo y lo subjetivo.

El concepto de identidad, permite, por otro lado, inscribir el estudio del género en el marco de las grandes transformaciones que ha conocido la subjetividad en lo que se ha denominado postmodernidad o segunda modernidad,

en que la identidad se ha constituido en una de las formas mayores de la subjetividad (Kaufmann, 2004). Esta centralidad del estudio del sujeto para la comprensión de la identidad, se desprende de una concepción sociológica de lo que han sido los cambios socioculturales desde la última mitad del siglo pasado, en que los individuos transitan de un lugar subordinado a las instituciones, en que asumen roles establecidos y fijos, a otro en que pueden y deben construir su propia identidad (Ardoino, J. & Barus-Michel, J. en Barus-Michel, J., Enriquez, E. Levy, A. 2002).

En este capítulo se definirá el concepto de identidad desde su poder articulador de las grandes tensiones que atraviesan la problemática psicosocial, para poder finalmente concluir en una propuesta de definición de la identidad de género como concepto central de esta investigación.

3.1 El concepto de identidad

3.1.1 Lo social y lo individual

A pesar que la Filosofía ha abordado desde la Antigüedad el tema de la identidad, su utilización en el campo de las Ciencias Humanas, desde la perspectiva del individuo, es relativamente reciente.

Ha sido Erik Erikson quien introdujo el concepto en este campo a mediados de los años cincuenta con su obra “Infancia y Sociedad” (Erikson, E. 1966). En su trabajo, concibió el desarrollo de la identidad individual como un proceso complejo y continuo que involucra la relación con su entorno social. El énfasis en el carácter procesal de la identidad, tiene que ver con la influencia de Freud a través de su trabajo sobre la identificación. Si bien Freud no empleó en forma sistemática el

concepto de identidad, sí marcó su uso futuro en el espacio de la relación entre lo individual y lo social.

Erikson (1971) definió entonces la identidad como *“una vivencia subjetiva de mismidad y continuidad histórica...que implica un proceso localizado en el núcleo del individuo, pero también en el entorno cultural en que éste vive (...)”* (p.35).

De este modo, ubicó la identidad en el ámbito de lo psicosocial, entendiéndola como una síntesis relativamente estable entre las identificaciones primarias del individuo, los roles definidos en su entorno social y la información elaborada en torno a los valores. Concibiéndola en la dimensión inconsciente, pero también en la consciente, el autor otorga gran importancia a los roles sociales en función de la definición personal, pero además agrega un aspecto dinámico en la manera de entender la identidad. Plantea que el concepto no puede ser definido de una manera esencialista, sino que posee un carácter psichistórico. Esta proposición de entender la identidad desde un eje temporal, implica que ésta se extiende tanto hacia el pasado como al futuro, que tiene sus raíces en las etapas infantiles y que depende para su preservación y renovación de cada una de las etapas evolutivas del desarrollo humano.

De este modo, Erikson fue capaz de conjugar los diversos elementos que se ponen en juego en relación a la definición de sí mismo. Insiste, en primer término, en el carácter subjetivo de las posibles respuestas a esta interrogante, hablando incluso de un “sentimiento de identidad” para subrayarlo. Pero, especialmente, su aporte se expresa en ligar las identificaciones de cada individuo a su contexto social, lo que le permite establecer el carácter de proceso de construcción permanente de la identidad, en relación tanto al período evolutivo de cada individuo, como de las características de su entorno social.

Kaufmann (2004) en un reciente trabajo sobre la identidad, reconoce esta capacidad de Erikson, dándole el apelativo de “alquimista”, ya que supo recoger e

integrar en un planteamiento teórico los diversos elementos provenientes tanto del sentido común como del mundo científico y particularmente del momento histórico que le tocó vivir. Así, proponer la definición de sí mismo como un proceso permanente y en relación directa con el contexto social, dio respuesta a una necesidad mayoritaria en el período de la posguerra europea, relacionada con la reconstrucción de referentes, la búsqueda de sentidos y de lugares de pertenencia. La crisis identitaria estaba en el aire, dice Kaufmann, y Erikson pudo materializar una respuesta describiendo las etapas de la evolución de la identidad.

Pero también el autor desarrolla un punto de vista crítico respecto del aporte de Erikson, que parece relevante para esta revisión. Plantea que en su trabajo se nota un cierto resabio de una concepción esencialista de la identidad, en tanto, si bien la describe en un proceso de construcción permanente, también propone que éste debe conducir a un resultado o producto concreto asociado a la adultez o madurez. Esta contradicción restaría así peso al momento histórico y a los cambios sociales que un adulto puede enfrentar y especialmente a su potencial transformador de identidades, supuestamente ya “consolidadas” a través de un ciclo evolutivo. La pregunta de esta investigación tiene precisamente que ver con el impacto de los cambios sociales en las identidades de género adultas, para lo cual la concepción de la identidad como un proceso permanente y en estrecha relación con el entorno social constituye un marco muy relevante.

3.1.2 Subjetividad y objetividad: Identidad y roles

Durante toda la primera etapa de la modernidad, la definición de los individuos recaía principalmente en las instituciones. A través de lo que F. Dubet (2002) llama un “programa institucional”, los roles se confundían con los individuos, en tanto definiciones rígidas y totalizadoras desde lo social. Mediante la definición de un rol social específico, se “fabricaban” personajes sociales, parte de un programa basado en la creencia de una adecuación total de la persona al rol.

Esta fusión de roles e identidad también se presta para confundir identidad y pertenencia social. G. De Villers (1999), basado en M. Serres, distingue la identidad de la noción de pertenencia, ilustrándola a la luz de la lógica matemática, entendiendo la identidad referida a dos conjuntos que poseen los mismos elementos y no como la pertenencia de un elemento a un conjunto. Cuando se confunde la relación de pertenencia con la identidad, dice el autor, se confiere al elemento que pertenece a un conjunto, el valor de este conjunto. Esto implica una “colectivización” del elemento, que consiste en identificarlo con el conjunto del cual es parte. Para el autor, este error lógico tiene serias consecuencias, entre ellas, el poder convertirse en un fundamento para la exclusión. Es decir, el que no es idéntico a mí, desde el punto de vista de una característica particular, queda excluido del conjunto del cual yo formo parte y al que me identifico. Citando a Serres, ejemplifica estas consecuencias con el racismo, que consiste precisamente en elevar un rasgo de pertenencia al rango de identidad, como si ésta se agotara en una de las múltiples pertenencias que tienen los individuos.

Efectivamente, tanto las pertenencias como los roles sociales, pueden ser múltiples y ninguno de ellos, por separado, dar cuenta cabal de la identidad de una persona. La identidad expresa una mayor complejidad que la pertenencia y los roles, pues implica una problematización permanente en tanto significa, a la vez, aquello que es similar y aquello que es diferente. Esta dinámica se ubica en el corazón de los procesos identitarios y significa que cada individuo necesita parecerse a un conjunto y, al mismo tiempo, ser reconocido como miembro particular de su grupo. Estas necesidades de diferenciarse y de parecerse son opuestas y complementarias. Se trata de una dialéctica existencial que permite al individuo afirmarse como sujeto único, singular y, sin embargo, parecido a todos los suyos (de Gaulejac, V. 1996)

La complejidad del concepto de identidad es recogida por P. Tap (1980) al incorporar en su definición aquello por lo cual el individuo siente que existe en tanto persona, con todos sus roles y funciones, como también aquello por lo que

se siente aceptado y reconocido por otros. En la misma línea, J. M. Barbier (1996) identifica como ejes constitutivos de la identidad tanto el sentimiento de unidad y continuidad como el reconocimiento desde el otro. Plantea que aunque esas dimensiones están íntimamente ligadas, en tanto la imagen de si mismo está en estrecha relación con el reconocimiento del otro, no tienen exactamente el mismo significado. Barbier también identifica un eje temporal de la identidad que permite diferenciar entre las construcciones hechas en torno a un estado presente del individuo, lo que alude al reconocimiento identitario, y aquéllas que se realizan en función de un estado deseable, que apuntan al proyecto identitario.

A comienzos de los años 90, C. Camilleri (1991) retomando la concepción eriksoniana de la identidad como proceso psicosocial, aportó a una comprensión que, si bien considera los roles sociales, los trasciende. Reconoce una posibilidad teórica de construirse según el propio parecer, a lo que denomina función ontológica de la identidad. Pero, al mismo tiempo, identifica los obstáculos para esta tarea tanto internos como del entorno, lo que le permite plantear otra función de la identidad que denomina pragmática.

La función ontológica vela por la relación con el si mismo; la función pragmática estructura la relación con el entorno. Una de las finalidades del proceso identitario es que ambas funciones sean acordes. Entre la función pragmática y ontológica habría así una relación de negociación.

Siguiendo a Camilleri (1991), es importante integrar otras características relevantes del concepto de identidad que, si bien provienen de la investigación y reflexión del autor sobre el fenómeno de la inmigración y su impacto a nivel de la identidad, resultan también atingentes para el problema de esta investigación. Estas características son las siguientes:

- a. La identidad alude a la necesidad de unidad, de ser un todo que perdure, que tenga constancia. Cualquier contenido o determinante de la identidad debiera satisfacer la necesidad de tener un sentimiento de

unidad perdurable sincrónica y diacrónicamente. De este modo, en las sociedades occidentales, la identidad está primeramente ligada a una constancia.

b. Aunque se requiera de constancia, los contenidos de la identidad no son fijos. El sentimiento de identidad se caracteriza por mantenerse a pesar de los cambios. Hay una dialéctica entre la permanencia y la integración de lo nuevo. Si la constancia significara adherir a un contenido fijo, nos reduciríamos, dice Camilleri, a una identidad mecánica que elimina un componente esencial de la experiencia humana: la integración de lo nuevo. Se sabe que el devenir individual implica tanto reproducciones como cambios. El proceso identitario, al mismo tiempo que proyecta hacia el futuro, retoma el pasado. Se trata de una negociación interna de las diferencias en una formación que genere el sentimiento de ser coherentes.

La identidad puede confundirse con lo que permanece en el individuo, sin embargo la sensación de seguir siendo el mismo no excluye el cambio. El cambio es especial. Se produce negociando la articulación de lo nuevo con lo anterior. Esto, de tal manera, que lo nuevo sea percibido en una relación aceptable con lo que existía antes.

Esta característica alude a que la identidad no es un dato fijo, sino que está inscrito en una historia de intercambios con el entorno. Por esto, Camilleri prefiere hablar de procesos identitarios que de identidad.

c. Los componentes identitarios tienen una relación de sentido entre ellos. En la medida en que se logra integrar las diferencias sin exclusión, la persona puede construirse como una unidad, no de tipo aritmético que excluya la diversidad, sino, por el contrario, que la incluye. Se trata de una unidad de sentido y no de una sumatoria de elementos similares. Para Camilleri, un polo central de la identidad es entonces la

creación de un sentido, que ordena los distintos componentes. Este sentido constituye al sujeto y le permite así reconocerse a si mismo.

d. Este ordenamiento que realiza el sujeto, no sólo está orientado en función del sentido, sino también en relación a la valoración, que el autor considera como un segundo polo de la identidad.

El mecanismo por el cual la persona se atribuye ciertas características, integradas con un sentido, está muy ligado a aquél por el cual se atribuye una valoración. Así, la constitución de la identidad es inseparable del valor y reconocimiento que se le otorgue.

e. Un tercer polo de la identidad es, para el autor, la noción del otro. Todas las operaciones que el sujeto realiza sobre si mismo, tanto en relación a los sentidos como a la valoración, no serían posibles en abstracto. Requieren de un contexto específico, de una situación. Este contexto es mediatizado por un otro, que tiene formas distintas como otro individuo, grupos específicos, organizaciones o instituciones. El otro actúa como reflejo o referente tanto de los sentidos como de la valoración de los contenidos identitarios.

f. La última característica que releva Camilleri se refiere a que la identidad individual se estructura en función de la integración y jerarquización de los múltiples referentes colectivos de una persona. La construcción identitaria individual implica así la integración de distintos referentes en función de los sentidos en que el sujeto se reconoce a si mismo.

Esta caracterización de la identidad reafirma la dificultad de acceder a ella a través de una relación mecánica con los roles sociales. En relación a esto, J. M. Barbier (1996) afirma que el estudio de la identidad plantea problemas

metodológicos y epistemológicos, ya que la identidad no sería directamente accesible. Propone abordarla por la vía de las expresiones verbales, cautelando que las construcciones discursivas sean situadas en el contexto de su enunciación. Se requiere así de un fino análisis de discurso para recuperar los marcadores de la expresión identitaria.

Para el autor, en el plano epistemológico, el manejo de estas construcciones y de sus vínculos con las prácticas y la situación, implica la movilización de paradigmas de pensamiento muy diferentes al positivista. Su manera de comprender la identidad, consistente con la de Camilleri (1991), caracterizada por una continuidad en el tiempo, una cierta unidad y una constante transformación, constituiría un abordaje también fecundo para la comprensión de las prácticas sociales.

De este modo, puede observarse que la definición del concepto de identidad ha adquirido mayor complejidad en la medida en que se dejó de comprender desde una mirada fusional con los roles sociales. Esta complejización ha permitido considerar lo subjetivo en el proceso de construcción identitaria, en tanto la búsqueda de sentidos constituye uno de sus ejes centrales.

Sin embargo, es importante considerar los planteamientos de Kaufmann (2004) en relación al riesgo de entender como excluyentes roles e identidad. En este sentido, lo recién mencionado de la proposición de Barbier (1996), sobre la eventual fecundidad del enfoque para la identidad en el ámbito de las prácticas sociales, parece aportar en la misma línea.

Kaufmann (2004) reconoce que efectivamente la identidad individual no se restringe hoy a la ejecución de roles rígidamente definidos desde las instituciones. Pero considera que el análisis de los roles no puede quedar fuera de una comprensión de la identidad, pues actualmente éstos se caracterizan por ser más flexibles, lo que permite (y obliga) a dar un sentido personal al desempeño de cada uno de ellos. Es decir, el autor está de acuerdo con F. Dubet (2002) respecto

a que en la segunda modernidad hay un mayor distanciamiento de los roles, pero acota que solamente esto se produce en relación a un cierto tipo de roles, aquéllos más rígidos e integrados en una amplia maquinaria normativa, controlados jerárquicamente y restrictivos de las redefiniciones personales. Pero para Kaufmann no habría tal alejamiento de otro tipo de roles emergentes cada vez con mayor fuerza. Roles flexibles, cambiantes y autodefinidos colectivamente. En definitiva, roles que aceptan la acción del sujeto, en tanto son susceptibles de significados diversos. En este nuevo escenario, los nuevos roles no sólo dan mayor libertad de definición personal, sino que de cierta manera también “obligan” a los individuos a autoconstruirse y a redefinirse de una manera totalmente nueva.

Por estas razones, Kaufmann (2004) plantea que dejar hoy de lado el estudio de los roles tiene un costo científico tan alto como confundirlos o fusionarlos con la identidad. Como se verá más adelante, este planteamiento tiene gran incidencia en relación al estudio específico de la identidad y roles de género.

3.1.3 Identidad biográfica: el trabajo del sujeto

La reconsideración de la subjetividad para comprender la construcción identitaria, ha permitido de manera importante despojar al concepto de su connotación rígida y esencialista. En este marco, de una mirada más abierta y dinámica de la identidad, ha sido posible incorporar en su definición la dimensión histórica, en su forma de relato. “...*la identidad es la historia de si que cada uno se cuenta....*” (Kaufmann, 2004. p151).

El estudio de la identidad a través de los relatos de vida, se hace visible comenzando la década de los 80, período en el cual es posible reconocer una suerte de retorno a los métodos biográficos en las ciencias sociales, los que, desacreditados por las metodologías cuantitativas que dominaron la investigación

particularmente después de la segunda guerra, conocieron un largo período de abandono.

Es el filósofo P. Ricoeur (1991) quien ha jugado un papel central en esta visión dinámica de la identidad. Plantea que la narración de la propia historia corresponde a dar la forma de relato a la realidad. Es decir, un encadenamiento de sucesos que los hacen legibles y da sentido a la acción. Plantea que la construcción de un relato contiene una dialéctica entre los que él denomina la “mismidad” y la “ipseidad” (1990), conceptos que aluden a lo parecido y a lo diferente respectivamente. Para Kaufmann (2004), esta dialéctica resuelve el viejo dilema de la filosofía respecto a cómo es posible el cambio permanente manteniéndose siempre el mismo. En esta comprensión, la identidad y la diversidad dejan de ser opuestos.

La elaboración misma del relato implica la posibilidad de hilar los sucesos vividos, lo que le otorga un sentido precisamente a estas experiencias. Los sentidos que se desprenden de un relato, son los que permiten acceder a la identidad del narrador, ya que esta elaboración es producto del trabajo reflexivo del sujeto.

Entender la identidad en su dimensión biográfica plantea una discusión importante respecto a la manera de abordar la relación del individuo con su historia. Desde la corriente de la “sociología clínica”, V. de Gaulejac (1987) propone mirar esta relación considerando al individuo como producto de su historia y al mismo tiempo como actor de ella. Esto en el marco de concebir al individuo como un ser psico-socio-histórico, constituido por la totalidad de su experiencia biográfica.

Entender al individuo como producto de su historia, permite comprender la manera en que la historia personal está marcada por los conflictos de la historia familiar, la que, a su vez, se ve atravesada por las contradicciones de la historia social. Es así que la conflictiva individual no constituye solamente una

problemática de orden psicológico, en la medida en que está ligada a las contradicciones que caracterizan la historia del grupo de pertenencia y el medio social que ha contextualizado la construcción de su identidad.

La historia constituye así un factor de relevancia en relación a los comportamientos, actitudes y personalidad de los individuos. La comprensión de este proceso de influencia, hace necesario el análisis de la génesis social de los conflictos psicológicos, de los mecanismos sociales que estructuran la existencia individual.

Es necesario considerar, dice de Gaulejac (1987) que los procesos de identificación también conciernen a las características sociales de los individuos. Si se considera que el destino de un individuo está marcado por la historia, esto no significa que ésta se reduzca a la historia de relaciones afectivas entre el niño y los adultos que le han rodeado durante sus primeros aprendizajes. Incluso estas relaciones son portadoras de una diversidad de circunstancias sociales que las determinan. Así las primeras relaciones infantiles no son sólo transmisoras de afectos, sino también de ideologías y de aspectos culturales, sociales y económicos. Niveles imposibles de disociar, en la medida en que su articulación constituye el marco de referencia sobre el cual se construye la propia historia.

El autor cuestiona la tendencia de las ciencias a separar artificialmente las distintas vertientes que constituyen al ser humano. Incluso, plantea, aquellos enfoques que en Psicología reconocen el impacto de la historia social en los destinos personales, la ubican externamente, como un elemento que no concierne directamente a la formación y al funcionamiento de lo psíquico. Esta oposición entre los enfoques sociológicos y psicológicos, ha conducido a establecer una concepción del hombre dividido en "dos escenarios independientes". Un espacio "interior", en el cual se jugarían los afectos, la fantasía, las representaciones, las emociones, y otro escenario "exterior", donde se jugarían los asuntos culturales, económicos y sociales.

La proposición de de Gaulejac (1987), en el marco de un enfoque biográfico, es que "la vida es una obra que se desarrolla en un solo escenario". Si hay otro espacio, simbólico y metafórico, las representaciones que allí se realizan serían la expresión del escenario principal donde se juegan las relaciones sociales. No se trata entonces de otro espacio, cuyo funcionamiento sea independiente del contexto social donde están establecidos sus pilares. *"Comprender el peso de la historia en si mismo, significa comprender la articulación entre la historia personal y la historia social donde aquélla se inscribe"*(p.38).

La comprensión del "peso de la historia", en la construcción del individuo, lleva al autor a citar la noción de "habitus" de P. Bourdieu. (1984) El habitus sería el principio de los comportamientos individuales, en tanto se define como un sistema de disposiciones, producto de toda la experiencia biográfica. Se trata por tanto de un conjunto de prácticas que se van constituyendo en el tiempo y según su capacidad de aportar respuestas a las condiciones concretas de existencia, que se transmiten de generación en generación. Se trata de una suerte de programas históricamente montados que indican al individuo las maneras de ser y de comportarse en situaciones sociales. De esta manera, dice Bourdieu (1984), la historia, en su estado incorporado, se expresa a través de los "habitus", producto de una adquisición histórica que permite un proceso de apropiación. Así el habitus forma parte integral del individuo, en tanto se conforma mediante procesos de interiorización e incorporación. Procesos que, en su mayor parte, son inconscientes, en tanto las condiciones sociales de producción del habitus son ocultadas, negadas u olvidadas. Así, los habitus incorporados son percibidos como pertenecientes al orden de lo "natural", de lo innato, desprendiéndolos de su origen concreto. De esta manera, las condiciones sociales de producción del individuo, también conforman la dimensión de los procesos inconscientes del individuo.

Si bien los desarrollos de Bourdieu (1984) permiten comprender un aspecto esencial del "peso de la historia" en la construcción de la identidad y en la manera como la historia social penetra en el individuo, desplazándose desde los niveles macro-sociales a aquéllos micro-sociales, no se puede afirmar que el determinismo de la historia social explica todo el sentido de una existencia particular. Al decir de Gaulejac (1987), si la historia hace del hombre un individuo "programado", éste tiene, al mismo tiempo, la capacidad de modificar esta programación, de realizar una re-escritura. Esta capacidad puede entenderse en el contexto de una concepción de hombre constituido por la totalidad de su experiencia biográfica, en la cual el individuo no es sólo producto de su historia, sino que también actor de ella.

A esta capacidad de constituirse en actor, de Gaulejac (1987), la denomina el desarrollo de la función de historicidad. Es decir, la capacidad del individuo de modificar, no el pasado, sino que la relación con su historia, la manera en que ella opera sobre él. La historicidad individual constituye la posibilidad que tiene cada persona de actuar sobre si misma, de realizar un trabajo sobre lo que ella es; de autoconstituirse en sujeto. Si la historia marca los destinos, dice de Gaulejac, ella no los decide.

Como portador de historicidad, de la capacidad de intervenir sobre su propia historia, el individuo desarrolla una función que le posiciona en tanto sujeto en un movimiento dialéctico entre aquello que él es y aquello que él llega a ser. "El individuo es el producto de una historia de la cual él busca a transformarse en sujeto" (de Gaulejac, 1987, p.27). Inspirada en Heidegger y Husserl, la noción de historicidad es definida entonces como *"...la capacidad de distanciamiento del individuo en relación a su historia; su intento por modificar el sentido de ésta, por transformarse en sujeto, por adquirir "habitus" diferentes que le permitan enfrentar nuevas situaciones..."* (de Gaulejac, 1987, p.45).

De acuerdo a M. Legrand (1993), la construcción de una biografía que contemple al individuo como sujeto, implica considerar el o los momentos irreductibles de reflexión y de voluntad, de cuestionamiento de las opciones y decisiones. Lo que considera, siguiendo a Castoriadis, como un quehacer legítimo, a condición de no absolutizar esta dimensión del sujeto, en el sentido que es necesario considerarla en su interacción con las otras dimensiones presentes en una historia individual.

La definición de sujeto, plantea M. Legrand, encuentra sus dos grandes expresiones en Castoriadis y Sartre. El primero, restituye la fórmula clásica de la subjetividad, pero significativamente transformada por lo que ha sido la gran influencia del Psicoanálisis en este siglo. *"...El sujeto es la capacidad potencial de reflexión, de repliegue sobre si mismo, de voluntad y de decisión..."*¹⁰ Entendiendo la voluntad como aquella posibilidad del ser humano de incorporar dentro de las condicionantes de sus actos, el resultado de su proceso de reflexión. Se trata de comprender la dimensión reflexiva y práctica de la imaginación como fuente de creación. No es la eliminación de la dimensión del inconsciente lo que plantea Castoriadis, sino que, por el contrario, la constitución del sujeto le significa una relación diferente con su propio inconsciente. La idea de sujeto se construye de esta manera, aceptando primeramente los contenidos del inconsciente, en torno a los cuales el individuo desarrolla una actividad reflexiva y de deliberación.

En tanto que Sartre, quien, dentro de la Fenomenología ha reivindicado con mayor fuerza la concepción de sujeto, plantea que el hombre se caracteriza primeramente por la capacidad de superar una situación. Por lo que él llega a hacer de aquello que se ha hecho de él. En esta definición, citada por el autor (Legrand, M. 1993), "lo que él llega a hacer", constituye su praxis; y "lo que se ha hecho de él", hace referencia a las determinaciones sociales objetivas, que lo constituyen o le gobiernan desde fuera.

¹⁰ Traducción libre. *Le sujet est la capacité potentielle de réflexivité, de retour sur soi, et de volonté, de décision délibérée*" (Legrand, M. 1993, p121)

En un intento de conciliar ambas definiciones, M. Legrand (1993) señala que en ellas se encuentra la concepción de la subjetividad y de la libertad como de cierta manera limitadas por la imposibilidad de trascender las determinaciones, lo dado constitucionalmente o los contenidos del inconsciente.

Esta breve referencia a la concepción de sujeto permite comprender con mayor claridad su dimensión de historicidad, en el sentido que el hombre no solamente está inscrito en la historia, sino que también la porta y busca su significado.

Pero la comprensión de la relación que cada individuo mantiene con su propia historia requiere también del análisis del sistema social en el cual él encuentra y ocupa su lugar. Como se mencionó en un inicio, el individuo está siempre inscrito en un contexto de relaciones sociales que condiciona sus conductas y representaciones, que lo constituye como un sujeto socio-histórico. Por tanto, siguiendo a de Gaulejac (1987), hay una estrecha correspondencia entre la historicidad individual, mediante la cual el individuo tiende a constituirse como sujeto de su historia personal, y la historicidad colectiva, que se refiere a los procesos por los cuales una sociedad opera sobre si misma para poder controlar sus propias transformaciones¹¹.

La historicidad, como concepto psicológico, se vincula a su comprensión sociológica. Esta última designa el conjunto de procesos mediante los cuales una sociedad produce su historia y la primera hace referencia a la capacidad del hombre para producir mediaciones simbólicas en la relación consigo mismo y con el mundo. (Touraine, A. 1974)

Estos diferentes planos o dimensiones de la relación del individuo con la historia, son particularmente claros, dice de Gaulejac (1987), en aquéllos cuya

11 A.Touraine denomina historicidad a "l'action que la société exerce sur elle-même par l'investissement, la connaissance et la représentation qu'elle se forme de la créativité" (1974. p.37)

trayectoria está marcada por rupturas. Y son además enormemente clarificadores cuando se trata de vincular los fenómenos sociales y aquéllos de orden singular.

Es entonces desde esta comprensión del concepto de identidad, compleja, subjetiva e histórica, que puede abordarse la dimensión de género, como uno de sus núcleos principales. Identidad que se construye en un contexto de fragilización de las instituciones, lo que mirado desde otra perspectiva puede entenderse como un entorno en el cual la cantidad de significaciones disponibles se ha multiplicado de tal forma que la disparidad entre ellas hace que se anulen recíprocamente. Al decir de Kaufmann (2004), la identidad debe responder a esta “cacofonía” y paliar esta carencia de significaciones. Lo que otorga a la identidad una connotación vital y cotidiana. El individuo debe continuamente reformular su identidad en un contexto que amenaza la pérdida de sentido de las existencias particulares. El trabajo identitario, dice el autor, adopta hoy día un carácter de obligación: “...quíralo o no, hay que dar sentido a la vida...” (p.80)

3.2 Identidad de género

Precisamente, uno de los sentidos principales de la vida es el que se le otorga al hecho de ser mujer u hombre. Asignación de sentidos que puede entenderse desde el concepto de género. Más específicamente, desde el sentimiento de si mismo, en tanto femenino o masculino, que se reconoce y es reconocido en la medida que se acerca a rasgos y expectativas establecidas, que se ha denominado “identidad de género” (Stoller,R. 1978).

Estos rasgos y expectativas establecidas en relación al género -o sexo social, en su definición más breve-, se han organizado históricamente bajo la lógica de la complementariedad. Como se explicara al inicio de este trabajo, las expectativas se distribuyen entre los sexos bajo la premisa que ningún sexo puede pensarse sino es en relación al otro, lo que impediría pensar las relaciones de

poder que esta distribución contiene (Badinter,E.,1986). Esta lógica ha sido seriamente cuestionada, principalmente, desde los estudios feministas, develando la naturalización a la que conduce, en términos de transformar el orden social en un orden dictado desde la naturaleza (Bourdieu,P. 1990).

Para J. Benjamin (1996) la complementariedad entre los géneros es una expresión del dualismo que impregna la cultura occidental. Complementariedad que conlleva una lógica de la polaridad que sostiene dualidades tan familiares como la de la autonomía y la dependencia, lo que establece las coordenadas de las posiciones del amo y del esclavo. La pregunta central que se formula esta psicoanalista norteamericana, la cual también es de gran pertinencia para este estudio, se refiere a por qué estas posiciones continúan dando forma a la relación entre los sexos, a pesar del compromiso formal de esta sociedad con la igualdad. ¿Qué es lo que explica su persistencia psicológica?

Benjamin busca la respuesta en el profundo anclaje psíquico de la estructura de la dominación, en la cual las relaciones se conciben con una persona que representa al sujeto y otra que debe servirlo como objeto. Este anclaje de la premisa fundamental de la dominación es lo que le permite su apariencia de inevitable, es decir que parezca imposible una relación en la cual ambos participantes sean sujetos, tengan poder y se respeten mutuamente.

Lo interesante del trabajo de Benjamín es que su cuestionamiento de las relaciones de complementariedad, como relaciones de dominación, está fuertemente sustentado en una comprensión del desarrollo identitario que articula la variable de género con los procesos psicológicos. Es decir, que la dominación se originaría en una distorsión de la relación entre el si-mismo y el otro. En sus palabras, “(...) *la dominación y la sumisión resultan de una ruptura de la tensión necesaria entre la autoafirmación y el mutuo reconocimiento, tensión que permite que el si-mismo y el otro se encuentren como iguales soberanos(...).*” (1996, p.24).

Para la autora, la afirmación y el reconocimiento constituyen polos de un delicado equilibrio que forma parte de lo que se denomina diferenciación. La dificultad de mantener este equilibrio lo explica a propósito que la necesidad de reconocimiento genera una paradoja. El reconocimiento, entendido como la respuesta de un otro que hace significativos los propios sentimientos, intenciones y acciones, sólo puede provenir de un otro al que, a su vez, se reconoce como persona por derecho propio. La dificultad para sostener la paradoja de esta interacción, puede convertir en dominación y sumisión el intercambio de reconocimientos. Y esta dificultad, cerrando el círculo, se ve favorecida, a su vez, por la comprensión cultural del género como complementariedad.

Para explicar más concretamente la manera en que las diferencias sexuales llegan a convertirse en desigualdades de género, Benjamin (1996) identifica las diferencias en el proceso de desarrollo de la identidad de hombres y mujeres. Reconoce, en primer lugar una similitud: en su mayoría hombres y mujeres han tenido como cuidador primario a una mujer, es decir, tanto niños como niñas se han diferenciado primeramente de una mujer. Pero luego, una diferencia, en relación a una dificultad especial para los varones, quienes deben disolver esta identificación temprana y definirse como el sexo diferente. De cierta manera, dice la autora, los varones logran su identidad negando la identificación o unidad original con la madre. De este modo, la identidad masculina subrayaría un sólo lado del equilibrio de la diferenciación, privilegiando así la diferencia por sobre el compartir; la separación por sobre la conexión; los límites por sobre la comunión; la autosuficiencia por sobre la dependencia.

(...) al quebrar la identificación con la madre y la dependencia respecto a ella, el varón corre el peligro de perder su capacidad para el reconocimiento mutuo...el tono emocional y la armonía corporal que caracterizó su intercambio infantil con la madre, ahora amenazan su identidad(...). (Benjamín, J. 1996, p.100)

Para la niña en cambio, no es necesario este cambio de identificación. Esto haría que su identidad sea menos problemática, pero también constituiría una desventaja, en cuanto no poseería una manera evidente de desidentificarse de la madre, ningún sello de la separatividad. Por tanto, para Benjamín (1996), las mujeres tenderían a no enfatizar en la independencia:

(...) es más probable que las niñas teman la separatividad y tiendan a sostener el vínculo con la madre por medio de la obediencia y la autonegación....esta relación en la que se privilegia la fusión y la continuidad a expensas de la individualidad y la independencia, proporciona un terreno fértil para el sometimiento (...). (p.103)

De este modo, para esta autora, la explicación del sometimiento y la dominación no debe buscarse sólo en la cultura, sino en su interacción con los procesos psicológicos. Respecto a la actual comprensión de la individuación, que privilegia la separación por sobre la dependencia, no se puede simplemente contrarrestarla con su opuesto especular. Es preciso cuestionarla a la luz de la visión de un equilibrio en el que ningún polo domine al otro, en el que se mantenga la paradoja. Para Benjamin, esto es hoy particularmente importante, dado el escenario de roles más flexibles. Escenario en el que, por ejemplo, las mujeres de algunos sectores pueden adoptar la misma autonomía enfática, la misma diferenciación falsa que hasta ahora ha caracterizado el ideal de la identidad masculina, a expensas del reconocimiento y la sintonía reales. *“(...) es una individuación (la que reproducen las mujeres) basada en la negación de que se necesita de los otros....esto no puede considerarse una liberación (...).”* (Benjamín, J. 1996, p.109)

Hablar entonces de identidad de género, ubica en una dimensión de gran relevancia en términos de su peso en los proyectos vitales de hombres y mujeres. Del grado de autonomía y libertad con que éstos se definen y desarrollan. Se sabe del proceso de flexibilización que ha experimentado el desempeño de roles

asociados al género en los últimos 30 años; pero se sabe mucho menos del grado de reflexividad y distancia crítica que ha acompañado a estos procesos. Estos últimos, como elementos centrales para poder afirmar, o no, que los procesos de cambio en relación al género, están efectivamente apelando al fortalecimiento de los sujetos, en relación a su autonomía y libertad.

3.2.1 Identidad de género y sujeto. ¿cómo visualizar el cambio?

Investigar sobre los relatos de hombres y mujeres, la escucha de sus historias de pareja, desde una perspectiva de género, tiene a la base el conocimiento acumulado respecto a la restricción y limitación que implica la condición de género. Esto refiere principalmente a horizontes que se ven restringidos por cuanto el diseño y desarrollo de los proyectos vitales tiende a reproducir aquello que está predeterminado cultural y socialmente por el hecho de pertenecer a un sexo u a otro. El amor y el trabajo, requisitos de salud mental que planteara Freud, ilustran con claridad las diferencias de género; las maneras diferenciadas que se pre-establecen en los distintos espacios sociales donde cada individuo puede desarrollarse. La condición de género ha operado como una limitante, en tanto ha favorecido la disociación de estas dimensiones, estableciendo el ámbito de los afectos como privilegiadamente femenino y aquel del trabajo, de la esfera de lo público, como masculino por excelencia. Conocida es la diversidad de síntomas que hablan, a su manera, del malestar que el sostenimiento de las formas públicas y privadas existentes de división sexual del espacio y el trabajo social implica para los hombres y las mujeres (Rosenberg, M. 1996)

Desde aquí la relevancia de estudiar los eventuales procesos de transformación en relación al género. Se sabe que se trata de procesos complejos

que involucran la cultura y organización social. Y más se complejiza el panorama si se asume la dimensión identitaria que esto implica, pues el género, como se ha explicado, opera en los modos de constitución de los sujetos, restringiendo los ámbitos de autonomía en la definición y desarrollo de los proyectos vitales.

Las transformaciones o cambios a nivel de la identidad de género, remite así al espacio de la subjetividad, enfatizando en su sentido del sujeto. Es decir, interesa aquí el análisis desde la perspectiva de la autonomía y capacidad reflexiva de los individuos. Mirar desde este prisma sus opciones, inserciones, voluntades, crisis o momentos críticos a lo largo de sus recorridos vitales.

El concepto de sujeto nos interesa aquí especialmente en tanto permite considerar la experiencia individual, de la afirmación como persona, pero también su trascendencia como portador de conocimiento y de las transformaciones sociales. Para A. Touraine (1994), esta noción debe articularse con aquéllas de actor e individuo. *“El sujeto es la voluntad de un individuo de actuar y ser reconocido como actor”* (p.267).

La experiencia social se forma en la confrontación del actor con lógicas de acción diversas y heterogéneas y es, desde la articulación y gestión de éstas, donde puede emerger el sujeto, plantea M. Legrand en un artículo dialogante con F. Dubet sobre la “Sociología de la experiencia” (Legrand, M. & Rigaux, N. 1998). Lo que aquí se postula es que la definición del sujeto, en su autonomía como actor, se relaciona con la capacidad crítica y de distanciamiento (del rol, del sistema, de sí mismo) así como con la reflexividad.

Es interesante como el autor, a pesar de estar hablando de autonomía y libertad, plantea que la referencia a la subjetividad, en este sentido, conlleva de alguna manera una paradoja. Esto porque en la sociología clásica, la autonomía se asocia a la interiorización de lo social, en tanto manejo e información que facilita el desenvolvimiento personal. La paradoja está en el hecho que esta autonomía significaría una “subjetividad alienada”, “aquélla de un individuo que se

afirma o se vivencia como autor de su vida, sintiéndose responsable de ésta, aunque él no haga más que reproducir aquello que se ha hecho de él.” (Legrand, M. 1996, p.3). Aunque se plantean formas para resolver esta paradoja, para el autor no es necesario reducirla, ya que puede enseñarnos de espacios poco conocidos, en términos del individuo como principio de una acción autónoma y subjetivamente libre, aunque ésta sea enteramente social.

Citando a Sartre, el autor identifica no sólo la faceta alienada o reproductora de la subjetividad, sino también una “emancipatoria” (Legrand, M. en Lejeune,P.& Leroy,C.,1995). Si en relación a la primera faceta, el individuo no pudiera sentir como suyo, como su propia empresa, “aquello que se ha hecho de él”, en la faceta emancipatoria, liberadora, el sentimiento prevalente es que “uno puede hacer algo con lo que han hecho de uno”, no en términos de eliminar los condicionamientos que nos acompañan para siempre, pero sí en relación a la posibilidad de hacer algo con ellos.

Según Legrand (en Lejeune,P.&Leroy,C.,1995), la autonomía puede entenderse como una lucha contra la presión u obligación social, pero también como un quehacer con la obligación o presión social, que va más con el sentido de Sartre de “hacer algo con lo que han hecho de uno”. Para abordar la subjetividad, propone Legrand, el análisis de ciertas categorías biográficas como “decisión o elección”, parece muy privilegiado en el marco de los relatos de vida, ya que precisamente en torno a ellas es donde puede expresarse la acción (o su relato) del sujeto, en términos de apropiarse de su experiencia. Por esto la importancia de estudiar la identidad de género en la narración de la propia experiencia, de manera de poder aprehender los significados de las opciones y recorridos vividos, la apropiación de la experiencia en el despliegue de la historia personal.

El análisis de los cambios tiene también una óptica específica en relación a la cuestión de género, como perspectiva para pensar en las dimensiones del amor y el trabajo. A la luz del análisis de la subordinación histórica de las mujeres y del

también histórico poder de género de los varones con sus correspondientes cicatrices en la subjetividad, se puede imaginar ámbitos de transformaciones para uno y otro sexo. (Fernández,A.M. En Meler,I.& Tájér,D. 2000). El énfasis en relación a los hombres, está en la deconstrucción de las naturalizaciones de sus ejercicios cotidianos de poder. En las mujeres, el acento se ubica en el avance hacia una mayor autonomía subjetiva.

La idea de autonomía refiere aquí a la capacidad de instituir proyectos propios y la producción de acciones deliberadas para su logro: *“subjetivarse como sujetos”* (Fernández, A.M. 2000, p.134). Sujetos capaces de discernir sus deseos y sus intereses y de elegir las mejores acciones para concretar dichas elecciones.

La autonomía en la mujer, significa pensar en el grado de libertad para poder actuar de acuerdo a su elección y no a la de otros. Esta autonomía es inseparable de aquella del grupo social al que se pertenece.

(...) para que alguien pueda saber qué quiere en su vida y cómo lograrlo e incidir en su realidad para lograr sus proyectos, necesita un tipo de subjetividad cuya construcción no depende exclusivamente de su psiquismo. Entran aquí condiciones socio-históricas de gran complejidad, de lenta y difícil modificación (...).
(Fernández, A. M. 2000, p.135)

En los hombres, la deconstrucción del ejercicio cotidiano del poder, implica poder registrar la trampa histórica en la que han quedado aprisionados. Son en ese sentido “más género que sujeto”, afirma A. M. Fernández. (2000). No significa esto ceder poder a las mujeres o subordinarse a ellas. Significaría más bien ganar libertades. En términos de desafíos, la autora lo propone de la siguiente manera:

“...el desafío será poder inventar una nueva figura de las relaciones entre hombres y mujeres.....Resistir al género para devenir sujetos...”(p.135)

3.3 Estrategias identitarias

Es precisamente ésta la pregunta que orienta esta investigación, en el sentido de cómo está operando hoy la dimensión de género; si ha sido posible la flexibilización de estas condicionantes y, de ser así, en qué medida ha favorecido el desarrollo de los sujetos.

Dicha pregunta implica, como ya se ha visto anteriormente, abordar los procesos identitarios en relación al género. Esta interrogante requiere considerar que las diversas lógicas de acción que se derivan tanto de los modelos socioculturales tradicionales de género como de los modelos emergentes, son, en gran parte, expresión del contexto de desinstitucionalización de las sociedades actuales (Dubet, F. 2000), donde la normatividad social es cada vez menos explícita y el mensaje invisible que circula constituye una suerte de mandato para los individuos de ser “libres y soberanos”. Los individuos enfrentan de este modo nuevos desafíos. El sentido de su acción y de su experiencia ya no está tan poderosamente definido por las instituciones y debe ser construido por ellos mismos.

Retomando a Kaufmann (2004), esta afirmación se hace aún más radical. Él señala que el declive de las instituciones no ha implicado directamente la ausencia de referentes de sentido, sino más bien que éstos se han multiplicado de tal manera, que, en su disparidad, pueden llegar a anularse unos a otros. Esta potencial carencia de sentidos se constituye así en una importante amenaza para los sujetos, en tanto, utilizando la analogía de Kaufmann, para armar una composición propia se requiere de una música de fondo, tonalidad que hoy se ve difuminada.

En este contexto, puede precisarse la pregunta de investigación, en el sentido de intentar aproximarse a la manera en que las personas están construyendo sus propios referentes, en este caso de género, para mantener un sentimiento de unidad, coherencia y sentido de su experiencia social. Esto, en el contexto de la coexistencia de modelos socioculturales de género, con contenidos que entran en tensión y muchas veces en total contradicción entre si, así como también las lógicas de acción social que de ellos se desprenden.

Interesa abordar esta pregunta tanto desde una perspectiva de la acción, de la manera de resolver de las personas, como también desde el significado que de ella se va construyendo. Las interrogantes se plantean en relación a si esta tensión es experimentada como un conflicto, a las maneras de enfrentarlo y a los intentos de resolución. En breve, interesa la dimensión subjetiva en relación a los significados actuales de la variable género.

Por estas razones, parece pertinente recoger los aportes de los estudios sobre estrategias identitarias desarrollados principalmente por C. Camilleri en Francia (1990), en torno a la experiencia de minorías sociales en ese país. Los conflictos identitarios que describe en relación a esta problemática, parecen tener una cierta similitud a aquéllos vinculados a la condición de género, dado que ambas tienen implícito el problema de las relaciones sociales de dominación.

Camilleri (1990) define las estrategias identitarias como reacciones de defensa y preservación de la identidad, que los individuos despliegan en un contexto social muy conflictivo o exacerbadamente contradictorio que puede ser vivido como una experiencia atentatoria de la propia identidad. Dado que la transformación de los roles de género ha tenido lugar en un contexto de mensajes culturales muy dispares, es posible pensar que la asunción de los nuevos referentes, desde el punto de vista individual, no está exenta de importantes conflictos. En esta línea, el concepto de Camilleri resulta atingente, a pesar de la connotación que el término estrategia tiene inevitablemente tanto en el sentido

militar como de un comportamiento planificado y consciente, como lo define el diccionario, en tanto “conjunto de disposiciones que un actor realiza para alcanzar un objetivo” (Dic. Larousse, 1988)

Si bien el concepto ha sido efectivamente asociado al ámbito militar, ha llegado a constituir una de las nociones principales de la ciencia de la acción, así en economía política, en psicología, psicología social y en sociología (Encyclopédie Philosophique Universelle. 1990) De acuerdo a Crozier y Friedberg (1990):

(...) todos los comportamientos expresan una estrategia destinada a disminuir la zona de poder o de influencia del otro y a acrecentar la del actor mismo. Sin embargo, sería demasiado simplista considerar que un actor actúa en función de un plan claro y previamente establecido (...). (p.2463)

Estos autores critican a quienes manejan una teoría mecanicista de la estrategia, señalando que no hay que olvidar que el individuo tiene objetivos múltiples y contradictorios, de los cuales no siempre tiene una conciencia clara. Precisan que el concepto de estrategia es pertinente si se utiliza para significar que el individuo tiene un comportamiento activo, que tiene un sentido y que se desarrolla en dos direcciones: una orientación ofensiva, en el sentido de mejorar su situación y una orientación defensiva, en relación a mantener sus posibilidades de elección y su capacidad de actuar.

Resulta interesante que el rescate del concepto de estrategia desde las Ciencias Sociales, particularmente desde la Sociología, conlleva a la valoración de la acción individual, en el sentido que la comprensión de los comportamientos colectivos no puede soslayar esta dimensión. Sin embargo, las estrategias desarrolladas por los actores en un contexto específico no pueden considerarse como producto de una libertad individual absoluta, ya que los individuos están inmersos en un sistema social de cuyas limitantes tienen una conciencia más o

menos clara. De este modo, las estrategias individuales no pueden tener la racionalidad ni la claridad hacia la que tenderían las estrategias militares.

En un sentido general, interesa aquí entonces el concepto de estrategia utilizado en Ciencias Sociales para identificar comportamientos individuales, no siempre conscientes ni racionales, que tienen como sentido el mantenimiento o el mejoramiento de la posibilidad de actuar y elegir en un determinado contexto social.

De acuerdo a V. de Gaulejac e I. Taboada-Leonetti (1994), el uso del concepto de estrategia no implica desconocer las poderosas determinantes sociales que actúan sobre los individuos, pero sí permiten indagar sobre los que éstos hacen con dichas determinaciones. En este sentido proponen utilizar este concepto considerándolo en su definición más amplia. Plantean concebir estas estrategias como una respuesta a una situación social difícil, lo que alude a comportamientos individuales o colectivos, conscientes o inconscientes, adaptados o inadaptados, que se desarrollan para alcanzar ciertas finalidades. Estas finalidades serían definidas por los individuos en función de su evaluación de la situación de interacción, es decir de la importancia de las exigencias u obligaciones exteriores y de sus propias capacidades de acción.

En un sentido más específico, cuando Camilleri (1991) propone hablar de estrategias identitarias, no sólo hay una referencia a comportamientos o acciones de un individuo, sino que también se alude a un movimiento más general, que involucra los procesos inconscientes, que tiene sentido en función de la mantención o mejoramiento de la percepción de si mismo, de la propia identidad.

De esta manera, el concepto de estrategia puede situarse en la articulación del sistema social y del individuo, entre lo social y lo psicológico, permitiendo leer en los comportamientos, individuales o colectivos, las diversas maneras en que los individuos “hacen” o actúan con sus determinantes sociales y en función de qué parámetros sociales, familiares o psicológicos. La diversidad relativa de los

comportamientos, en respuesta a situaciones sociales similares, pone en evidencia el carácter interaccional, dinámico y complejo del proceso.

Así entendida, la noción de estrategia identitaria postula que los actores son capaces de actuar sobre la definición de si mismos. La idea de estrategia sugiere la existencia de una cierta libertad de acción de los actores sobre posibles determinismos sociales o existenciales. Asimismo, supone la definición de la identidad como resultado de una interacción y no como una definición esencialista, considerando como parte importante la capacidad de elección y decisión del sujeto y por tanto una cierta indeterminación en relación a las formas y resultados de los procesos estratégicos.

La estrategia identitaria tiene sentido en tanto el individuo percibe un cuestionamiento importante de su estructura actual, lo que le llevaría a defenderse de un “adversario” que puede estar representado por si mismo, por otros cercanos (familia, amigos, colegas) o por el sistema social. Las estrategias identitarias desplegadas serían entonces el resultado de la elaboración individual y colectiva de los actores y expresarían los ajustes realizados en función de la variación de las situaciones y de las “apuestas” que éstas susciten. Estos ajustes, que se efectúan cotidianamente en la medida en que se cambia de interlocutor o de situación, no se transforman en objetos de estudio sino en tanto la situación expresa un conflicto, un cambio o contradicciones importantes, ya sea en un individuo, entre diferentes elementos de su identidad que no logra integrar con una cierta coherencia, o bien entre dos o más individuos o grupos sociales, cuando uno niega o rechaza la identidad que el otro le asigna (Taboada-Leonetti, I. 1990)

Siguiendo a esta autora, sería relevante identificar tres componentes de las estrategias identitarias: los actores, individuales o colectivos; la situación en la que están implicados y las problemáticas producidas por esta situación y las finalidades perseguidas por los actores.

Identificar estas dimensiones significa reconocer la singularidad y complejidad de una estrategia, en tanto se considera la especificidad del o los actores involucrados, la interacción entre ellos y el sentido que ésta tiene. Es justamente al sentido a lo que se alude con la finalidad de una estrategia, es decir lo que está implícito y da sentido a la acción y movimiento de un individuo en una situación en que siente cuestionada su identidad. Se han descrito distintos tipos de finalidades como por ejemplo la visibilización, que persigue un reconocimiento; la asimilación, a un grupo social al que el individuo se identifica, o la diferenciación, que favorece identificación a partir de la conciencia de un “no-nosotros”.

Si bien las estrategias identitarias se caracterizan por su especificidad, los estudios han identificado una suerte de tipología respecto a problemáticas específicas. Así, por ejemplo, Taboada-Leonetti (1990) ha descrito una serie de estrategias producto del estudio de minorías sociales. De acuerdo a la autora, la producción de minorías sociales surge de las relaciones sociales de dominación. Por lo que las estrategias identitarias que se expresan en este tipo de situación están marcadas por estas relaciones desiguales que disminuyen la capacidad de acción de los dominados respecto a la definición de su propia identidad.

Las minorías tienen conductas diversas de aceptación, de rechazo o de negociación de la identidad que les ha sido asignada. Estas conductas son las “tácticas”, o sea las formas diversas a través de las cuales se expresan concretamente las estrategias y que son susceptibles de aprehender en la observación. Se trata de maneras, generalmente individuales, de enfrentar e intentar resolver situaciones que son vividas como amenazantes de la identidad.

La autora describe diversas estrategias como la interiorización de atribuciones identitarias externas; la exacerbación de características estigmatizantes que paradójicamente implican una visibilidad social y otras como la negación de la atribución identitaria. También identifica la acción colectiva, en tanto sería una estrategia que se diferencia significativamente con la mayor parte

de las otras, ya que connota una reivindicación de la capacidad de acción y de cambio.

I. Taboada-Leonetti (1990) plantea que se establece un movimiento dialéctico entre la identidad individual y la colectiva. Si el rechazo de una atribución identitaria (lo que debiera apuntar a un cambio) se queda en los límites de la identidad individual, será únicamente defensivo, se limita a una reacción impotente cuyas únicas salidas son la negación o la asimilación individual al dominador. Concluye, por tanto, que las identidades individuales tienen una mínima posibilidad de ser valorizadas si no lo es también la identidad colectiva.

Estos ejemplos dan cuenta de una interesante manera de sistematizar los hallazgos de investigación sobre el impacto de las relaciones de dominación en la identidad de los grupos sociales minoritarios. Y, más específicamente, de los diversos mecanismos que las personas despliegan en defensa de un sentimiento de coherencia y unidad personal en relación a su experiencia social que se ve fragilizado por lo que se percibe como desvalorización desde el otro o desde lo social.

La conceptualización de estos mecanismos como estrategias identitarias, inspira a pensar en esta línea para entender el impacto subjetivo de los cambios sociales respecto al género. Preguntándose si efectivamente las lógicas diversas, incluso opuestas, que hoy coexisten respecto a los modelos de género, producen una tensión que fragiliza esta dimensión de la identidad, en términos de un eventual desdibujamiento de los sentidos y significados asociados al género. Cómo se están apropiando hoy día los sujetos de estos significados y de qué manera intentan resolver o reducir esta tensión y experimentar un sentimiento de mayor coherencia que valore y dé sentido en tanto hombre o mujer.

La necesidad de una “tonalidad de fondo” respecto a la identidad de género es particularmente evidente si se considera el potente arraigo de su tradicional asociación al orden natural. De aquí la relevancia de preguntarse por la reacción

subjetiva frente a los nuevos referentes que, si bien flexibilizan los roles adscritos al género, no necesariamente cuestionan la lógica dualista que los sostiene. En un marco como el actual, en el cual el sujeto puede y debe definirse a si mismo, estas preguntas pueden ser posibles de responder a través de los intentos de resolución de esta problemática en la experiencia particular de los sujetos. Identificar posibles estrategias identitarias de género, podría aportar a identificar los intentos de recomposición de una música de fondo para la identidad de género actual.

4. CONCLUSIONES

La problemática de género enmarca el problema específico de esta investigación, proporcionando un contexto que da cuenta de la manera en que históricamente se ha instalado la significación de una diferencia fundamental entre los seres humanos -la de los sexos- como desigualdad y jerarquía, generando así relaciones de inequidad, bajo la lógica de la complementariedad genérica.

Desde las Ciencias Sociales, el enfoque de género se ha constituido en un verdadero prisma para la comprensión de las distintas expresiones e implicancias de lo que se denomina el “sexo social”. Desde su conceptualización, a mediados de los años cincuenta, se ha acumulado un cuerpo teórico que permite el análisis de la condición de los géneros a nivel macro y microsocioal. En menor escala, pero no menos importantes, también se cuenta con significativos estudios en el nivel individual y subjetivo.

Desde este conocimiento, puede identificarse, por un lado, en las últimas tres décadas, un proceso de cambio principalmente a nivel de la flexibilización de los roles de género y de la emergencia de políticas públicas que incorporan la perspectiva de género. Transformaciones cuyo alcance ha sido, por otro lado, cuestionado desde estudios que develan la continuidad de las relaciones de inequidad asociadas al género. Lo que sí parece producir consenso entre los investigadores es que se trata de un ámbito que provoca tensiones cuyo abordaje no es evidente. Prescindir de las condicionantes de género pareciera ser impensable, en tanto históricamente han proporcionado los significados de una diferencia tan natural como es el sexo. Esta homologación de género y sexo, y su correspondiente adscripción como un todo al orden natural de las cosas, dificulta enormemente el poder pensar la diferencia y la relación entre los sexos con una lógica distinta a la de la binariedad o dualismo.

Es este el primer elemento de contexto que se ha considerado en la problematización de esta investigación. Un contexto de contradicciones y tensiones que no permite afirmar con claridad los alcances de las transformaciones de la condición de género.

Una segunda consideración que va a sostener la pregunta de investigación, dice relación con las características que hoy adquieren los procesos identitarios en la gran mayoría de las sociedades occidentales. Si bien el concepto de género es principalmente de orden cultural, ideológico y social, también tiene una dimensión subjetiva en tanto es constituyente de la identidad. Y es precisamente en este nivel donde es posible pensar que es más poderoso el arraigo del género, en tanto permanece fundido con el sexo. De aquí el interés por considerar los procesos identitarios como un elemento de contexto central para esta investigación. Y el interés aumenta si se entiende que la identidad está hoy día al centro del trabajo subjetivo, como una gran posibilidad de crear los propios significados y sentidos de la existencia, pero también como una gran obligación de inventarse a si mismo, en tanto las instituciones ya no funcionan como una maquinaria única que genera normativas universales. Es decir, la posibilidad social de tener nuevos referentes, contiene al mismo tiempo el riesgo de perderlos.

En base a estas consideraciones, es entonces relevante investigar la condición de género a través de su dimensión identitaria. Y preguntarse así sobre la manera en que los sujetos están hoy día apropiándose de los referentes disponibles, en un escenario en el que ya no parecen predominar los viejos ordenamientos que equiparaban el sexo al género. Pero el cual tampoco ofrece un único ordenamiento alternativo, sino más bien una multiplicidad de referentes que coexisten y que no necesariamente son susceptibles de integrar entre si. El escenario se complejiza si se insiste en que no se trata de guiones secundarios, sino que se trata de uno de los diálogos centrales de la vida humana, de los significados asociados a lo femenino y lo masculino.

La hipótesis que aquí se plantea es que la multiplicidad de referentes de género, puede dar pie a la confusión y al conflicto y, por tanto, experimentarse como un riesgo de perder la identidad propia y sus referentes. Es frente a esta potencial amenaza identitaria, que los sujetos intentan resoluciones particulares, individuales, las que adoptarían la forma de un proceso de negociación interno. Se utilizará el concepto de estrategia identitaria para denominar a este proceso, ya que éste da cuenta precisamente del carácter de intento de resolución de una tensión y, por otro lado, no invisibiliza la dimensión social del género, pues se trata de un concepto acuñado justamente en el estudio de relaciones sociales de dominación.

De la revisión teórica realizada, también se desprende como un segundo nivel de la hipótesis de trabajo, que a pesar de desarrollar estrategias identitarias, los individuos no están probablemente pudiendo resolver la tensión asociada al género. Su(s) resolución(es), requiere asumir la tensión como conflicto y a partir de éste buscar maneras de apropiarse y de ubicarse en la dialéctica entre lo igual y lo diferente. Resolver en este terreno, en otros términos, no apela sólo a ampliar comportamientos o a diversificar roles, sino que a la capacidad de poder pensarse a si mismo en el enfrentamiento de un conflicto. El solo proceso interno de negociación, estaría de cierta manera enmascarando la dimensión social de la tensión asociada al género. De esta manera, se completa la hipótesis, planteando que las eventuales estrategias identitarias de género, estarían funcionando más bien en el sentido de evadir el conflicto, más que de resolverlo. A pesar que puedan surgir en el marco de una búsqueda de resolución, ésta se distorsiona, probablemente porque el carácter del intento no da visibilidad suficiente a la dimensión social del problema, con lo que se dificulta el asumir su connotación conflictiva. Puede hipotetizarse además, que esto se ve influido por una tendencia general a la evitación de los conflictos, en un contexto social en el cual su enfrentamiento cada vez más se asocia a rupturas dramáticas y a pérdidas significativas.

La pregunta guía de esta investigación tiene que ver con la manera en que se configura ese espacio de interacción entre identidades individuales y referentes socioculturales en el que cada persona se convierte en sujeto. ¿Cuál es el carácter que toma esta negociación interna? ¿Qué se busca y qué es lo que se logra resolver?

La construcción identitaria de género puede conllevar una tensión compleja, pues implica un conflicto entre la conservación de la individualidad y la confrontación ante referentes culturales que, en proceso de cambio, se han vuelto difusos y múltiples. Surgiría la necesidad de ubicarse como individuo único, en un escenario de amplios y variados referentes que se intentarían adoptar articulados bajo un disfraz que protege la identidad: el rol de género. Esta suerte de fachada permitiría su incorporación a lo propio, sin, aparentemente, mayores conflictos. Se lograría mantener un equilibrio, pero no la profundidad e integración de una definición identitaria, que conserve la individualidad, a la vez, que se apropie de la cultura y del momento histórico de la sociedad en la que se vive.

Si se considera lo social como la música de fondo disponible, en tanto referentes que cruzan la construcción de identidad, cada individuo se vería enfrentado a múltiples tonalidades que arriesgan anularse entre ellas ya que no parecen estar en relación definida. Como se ha planteado, podría postularse que un intento de apropiación de la cultura, y en ella de las variables que cruzan el proceso identitario como lo es el género, se haría riesgoso, pues lo difuso amenaza la construcción identitaria individual. Podría parecer entonces más seguro no exponerla e intentar mantenerla ilusoriamente aislada, relacionándose con lo social sólo a través del rol. Sin embargo, este intento de resolución, por más efectivo que parezca, pudiera terminar simplemente escondiendo un conflicto que permanece latente, pues se ubica en una tensión invisible y paradójal.

Sin referentes sociales claros, el sujeto, en su intento de apropiación de la cultura, intentaría así dar solución a un conflicto social a nivel puramente individual, intentando desempeñar roles diversos que respondan a distintas

melodías. Se confundiría así la música de fondo con la composición propia. Esta última se vería desprovista de significados y sentidos subjetivos, por lo que el individuo adoptaría como una suerte de fachada de lo propio un rol social, en un intento de proteger la identidad individual. Sin embargo el rol social, de género en este caso, no daría cuenta plenamente de esta identidad. El conflicto entonces, sólo se mantendría. No podrían aprovecharse los distintos tonos de la música de fondo para crear algo propio, ni podría encontrarse un lugar en esta música de fondo para la composición propia.

La intención de este trabajo es dar cuenta entonces de las formas particulares en que se producen estas composiciones propias. Profundizar en esta complejidad puede aportar a la comprensión más amplia de los procesos de subjetivación frente a referentes sociales de la identidad que comportan fuertes contradicciones.

II. PARTE METODOLOGICA

1. UN ENFOQUE BIOGRÁFICO PARA EL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO

La investigación y reflexión sobre la identidad de género; sobre los roles que las sociedades asignan a los sexos; la dinámica entre éstos y su forma de reproducción social, corresponde, de manera general, a lo que se ha denominado “estudios de género”, aunque no siempre se explicita ni se conceptualice como tal. Es considerable la diversidad de estos estudios en cuanto a enfoques, metodologías y contexto en el que se han realizado.

De acuerdo a Gomariz (1996), en este tipo de estudios se puede reconocer dos fuentes epistemológicas principales. Desde las Ciencias Humanas, en su reflexión sobre los significados de la diferencia sexual y desde las teorías feministas que enfatizan en develar los mecanismos de la opresión de la mujer. Del análisis de los distintos momentos y énfasis de estos estudios, el autor desprende la carencia de articulación de la multiplicidad de elementos que entregan estos aportes. Para él, los estudios de género debieran consolidarse como:

(...) un conjunto en el que se integraran los avances procedentes del estudio del comportamiento; del análisis de la construcción social del hombre y la mujer; de las formulaciones sobre el espacio micro-social y de las teorías sobre el factor género como eje articulador de sistemas sociales(...). (p.110)

Es en esta perspectiva amplia de integración, en la cual se inscribe el interés en esta investigación por la articulación de la dimensión social e individual, dimensiones claves para el estudio de la identidad de género. La manera en que se articulan las transformaciones macro-sociales de las figuras masculina y

femenina; la dimensión subjetiva de la identidad de género y las particularidades históricas de cada sujeto, constituye la inquietud central de esta investigación.

En relación a dicho contexto de inquietudes, se ha optado por el Enfoque Biográfico como marco teórico-metodológico para abordar las preguntas e hipótesis anteriormente planteadas. Se trata precisamente de un enfoque que puede permitir la articulación de las diversas dimensiones en juego en relación, en este caso, a la identidad de género. Permite abordar la identidad desde la narración de la propia historia, narración en si misma comprendida como una expresión identitaria, ya que implica un trabajo de construcción y reflexión sobre si mismo. Es en esta acción del sujeto, en la cual puede observarse la articulación de lo social y de lo individual, espacio central para la discusión de las hipótesis que aquí se manejan sobre la identidad de género.

Se trata entonces de un enfoque coherente con las variables centrales que se han identificado en la discusión teórica sobre el tema de la identidad de género, en tanto incorpora la dimensión biográfica de la identidad, la articulación de lo social y lo individual para la comprensión de la identidad y la dimensión del sujeto en el centro del análisis. A continuación, se desarrollará más detenidamente el enfoque, incluyendo los relatos de vida como su técnica privilegiada, para luego dar cuenta del dispositivo de investigación en sus aspectos metodológicos más específicos.

1.1 El enfoque biográfico

Como ya se ha señalado, a comienzos de la década de los 80, se produjo un retorno a los métodos biográficos en las Ciencias Sociales. Esta reaparición puede explicarse por una suerte de crisis de los métodos cuantitativos, los que, de acuerdo a Balandier (citado en Ferrarotti, F.1983, Prefacio), constituían un exceso de técnicas que no alcanzaban a dar cuenta de la complejidad de los procesos de una sociedad en movimiento. Por el contrario, dice este antropólogo y sociólogo, el

Enfoque Biográfico apunta al reconocimiento de la vivencia de lo social, es decir a aprehender al sujeto en su quehacer cotidiano, considerando la manera en que negocia sus condiciones sociales particulares.

Se trata de un enfoque que se orienta a la historia de vida singular, considerando al individuo en toda su complejidad, en tanto psiquis, individuo social y en tanto sujeto. Por esta razón, se plantea una articulación dialéctica de las diversas disciplinas que constituyen sus referentes como la sociología, la fenomenología y el psicoanálisis.

Extrañamente, señala Pineau (Pineau,G.&Le Grand,J.L.1993), la Psicología no ha sido una disciplina que se refiera directamente a la historia de vida como eje de investigación. Esto, a pesar que, en la práctica, las referencias biográficas son un pasaje casi obligado para los psicólogos, aún cuando se trate simplemente de recopilar los antecedentes en una anamnesis o del análisis de la experiencia laboral en un proceso de selección de personal. Para el autor, esto se explica principalmente porque, de una parte, la Psicología ha relevado la búsqueda de un cierto ideal de científicidad, priorizando así el trabajo experimental o los estudios de muestras numerosas que permiten la generalización. Y, por otra, dado que el gran referente clínico, el psicoanálisis freudiano, considera lo histórico en estricta relación a las etapas tempranas del desarrollo. Una explicación similar nos entrega M. Legrand (1993), atribuyendo las causas de esta relativa ausencia de lo biográfico, a la persistente distancia entre dos tradiciones dominantes en Psicología. Así, en el contexto de la tradición experimental, un relato de vida aparece como un material empírico, vago e inapropiado. Mientras que la tradición clínica, predominantemente psicoanalítica, elabora sus propias herramientas para la indagación biográfica de acuerdo a su marco comprensivo.

Sin embargo, lo biográfico comienza a encontrar su espacio en este campo. En el contexto de una definición plural de la Psicología, en la cual puedan distinguirse la multiplicidad de prácticas existentes de acuerdo a la definición de su

objeto de estudio, un enfoque biográfico, que contempla al individuo de manera integral, encuentra su lugar en una proposición de trabajo interdisciplinario¹² cuyo objeto es ciertamente complejo.

Siguiendo a Legrand (1993), la biografía, es decir la trama de la vida, la historia, el drama singular, se constituye en el objeto mismo de la Psicología. Siempre que ella se defina como un quehacer meticuloso sobre la singularidad de la existencia, de la historia humana individual. Pero no se trataría aquí de postular una psicobiografía, que visualice la historia individual sólo desde el prisma de lo psíquico o de la vida mental. La biografía, en este marco, requiere de la apertura de estos límites. Particularmente en su imbricación con lo social, de modo tal de distinguir aquello que en el individuo no cesa de ser "tramado" desde lo social. Así, dice el autor, el psicólogo toma el riesgo de hacerse socio-analista. Y al mismo tiempo, este enfoque exige de una mirada amplia que permite integrar la diversidad de disciplinas biográficas, de manera de incorporar la complejidad que toda historia contiene, en tanto producto de la articulación de las dimensiones psíquica, subjetiva y como individuo social.

Esta propuesta de articulación, pone en juego, al menos, tres ejes fundamentales de la comprensión de fenómenos psico-sociales, en términos de una articulación dialéctica más que de polos excluyentes. Así, proporciona una visión que permite establecer relaciones articuladas entre las contradicciones sociales y los conflictos psicológicos; entre la posición de objeto y sujeto y entre lo universal y lo singular. Visión que favorecería una comprensión compleja y matizada de la experiencia y problemática humana.

12 La interdisciplinariedad se refiere a la articulación o confrontación de diversas disciplinas en el estudio de un fenómeno o de un objeto. Constituye una proposición dialéctica. Es necesario diferenciarla de la multidisciplinariedad, que corresponde a la adición de varias disciplinas autónomas. Así también se distingue de la transdisciplinariedad, que propone categorías universales que permitirían pensar cualquier objeto, reduciendo así las especificidades de cada disciplina particular. (Legrand, M. 1993, p.110)

Contradicciones sociales y conflictos psicológicos

Las contradicciones sociales que surgen en las sociedades modernas, parecieran tener características particulares ligadas al individualismo que las caracteriza. Siguiendo este "diagnóstico" de V. de Gaulejac (1987), puede decirse que la evolución de las sociedades modernas conduce a un número cada vez mayor de individuos a cambiar su lugar, su ubicación en la sociedad. El fenómeno de una movilidad cultural y social creciente favorece que el individuo se defina cada vez menos en relación a un grupo social, étnico o familiar, referentes que confieren una ubicación en el contexto de un orden estable. La definición personal se hace, hoy día, más bien en relación a si mismo, en referencia a categorías aparentemente des-socializadas de un orden cambiante.

En vez de una estructura social bien instaurada y relativamente fija, propia de una sociedad tradicional, hoy se está frente a una sociedad multipolar, que favorece los cambios de ubicación social a lo largo de la vida e incluso permite, simultáneamente, ubicarse en espacios de redes sociales diferentes. Para de Gaulejac (1987), estas referencias múltiples constituirían además una suerte de estrategia necesaria para alcanzar posiciones de poder.

Con esta afirmación, el autor no niega el rol de las clases sociales o el peso de la "identidad heredada" en la constitución del individuo. El considera la clase social de origen como un elemento central de este proceso; lo que no entra en contradicción con la observación respecto al aumento de las posibilidades que un individuo tiene para ocupar una multiplicidad de espacios sociales, ya sea simultáneamente o bien diacrónicamente, a lo largo de su historia. Más que individuos sin pertenencia, debería decirse que se trata cada vez más de *"individuos atravesados por pertenencias múltiples"* (de Gaulejac, V. 1987, p.17).

Es precisamente esta multiplicidad de ubicaciones o espacios sociales la que puede ser portadora de contradicciones. Al respecto, M. Legrand (1993) entrega un ejemplo, muy próximo por lo demás al tema de este trabajo, en relación

a la situación de la mujer. Se pregunta si hoy día no se propone ningún rol definido a la mujer o si más bien ella se encuentra confrontada a diversos roles definidos y contradictorios. Esta última alternativa la confirma, citando el trabajo de A.M Daneau (1988), en el cual se muestra la disociación que experimentan las mujeres frente a los dos modelos femeninos a los cuales se encuentran expuestas: aquél de la mujer tradicional, buena madre y esposa, y otro de la mujer moderna, exigida de desarrollar su autonomía y potencialidades. De aquí se deriva la pregunta respecto a las consecuencias de estas contradicciones. ¿Se transforman acaso en conflictos psicológicos? ¿Son así portadoras de un potencial riesgo a nivel de la salud mental?

Frente a este tipo de interrogantes, de Gaulejac (1987) plantea la necesidad de comprender en qué medida la historia influye en la producción de un individuo; cuáles son las mediaciones que conducen de la historia social a la historia personal; cómo, finalmente, las contradicciones sociales pueden producir conflictos psicológicos.

Para abordar estos ámbitos, Legrand (1993) propone considerar tres niveles en el análisis. El nivel de lo macro-social; el de los agentes mediadores (por ej. familia y colegio) y el nivel del individuo. En esta comprensión a tres planos, una atención especial corresponde a los agentes mediadores, ya que es a través de ellos que las contradicciones macro-sociales se transmiten a los individuos. Por esto la necesidad, cuando se está frente a una historia de vida concreta, de explorar acuciosamente las contradicciones que portan los agentes mediadores que han estado presentes en la socialización del individuo. En este marco, dice el autor, ciertas contradicciones son de orden intrafamiliar, como los mensajes opuestos, incluso paradójales, que reeditan claramente contradicciones de la esfera macro-social. Y otras corresponden más bien a contradicciones entre distintos agentes mediadores, particularmente entre los modelos transmitidos por la familia y aquéllos que provienen, por ejemplo, de la escuela.

En esta propuesta de comprensión del vínculo entre lo social y lo individual, estos autores también incorporan los desarrollos de Bourdieu sobre la incorporación individual de lo social, en términos de conflictos de "habitus". Desde esta perspectiva, se acentúa precisamente el hecho que un individuo se encuentre confrontado a nuevos modelos, contradictorios con aquéllos que ha interiorizado por identificación con el modelo parental. Desde el momento en que él opta por estos nuevos modelos, aparecería una conflictiva interna. El conflicto de habitus que se desencadena es intenso, en tanto los objetos que se invisten son exclusivos de uno u otro modelo, así como las figuras de identificación son opuestas. Frente a este tipo de conflicto, puede visualizarse dos alternativas posibles. Una vía que comprende el establecimiento de un conflicto y la necesidad de elaborarlo, en tanto hay una coexistencia de habitus, ideales e identificaciones incompatibles entre ellos. Y otra, que significa un proceso progresivo de búsqueda de conciliación, de síntesis; inventando mediaciones o produciendo nuevos escenarios de vida. La elaboración de un conflicto de habitus es sin duda una tarea muy dura y difícil, en la medida que implica la desidentificación o la "desincorporación" de habitus primeros, fuertemente arraigados en la estructura del individuo.

En base a estas consideraciones, un enfoque biográfico de la identidad aparece como un gran desafío en términos de la posibilidad de profundizar en la manera en que se produce esta articulación. Aproximarse desde la narración de la propia historia, implica una mirada atenta a los significados personales con que se experimentan, o no, las contradicciones sociales; a los eventuales conflictos que esto conlleva; a los intentos de resolución o evitación, en fin, a la diversidad de dinámicas que se suscitan en los modos personales de elaborar conflictos en su relación dialéctica con la dimensión social que también se pone en juego.

Lo singular y lo universal

Uno de los principales temas de debate en torno a la utilización de los relatos de vida en el área de la investigación, dice relación con su validez metodológica, con su capacidad de generalización. Cómo hacer, se le cuestiona, del estudio de casos particulares una fuente de información para acceder al conocimiento universal.

Una vida, dice Ferrarotti (1983), es una práctica que se apropia de las relaciones y estructuras sociales, las interioriza y las retransforma en estructuras psicológicas por intermedio de su actividad de desestructuración-reestructuración. En este contexto entonces, puede afirmarse que, ciertamente, el relato de vida da cuenta de una historia singular, de una historia única. Pero, al mismo tiempo, esta historia individualiza la historia social-colectiva de un grupo. El enfoque biográfico propone de cierta manera una paradoja epistemológica, considerando a cada individuo como la síntesis individualizada y activa de la sociedad. Esta concepción tiende a difuminar la distinción entre lo general y lo particular de un individuo. Si cada individuo representa, de este modo, la reapropiación singular del universo social e histórico que le rodea, es posible acceder a lo social a partir de la especificidad irreductible de una praxis individual. *"...Es precisamente aquello que hace única una historia individual, lo que se presenta como una vía de acceso al conocimiento científico de un sistema social..."* (Ferrarotti, F. 1983, p.51).

En términos de Pineau, *"lo singular constituye una vía más segura hacia lo universal que lo general o el promedio, paradoja más fácil de constatar que de explicar"* (Pineau, G. & Marie-Michele. 1983, p.125). El quehacer científico, agrega M. Legrand (1993), procediendo desde lo singular a lo universal, produce efectivamente conocimientos fecundos. El autor da ejemplos ilustrativos, como es el caso de L. Dumont quien, desde el estudio de sociedades particulares de castas indias, formula una tipología universal de las sociedades humanas, holistas o

individualistas. O, más ejemplarmente, el Psicoanálisis, en el cual Freud no cesa de transitar entre el estudio de casos y la teoría universal.

El problema no es entonces, continúa M. Legrand, (1993) la consideración o no de lo singular. Se trata más bien de la división entre aquellos postulados que reabsorben lo singular en lo general, convocándolo únicamente en función de corroborar o no un postulado de orden general; y aquéllos que reconocen en lo singular un valor propio, que ven en él más allá de un simple ejemplar de la generalidad y que paradójicamente pretenden, en su reiteración y prolongación, encontrar un camino posible hacia el conocimiento de lo universal.

La relación sujeto-objeto

Desde la identificación de las carencias que, en el campo de las Ciencias Humanas, demuestra la orientación positivista en la comprensión de los fenómenos humanos, se ha cuestionado las concepciones de la epistemología clásica que se basan en el rigor de la objetividad y de la exterioridad en el estudio de un objeto aislado (Muchielli, A.1991).

El relato de vida, en el marco de un enfoque biográfico, permite una perspectiva que considera la interdependencia entre el objeto y el sujeto. Esta se sostiene en que la realidad no es nunca exterior al sujeto que la examina, en que el observador no puede comprender aquello que observa sino en función de una analogía de fondo con el sujeto observado.

Este enfoque contempla así un cuestionamiento de la relación tradicional del sujeto-objeto de la ciencia, en la medida que reivindica una interacción personal entre el sujeto y el objeto mucho más estrecha y compleja que aquella aceptada por enfoques tradicionales. Se reconoce aquí una reciprocidad de la observación que puede transformar incluso la situación de observación. No se puede conocer sin ser removido en lo personal, sin de alguna manera

transformarse. Se produce lo que Ferrarotti denomina "un pacto del conocimiento transformador" (1983). Se trata entonces de una perspectiva que prioriza la interdependencia y la complejidad de las relaciones humanas, rechazando la concepción de un individuo aislado de sus determinantes.

Contrariamente a aquellos principios que exigen la "neutralidad" del investigador como garantía del valor científico de una investigación, aquí se lo concibe como implicado en el campo de historicidad del narrador. De esta manera, plantea M. Legrand (1993), éste debe ser tomado en cuenta; interpelado continuamente, de manera que constituya una fuente de conocimiento científico y no un obstáculo. Citando a Devereux, agrega que dado que la existencia del observador y su actividad de observación, produce deformaciones imposibles de eliminar, toda metodología eficaz en las ciencias del comportamiento debe tratar estas alteraciones como uno de los datos más significativos y característicos en este campo. *"...Debe explicitarse la subjetividad inherente a toda observación, considerándola como la vía privilegiada hacia una auténtica objetividad..."* (Devereux, G. 1967. citado en Legrand, M. 1993, p.174).

El relato de vida

El método del relato de vida, plantea M. Legrand (1993), es por excelencia el método de la investigación biográfica, dado que la vida y la historia no dejan de constituirse en y a través de su relato.

La reconstrucción de la experiencia biográfica a través del relato de vida permite reconocer, como lo señala G. de Villers (en Pineau, G. & Jobert, G. 1989), al menos dos vertientes de la historia. Una de ellas hace referencia a los hechos objetivos que se han sucedido y en los cuales el individuo ha estado inmerso. Y una segunda, corresponde a la vivencia personal, es decir a la historia interior, al mundo de sensaciones, emociones y representaciones. Esta última implica

reconocer la capacidad del individuo de autorreflexión, susceptible de traducirse de acuerdo a los códigos simbólicos de su contexto social. Sin duda, el acento en una u otra vertiente marca importantes diferencias a nivel del enfoque y de la práctica. Interesa aquí particularmente el relato de vida en tanto expresión de la vivencia personal de una persona concreta.

El relato de vida es susceptible de ser definido desde las formas más extensivas hasta aquéllas más restrictivas y limitadas. En su acepción más amplia, el relato de vida es *"la expresión genérica donde una persona cuenta su vida o una parte de ella"* (Le Grand, J. L. en Pineau, G. & Jobert, 1989). Una versión más restringida la encontramos en D. Bertaux, quien puntualiza que el relato es privilegiadamente una expresión enunciada en el contexto de una interlocución directa, se trata del relato que una persona hace a otra sobre su experiencia de vida en una interacción cara a cara (Bertaux, D. en Pineau, G. & Jobert, G. 1989).

La utilización del relato de vida es diversa, pudiendo hoy reconocerse en el ámbito de la investigación, de la formación y como relato de vida de intervención clínica. Para efectos de esta investigación, se trabajará el relato de vida en tanto dispositivo de investigación, dado que constituye el instrumento principal del estudio. En esta medida, permite el conocimiento de un tema específico que adquiere su sentido en relación a la experiencia de vida de un individuo singular.

El relato de vida como instrumento de investigación encuentra sus principales antecedentes en la antropología cultural y en la sociología. La Escuela de Chicago, en el ámbito sociológico, es a comienzos de siglo quien utiliza por primera vez los relatos de vida en el desarrollo de una investigación sobre la inmigración polaca a Estados Unidos. Entre 1920 y 1940, esta escuela anima con éxito investigaciones similares, las que sin embargo se ven casi abandonadas, después de la segunda guerra, con la preponderancia de las metodologías cuantitativas que sobrevienen en ese período. Por otra parte, en el campo de la antropología, la tradición norteamericana de interés por las costumbres de las

tribus indias y por las historias de sus grandes jefes, parece constituir la base del desarrollo de toda una línea de investigación sustentada en la recolección de relatos de vida. Abundantes e importantes publicaciones se realizan hasta alrededor de 1946, momento desde el cual también se produce una suerte de abandono, constituyéndose como excepción el prestigioso trabajo de Oscar Lewis, "Los Hijos de Sánchez"(1963)

Ya se señaló en un inicio, que en el campo de la Psicología no ha habido una tradición significativa en esta línea. Sin embargo, el relato de vida aparece como un método apropiado para abordar la historia de vida singular, así como innumerables fenómenos individuales pueden ser aclarados y profundizados bajo el prisma de esta historia, abriendo de este modo una vía de acceso al conocimiento universal. Se trata de un método que restituye al sujeto, a lo cotidiano, a la singularidad, un espacio que la ciencia de los grandes números no podía sino anular (de Villers, en Pineau, G. & Jobert, G. 1989).

Puede concluirse entonces, que el uso de relatos de vida en el marco de un Enfoque Biográfico no es una sola opción metodológica, sino que, de manera más amplia, implica un abordaje teórico-metodológico, un enfoque biográfico de la identidad. Es inherente a este enfoque la comprensión de la identidad como un proceso que se construye a lo largo de una historia singular. Y, más aún, se entiende aquí que la narración de la propia historia expresa la capacidad de un individuo de tener una palabra propia, singular, lo que hace de su narración, aunque sea en su mínima expresión, el relato de un sujeto. El relato se constituye así en una herramienta de reflexión sobre sí mismo. Este efecto identitario de la narración biográfica, indica que ésta dice de la subjetividad y no de un simple relato de datos anónimos y formales, desprovistos de sentido.

Por estas razones, parece relevante abordar la condición de género actual a través de relatos de vida, de cuya narración es posible desprender los contenidos que le otorgan sentido. Es en el ámbito de la experiencia personal y de

la construcción de la identidad, desde donde se pretende aportar en esta investigación. Esto, en la medida que la problemática de género parece perpetuarse a través de imbricados mecanismos asentados en la identidad que da sentido a hombres y mujeres en tanto tales. En un mundo cada vez menos institucionalizado, cobra mayor relevancia el estudio del sujeto, el cual parece vivir con la ilusión y el peso al mismo tiempo de poder resolver por la vía de individual problemáticas que, como la de género, tienen una historia y un sentido sociocultural.

2. METODOLOGÍA

Como ya se ha señalado, la opción por estudiar la identidad de género desde un enfoque biográfico a través de relatos de vida, ubica en una metodología cualitativa y en una lógica interpretativa. Desde esta definición, se ha diseñado un dispositivo metodológico que permita el estudio de casos en profundidad. Una gran cantidad de preguntas fueron surgiendo en el proceso de diseño y desarrollo de este dispositivo, las que se usarán de guía para ir dando cuenta de la manera en que se llevó a cabo la investigación.

2.1 Cuántos relatos y de quiénes

El problema de investigación no remite a una población específica. Interesa aquí gente “común y corriente”, lo que paradójicamente implica una dificultad para elegir a los entrevistados, ya que, potencialmente, podría ser cualquier persona. Cómo decidir entonces. Se pensó que habría que apelar a ciertos criterios que hacían sentido tanto a la luz de la experiencia personal y profesional como de los antecedentes del marco teórico. De este modo, se definió, como primer criterio para elegir a los narradores, dado el marco de género de la investigación, la distribución homogénea por sexo. Dado el interés por profundizar en cada trayectoria de vida, en cada recorrido vital, la manera en que hombres y mujeres se van apropiando de las determinantes de género que marcan su tiempo, sociedad y cultura, la comparación por sexo resulta vital. Los entrevistados serían entonces hombres y mujeres.

Pero es necesario acotar aún más, definiendo la edad como segundo criterio para la selección. Se eligió a adultos, mayores de 25 años, ya que suelen tener una experiencia de vida que amplía, en relación a los más jóvenes, los espacios de interacción donde es posible observar el desempeño de roles

sexuales. Se limitó el rango de edad a considerar hasta los 45 años, ya que se quiere conocer la vivencia de un grupo relativamente homogéneo en cuanto a período vital, durante el cual los hijos aún viven con sus padres. Hay que considerar, además, que las personas que hoy tienen entre 25 y 45 años han desarrollado su proyecto de vida en un período de importantes cambios en relación a la condición de género. Se trata asimismo, de la generación de la cual es parte la investigadora de este estudio, lo que innegablemente constituye una motivación importante desde la perspectiva de un investigador.

Muy ligado a lo anterior, un tercer criterio, lo constituye la elección de personas que tengan o hubiesen tenido una relación de pareja de convivencia de más de 18 meses y que tuvieran al menos un hijo. Interesa investigar en la vida de esas personas, que han organizado su cotidianidad de la manera más frecuente y aún más legitimada como modelo básico de familia.

Un cuarto criterio, se relaciona con la experiencia laboral remunerada. El trabajo como eje identitario y el desafío de conjugarlo con la vida familiar, parecen ejes insoslayables para un estudio de género actual. De este modo, todas las personas entrevistadas en este estudio, tienen o han tenido una experiencia de trabajo formal sistemática.

Y, por último, se consideró a personas que pertenezcan a los sectores medios del país, ya que las investigaciones muestran que éstos expresarían con mayor nitidez el impacto de los cambios culturales de las últimas décadas. En los sectores populares, estos cambios se tiñen más intensamente con la precariedad y la marginalidad. De otra parte, en Chile, los estudios de género en grupos medios son significativamente menores.

2.2 Número de relatos

Una vez definidas las características de los entrevistados, surge la pregunta respecto al criterio con que se establece el número de personas. En el marco del enfoque biográfico, el interés no está puesto en las grandes muestras ni en el criterio de representatividad clásico. Lo singular adquiere todo su valor en tanto caso único y no por las regularidades o recurrencias que se encuentren en la cantidad de casos investigados. El acento está entonces puesto en la profundización de cada relato, en develar las distintas maneras en que las personas, a lo largo de su recorrido de vida en pareja, han ido desarrollando trayectorias que incorporan de distintas maneras las determinantes de género.

El criterio entonces para determinar el número de relatos debía inscribirse más bien en lo que Isabelle Bertaux-Wiame (citado en Leomant, C. 1992) propone como “paradigma índice”. Este orienta a realizar análisis en profundidad que permitan develar más bien las irregularidades que lo recurrente; más los detalles que las miradas globalizadoras; más los quiebres que las continuidades.

En esta perspectiva, se decidió recoger un número suficientemente reducido de relatos, de modo de hacer viable un estudio en profundidad, pero al mismo tiempo una cantidad de casos suficiente como para asegurar una cierta diversidad de experiencias. Se fijó así un número de ocho relatos.

2.3 Dispositivo metodológico

Con las características ya definidas, se podía ya comenzar a buscar personas que estuviesen dispuestas a colaborar con la investigación. Se decidió hacer el contacto en forma personal y de manera “artesanal”, a través de otras personas vinculadas a sus lugares de trabajo o que les conocieran en forma personal. Esta forma de acceder a los entrevistados fue una opción que aseguraba que ellos correspondiesen, en términos generales, a los criterios de

selección y, al mismo tiempo, generar una cierta confianza a personas que desconocían totalmente a la investigadora.

Además de los criterios ya descritos, se consideró el que no existiera ninguna relación anterior entre la investigadora y el entrevistado. Hubo un primer contacto telefónico en que se explicó el marco de la entrevista, sus fines y sus condiciones. En este acercamiento inicial se produce un cierto conocimiento mutuo, una motivación y se evalúa la aceptación de las condiciones de la entrevista. Sorprendentemente, todos los contactados accedieron sin aparente dificultad a la entrevista y se convino un primer encuentro a la brevedad.

El lugar del encuentro fue elegido por los propios entrevistados, solicitándoles que fuese un lugar tranquilo que no ofreciese demasiadas interrupciones. En general, escogieron un lugar cercano a sus trabajos y luego, en una segunda entrevista decidieron desplazarse hasta la oficina de la investigadora. Sólo una de las entrevistadas quiso que fuese en su casa. La disposición pareció aumentar después del primer encuentro en todos los entrevistados.

Con cada persona se acordó una suerte de contrato, estableciendo las reglas respecto a su colaboración, al rol de la entrevistadora y al uso del material.

La consigna que se dio fue pedir que contaran su historia de pareja. Esta decisión se basó en el supuesto que es en el espacio de las relaciones de pareja en el cual se expresan con mayor claridad aquellos aspectos identitarios y de roles ligados a la variable de género. Como lo señala Kaufmann (2004), *“...la pareja constituye un dominio por excelencia de producción de sentido y de construcción identitaria...”* (p.94)

Antes de comenzar a recoger los relatos, en el momento de diseñar el dispositivo metodológico, se pensó que el relato incluiría sólo algunos aspectos de la historia, enfatizando algunas áreas temáticas consideradas más relevantes para el tema investigado. Sin embargo, en la práctica fue mucho más espontáneo; cada

entrevistado recorrió las áreas que él mismo priorizó en función de la petición de la investigadora de conocer su historia en tanto hombre o mujer que tiene una experiencia de convivir en pareja. De este modo, los temas y las áreas que cada entrevistado decidió abordar, la secuencia y la forma narrativa, fueron también parte constitutiva del material de análisis.

Las entrevistas fueron así semi-dirigidas, con un carácter retrospectivo, en las cuales las interrogaciones no estaban pre-construidas, sino que fueron flexibles, derivándose de la narración en curso. En la primera entrevista de cada relato, la investigadora intervino sólo para aclarar ciertas dudas, tratando de recuperar la secuencia espontánea de la narración. En la segunda, hubo intervenciones más dirigidas para indagar sobre áreas o momentos poco desarrollados en la primera. En ocasiones, esto no fue necesario, pues el mismo entrevistado retomó espontáneamente aspectos que quería contar más en detalle.

La recolección de cada relato requirió de dos sesiones. Las entrevistas fueron grabadas en su totalidad. Un intervalo de una semana separó una entrevista de otra. Tiempo necesario para realizar el trabajo de transcripción y para favorecer el proceso de elaboración y comprensión inicial del material recogido. Cada entrevista tuvo una duración aproximada de dos horas.

2.4 Reconstrucción y análisis de los relatos

El análisis del material recogido ha seguido una secuencia de pasos metodológicos para cada relato, generando primeramente una visión de cada caso en profundidad la que luego da lugar a una mirada transversal de todos los relatos.

Trascripción y elaboración de un cuadro cronológico y temático

El trabajo de reconstrucción de los relatos ha requerido, a su vez, de varios pasos. El primero es la transcripción completa de las entrevistas, lo que significa pasar de lo oral a lo escrito. Luego, para cada caso, se realiza una lectura total de la transcripción, de manera de poder familiarizarse con el material y lograr una primera impresión global. Desde este inicio, ya hay una lógica de lectura que es interpretativa al incorporar la mirada subjetiva de la investigadora. Es por esto que se habla de una “reconstrucción” del relato, ya que desde el momento en que hay un otro en la escucha, en este caso la investigadora que va a dar cuenta de éste, el relato ya no es el mismo y no es así susceptible de reproducirlo sin que se vea teñido con esta escucha.

Luego, para poder distinguir los ejes temáticos y temporales de cada relato, se reordenaron los hechos narrados en un cuadro de doble entrada, que permite tener una visión de la sucesión temporal y, al mismo tiempo, de los contenidos en las áreas temáticas abordadas por el narrador. Estas áreas fueron parecidas para cada uno de los relatos, pero no necesariamente las mismas, ya que se construyeron de acuerdo a las categorías que se identificaron en cada caso. Los contenidos refirieron a áreas como la trayectoria laboral; la de pareja; de participación política; la formación profesional y la familia de origen. En este mismo cuadro se incluyen las representaciones o reflexiones que hace el narrador, tanto referidas al momento de los hechos como las que surgen en el momento del relato. Así también, en el cuadro se van ya incorporando las primeras reflexiones interpretativas que hace la investigadora en la medida que va leyendo el texto¹³.

¹³ Este cuadro es propuesto por Guy de Villers, quien, inspirado en los principios del análisis estructural de Greimas, lo plantea como una herramienta para el trabajo con relatos de vida. (Citado en Desmarais, D & Pilon, J.M. 1994. p.107)

La decisión de utilizar un cuadro de ordenamiento de los datos, no está exenta de dificultades. Su connotación de método “objetivo” entra en contradicción con el carácter interpretativo de la metodología elegida. Sin embargo, la opción de trabajar con estos cuadros facilita no sólo el ordenamiento del material, sino que permite tener una visión general de los contenidos recogidos en cada relato en su relación temporal. Esto refiere concretamente al manejo visual del material recogido, lo que facilitó, en un sentido práctico, el trabajo. De aquí su incorporación en la metodología de investigación. Aun así, esta decisión parece ser materia de mayor análisis, en tanto ilustra parte de las dificultades del proceso de investigación y de los dilemas epistemológicos implicados. Se retomará más detenidamente en la discusión final de la investigación.

Reconstrucción del relato

La reconstrucción del relato se efectúa tanto en base a los ejes temporales, es decir al encadenamiento temporal de los períodos y etapas, como en relación a los ejes temáticos que organizan la narración, atravesando los distintos períodos biográficos. Más que en la descripción precisa de la cronología de los hechos, el énfasis está puesto en la significación e impacto subjetivo de éstos, de acuerdo a la interpretación que ya realiza la investigadora. De este modo, surge un nuevo texto para cada relato, el cual pretende dar a conocer la historia que se ha recogido. Este texto recoge entonces toda la historia narrada, pero organizada de acuerdo a los ejes de sentido que se han identificado en un primer análisis a través del cuadro elaborado anteriormente. Los subtítulos que allí se incorporan intentan resaltar dichos ejes, de modo de ir orientando la lectura de acuerdo al análisis que ya hace la investigadora. Cada uno de estos textos va precedido de una pequeña introducción que da cuenta de los datos que los narradores han dado a conocer, como la edad, actividad, datos de su familia de origen, de la actual, etc. Estos no son homogéneos para todos los casos, ya que se recogió lo que cada uno espontáneamente contó. También en esta introducción se da a

conocer las primeras impresiones de la investigadora respecto al contacto con el o la narradora, tanto en términos de la disposición percibida como de las características generales del encuentro. Las historias se presentan de acuerdo al orden en que fueron recogidas, pero intercaladas por sexo. Decisión motivada por un cierto temor de la investigadora de un eventual sesgo femenino de “privilegiar” el análisis de las historias de mujeres. La decisión de intercalar por sexo los relatos, resulta así más bien de la ingenuidad que de otro criterio más reflexivo

Análisis e interpretación

Un cuarto paso metodológico da lugar a una lectura más analítica del material. Se trata aquí de organizar, en relación a cada historia, las reflexiones que fueron apareciendo libremente en la elaboración del cuadro. En esta estructuración del análisis se van incorporando referentes teóricos que puedan iluminar el análisis que cada historia permite en relación a la temática investigada. Las significaciones y sentidos se van despejando así por medio de sucesivas lecturas de cada narración, las que, en un primer nivel, se plasman en el cuadro de ordenamiento y luego se organizan en esta etapa más interpretativa y analítica del proceso de investigación.

De este modo, la interpretación de los diversos sentidos contenidos en un relato, va abriendo nuevas lecturas y miradas de cada narración, que sucesivamente permiten llegar a un análisis más completo del material.

Para esta discusión y análisis de los relatos, se pidió la colaboración de una colega, psicóloga clínica de la Facultad de Psicología, perteneciente al equipo de Estudios de Género. Su mirada fue un importante aporte, en tanto ubicada en una perspectiva que incorporaba a la investigadora dentro del material, su propia comprensión e intervención dentro de la narración, pudieron iluminar aspectos hasta ese momento ciegos, lo que evidentemente enriqueció la producción de hipótesis. Su participación se inspiró en lo que se denomina dispositivo de

“interanálisis” (Legrand, M.1993), a pesar que no se llevó a cabo paralelamente a la recolección de los relatos, sino en forma posterior.

El análisis de cada narración pretende identificar, por un lado, las prácticas cotidianas que dan cuenta de la manera de desempeñar los roles de género. Y, por otro, el énfasis del análisis está en entender estas prácticas en el marco del sentido general del relato. El análisis se realiza desde preguntas tales como: cuáles son los contenidos que elicitó la pregunta por la historia de pareja; desde dónde se inicia la narración; cuáles son los ejes que la articulan, encadenación de los acontecimientos, momentos biográficos, énfasis temáticos.

EL análisis contempla, de este modo, la identificación de prácticas y sentidos al mismo tiempo. Más concretamente, si se piensa en el concepto de estrategia identitaria, se analizan las maneras y sentidos particulares en que aparecen los conflictos vividos. Particularmente, en torno a la relación de pareja, a la división del trabajo doméstico, al trabajo remunerado y a la paternidad/maternidad. Una mirada más transversal, intra-relato, se centra en la manera como aparece lo femenino y lo masculino; al grado de reflexividad sobre sí mismo y al proyecto vital que subyace en el relato.

El análisis de cada relato permite generar hipótesis respecto a la temática de investigación. Hipótesis que son retomadas en la última etapa metodológica, que se orienta a una mirada transversal de todo el material recogido y producido a lo largo del trabajo. Este paso permite avanzar a una discusión de las interpretaciones del material; a la formulación de aspectos claves de la problemática en cuestión y a la explicitación de nuevas categorías de análisis que resulten pertinentes y que abren a nuevas búsquedas e investigación.

Esta discusión final propone el desafío de generar una visión de todos los casos sin borrar sus singularidades. La pregunta de investigación vuelve aquí a interrogar con fuerza los hallazgos, intentando desprender el aporte de cada caso a una tentativa de respuesta más global. Las preguntas específicas que, de cierta

manera, operacionalizan la hipótesis de trabajo, son las que orientan las interrogaciones a las que se somete el material recogido, permitiendo así construir una mirada de conjunto. En cada una de las historias recogidas, se encuentran modalidades singulares que expresan la dimensión de género de la identidad. Se ha intentado conceptualizarlas, desprendiendo las distintas figuras que se esbozan en relación a la manera de enfrentar los conflictos ligados al género.

2.5 La implicación personal: un problema metodológico transversal

Desde el inicio del trabajo de tesis, sabía de la importancia de preguntarse sobre la propia implicación respecto a la temática a investigar. Por qué la elección del tema; desde qué sensibilidad personal se va a abordar; qué posible filtro en la mirada y comprensión del material puede esto significar. En fin, una multiplicidad de preguntas en torno a la subjetividad del investigador respecto a la temática estudiada, que en el marco del enfoque biográfico no sólo no se intenta neutralizar sino, por el contrario, se considera como un aporte al desarrollo investigativo.

Lo sabía. Sin embargo, no fue sino hasta avanzado el proceso de trabajo, que la “puesta en disposición clínica” (Legrand, M.1993) me hizo verdadero sentido y comenzó a adquirir su potencial esclarecedor para el trabajo. El reconocimiento surgió precisamente al momento de comenzar a recoger los relatos. Un primero, que me confrontó con la evidencia de estar estudiando la misma generación a la que pertenezco. La identificación con la entrevistada, la tácita complicidad al reconocer claves en su relato que resonaban con fuerza en mi propia experiencia. Todo llevaba a cuestionarse sobre la posición del investigador y cuán válido sería empezar a sentirse no sólo sujeto sino también objeto del estudio.

Así también, el segundo relato, el primero de un hombre, me interrogó sobre la incidencia del sexo del investigador, especialmente en un estudio de género. Un cierto sentimiento de enojo que se iba apoderando de mi escucha,

supuestamente neutra, a medida que avanzaba el relato, se iba convirtiendo en una contraidentificación con el entrevistado. Pensaba definitivamente que la diferencia de sexo estaba constituyendo una interferencia del trabajo.

Preguntas y cuestionamientos similares se fueron repitiendo en las siguientes entrevistas. Las anotaciones libres que surgían durante las transcripciones expresaban estas inquietudes. Cada vez más, iba asentándose la convicción respecto a que la propia experiencia constituía parte activa del material de estudio, sintiendo paulatinamente con mayor fuerza el ser objeto y sujeto al mismo tiempo de esta investigación.

Lo que sí comenzó a variar fue la manera de entender el efecto de la implicancia personal. La impresión inicial de estar frente a un obstáculo o elemento distorsionador para la comprensión del material, fue transformándose progresivamente en una disposición a manejarla como una fuente de riqueza para una mejor lectura de los relatos.

Este proceso fue posible por la adopción más decidida de una óptica clínica del material de investigación. Desde esta perspectiva, el uso de la implicancia personal no sólo tiene una connotación ética, en el sentido de explicitar tanto el marco epistemológico como la postura personal del investigador desde donde analiza la información, sino también técnica y teórica. Esto último, ilustrado de manera paradigmática en la actividad psicoterapéutica a través del manejo de los aspectos transferenciales y contratransferenciales, resulta de gran valor en un trabajo investigativo como éste, ya que la propia experiencia del investigador se constituye en un referente para la comprensión que suele resultar muy esclarecedor. Al igual que el uso de la transferencia en psicoterapia, esto no funciona de manera mecánica, en el sentido de tratar de equiparar la propia experiencia con la del entrevistado, sino que es el impacto de la escucha de la narración del otro, lo que puede constituir una fuente de comprensión. Y no sólo en la medida en que uno se reconoce en la experiencia del otro, sino también,

cuando ésta perturba o bloquea el trabajo del investigador. Es el análisis de estas reacciones lo que permite enriquecer la comprensión del material investigado.

Así por ejemplo, la impresión inicial respecto a que en un estudio sobre la temática de género, el hecho que el investigador no fuese del mismo sexo que el entrevistado constituiría una limitante, cambió significativamente al ubicarme más decididamente en una postura clínica. La tendencia a identificarme con las entrevistadas mujeres y a contraidentificarme con los hombres, permitió acercarse con mayor claridad a los núcleos conflictivos y a algunas dinámicas invisibles que manejan hombres y mujeres en los distintos espacios sociales en los cuales se desenvuelven. Claves que no son explícitas en el discurso, pero que sin embargo dicen mucho de los aspectos identitarios ligados al género.

Para poder efectivamente utilizar la implicancia personal, es decir poner las resonancias personales al servicio del trabajo, fue necesario recurrir a mi trabajo previo en relación a la temática de género. Afortunadamente, en la trayectoria profesional, ya había acumulado una cierta experiencia en generar dispositivos de trabajo en equipo que elaboraran la autorreflexión de los integrantes sobre la propia implicancia y resonancia personal en torno a las problemáticas investigadas. Temáticas que se han manifestado también con fuerza en el desarrollo mismo del doctorado y de la realización de la tesis. En tanto parte de una generación que ha vivido con fuerza la tensión que implica el cambio de roles, el hecho de realizar una tesis, como parte de un proceso de desarrollo profesional, he estado permanentemente acompañada por la tensión que esto representa en relación a compatibilizarlo con otras dimensiones del proyecto personal y afectivo. Así, a lo largo del desarrollo de esta tesis, ha ido haciéndose cada vez más claro que el tema investigado es también parte activa de mi experiencia personal. De este modo, el trabajo de temas de la conflictiva personal, latentes en el desarrollo de la tesis, ha permitido una visión más clara tanto de los aspectos teóricos, como, y especialmente, del análisis de los relatos. Uno de los temas más significativos ha sido el trabajo sobre la impresión sostenida respecto a que una tesista no es lo mismo que un tesista. Esto, en el sentido que el doctorado, a nivel de sentido

común, está inscrito en una lógica masculina del trabajo: orientación al logro; desarrollo de una carrera; dedicación absorbente; larga etapa de no disponibilidad para los otros. Características todas que entran en contradicción con una lógica de lo femenino, que se articula desde el cuidado del espacio afectivo. Desarrollar entonces una tesis en el contexto de una trayectoria femenina, implica conciliar con el proyecto afectivo en la lógica de la disponibilidad familiar. Esto tiene como consecuencia una gran tensión entre la vida doméstica y el proyecto de trabajo. En este proceso, y aquí la cercanía con las entrevistadas, he intentado resolver esta tensión mediante la conciliación de roles, lo que evidentemente es muy difícil de lograr, por lo que deriva en reducir este conflicto por la vía del “sacrificio personal”: tesis en 8 años, exposición a las consecuencias del “no-cumplimiento de metas acordadas”, etc. Finalmente, un proceso que ha implicado la restricción del proyecto de tesis en función de la dedicación al “gran proyecto femenino”.

Lo anterior describe, a grandes rasgos, un proceso que genera mucha interferencia en el trabajo de realización de la tesis. El desafío metodológico ha sido entonces cómo transitar desde el bloqueo que significa, en primera instancia, esta implicación personal, a convertirlo en una fuente técnica que amplíe la capacidad comprensiva y analítica del material investigado.

Como decía, la manera concreta de enfrentar este desafío ha sido, de una parte, trayendo activamente la experiencia previa al respecto, contrastándola, en un dispositivo actual con una colega psicóloga de la Universidad, con su experiencia en tanto profesional en situaciones vitales similares. En este contexto, se materializó gran parte de la reflexión sobre la propia experiencia y su relación con la comprensión de material de investigación. Por otra parte, la experiencia como terapeuta de otras mujeres y hombres ha permitido en la supervisión clínica de los casos, explicitar y comprender el sentido y la resonancia de las conflictivas ligadas al género, apoyando así el desarrollo de lo que se denomina un dispositivo de “disposición clínica” del investigador. Este dispositivo se orienta a clarificar desde dónde surge en el investigador el interés por el tema a investigar, sus presupuestos y su experiencia personal al respecto. Factores que, más que ser

anulados o neutralizados, pienso que aportan al análisis, en tanto clarifican la mirada desde donde se analiza. Esto es coherente con el carácter clínico de la investigación, utilizando, al igual que en un dispositivo psicoterapéutico, al investigador como herramienta privilegiada del trabajo.

III. LOS RELATOS. ANALISIS CASO A CASO

El Relato de Ximena

Ximena tiene 35 años, 2 hijos y 13 años de matrimonio. Ha realizado estudios universitarios incompletos y trabaja actualmente como vendedora de seguros.

Ella es mi primera entrevistada y, de manera inesperada para mi, es ella quien comienza a preguntarme por mi vida, dónde realizo mi tesis; si fue complicado vivir en otro país; cómo me arreglé con mi familia...A todo lo cual respondo sin problemas, pero teniendo la sensación que esta conversación puede derivar en la narración de mi propio relato. Sin embargo, después de un rato, le propongo grabar la conversación y ella acepta de inmediato, iniciando esta vez el relato de su historia.

No entendí bien esta situación, hasta que fui escuchando su historia, los hechos que destacó y las dificultades que ha experimentado en su recorrido de vida. Creo que necesitó sondear en mi una cierta “complicidad” femenina que le garantizara empatía y comprensión de lo que ella denomina sus opciones, en relación al mundo del trabajo y de la familia. En definitiva, una identificación entre dos mujeres de la misma generación, enfrentadas al desafío de articular dos grandes proyectos vitales como el familiar y el laboral.

La historia reconstruida

Ximena inicia su relato contando como conoció a su actual pareja, lo que nos hace pensar en una forma muy “femenina” de organizar su relato, en tanto la figura masculina parece constituir un referente central.

“...estábamos en la Universidad, él estudiaba Teología y yo Historia...él estaba dejando el Seminario... después de seis años entendió que su camino era otro. Y yo también dejaba la Universidad porque me había ido de la casa de mis papás a vivir sola, con unos amigos...Después de un tiempo, yo ya no estaba en la Universidad y él trabajaba como dibujante, nos encontramos en la casa de unos amigos y nos pusimos a pololear prácticamente altiro....”

Sin embargo, en la medida que narra este encuentro y habla de su pareja, también va deslizando información importante sobre otros aspectos de su vida. Se hace difícil distinguir sus énfasis, no sabemos bien en que profundizar. Todo parece estar al mismo nivel. El que su pareja fuese alguien recién retirado del Seminario, el que ella hubiese abandonado la Universidad o que recién se haya ido de la casa de sus padres. Poco a poco, la impresión inicial se va confirmando. Ximena estructura su relato a partir de la historia de pareja, la que va contextualizando con la narración de su proceso personal.

Así, el inicio de su relación, lo contextualiza en lo que ella llama un período muy difícil en su vida, tanto en lo familiar como en relación a su proyecto personal.

“...estaba mal en todos los planos de mi vida...experiencia universitaria fracasada, me fui de la casa, me puse a trabajar en lo que fuera: encuestas, cajera...”

Para ella, el gatillante de este período de desorden y confusión fue una gran discusión con su padre, tras la que decide a irse de la casa y “valérselas por si sola”. A raíz de esto, deja la Universidad, después de dos años y medio de carrera, y hace diversos trabajos para poder subsistir. *“...No tenía ganas de seguir en la Universidad. Prefería trabajar. Quería ganarme la vida, no volver a la casa...”*

.pero después de siete meses, yo estaba muy mal y volví a la casa de mis padres...”

A pesar de introducir un importante conflicto familiar, Ximena da un giro y se adentra más en los sucesos que para ella marcan su relación de pareja. Cuenta entonces el episodio de la detención de su pareja por razones políticas.

“...hubo una cosa que marcó mucho el inicio de nuestra relación -no es que yo me arrepienta de haberme casado- pero siento que le dio un giro y un carácter como muy definitivo a nuestra relación, porque si las cosas hubiesen transcurrido de otro modo, a lo mejor nuestra relación habría sido distinta... A los veinte días de haber empezado nuestro pololeo, a él lo detuvieron por razones políticas. Fue una experiencia muy traumática... lo detuvieron junto a los compañeros con los que vivía porque uno de ellos había tomado unas fotos en una población militar y a la policía le pareció sospechoso, creyeron que era una célula extremista y que tenían un complot para matar a los hijos de militares... algo muy loco. Estuvo desaparecido tres días, hasta que lo encontramos en una comisaría. Una semana después lo dejaron en libertad. Lo maltrataron mucho... El salió muy mal de ahí, con una paranoia enorme, ya que lo interrogaron mucho y después, cuando lo soltaron, lo siguieron por un tiempo. Pero él sentía que lo seguían más de lo que realmente era... Y eso fue muy definitorio, en términos de que él me necesitó mucho. Y yo, no es que haya sido la heroína, pero fue muy importante, nos unió mucho eso. Le dio un carácter muy definitivo a nuestra relación, que, a lo mejor, de no haber ocurrido eso, no habría sido tan definitiva... Después de un mes, empezamos a hablar de casarnos... pololeamos 10 meses y nos casamos...”

Durante el primer año de casada, Ximena trabaja como recepcionista en una empresa. Después de ese tiempo, decide, junto a su marido, volver a dar la prueba de admisión a la Universidad y ambos retoman sus estudios. Pero ella elige otra carrera.

“...cuando entré a estudiar Historia, lo hice por el momento político que vivía el país, por el ambiente de mi familia. No me pregunté realmente lo que yo quería hacer, lo que me gustaba. A mí, que siempre lo que más me ha gustado es leer y escribir, lo único que pensé es que había que crear conciencia política y social y la educación era uno de los vehículos más claros para eso. Yo, a los 18 años no me pregunté qué es lo que quería en la vida, no me pregunté por mis sueños... Cuando volvimos a la Universidad, mi marido retomó su carrera de Teología - porque al margen de su vocación religiosa, la teología es lo que le apasiona- pero yo cambié y entré a estudiar Traducción...necesitaba ganarme la vida y entendí que con una formación como esa podía aprovechar el conocimiento de idioma que ya tenía... Estudié Traducción alrededor de un año... entremedio me quedé embarazada y cuando nació mi hija, suspendí un semestre. Cuando retomé, me cambié a la carrera de Literatura, que es lo que verdaderamente me gusta...”

Paralelamente a su trayectoria de estudios, Ximena va contando lo difícil que fue toda esta primera etapa de su vida en pareja. Las peleas, sus temores de separación, las dificultades económicas, el cuidado de su hija. *“...lejos, lo paso mejor hoy día que en esa época... eso de la luna de miel, yo no lo conocí. Ese primer tiempo fue atroz, pasábamos peleando... creo que me influyó mucho el mal modelo de pareja de mis papás... siempre viví con el fantasma de la separación, tenía un rollo con el abandono y la pérdida... soy la única de mis hermanos que no se ha separado. Y no era sólo problema mío esto del fantasma de separación, mi marido también me manipulaba mucho con eso, y yo lo quería mucho y no me iba a separar así no más... Tengo clarísimo que ha ayudado que tengo trabajo personal, terapia, porque o si no....*

Los dos estudiábamos y trabajábamos. Pero estábamos al tres y al cuatro... que se duerma luego la niña, cuídala tú que tengo prueba mañana, no, tú que yo también... Yo me salía de clases para ir a darle pecho a mi guagua que estaba en la sala cuna... Fue súper difícil... a pesar que yo, cuando me embaracé, tenía una sensación de fecundidad por estar embarcada en cosas ricas... tenía una cosa

romántica, esa imagen de los becarios que estudian y crían hijos... Al poco tiempo, me di cuenta que no resultaba...”

En la narración de esta situación crítica, Ximena nos entrega más elementos respecto de su conflictiva con la familia de origen: fantasma de separación, de abandono, mal modelo de pareja, la única hermana que no se ha separado... También escuchamos conflictos en su relación de pareja: manipulación, desencanto...Y es en este contexto crítico en el cual Ximena comienza a hablar de “opción”.

“...yo estaba muy neurótica. O uno de los dos entraba a trabajar o el cuento no daba para más... Todo sonaba muy romántico, muy bonito, pero yo opté por dejar a Universidad... Le comuniqué la decisión a mi marido y él estuvo de acuerdo en que fuera yo la que trabajara porque él era mayor que yo (seis años) y tenía menor opción de volver a estudiar...”

Este parece ser uno de los momentos más claves en el relato de Ximena, pues ella se ve enfrentada a un dilema importante en relación a su definición personal. Se retira definitivamente de la Universidad en el mismo período en que se da cuenta de que es la Literatura lo que realmente le gusta estudiar. Esta decisión, la narra como una opción, una necesidad para la permanencia de su pareja y de su familia. *“...fue una decisión súper dolorosa, pero no un sacrificio, sino una opción súper necesaria. No me arrepiento. Fue doloroso porque en ese momento me había dado cuenta qué era lo mío y en ese minuto lo tiré... Nunca he podido volver a estudiar, es un lujo... Yo tengo una formación familiar mucho más intelectual que la que necesito para el tipo de trabajo que realizo hoy día... Claramente hay zonas de mí que han quedado sin desarrollar, mi vocación intelectual, creativa... Me queda algo ciertamente inconcluso y creo que algún día podré encontrar los espacios en mi vida para poder realizar mi vocación, pero siempre estará mediado por lo económico...”*

Esta esperanza de realizar algún día su vocación, Ximena parece entenderla muy estrechamente ligada a sus expectativas de pareja, especialmente a como vayan resolviendo la situación económica y la generación de ingresos entre ambos. *“...el ideal sería que algún día encontremos un equilibrio en nuestra relación, determinado en gran medida por lo económico, en el cual yo pudiera tener mis espacios...”*

De este modo, Ximena comienza a trabajar como vendedora de seguros, trabajo que realiza hasta el día de hoy y en el cual tiene un ingreso significativamente superior al del marido quien se desempeña como profesor.

Aunque Ximena cree que su opción por dejar la carrera y empezar a trabajar fue una buena decisión, también reconoce que ha tenido consecuencias a nivel de su autoestima y seguridad en si misma. Y es aquí, donde nos habla más claramente respecto del peso de su familia de origen. *“...me ha costado mucho asumir que soy la única de la familia que no tiene una carrera universitaria. Para mi papá es fregado porque sabe que tengo otras aptitudes, pero que soy la que vende seguros no más... Respecto a la madre, ve de manera distinta su influencia, siente que ha operado más bien como modelo negativo: “...mi madre es el ejemplo de mujer que ha estado a la sombra de su marido; ella era una mujer brillante, pero con una historia personal muy dura que la llevó a no optar por si misma, lo que yo creo que es un gran pecado...”*

La familia de origen de Ximena se caracteriza por la valoración de lo intelectual, de la formación profesional. Su funcionamiento ha girado en torno a la figura del padre, cuyo trabajo ha implicado incluso el traslado de país de la familia. Ella es muy crítica respecto al ambiente familiar que le tocó vivir, dados las características y los permanentes conflictos que había entre sus padres. *“...mis padres siempre se han llevado mal... era mi mamá la que tomaba la iniciativa de proponer separarse, lo que a la larga se convirtió en un eterno pataleo de su parte. Yo realmente prefería que ellos se separaran, porque el ambiente en mi casa era tan nefasto que, dentro de todo, yo anhelaba que se separaran... Crecí en un*

ambiente muy politizado, al punto que a muchos de mis amigos les llamaba la atención que en mi casa de lo único que se hablaba era de política y actualidad nacional. Jamás se habló ni de emociones ni de afectos, ni de problemas personales, ni de nada. Nunca se trataron estos temas hasta el día de hoy... Todos mis hermanos tienen una opción política... mi hermana mayor desapareció en Buenos Aires..."

En la parte final de su relato, Ximena vuelve a su relación de pareja. Una reflexión crítica, posicionada desde el ser mujer y la dificultad de conciliar sus roles de trabajadora y esposa.

El haberse retirado de la Universidad y comenzar a trabajar como vendedora de seguros, marcó fuertemente la vida y especialmente la relación de pareja de Ximena. Ella lo percibe como un logro en términos de la calidad de vida, pero también como un nuevo foco de dificultades en la relación con su marido. *"...me fue súper bien en esta pega, fue muy rico descubrir cuestiones que ignoraba, como la capacidad que podía tener para relacionarme con la gente, para inspirar confianza, crear una buena relación personal, lo que para este trabajo es fundamental... Pero también tuve problemas porque creo que, cuando empecé a trabajar, me sentí muy soberbia con la plata. Eso generó instancias de poder en la pareja, eso pasa lo quieras o no. Ahora lo manejo con más delicadeza. Pero en ese momento, fue como que me negara a él, lo que produjo distancia y frialdad desde mi marido. Por estas razones, fuimos a terapia de pareja, donde pudimos encarar explícitamente el problema económico: el hecho que yo ganara más plata, la rabia que a mi me generaba respecto de él; su frustración de no ser el principal proveedor... Yo estaba muy deprimida. Nuestra relación nunca había sido machista, sino bastante democrática en la participación de tareas, claro que soy yo la que casi siempre da la papa a las cuatro de la mañana o quien se preocupa que la loza esté lavada... Siempre me he sentido "superwoman", aunque no quiera siempre termino haciéndolo todo... y ese período sentía que no podía relajarme en nada, estaba pendiente que todo salga a la perfección... relajarme ha sido un camino que me ha costado años.... Creo que esto le sucede al 90% de la*

mujeres... siempre asumimos todos los roles que podemos: dueña de casa, mamá, trabajadora, de mujer, compañera, amiga... Para mi es lo más natural del mundo y me las arreglo bien... Los hombres no cachan nada, creen que es por arte de magia la cuestión... Las mujeres y las mamás tenemos una visión distinta respecto a lo doméstico y al cuidado de los hijos. Desde que das pecho, sabes que la guagua no puede esperar. Ellos dicen, ya espera un ratito, y pasan como quince minutos y todavía no mudan la guagua. También alegan que una no les deja nada a su iniciativa, le pido por ejemplo, que él lave la loza y él alega de por qué no esperé a que a él se le ocurriera. Hay una visión absolutamente distinta... En mi pega me ha ido bien, aunque he tenido meses muy malos de plata. Pero el promedio ha sido muy bueno, he logrado muchas cosas. Pienso que si hubiese seguido Literatura, a lo mejor ganaría 300 lucas y estaría jodida por no tener la vida a la que estoy acostumbrada..."

Ximena finaliza su relato reflexionando respecto a su vocación y a los temas pendientes en su desarrollo. *"...cuando una es chica, te meten el rollo de la vocación, como si uno sirviera para una sola cosa en la vida. Si retrocediera 10 años, habría cinco carreras que podría elegir sin temor a equivocarme demasiado. La vocación no es tan inmutable... Hace ya un tiempo que me da vueltas la idea de ponerme a escribir cuentos para niños... una vez traté de ingresar a un taller de literatura, pero no resultó... Creo que sería muy sano para mí volver a escribir, sentiría que tengo un espacio donde me cultive, que actualice mi potencial... pero me da susto, tengo la imagen de mi papá, la excelencia intelectual. Tengo un umbral muy alto de exigencia, muy alto... en el colegio por ejemplo, era buena alumna, pero no espectacular. Siempre pudo haber sido mejor; hay que ser el mejor y contar con el reconocimiento público. Eso no me lo puedo sacar de encima. Valoro mucho lo que he logrado, pero no se trata de una realización plena..."*

Análisis del relato de Ximena

El relato de Ximena nos llega como la narración de una historia de renuncias, pero, al mismo tiempo, de una historia de logros. Renuncia, especialmente a la vocación y desarrollo profesional. Logro, respecto de su autonomía económica y de su capacidad proveedora, que le ha permitido dar estabilidad material a su familia.

Cómo entender, desde una perspectiva de género, las dos dimensiones de esta historia, ya que cada una de ellas es parte de los aspectos centrales de los modelos clásicos de feminidad y masculinidad respectivamente. Pero aquí ambos tienen simultáneamente una fuerte presencia. Lo femenino en relación a la dimensión de renuncia o sacrificio personal en pos del cuidado y bienestar de los otros; lo masculino expresado en el desarrollo del rol de proveedora familiar. Probablemente, podamos entender el doble énfasis de este relato tanto desde la historia personal como desde la manera en que ésta se articula con el impacto singular de los nuevos significados socioculturales asociados al género.

El conflicto con los modelos parentales

Veamos primeramente en relación a la historia de Ximena y a sus figuras parentales. En su narración, el padre aparece como una figura de gran peso, asociada a la valoración de su trayectoria intelectual y política. Pero, por otro lado, también es caracterizado como una figura muy autoritaria, lo que constituye una fuente de mucho conflicto para Ximena. Ella lo admira y rechaza al mismo tiempo.

La madre, por su parte, es descrita por Ximena como una mujer que ha estado a la sombra del padre y que ha así desperdiciado su gran potencial intelectual. Ella hace una síntesis muy expresiva diciendo que el problema de su madre es que no pudo optar por sí misma, lo que es un gran “pecado”. La madre

constituye así una figura que también genera ambivalencia. Por un lado, hay un reconocimiento de su dedicación a la familia y, por otro, un cuestionamiento del “sacrificio” de su desarrollo personal e intelectual.

La descripción de los padres, nos permite observar que ambos están asociados a modelos de género tradicionales, en tanto él representa el desarrollo intelectual en lo público y la madre el sacrificio personal por su dedicación al esposo y a la familia. Todas características acordes a la definición tradicional de lo masculino y lo femenino.

Ximena tiene una visión crítica de sus padres. Particularmente, les cuestiona el clima familiar que ella vivió. Siempre temerosa de su separación, dada la mala relación que en ellos percibía y, probablemente asociado a esto, la tensión ambiente en que ella se desarrolló, ya que nunca sintió que ellos generaran un espacio afectivo que acogiese sus problemas o desorientación. De este modo, se entiende su rechazo por el modelo de feminidad que asocia a la madre, de sumisión y sacrificio personal. Respecto al padre, su admiración a su importante trayectoria profesional se ve empañada por los conflictos que surgen a propósito de su autoritarismo. A sus 18 años, este conflicto estalla en una significativa discusión con él, en la cual ella reacciona fuertemente en defensa de la madre frente al autoritarismo del padre. Esta confrontación gatilla su temprana partida de la casa familiar.

Junto con irse de la casa de los padres, decide congelar sus estudios y buscar un trabajo que le permita mantenerse económicamente. El vivir sola y no seguir estudiando, transgrede tanto el modelo paterno de la carrera intelectual, como también el modelo femenino de la dependencia. Ella ha decidido suspender sus estudios y vivir autónomamente. El costo del conflicto es significativo, pues pierde el apoyo económico familiar en un momento en que ella no ha desarrollado aún los recursos personales suficientes para prescindir de éste. Pero el camino que Ximena intenta frente a este conflicto es el de privilegiar su independencia, planteándose así el desafío de ser autosuficiente. Esto implica un impulso al

desarrollo de sus recursos para serlo, pero al mismo tiempo desdibuja su incipiente proyecto de formación.

Podemos entonces pensar que la decisión de abandonar la casa de los padres y de suspender sus estudios, a pesar de implicar una restricción personal, se constituye al mismo tiempo en un signo de rebeldía, autosuficiencia juvenil y de transgresión de la norma familiar. Quizás es aquí, en este momento, donde aparecen los primeros antecedentes del mecanismo que opera en Ximena en relación a representarse las restricciones como opción personal.

Ella se rebela contra el padre, pero también contra la madre. No quiere ser dependiente y sumisa como ella, lo que le implica una ruptura también con el padre. Sin embargo, esta ruptura le significa perder parte importante de su proyecto de desarrollo, en tanto suspende sus estudios. Es decir, el acto de rebelión y ruptura con el modelo familiar le significa al mismo tiempo la pérdida de un camino posible y de su interés en relación a su formación como profesional. No puede no rebelarse, pero tampoco puede dejar de valorar la formación profesional. Seguir sus estudios está asociado a la dependencia económica del padre y ésta, a la condición sumisa de la madre. No hay alternativa satisfactoria para ella. La situación sugiere un importante conflicto. Ximena lo minimiza. Ella habla de una opción que le significa sólo una suspensión temporal de sus estudios. Y efectivamente ella posteriormente hace serios intentos de retomar su formación universitaria, pero, en un nuevo contexto, nuevas formulaciones de su opción van apareciendo. Opciones que perpetúan la decisión inicial. Ximena, hasta hoy y a pesar de que sigue siendo su deseo, no completa su formación profesional.

Medios masculinos en un proyecto femenino: ¿una solución al conflicto?

El relato de Ximena, desde una perspectiva de género, nos tienta por momentos a entender su historia como muy “femenina”, dado el énfasis en los aspectos de renuncia personal, clásicamente asociados a la experiencia de las

mujeres. Sin embargo, en otros momentos, la impresión es completamente distinta, percibiendo su historia con características “típicamente masculinas”, como lo es su preocupación por la mantención económica.

Puede pensarse entonces que se trata de una práctica “masculina” con un sentido femenino, en tanto se desempeña en una lógica típicamente masculina, de gran dedicación al trabajo en el mundo de los negocios, pero a la cual le asigna un sentido típicamente femenino, como lo es la dedicación a los hijos y a la familia. ¿Cómo es entonces la vivencia de Ximena de esta suerte articulación de lógicas de género?

Las diversas renunciaciones y postergaciones de su proyecto de estudios y realización profesional de las cuales va dando cuenta a lo largo del relato, no constituyen una nueva noticia respecto de la experiencia femenina. Pero sí nos sorprende el contenido de las renunciaciones de Ximena. Ella renuncia a lo que llama su vocación profesional -la literatura- por dedicarse al mundo del trabajo, por desarrollarse en tanto proveedora de la familia. La vivencia que acompaña a dicha renuncia también es una nueva noticia. Ella, paradójicamente, la ha experimentado como una opción personal. Lo que parece estar en juego en esta dinámica es la tensión entre autonomía y condición femenina

Recordemos que Ximena pertenece a una familia con un significativo desarrollo intelectual, medio en el cual la carrera universitaria está pre-establecida culturalmente en la definición interna del proyecto vital de sus jóvenes. Ximena, sin cuestionarse, intenta seguir este camino luego de finalizar su educación escolar. El no haber podido realizar este proyecto, no es una experiencia menor, ella lo vive como una experiencia de fracaso, dado el importante arraigo que tiene en ella la valoración de este ámbito.

Desde la perspectiva de su experiencia subjetiva, a pesar de hablar de fracaso, ella no lo expresa con el peso emocional que los fracasos suelen dejar en quienes lo experimentan. La defensa parece surgir con fuerza y Ximena siente que

sus dificultades para permanecer estudiando se deben a que para ella, en ese momento, lo más importante era tener un trabajo que le permitiera mantenerse económicamente y vivir fuera de la casa paterna.

El mismo mecanismo parece operar en el contexto de la relación de pareja. Cuando la situación económica se les hace insoportable, estando ambos en la Universidad, y se hace necesario que uno de los dos tenga un trabajo estable, es ella quien deja los estudios, apelando a las condiciones del momento, y dejando muy en claro que, “aunque aparezca como sacrificio, dado el dolor que le causó”, no lo es, porque ella lo sintió necesario y así lo decidió. Nos habla de la oposición sacrificio-voluntad. Es la capacidad de decidir la que anula para ella la dimensión de sacrificio personal. Lo anula a pesar de sugerirlo con mucha fuerza en su relato: “... fue una decisión súper dolorosa, porque me di cuenta que había entendido, por fin, lo que era lo mío y lo tiré... Entonces eso es claramente una cosa como inconclusa en mi y creo que algún día podré a lo mejor encontrar los espacios en mi vida para poder realizarlo....”

A pesar del dolor del que habla, el mandato interno que ella parece privilegiar, es aquel que tiene que ver con el evitar una eventual ruptura matrimonial y con la mantención armónica de su familia. Y esto se manifiesta muy desde el inicio de su relación de pareja. Recordemos que ella enmarca su decisión de casarse en una serie de acontecimientos que significaban una gran dificultad. No sólo su situación familiar, sino también el contexto político de dictadura. La detención de su pareja y las consecuencias de vulnerabilidad psicológica que esto produjo en él, permiten que ella asuma el rol de fortaleza y cuidado en la pareja. El inicio del matrimonio se caracteriza así, por una Ximena que adopta la posición de fortaleza en pos de los afectos y de la estabilidad. Se potencia en ella su capacidad de “resistencia a las dificultades”, como modalidad de resolver las situaciones más críticas o difíciles.

Sin duda, la manera de velar por la familia es distinta a la de su madre, quien, a pesar de tener una brillante formación profesional, nunca ejerció y se dedicó a las

labores de casa. Ximena pertenece a una generación que vive en otro escenario. El optar por el trabajo y la autonomía no es percibido por ella como amenazante para un proyecto familiar. Al contrario, esta opción es para ella lo que posibilita este proyecto. El derecho de la mujer a trabajar, a ser autónoma, lo que históricamente ha estado presente en las reivindicaciones feministas y connotado como una postura transgresora y rupturista de los modelos tradicionales, aparece aquí como una necesidad ligada al rol de madre y esposa.

Tampoco se trata, como en el caso de mujeres más pobres, de una necesidad imperiosa de generar más ingresos. En este caso, se plantea como una opción que posibilita, paradójicamente, un mejor cumplimiento y vivencia de los roles tradicionalmente descritos como femeninos.

Pero aún así, Ximena no parece salir del conflicto. Su "opción" le representa al mismo tiempo un orgullo, por su autonomía, y un fracaso, a causa del no desarrollo de su vocación "intelectual" dada por su formación familiar.

Estrategia identitaria de género: la transformación del sentido

¿Cómo pensar la identidad de género en el caso de Ximena? Cómo entender la particular coexistencia del orgullo por su capacidad proveedora, por su éxito en lo laboral, y de un sentimiento de frustración y fracaso por el abandono de sus sueños, de su vocación.

Esto nos lleva a cuestionar la tendencia cultural que se observa en las últimas décadas a la flexibilización de los roles de género, en el sentido que el ejercicio de nuevos roles, en el caso de las mujeres, no necesariamente rompe la asignación arbitraria de características a cada sexo, sino que podría tratarse más bien de nuevas formas de cumplir con estos roles asignados y transmitidos de generación en generación.

El caso que analizamos, pareciera dar cuenta de una nueva versión del tan conocido sacrificio femenino. Versión que lo expresa como una opción personal, una opción por lo conveniente y lo necesario. Signo de los tiempos, por lo demás, donde vivimos la hegemonía del pragmatismo.

Desde el punto de vista del ejercicio de roles, Ximena expresa un modelo moderno de lo femenino, autónoma, incorporada a lo laboral, con capacidad de decisión sobre su fecundidad, etc. Desde lo subjetivo, su historia y definición personal ha estado marcada, entre otros, por un modelo más tradicional que supedita sus decisiones y su valoración personal al desarrollo de sus obligaciones en tanto madre y esposa. En ella coexisten ambos modelos, quizás los mismos que conviven en los discursos más públicos respecto a la definición de lo masculino y lo femenino.

El conflicto que hemos analizado en el relato de Ximena -la tensión entre su necesidad de autonomía y las restricciones provenientes de un modelo femenino arraigado psicológicamente- se han ido constituyendo a lo largo de su historia, articulándose con conflictos o momentos biográficos significativos, como la ruptura adolescente o el inicio de su relación de pareja.

En cada uno de los episodios relatados, ella espontáneamente explicita que no se trata de un sacrificio, que ha sido una opción por el cuidado de la familia. Un elemento que parece jugar un rol importante, es el verdadero fantasma que la acompaña, derivado del mensaje de su familia de origen respecto a que la separación es un riesgo permanente. Ella releva que es la única de sus hermanos que no se ha separado. Excluye esta alternativa como una manera de resolver sus dificultades matrimoniales. Su forma de resolución es una postergación de intereses y vocaciones propias. He aquí el mecanismo que parece constituir una estrategia identitaria en Ximena: la transformación de sentido. Ella vive una decisión que implica una importante renuncia personal como una opción, como elección pragmática de lo que considera mejor alternativa de resolución de conflictos. Se representa el sacrificio en opción.

Pero al mismo tiempo, Ximena experimenta sentimientos encontrados a la hora de evaluar su recorrido. Por un lado, trae muy críticamente la figura de su madre, quien abandonó su carrera en función de apoyar al padre. Ella, al igual que su madre, tampoco desarrolla su vocación profesional, pero lo hace en un estilo diferente, "masculino". No permanece a la sombra del marido y, sin embargo, experimenta también una gran renuncia. Es decir, al mismo tiempo transgrede y no transgrede el modelo femenino clásico. Lo hace de una manera que no parece tradicional, pero finalmente su vivencia parece corresponder a una gran renuncia personal en pos de la maternidad y la pareja, de manera similar a la figura de dueña de casa, dedicada al cuidado del hogar y la familia.

Respecto a su actual rol, también tiene la sensación de frustración, relacionada con el no poder cumplir a cabalidad las exigencias que tiene la lógica masculina. Quiere, en el ámbito laboral, tener un alto nivel de excelencia y reconocimiento, muy difícil de lograr dada su necesidad de diversificación en múltiples roles. Diversidad de roles, que le impide cumplir la absorbente exigencia laboral, característica de la lógica masculina del mundo del trabajo.

La historia de Ximena, da cuenta del conflicto que implica la co-existencia de modelos femeninos. No quiere abandonar la maternidad como eje identitario, pero tampoco desempeñarse en el clásico papel de mujer dependiente. Por otro lado, no puede desenvolverse a cabalidad en su rol de proveedora, pero tampoco puede dejar de tener el desafío del desarrollo en su ámbito laboral. Frente a estas contradicciones, que potencialmente podrían derivar en un bloqueo, Ximena intenta rescatar los momentos de subjetividad que siente que ha desplegado en cada momento crítico de su historia, representándose como opción caminos que pueden ser también leídos en el prisma del tradicional "sacrificio" femenino.

Su estrategia identitaria de género, de transformación del sentido, le proporciona un cierto alivio en relación al eventual bloqueo al que este conflicto podría llevarla.

Esta estrategia de transformación del sentido también la protege frente a la posibilidad de ver menoscabada su identidad por definirse más claramente en uno u otro sentido. ¿Madre o ejecutiva a tiempo completo? Ninguna de las dos. Es una ejecutiva que ha renunciado a su vocación profesional por el bienestar de sus hijos y su familia. Lo femenino y lo masculino a la vez. Potentes instrumentos defensivos ante cualquier embestida -externa o interna- que ponga en duda tanto el desempeño de su maternidad como su desenvoltura y autonomía en un mundo posmoderno. Gran tensión, sin duda. Sostener dos modelos de mujer parece tarea imposible. Desde ahí, es posible entender que Ximena se mantenga en una definición de género no muy nítida. Vaguedad que, lejos de provocarle angustia, viene a aliviar la tensión. Esta falta de nitidez no opera, sin embargo, en su práctica cotidiana. Allí ha encontrado un camino más claro, ya que cristaliza su decisión de dedicación al mundo del trabajo. En su discurso, en cambio, esta claridad se difumina, dejando visible el conflicto que Ximena experimenta en relación a su identidad de género.

A modo de síntesis

Los nuevos referentes de género han encontrado un lugar bastante nítido en las prácticas de Ximena. Efectivamente, ella ha incorporado con fuerza la dimensión del trabajo remunerado como un eje identitario. Su dedicación al mundo de los negocios le ha también posibilitado definirse como proveedora de su familia.

Sin embargo, esta dimensión no ha estado exenta de conflicto. En su relato, Ximena deja ver las contradicciones que comportan dichas prácticas, en tanto las vive con una connotación de alternativa excluyente de los roles más tradicionales, los cuales, sin embargo, siguen constituyendo parte central de su identidad de género y de su proyecto vital.

El conflicto entonces se expresa en la dificultad de articular estas prácticas en una imagen de sí misma como mujer que le resulte coherente y, al mismo

tiempo, legitimada. Esto no resulta simple. Su dedicación al mundo de los negocios y su rol de proveedora, comporta, a la vez, la frustración de una carrera abandonada, en pos, precisamente, de una decisión más pragmática. Allí aparece el fantasma del sacrificio personal, imagen ligada a una figura femenina tradicional, que Ximena se resiste a aceptar. La tensión se plantea entre la autonomía y las restricciones del rol tradicional femenino, ilustradas aquí en la figura del sacrificio personal.

Ella encuentra una manera personal de lidiar con esta tensión. Le da un sentido totalmente diferente a lo que pudiera connotar sacrificio, transformándolo en opción personal. La opción sugiere autonomía y voluntad. Tal como ella la expresa, esta opción puede leerse como el desarrollo de medios masculinos (gran dedicación al trabajo y rol de proveedora) en función de sentidos femeninos (cuidado de su familia).

Una estrategia identitaria de género puede entonces ser identificada en este relato. La transformación del sentido con que articula sus nuevos roles, tiene que ver con un sentimiento de amenaza identitaria que Ximena siente que la acecha en relación a su condición de mujer. La estrategia le permite desplegar un funcionamiento cotidiano adecuado, pero, sin embargo, no resuelve el conflicto ligado a las contradicciones de género de las que es portadora. La simultaneidad de sentimientos de orgullo y frustración, constituye una expresión gráfica de este conflicto.

El Relato de Martín

A Martín lo contacto a través de un colega de mi trabajo, quien fue su compañero de Universidad. Mi colega conoce el tema de mi tesis y, sin darme razones, le parece que Martín puede ser un entrevistado interesante.

Al explicarle brevemente por teléfono, la palabra “tesis” parece ser la clave para su rápida aceptación a ser entrevistado. Me cuenta que él también está trabajando en la suya.

Martín tiene 28 años. Es biólogo de profesión y se desempeña como profesor universitario, y paralelamente lleva a cabo su proyecto de doctorado. Está casado hace 4 años. Su mujer tiene la misma profesión, pero actualmente no ejerce, ya que está dedicada a los quehaceres de la casa y al cuidado de los dos hijos de la pareja, un niño de 3 años y una niña de 8 meses de edad.

Nuestras entrevistas se llevan a cabo en un café cerca de su Universidad. Me llama la atención el horario, las siete de la tarde, ya que corresponde a su salida del trabajo. Trabaja hasta tarde, como gran parte de los chilenos.

La primera entrevista la inicia él con una suerte de “introducción” al tema, mediante la cual, Martín explica lo difícil que es su medio profesional; estresante y exigente. Esto, a su juicio, tiene serias consecuencias para la vida de pareja, en términos que se ve muy presionada, lo que él asocia a la gran cantidad de “deserciones matrimoniales” que puede observar en su medio.

Se extiende bastante en este tema; parecemos dos investigadores que discuten un tema. Al leer la entrevista, pienso que mi amplia disposición a esta conversación inicial, tal vez tiene que ver con el hecho que mi entrevistado sea hombre y que se desempeña en un medio académico similar al mío. Probablemente, esto gatilló en mi una reacción automática a desenvolverme “intelectualmente” para legitimar y darle sustento a una investigación que “simplemente” se base en historias personales. Recuerdo algunos escritos respecto a que las mujeres tendemos a “masculinizarnos” en nuestra inserción al mundo del trabajo. Mi condición femenina, parece entonces ser relevante en la escucha de la historia de Martín.

La historia reconstruida

Martín inicia su relato describiéndose a si mismo como una persona que se interesó en la experiencia de pareja tardíamente. Su preocupación fundamental durante su juventud estuvo centrada en su proyecto de estudio y trabajo, el éxito académico y su futuro laboral. El se explica esta situación por lo que él denomina “una marca” de su ubicación familiar. Es el menor de cuatro hermanos hombres por lo que siempre le preocupó el poder diferenciarse, el tener un sello personal que lo visibilizara dentro de su familia. Sello que materializó en su destacada trayectoria como estudiante, durante la cual dedicó toda su energía e interés precisamente en el estudio y trabajo académico.

“...Yo era rayado, fanático por el estudio y el trabajo....era la típica persona archi-profesionalizada, que lo único que veía era el trabajo y el éxito académico... si a veces salía con una chica, con suerte durábamos una semana...lo único que realmente me interesaba era estudiar, trabajar y que me fuera bien en lo profesional mismo...”

No fue sino hasta el último año de universidad que inició un pololeo con la que es actualmente su esposa. “...era compañera en la Universidad, pero sólo el último año enganchamos... enganchábamos en conversaciones, en cuestiones de la vida de familia... más íntimas...”

Describe así esta relación, como de mucha afinidad y confianza, lo que le llevó, después de 2 años, a tomar la decisión de casarse. Pero también explicita esta decisión como parte de su proyecto de diferenciación, en el sentido de haber evaluado la necesidad de dar un paso de mayor independencia en relación a su familia de origen. “...era ya tiempo del desafío de tratar de encontrar otro desarrollo de afecto... también influyó que mi mujer, hasta el día de hoy, entiende lo que uno hace y lo más rico de todo es que uno tiene confianza con ella como persona... o sea una cosa de intimidad, confianza, una cosa muy rica de

sentimientos... eso perdura y es para mi quizás lo más decisivo... Entonces estaba el deseo de independizarme, de iniciar una vida adulta y, por otro lado, haberme encontrado con una persona idónea para este proyecto...”

A pesar que desde el punto de vista material, se sentía muy inseguro, en su narración es explícito en decir que no se trató de un acto irreflexivo o de “una locura de juventud”. Su proyecto de pareja lo califica dentro de lo que llama “cánones clásicos”.

Efectivamente, hasta ese momento, el relato de Martín da cuenta, desde una perspectiva de género, de un referente tradicional en relación a la constitución de pareja, donde ésta queda, en gran parte, supeditada al predominio del proyecto de desarrollo profesional de Martín. Es este el ámbito que concentra hasta aquí sus esfuerzos, a través del cual parece encontrar la manera de resolver su necesidad de visibilidad y legitimidad en relación a su familia de origen.

A partir de su matrimonio, comienza a producirse un giro en su narración. El va dando cuenta como este gran proyecto de desarrollo profesional se ve paulatinamente interferido por sus nuevas expectativas sobre el emergente proyecto familiar, en términos de roles, afectividad e intimidad. Las exigencias que provienen de los dos mundos en que se desenvuelve, trabajo y familia, las vive como contrapuestas, lo que le genera una gran tensión.

Así, las dificultades para consolidar el matrimonio como un proyecto autónomo no tardan en aparecer y se relacionan principalmente con el orden material de la vida de pareja. Por un lado, no le otorgan la beca que financiaría su Doctorado, de la cual dependía en gran parte su tranquilidad económica. Y, además, muy pronto y sorpresivamente, su mujer se embaraza, a raíz de lo cual ella sufre serias dificultades y discriminaciones en su trabajo, donde le piden incluso la renuncia.

“...ella se embarazó a los cinco meses de casados... eso te cambia un poco el switch porque empieza algo que no tienes previsto y tienes que reestructurarte

en muchas cosas. Era justo el primer año de casados, yo iniciaba mi doctorado, mi esposa iniciaba su primer trabajo y más encima guagua... Estábamos contentos, pero teníamos el típico problema, las circunstancias externas, cómo lo vamos a hacer, cómo vamos a pagar la clínica..."

Martín cree que la parte más difícil de este período la vivió su mujer, en tanto sufrió discriminación en el trabajo que recién iniciaba. *"...ella se llevó el trago amargo de la cosa... tuvo que hablar con el director de la institución para evitar que la echaran por estar embarazada... finalmente logró que la reubicaran, pero fueron 2 o 3 meses bien angustiosos para ella..."*

Paralelamente, relata que el hecho que más lo desestabilizó personalmente fue el no haber obtenido la beca que él esperaba para poder realizar su doctorado. *"...yo basaba nuestra autosuficiencia económica en la obtención de una beca, estaba seguro que la iba a obtener... cuando supe que la respuesta era negativa, fue como un balde de agua fría... nos iba a costar estabilizarnos económicamente..."*

Esta situación le genera una situación de mucha tensión y cansancio. A pesar que logran sobrellevar las dificultades, Martín siente gran agotamiento por las nuevas exigencias a las que se ve enfrentado, *"...todo esto me implicó mucho cansancio... sentía que tenía que rendir, que responder a la familia y tener que compatibilizar con los proyectos individuales de cada uno... nunca con mi mujer entendimos que el proyecto de matrimonio implicaba dejar de reconocer las propias líneas de desarrollo personal..."*

En una mirada retrospectiva, Martín piensa que a pesar de todo lo difícil que fue esta etapa, no tuvo mayores consecuencias para ellos. Esto, porque se apoyaban en la fortaleza de la relación que habían constituido durante el pololeo, la que califica como muy enamorada y madura, en el sentido de tener un diálogo muy abierto y honesto. *"...esto fue lo difícil del primer año de matrimonio: yo con una sobrecarga académica y de trabajo y la Maria Elena sobrellevando su*

embarazo en un período difícil de readaptación laboral... pero el balance es positivo...”

Sin embargo, el asumir su nuevo rol como padre agudiza los cambios que venía experimentando. El nacimiento de su primer hijo es claramente un hecho muy determinante que él mismo define como algo que le marcó otra etapa de su vida. *“...yo asistí al parto, la acompañé en el pre-parto y me quedé esa noche en la clínica... fue una experiencia que hasta el día de hoy recuerdo muy vívidamente, y a pesar que mi hijo está grandote y hace diabluras, yo todavía recuerdo su carita hinchada, llorosa y tiritón de pera, al lado de la mamita...”*

Esta nueva “marca” en su vida, Martín la expresa en dos sentidos. Por un lado, el impacto afectivo del tener un hijo, lo que él relata con mucha emoción y cercanía, dando cuenta de su interés y motivación por ejercer muy activamente su rol de padre. Y, por otro lado, relata que también con el nacimiento de su hijo, se hace más difícil, para él y su mujer, compatibilizar el proyecto laboral con este nuevo proyecto familiar que le demanda más de lo que imaginaba.

Después que nace el hijo, ambos tratan de mantener sus respectivos trabajos. Inscriben al niño en la sala cuna, turnándose para llevarlo e irlo a buscar. Sin embargo, la esposa, después de los 3 primeros meses, decide reducir su jornada laboral, ya que veía que el niño resentía su ausencia. Esta decisión le implica tener que trabajar más para compensar la reducción de ingresos de la esposa. *“...por eso no pude dedicar mucho tiempo a mi familia... no pude estar en la quemá¹⁴...”*

La tensión entre la dedicación al proyecto personal y al familiar la va sintiendo cada vez más difícil. Por un lado, él necesita llevar a cabo su proyecto académico; requiere también de generar el ingreso suficiente para mantener el grupo familiar y, por otro, también siente la necesidad de participar más cercanamente con su mujer e hijo. Poco a poco, va sintiéndose culpable por no

¹⁴ Se refiere a participar activamente en las tareas cotidianas domésticas.

estar todo lo cerca que quisiera de su familia, lo que experimenta como una suerte de agotamiento mental por tratar de estar en todo. *“...Sentía como un buque que se me venía encima... mucha dificultad. Frente a tanta exigencia, muchas veces sentía que tenía que optar... casi siempre primaba mi familia, mi hijo y mi señora... Aunque me costaba tener claridad para tomar decisiones... y yo no soy explosivo, así que por eso me agotaba anímicamente...”*

Esta etapa la percibe como “una segunda crisis”, dado que se siente absorbido por las exigencias y que no sabe como resolverlas. El que sea su segundo año de doctorado y el que su mujer haya reducido su ingreso, son dos situaciones muy complicadas para Martín.

Le acentúa la sensación de crisis la incompreensión que reconoce en su ambiente de trabajo. Particularmente, en relación a no permitirle mayor flexibilidad de horarios dada su nueva situación familiar. Incluso recibe críticas directas (molestias) y solapadas (indirectas en tono de broma) por tener que igualmente flexibilizar sus horarios. Martín atribuye esta situación a “una brecha generacional”, en el sentido que gran parte de sus compañeros, son bastante mayores que él, están en otro momento vital y tienen otra forma de entender la paternidad. *“...lo difícil que es la instancia familiar dentro de este ambiente... porque el investigador sale temprano, llega tarde, trabaja los fines de semana, sale a terreno, entonces es una vida muy irregular, con altos y bajos en cuanto a disponibilidad de tiempo... este ambiente, un poco por el legado machista, un poco por los resabios prehistóricos, no te favorece... uno llega al trabajo con la explicación de quería estar con mi guaguita, ...que el pediatra... y te dicen que te ubiques... en ese sentido, siempre tuve problemas con mis profesores... hasta el día de hoy, porque lamentablemente por una brecha generacional, hay otra predisposición, no calza, digamos, ese enfoque con el que unose predispone...”* Esta descripción parece expresar un aspecto clave del relato en relación a la falta de validación que Martín encuentra en su entorno laboral. A pesar que él no lo explicita así, me quedo con la impresión que esto reedita su conflictiva en relación a sus padres, en torno a su legitimación y visibilización.

Sin embargo, la reflexión de Martín no toma este aspecto directamente, sino que se centra en como esto ha impactado en su pareja, en cuanto a que esta tensión ha constituido una fuente de dificultades en su relación de pareja. *“...yo diría que las principales dificultades hasta ahora en nuestra relación de pareja ha sido lo difícil que es poder manejar las circunstancias de tipo profesional, laboral, nuestro alrededor, la exigencia que implica los niños, con ser capaces de generar un espacio, para nosotros. Y esa yo te diría que es la principal dificultad, el principal desafío, el principal problema, porque yo creo que es la parte clave...”*

Estos períodos de crisis dejan así una preocupación fundamental en Martín, relacionada con su relación de pareja, por una “cierta enajenación”, como él la denomina. Se refiere a que ambos se van sintiendo cada vez más “ocupados” por su rol de padres, desdibujándose en tanto pareja. *“...nos estábamos relacionando más como papás que como pareja, en la cual cada uno tuviese su proyecto...”*. Esta preocupación se intensifica a raíz de la decisión de su mujer de dejar definitivamente el trabajo. Decisión que ella toma a propósito de percibir la necesidad del niño por mayor cercanía afectiva. Martín no estuvo de acuerdo con esta decisión, aunque compartía la preocupación por el hijo, le inquietaba que su mujer detuviera su desarrollo profesional.

A los pocos meses, ella se embaraza de su segunda hija, quien nace cuando el mayor tiene dos años. A partir de este momento, Martín siente que las tensiones se alivian, como que hubiese encontrado una manera de vivir con mayor tranquilidad, resolviendo los momentos de crisis. *“...Yo creo que hemos llegado a un punto, si hacemos la analogía con un río, después del rápido viene el remanso, estamos en un remanso, después vendrá otro rápido, pero ahora estamos como en esa parte...”*

Este alivio, Martín lo explicita en relación a su pareja. Tiene la sensación de haber “salvado” su relación de pareja de la amenaza de desdibujarse en el rol de padres. Piensa que lo que le ha permitido este “remanso” es su flexibilidad, característica que percibe como herencia de sus padres. *“...mi relación con mis padres fue muy libre y flexible, a diferencia de la que tuvieron con mis hermanos... creo que eso ha incidido en lo diferente que somos en la relación familiar actual... Yo creo que esta flexibilidad me ha ayudado a ser más sensible, a hacer las cosas de una manera más emotiva, más sensible, más condescendiente con las otras personas...”* Vuelve así a traer su preocupación por la diferenciación en relación a su familia de origen. Pero esta vez ya no apelando a su proyecto profesional, sino a características afectivas que percibe le han permitido desarrollarse en forma muy distinta a sus hermanos.

Estas características las ejemplifica contando con orgullo su esfuerzo por integrar la dimensión familiar y doméstica dentro de sus preocupaciones cotidianas. Estar atento, por ejemplo, a las compras necesarias en la casa; al pago de cuentas; a las necesidades de su mujer, a la relación de pareja, etc. Transmite tener una preocupación permanente por no desatender su familia, a pesar de no tener mucho tiempo ni apoyo en su entorno laboral.

Esta falta de apoyo y comprensión que percibe en sus pares, le ha significado incluso un distanciamiento con algunos amigos. *“...hasta en el compartir las vacaciones con amigos que no tienen hijos, se siente la dificultad en esta etapa de tener afinidad y de ser aceptado por amigos que no tienen la misma experiencia de vida...”*

Más allá de su sensación de haber resuelto las crisis, Martín mantiene la vivencia de exigencias encontradas, de mundos difíciles de compatibilizar. Los distintos ámbitos en que se desenvuelve, los va percibiendo cada vez más difíciles de armonizar. Esto lo experimenta en términos de la necesidad de “optar”. Su discurso ha cambiado, hoy plantea que su opción es “casi siempre” la familia,

aunque también reconoce el peso que tienen sus estudios de post-grado, los que muchas veces tienen requerimientos excluyentes de su familia.

Pero en la práctica, esta tensión se ha ido aminorando en la medida que su mujer ha reducido su jornada laboral. Así, las exigencias parentales para él se han aliviado. Martín, por su parte, suple el menor ingreso de su mujer aumentando el nivel de trabajo. Esto se define más aún, cuando el niño cumple un año y la esposa deja por completo su trabajo. De este modo, las “demandas urgentes” de su familia disminuyen, pero aún así Martín siente que ha tenido que reorganizar su vida. Habla de una “re-estructuración de su tiempo” o de “distribuirse de manera eficiente”. De este modo él caracteriza el esfuerzo que le implica lo que denomina “su opción”. Opción por una mayor dedicación a su familia; por tener un rol de padre más activo; por no descuidar el desarrollo como pareja. Pero sin duda, esta opción no le es fácil de lograr. Ni tampoco siente el apoyo o comprensión de quienes le rodean. Particularmente en su trabajo, nadie le dice explícitamente, pero él siente las miradas y actitudes de reprobación frente a ciertas conductas, como por ejemplo cuando se va más temprano a su casa; cuando llama por teléfono para saber si le bajó o no la fiebre a un hijo enfermo o por si es necesario comprar algo que falte en la casa. O cuando llega más tarde porque se quedó cuidando a uno de los niños, etc. Todas éstas conductas de un nuevo repertorio desarrollado por Martín en el camino de formación de su familia.

Por tanto, no extraña la frase con la que finaliza su relato, sintetizando su experiencia de los últimos años: “el gran desafío para el hombre moderno es la armonía entre lo privado y lo profesional”. Y en relación a los múltiples escollos que él identifica en este intento, Martín termina conceptualizando el peligro implícito que denomina como “el síndrome de nuestra época: el abandono temprano de la lucha...”, refiriéndose con esto a la enorme dificultad con que ha vivido el intento de lograr dicha armonía.

Análisis del relato de MartínEl modelo tradicional de masculinidad: un referente identitario

Lo que primero llama la atención en este relato es lo acentuado del proyecto de desarrollo profesional de Martín. Esta acentuación se corresponde con los modelos socioculturales de la masculinidad en términos del valor central del trabajo como eje identitario. Pero hay también en su historia características particulares que enfatizan este mandato. Su vivencia como el menor de cuatro hermanos, su ansiedad de diferenciación, favoreció que además viviera este proyecto como “una marca personal”, en el sentido identitario, convirtiéndolo así en una manera de resolver dicha conflictiva. Esto permite entender el por qué Martín llega a autocaracterizarse de una manera tan radical como una persona con un interés exclusivo por el desarrollo académico, alguien para quien otras esferas de la vida pasaban casi invisiblemente.

El referente clásico de masculinidad que sugiere el relato de Martín no es entonces la simple expresión de una opción ideológica. Sabemos que la dimensión de género de la identidad da cuenta de una articulación entre subjetividad y sociedad. Ahí están presentes tanto los conflictos emocionales de la historia personal como las experiencias relacionadas con la ubicación social. La exacerbación en Martín del proyecto masculino no es expresión de una época que se caracterice por esta acentuación, sino más bien que es en este modelo donde él encuentra disponible los recursos que le dan un camino viable para su conflictiva de diferenciación y de visibilización. Podríamos hipotetizar que si esta ansiedad de diferenciación no hubiese sido tan poderosa en Martín, probablemente el referente tradicional masculino no hubiera tenido tampoco tanto peso en la conformación de su identidad de género. Y, a la inversa, de no estar disponible y vigente este referente, la diferenciación de Martín hubiera probablemente tomado otra forma. Esto ilustra que la influencia del medio social

sobre el proceso de construcción de una identidad está intermediada por la dinámica interna que interviene, elabora y reconstruye las relaciones con el mundo exterior. (Grinberg, 1980)

De este modo, el caso de Martín nos abre una ventana para una primera observación: la vigencia y disponibilidad actual de los referentes más clásicos de género, aun para una generación joven como es a la que él pertenece.

Las contradicciones del modelo tradicional masculino en un escenario posmoderno

Pero en la medida que el relato avanza, otras ventanas van abriéndose a nuestra comprensión. La confrontación con la experiencia concreta y cotidiana de su emergente vida en pareja, remueve fuertemente en Martín el discurso sobre su proyecto vital. Las demandas y participación que concita la vida en pareja, comienzan a conectarlo más fuertemente con la dimensión afectiva como parte también activa de su proyecto. La imagen que él manejaba, su idea “teórica” de ir armando su propia familia en función de su recorrido personal, profesional, va sufriendo cambios importantes en la medida en que va enfrentando diversas dificultades que le exigen un reacomodo de sus prioridades. La dimensión afectiva va adquiriendo así una visibilidad cada vez mayor para él.

De este modo, el discurso de Martín se va alejando progresivamente del referente más tradicional en cuanto al desempeño del rol familiar. Su disposición inicial lo hubiese llevado más bien a mantener el centrarse prioritariamente en su carrera profesional y en su rol de proveedor. La confrontación con las dificultades y las necesidades afectivas, le han significado un cuestionamiento de esta disposición. Cuestionamiento que, en la práctica, vive como una tensión permanente entre su dedicación al trabajo y a la familia. Y en su discurso, aparece como una redefinición de sus opciones, en el sentido de la necesidad de priorizar su rol de pareja y de padre.

Vemos entonces como comienza a hacerse evidente en la vida de Martín la presencia de nuevos referentes de la masculinidad. Una masculinidad que incorpora más activamente la paternidad, que flexibiliza los roles al interior de la pareja y que legitima el ámbito afectivo como un dominio también masculino. Sin embargo, no se trata de una representación suficientemente valorizada y parece convivir con otras más tradicionales que también ejercen presión por mantenerse vigentes. Concretamente, esta suerte de pugna de referentes, se desprende de la fuerte crítica que Martín recibe, explícita o implícitamente, desde sus pares. Especialmente de sus colegas en la Universidad, de quienes él percibe una recriminación por lo que consideran una falta de dedicación al trabajo en pos del cuidado familiar. Su sensación es que el rol parental que ha ido desarrollando no siempre “calza” con el rol de investigador y académico al cual no pretende renunciar. Pero, como decíamos, es poderosa la incomprensión que percibe en su medio profesional, que se traduce en críticas y en una implícita mala evaluación de su falta de disponibilidad total, esperada para un investigador como él.

Nos encontramos entonces que la integración de representaciones provenientes de un modelo emergente de género, es vivida por Martín como una tensión que entra en contradicción con mandatos adscritos a modelos más tradicionales. Contradicción que bordea el caer en la oposición excluyente, en la medida que él experimenta que los pasos que da en una dimensión parecieran inhabilitarlo en la otra. Su práctica cotidiana va dando cuenta, cada vez con mayor fuerza, de una gran tensión entre su dedicación al trabajo por un lado y, por el otro, a su pareja y familia. En su discurso, va apareciendo la vivencia de opuestos, en el sentido de plantearse una redefinición que le permita establecer nuevas prioridades que reemplacen las anteriores: “lo más importante para mi es mi familia”.

Pensemos que Martín es un adulto joven de nuestra época, que, entre otros, se caracteriza por el hecho que las instituciones no parecen entregar ya una normatividad única explícita. En que los referentes son más fragmentarios, sin “grandes respuestas” universales. En que esperaríamos entonces una mayor

libertad individual, en tanto sujetos que puedan tener mayores espacios para definir su propia vida. ¿Por qué Martín, sin embargo, tiene una experiencia en la que predomina la tensión y el esfuerzo por lograr compatibilizar dimensiones que rápidamente se le transforman en ámbitos casi irreconciliables de su desarrollo? ¿Se trata acaso del gran arraigo de modelos de género que no permiten integrar la flexibilización, en la medida que están estructurados en base a las oposiciones, a una lógica binaria, que lleva a pseudo opciones, a ubicarse en posiciones relacionales e identitarias que no pueden sino excluir los matices?

Martín evidentemente no lo sabe. No estamos en una dimensión de lo voluntario y consciente. El sólo expresa con claridad su vivencia de esta tensión como “lucha”, lo que revela las enormes dificultades con las que tiene que lidiar, en tanto las posibilidades de desarrollo y éxito profesional parecen aún exigir “exclusividad” al sexo masculino. Dificultades atribuidas externamente, pero que también podemos pensar que tienen un correlato interno. Nos referimos con esto a que es a nivel de la definición identitaria de Martín, donde también se obstaculizan sus cambios, en la medida que no logra la legitimación interna necesaria para la integración de otras dimensiones de la definición de si mismo en tanto perteneciente al género masculino.

Conciliar los roles o feminizar el discurso : ¿Hacia una estrategia identitaria de género?

Si escucháramos la tonalidad del relato cuando Martín narra la tensión que ha experimentado por intentar conciliar sus roles, ésta iría en un claro “in crescendo”. Aumento de intensidad que sin embargo se detiene cuando Martín identifica en su historia lo que el llama un “remanso”. Con esta referencia a un período de menor tensión, nos permite pensar en un importante cambio en el discurso sobre si mismo. El atribuye este logro a ciertas características personales que lo constituyen como una persona flexible, tales como la sensibilidad, la

emotividad y la condescendencia. Con esto, Martín pareciera recuperar la dimensión afectiva como legítima y masculina. Le atribuye el valor de una suerte de herramienta o recurso personal para resolver una situación crítica. Y aún más, nos plantea que estas características son “heredadas” de sus padres. Que es en la relación con ellos donde las aprendió. Se encarga de precisar también que esto no sucedió así con sus hermanos, quienes no recibieron dicha “herencia”. Ampliamos así nuestra impresión de cambio en el discurso. La integración de la dimensión afectiva en Martín no sólo le ha permitido resolver una crisis actual, sino que también pareciera dar una nueva puerta de salida a su profundo y temprano conflicto de diferenciación. Su visibilidad y legitimidad personal ya no apela sólo al cumplimiento de expectativas establecidas, parece recoger ahora una dimensión más propia de si mismo.

Pero no se trata de un discurso homogéneo. Al mismo tiempo que podemos reconocer una flexibilización, también éste tiene un elemento más rígido. Nos referimos a la mantención de la lógica de la opción. Ahora, con un contenido distinto, pero manteniendo un sentido de oposición y exclusión. La reiterada mención a su cambio de “opciones” así lo ilustra. A medida que va aumentando su sensación de dificultad para articular las distintas dimensiones en que se desenvuelve, él va radicalizando su discurso, en un sentido inverso al inicial. Esta vez se trata de optar por la familia y la pareja, pero operando con la misma lógica que en el comienzo del relato nos mostró su “opción” por el desarrollo profesional.

Dos maneras distintas de “feminizar” su discurso. Una primera, más profunda, que da cuenta de mayor autonomía. El reconocimiento de su dimensión afectiva lo flexibiliza, lo moviliza, pudiendo hacer algo “con lo que han hecho de él”. La otra, la opción por la familia, a pesar de ser más radical en su forma, parece mantener, como decíamos, la misma lógica excluyente y rígida.

Si paralelamente miramos su práctica concreta, también allí encontramos una doble dimensión. Por un lado, él va incorporando nuevos desempeños relacionados con un rol doméstico y parental. Cuidado de los hijos, compras y

otras actividades domésticas van apareciendo en su repertorio cotidiano. El habla de una re-estructuración de su tiempo y de re-distribuirse de manera eficiente. Estamos, posiblemente, frente a nuevas conductas de un nuevo tiempo. La re-distribución de tiempo de la cual habla Martín, parece desarrollarse en el marco de nuevos modelos de masculinidad, alejados de la tradicional división sexual de los roles.

La doble dimensión de su práctica no es explícita en el relato, no aparece desde su autorreflexión. La puedo analizar desde mi posición de investigadora. El “remanso” del cual Martín ha hablado, no parece sostenerse únicamente en su flexibilidad personal, sino también, y muy fundamentalmente, en un arreglo familiar, mediante el cual es su esposa quien asume la mayor parte de la responsabilidad doméstica y parental. Efectivamente, puede observarse que después de un recorrido en que ambos intentan conciliar las demandas de sus respectivos trabajos con las que van emergiendo de la pareja y familia que están construyendo, terminan distribuyendo las responsabilidades de una manera más cercana a los ordenamientos clásicos: él, como proveedor, en el mundo de lo público. Ella, en la reproducción cotidiana, en el mundo de lo privado. Martín parece expresarlo como un fracaso, “el abandono temprano de la lucha...”. No estuvo de acuerdo con que su mujer abandonara su trabajo, pero tampoco veía otra alternativa.

Discursos y prácticas contradictorias. La tensión es la tónica. La resolución no es evidente. Martín nos muestra una suerte de “duplicación” de las exigencias sociales en torno al género. Un nuevo mensaje que demanda flexibilización, particularmente “feminización” a los hombres, traducida en una participación más activa en el mundo de lo privado. Pero al mismo tiempo, se constata la mantención del mandato clásico a la masculinidad, la “hipermasculinización”: legitimidad en lo público, lógica de la excelencia y la eficiencia, generación de recursos, capacidad de decisión, fortaleza... No se trata evidentemente de exigencias fácilmente articulables, ya que se desprenden de lógicas muy diferentes. ¿Qué hace Martín frente a esta situación? La tensión que le provoca abandonar un referente

aparentemente sólido y universal es evidente. Pero no puede no abandonarlo. La implicación afectiva va teniendo cada vez más sentido para él. Pero tampoco ahí le es permitido, ni se permite, radicar el núcleo de su autodefinición. No podemos afirmar una “nueva identidad de género” en Martín. Sin embargo, sí encontramos nuevas conductas y nuevos discursos. Tampoco podemos decir que no ha habido cambios de género después de escuchar este relato.

Cómo entender el proceso que ha vivido Martín entonces. ¿Podemos poner en juego nuestra hipótesis sobre las estrategias identitarias? Tanto a nivel de la práctica como del discurso, Martín nos confunde. Tampoco él parece buscar claridades al respecto. Su necesidad tiene más bien que ver con resolver los obstáculos para el desarrollo de su vida afectiva y laboral. En momentos, apela a un discurso y en otros a uno distinto. Lo mismo en su práctica. ¿Se trata acaso de una expresión concreta y singular de la fragmentación que parece caracterizar la experiencia social en nuestra época?

La conciliación de roles; la flexibilización del discurso, en el sentido de su feminización; pero también la mantención de la lógica binaria en el discurso y el recurso a la distribución de roles tradicionales, serían los elementos constitutivos de la disociación entendida como estrategia identitaria de género. Estrategia, en su dimensión consciente e inconsciente, en tanto permite a Martín sentir legitimidad y reconocimiento, en la medida que incorpora nuevos referentes de género. Martín experimenta la incorporación de nuevos referentes con un sentido positivo, en tanto le permite desarrollar ámbitos que le hacen mucho sentido. Pero estos referentes los percibe también con algún grado de desestabilización, en tanto no le permiten encontrar un lugar social de evidente legitimidad. Disociar sus referentes es ciertamente aliviador. Le da la posibilidad de integrar un cambio sin la amenaza de perder su lugar. Hacer algo, con lo que han hecho de él...

A modo de síntesis

Martín ha realizado serios intentos por flexibilizar sus roles de género. Tanto en el ámbito de la paternidad como en el doméstico. Le interesa estar presente en los momentos vitales de sus hijos, así como también muestra su preocupación por el reparto equitativo de responsabilidades con su mujer.

La participación más activa en el ámbito de lo privado es un proceso muy significativo en su historia de pareja. Pero, al mismo tiempo, siente la necesidad de responder(se) frente a los mandatos clásicos de la masculinidad, en el sentido de la legitimidad en lo público, dada por la lógica de la excelencia, la generación de recursos económicos y la capacidad de decisión entre otros. No percibe sus logros en el campo de lo afectivo como aspectos reconocidos socialmente (amigos, compañeros de trabajo...). Tal vez, tampoco desde sí mismo. Su discurso a momentos se radicaliza, proponiendo invertir la valoración social tradicional.

Pero se impone en él otra manera de enfrentar esta tensión. Sus intentos más recurrentes se expresan en su esfuerzo por conciliar los diversos roles. Aunque se siente exigido por las lógicas tan diferentes que los sostienen, intenta hasta el cansancio de responder frente a exigencias diversas, tanto en lo privado como en el ámbito laboral. Las exigencias no sólo son externas, sino también hacen pleno sentido para Martín. Ahí se instala el conflicto, ya que a pesar de resultarle imposible en la práctica responder a modelos de género tan opuestos, no quiere renunciar a este intento, dado el sentido que tiene para él..

La manera de desenvolverse de Martín frente a esta confrontación de modelos, es la de funcionar alternativamente en referencia a uno u otro. Si bien a nivel de su práctica ha experimentado renunciadas ("abandono de la lucha"), insiste en incorporar los nuevos sentidos respecto al género que le impliquen en la definición de sí mismo.

Su manera de convivir con este conflicto parece aquí también apelar a una estrategia identitaria de género. En este caso, es la disociación la que le permite

sortear los límites de la conciliación de roles. A momentos opera en relación a un discurso respecto al género y, en otros, a uno distinto. Queda la impresión de una persona bilingüe, que usa indistintamente dos idiomas. Lo que prima es su preocupación por resolver los obstáculos que enfrenta cotidianamente en el desarrollo de su proyecto afectivo y laboral. En este plano, logra ciertas resoluciones, pero, en otro, en su autoevaluación respecto a su voluntad de flexibilización, la sensación es de fracaso.

El Relato de Magdalena

Magdalena tiene 33 años. Estudió Comunicación. Tiene tres hijos y lleva 10 años casada. Actualmente no trabaja fuera de la casa.

La contacto a través de terceros, nunca nos habíamos visto. Sin embargo, cuando hablamos por teléfono, ella prefiere venir a mi casa para realizar las entrevistas.

La petición para escuchar el relato de Magdalena fue la misma que al resto de los entrevistados: conocer su historia de pareja. Sin darme cuenta en ese momento, un sesgo de aparente “empatía femenina” me lleva a preguntarle rápidamente por su situación familiar, cuántos hijos y de qué edad, cuántos años de casada, etc.

A pesar de estas preguntas iniciales, Magdalena va estructurando el relato de su historia en torno a sus diversas experiencias de trabajo profesional, dejando entender que eso es lo que ella considera importante, lo que para ella amerita que yo la entreviste.

Así Magdalena me narra su historia, en mi casa y en torno a los avatares de su inserción/desinserción laboral.

La historia reconstruida

Desde su época de estudiante, ella realizaba trabajos esporádicos. “Siempre trabajé”, es la frase que se va reiterando durante todo el relato. Luego de su práctica profesional, es contratada en la misma empresa. Su trabajo, en el área de la publicidad, es muy absorbente y no tiene horarios delimitados.

En este trabajo conoce a su actual marido. Ella ya tenía una hija de un matrimonio anterior, a sus 18 años y que duró sólo un año. Al año siguiente de su segundo matrimonio, tiene otro hijo. Continúa trabajando en el mismo rubro, lo que empieza muy pronto a sentir conflictivo.

“..tuve un bajón profesional, creo que relacionado con el hecho de tener guagua y volver a estar en la casa un tiempo... mi trabajo era agobiante, no tenía horario... estaba todo el día con cargo de conciencia por los hijos. Quería un horario, sentía que mi vida no era normal así...”

Vivió con mucha angustia este período, en que los días de semana eran agobiantes y los fines de semana muy frustrantes ya que la confrontaban con el hecho que los pocos momentos en familia tampoco eran un “idilio”, ya que peleaba mucho con el marido: *“me estaba perdiendo todo lo bueno de la familia”*.

No podía, por motivos económicos, dejar de trabajar. Buscó un trabajo “más normal”, con horarios claros y no tan absorbente. Lo encuentra como relacionadora pública-secretaria de una Institución primero y de un político, después. Valora muy positivamente este nuevo trabajo ya que le permite cambiar de ámbito, conocer gente interesante y tener nuevos aprendizajes tales como computación.

Sin embargo, cuando al cabo de un tiempo, nace su tercer hijo, vuelve a tener una suerte de crisis con su ritmo de trabajo. Lo siente nuevamente agobiante, sin límites en los horarios. No se siente capaz de volver a trabajar después del postnatal. Al presentar su renuncia, le ofrecen reducir su jornada, lo que acepta y mantiene por un año más, fecha en la cual este trabajo finaliza y ella no vuelve a buscar otro, optando por quedarse en la casa un tiempo.

Magdalena hace ya un año y medio que está dedicada a la casa y no busca empleo. Desde un principio, ella vivió esta situación de manera ambivalente. Sentía como una pérdida dejar un trabajo que era "muy entretenido"; pero al mismo tiempo lo veía como una alternativa de descanso. Descanso que ella asociaba a tener tiempo para ver a sus amigas o para ir al cine. Sin embargo, por una serie de circunstancias, esto no ha sido así, ya que ha tenido que dedicarse todo el año a asuntos domésticos y la disponibilidad de sus amigas -que en su mayoría trabajan- no suele coincidir con la suya.

Si bien la decisión de quedarse en la casa ha, de alguna manera, resuelto la angustia que ella describe que sentía mientras trabajaba, Magdalena expresa que no vive con relajo esta situación. Más aún, le gustaría poder gozar su condición, pero sin embargo siente un gran temor de convertirse en un cliché de la dueña de casa. Habla de frustración y desvalorización, para expresar lo que le ha pasado. Siente que se deprime estando en la casa, pues *"se te cierra el mundo social; es como que se pierde importancia en la sociedad y eso es parte de la imagen de uno"*.

Ella tiene claro que no se define como dueña de casa, que eso no es lo de ella. Quiere tener otras actividades, no sabe bien cuáles, pero que necesita otra cosa.

"Ser dueña de casa no es valorado, se las cataloga de tontas que viven en otro mundo. Se te restringe el mundo, uno se atonta... Ser dueña de casa no es tener un rol social... y yo quiero tener uno"

Sólo quería ser madre

Hasta este momento, Magdalena me deja la impresión de que aquí concluye su narración "espontánea". Mi posición de escucha se hace entonces más activa, en el sentido de empezar a preguntar por aspectos de su historia que enunció muy someramente. Especialmente en torno a su temprana experiencia maternal. Así, con mis preguntas, la narración continúa.

Se embarazó cuando estaba en el último año de colegio. "...Me vino una cosa muy rara, me cerré, me negué a que estaba embarazada, no le dije nada a mi familia. Ni siquiera engordé hasta como bs seis meses de embarazo. Me bloqueé... al otro día que hablé, me salió la guata. Fue una cosa, o sea imagínate nadie lo podía creer, fue súper fuerte... Mi pololo estaba urgidísimo porque empezaban a pasar los meses y yo estaba cerrada, no, no voy a hablar, era un bloqueo... Hasta que ya no se podía más, si imagínate que yo me casé tres meses antes que naciera mi hija..."

Cuando nació su hija, Magdalena no quiso seguir estudiando. *"Quería dedicarme a mi hija... Yo no quería estudiar en la Universidad, sólo quería dedicarme a ser madre..."*

Efectivamente, su proyecto en ese momento estaba centrado en la maternidad y en la vida de pareja (su primer matrimonio). Pero fue su madre quien la impulsó o más bien la presionó a estudiar una carrera. *"Me decía que yo tenía muchas cualidades y que no me podía perder en la vida... en ese momento la odié porque yo lo estaba pasando muy bien y no tenía ganas de hacer otra cosa que dedicarme a mi hija... Insistió mucho... tienes que estudiar... me llevó a inscribirme."*

A pesar que a ella le gustaba literatura o periodismo, no tenía los puntajes necesarios, por lo que termina inscribiéndose en la carrera de Comunicación Audiovisual. Entra en el 2º semestre del año que nace su primera hija.

“...Yo odié a mi mamá en ese momento....pero entré a estudiar y se me abrió el mundo... empecé a conocer otra gente, lo empecé a pasar bien y además me iba bien en lo que estudiaba...”

Pero esta apertura también marcó el final de su matrimonio. *“...Ahí se empezó a acabar mi matrimonio; éramos pololos desde el colegio, el primero. Ya no teníamos nada que hablar, nada que ver...”*

Después de un año y medio, decide separarse. *“Para mis papás fue atroz que me separara y también que viviera sola, que fue lo que hice. Yo lo pasaba bomba, 19 años, recién separada, llena de amigas y amigos, estudiando. No me importaba tener dos lechugas. Entremedio de esto apareció Roberto. Mis papás casi murieron por mi nuevo pololo, no les gustaba su familia... No quería que mi mamá criara a mi hija. Tuve una cosa súper fuerte con la maternidad, tenía fama de súper buena mamá... Con mi mamá yo tenía una rivalidad, con mi papá más cercanía. Con él fui al psicólogo, pero fue horrible, no hablé nada. Tenía una cosa de irresponsabilidad, yo era súper chica...”*

Es este el contexto de presión el que marca el inicio de sus estudios. Sin embargo, muy luego su carrera empieza a significarle una buena y entusiasmante experiencia. *“...entré a estudiar y se me abrió el mundo... empecé a conocer otra gente, lo empecé a pasar bien, me iba bien además en lo que estudiaba. Ahí se empezó a acabar mi matrimonio; éramos pololos desde el colegio, el primero. Ya no teníamos nada que hablar, nada que ver...”*

Luego de la separación, Magdalena vive sola con su hija y junto con estudiar realiza trabajos esporádicos. *“...El papá de mi hija no me apoyó*

económicamente, porque fui yo la que se quiso separar. El iba a llorar con mis papás... Trabajé en varias cosas, como aplicar encuestas por ejemplo... Mis papás tienen que haberlo pasado pésimo, ahora me doy cuenta. Pienso que si a mi hija le pasara una cosa así... es súper fuerte..."

Magdalena describe su situación actual como de "bloqueo", ya que siente no poder decidir respecto de su proyecto de vida. Se siente "tironeada" entre la opción del trabajo y aquella de la maternidad. Piensa que esta sensación está muy marcada por los conflictos que su madre experimentó en este terreno. Es como si hubiese heredado mandatos que hoy no puede resolver. "...Si bien mi mamá trató de estudiar y ser mamá, para ella fue una pelea constante y una frustración de no haber tenido más posibilidades de desarrollo... Nosotras cargamos con eso, con la necesidad de tener que desarrollarse fuera de la casa... Eso fue positivo y negativo también, porque ella rechazaba y miraba mal el ser dueña de casa... de repente te sientes bloqueada de tantas cosas que hay que hacer y no saber si eres o no capaz: buena profesional, buena dueña de casa, aunque no estés todo el día pendiente de eso, pero asegurar que la casa funcione, que los niños estén bien, que no tengan problemas... Esto tiene costos personales, por un lado te exige no dejarte estar y por otro es agotador, nunca puedes relajarte..."

Finaliza su relato preguntándose por su lugar en el mundo, relacionando sus conflictos actuales con un problema de definición vital, de identidad: "Yo creo que hay mujeres hoy día que lo único que quieren es no trabajar para estar en la casa, con los niños. Pero no puedo a veces por razones económicas, pero otras veces es por ¿cómo me paro frente al mundo, quién soy yo para las demás personas?... Los hombres tienen más posibilidades de cambio que las mujeres, nosotras no nos podemos equivocar mucho..."

Análisis del relato de MagdalenaDefinirse en torno a lo que no se quiere ser: la identidad negativa

Si bien es el recorrido laboral el eje con que formalmente Magdalena parece estructurar su relato, es posible reconocer que el tema central está dado más bien por la constante preocupación por conciliar su desempeño en el mundo del trabajo con su dedicación al ámbito familiar. Las contradicciones que se le plantean en este ámbito se ven agudizadas en los momentos posteriores al nacimiento de sus dos últimos hijos, en los cuales se ha sentido confrontada a la encrucijada de volver o no al trabajo. La vivencia más dramática que la recorre tiene que ver con los sentimientos de angustia y de culpabilidad por no disponer del tiempo suficiente para su casa y sus niños.

Ella se resiste a definirse como madre y dueña de casa. Necesita de un eje distinto para su definición. Este otro eje, sin embargo, no tiene un perfil claro. Y no son los contenidos de esta definición los que parecen preocuparla. Lo que sí reconoce claramente es la necesidad de contar con un espacio propio, fuera de su casa y de su proyecto familiar y de pareja. Algo de ella en el mundo de lo público. Esta necesidad, así lo explicita, tiene que ver con el sentirse reconocida, con tener “legitimidad social”. Por tanto, no parece tratarse aquí de un proyecto de inserción profesional en el sentido tradicional, sino que lo que es relevado es la inserción misma, la pertenencia a un espacio distinto que entregue otros elementos diferentes a la cotidianeidad doméstica. Parece tratarse de una pertenencia despojada de sus contenidos. El énfasis no está puesto en un proyecto profesional o técnico; ni tampoco en la generación de ingresos. Estos elementos pueden o no estar incorporados, pero no caracterizan la necesidad fundamental que ella experimenta de tener un trabajo. Lo que ella prioriza es el hecho por sí mismo: “*ser alguien con tema, que viva otras cosas...*”

De este modo, el relato de Magdalena nos remite al planteamiento de E. Badinter respecto a los cambios de los modelos de género, en el sentido que se sabe mejor lo que no se quiere ser, que aquello que sí queremos (Badinter, E.1986). Sabe que no quiere ocupar el espacio social que ella percibe destinado a la “madre, dueña de casa”. Lo ve como un espacio mínimo, marginal, asociado a mujeres poco desarrolladas. Pero no puede ubicarse en otro alternativo, que ella visualiza como aquél para la mujer trabajadora, dedicada plenamente a su trabajo. Este le implica renunciaciones muy importantes respecto de la dedicación a sus hijos, que ella no quiere arriesgar. Desde esta visión polarizada de alternativas, ella identifica una necesidad muy general centrada en tener un espacio reconocido por sus pares, respecto del cual no ve actualmente posibilidad de concreción.

Al hablar de falta de legitimidad social, Magdalena parece estar expresando un sentimiento de fragilidad de su identidad. Se resiste a ser vista o catalogada como “dueña de casa”, a propósito de su dedicación actual a estas tareas. Ella quiere ser distinta a esto. Sin embargo, su autodefinición no se expresa en términos del desarrollo de su profesión o de una vocación determinada, sino más bien en relación al gusto por hacer otras cosas que las ligadas a lo doméstico. Es decir, el mundo del trabajo tiene gran importancia para ella, pero en cuanto se trata de una actividad que le permite estar inserta en el mundo de lo público.

En este contexto, puede plantearse la hipótesis que su motivación más fuerte tiene que ver con el ser capaz de sostener su ámbito familiar, en términos “femeninos” de dedicación y cuidado. Pero también ella requiere de una inserción laboral, que no se enmarca tanto en un proyecto de desarrollo profesional, sino más bien en la necesidad de tener elementos del mundo público que nutran su identidad de “mujer moderna”, no de dueña de casa.

De este modo, lo que más claro se expresa en su autodefinición es lo que no quiere ser, lo que nos permite postular una suerte de identidad de género

negativa. Se trata precisamente de un reconocimiento identitario en base a la exclusión de características que pueden ser percibidas fácilmente por quienes le rodean, ya que su práctica actual está justamente centrada en su rol de madre y de dueña de casa.

En su discurso hay una desvalorización permanente de las mujeres que no trabajan fuera de la casa. Y también una queja a la incomprensión que siente cuando esta desvalorización viene de quienes la rodean. A pesar de haber optado por dejar de trabajar, vive esta situación con angustia e incomodidad, sintiendo que ha perdido su “rol social” y que no ha encontrado “su lugar en el mundo”

El efecto paradójico del impasse: la identidad “negativa” como estrategia identitaria de género

Si bien, como hemos dicho, este relato está estructurado temporalmente en torno a los acontecimientos laborales de la historia de Magdalena, el tema de la maternidad y de la dedicación a los hijos parece constituir el eje emocional más fuerte. Los conflictos están fuertemente ligados a su función materna y a la contradicción que ella percibe con la falta de “legitimidad social” que el rol de mamá y dueña de casa tienen hoy para las mujeres de su generación. Falta de legitimidad que le es transmitida tempranamente por su madre de quien ella escucha una descalificación de lo doméstico y, a la vez, unas expectativas muy altas del desarrollo profesional de su hija.

La figura de la madre es clave en la relación que Magdalena tiene con el trabajo. Relata que ella siempre descalificó el ser dueña de casa y que eso la marcó mucho a ella y sus hermanas. Pareciera ser heredera de una frustración, por cuanto cree que su mamá vivió intensamente este sentimiento debido a no poder desarrollarse profesionalmente todo lo que hubiese querido. Ella siente que

no puede reproducir la misma experiencia de su mamá; es como si tuviese un mandato interno respecto al desarrollo profesional o laboral. “No se pierda en la vida”, es la frase que recuerda de su madre, cuando la presionaba para que estudiara. Frase que se contraponía a su sentimiento de sólo querer dedicarse a la maternidad.

Podemos entonces hipotetizar que las contradicciones actuales que hemos descrito en Magdalena, tienen un importante antecedente en su temprana experiencia maternal y en los mensajes que recibió en ese momento, especialmente desde su madre. Es justamente en el período en el cual suelen esbozarse los proyectos de estudio o trabajo, cuando Magdalena se ve confrontada por primera vez a la experiencia de la maternidad. Aun cuando su voluntad es de dedicarse por completo a su hija, Magdalena inicia un camino de formación y trabajo que intenta compatibilizar con la maternidad. A medida que va teniendo más hijos, las dificultades para insertarse laboralmente van aumentando, viviendo reiteradas crisis con el ritmo de trabajo, debido a la sensación de incompatibilidad que experimenta en su dedicación simultánea en estos dos ámbitos de la vida.

Se consolida así la contradicción entre su práctica de dueña de casa “voluntaria” y la falta de legitimidad que ella le otorga a dicha práctica. Contradicción que se transforma en una situación de impasse, de bloqueo: “no puedo ser sólo mamá y dueña de casa, pero no puedo dejar de serlo”. El impasse se plantea aquí tanto en su connotación común de camino sin salida, como también en tanto concepto –desarrollado por el psicoanalista Sami-Ali- que alude a contradicciones que no se proponen en términos dialécticos, sino que se presentan como alternativas excluyentes (Legrand, M. 1997, p.118).

Magdalena se encuentra efectivamente en una situación en que ninguna alternativa parece posible. No puede definirse como dueña de casa, pero tampoco

puede dejar de serlo; no se define como trabajadora, pero no puede definirse como no trabajadora. Esta situación está asociada a intensos sentimientos de malestar; siempre está “torturándose”, pensando en qué es lo que va a hacer para poder ser “alguien”. Un trabajo, una actividad que le dé identidad de “alguien que cumple un rol social”.

Pero, al mismo tiempo, es esta situación de impasse la que parece compensar la fuerte contradicción identitaria que ella percibe asociada a su dedicación actual a las labores maternas y domésticas. La insistencia en lo que ella no es, la exclusión a nivel de su autodefinición de las características que corresponden a su práctica actual, parecieran, paradójicamente, constituir un mecanismo protector de su identidad de género, exigida en estos momentos de responder paralelamente a nuevos y viejos modelos de feminidad. Protector en el sentido que la “libera” de hacer explícita su opción por la maternidad, que, desde sus temores, la exponga a los cuestionamientos externos.

Este efecto paradójico del impasse se ha ido instalando paulatinamente a lo largo de la historia de Magdalena. Hablamos de paradoja en el sentido que la situación de impasse da cuenta tanto de una sensación de “sin salida”, como de una aparente solución al conflicto de no poder definirse, en términos de género, de una manera que internamente le haga sentido. En su discurso, desvaloriza lo que ella es y hace, pero al mismo tiempo la posiciona más cercanamente a un lugar social que ella parece legitimar, el de la mujer “moderna”, que se desenvuelve “más allá” de la maternidad.

Como decíamos, esta manera de posicionarse frente a la definición del ser mujer, tiene una historia. Desde el final de su adolescencia, momento en el cual Magdalena no logra integrar el fuerte mandato interno de la madre por su desarrollo en el mundo de lo público con su necesidad de poder sostener su temprana experiencia maternal. A pesar que ella en ese momento identificaba

claramente su primordial interés por el desarrollo de la maternidad y su dedicación a ella, Magdalena no puede resistir la presión familiar por seguir estudios profesionales. Se integra a ellos sin que, en ese momento, esto fuese parte de un proyecto sentido como propio. Y es este el patrón que parece ir repitiéndose en su historia. Un intento de cumplir con unos roles legitimados externamente, sin integrarlos subjetivamente, con un sentido personal.

Esto nos ayuda a entender por qué hoy día Magdalena, confrontada a un modelo de feminidad moderna, el cual cada vez con más fuerza promueve la inserción laboral de la mujer, no puede legitimar de manera explícita su válida opción de dedicación a la maternidad. Es como si la tensión entre ambas esferas, se le transformara en alternativas excluyentes, no sólo desde el ejercicio de roles, sino también desde la definición de sí misma. Así, el poder convivir con esta tensión no aparece como algo viable para ella. Y es en este contexto en el cual aparece una pseudo resolución de dicha tensión, dada por la instalación del impasse. No reconoce entonces su ubicación “en el mundo”, aunque en la práctica sí la tiene, pero no puede ubicarse en otra parte, ya que implícitamente defiende la que tiene, aunque la niegue.

Pensar, en este caso, la situación de impasse como facilitador de una estrategia identitaria de género, nos hace dimensionar la dificultad del cambio en relación a la identidad de género. La vivencia de Magdalena de los distintos modelos disponibles como alternativas excluyentes, nos remite a la dificultad de integración subjetiva, en un proyecto personal donde se pueda convivir con las contradicciones, sin que éstas signifiquen la desvalorización de las opciones que se toman en distintos momentos de la vida.

A modo de síntesis

Magdalena ha dejado de tener un trabajo remunerado. Decisión ligada a la dificultad que ha vivido por largos años para conciliarlo de manera armónica con el cuidado de sus hijos. El conflicto de género se organiza aquí en torno a su necesidad de valorización y reconocimiento social. El lugar social en tanto dueña de casa, lo percibe totalmente desvalorizado. Lo que le hace falta no es la práctica misma del trabajo, sino que precisamente la legitimidad que provee. Pero, al mismo tiempo, ya no quiere realizarla, dado el costo que resiente a nivel del cuidado y crianza de sus hijos.

Puede entenderse así que su conflicto se expresa en la forma de un impasse, en tanto parece no haber salida posible desde la manera en que ella se plantea y vive la tensión entre trabajo y familia. A pesar de sus angustias y constante preocupación respecto a esta situación, Magdalena no está totalmente bloqueada. Ella encuentra una compensación a través de un discurso que desvaloriza los roles tradicionales de la mujer, instalándose en lo que aquí se ha denominado "identidad negativa". Con esto rechaza toda posibilidad de definirse desde los roles de género que actualmente ejerce y abre una salida que le promete una definición desde lo que ya no es. En este contexto, la situación de impasse que Magdalena plantea parece tener un efecto paradójico, en tanto, desde su experiencia, se constituye en una resolución al conflicto de género que la sobrepasa.

La identidad negativa adquiere la figura de una estrategia identitaria de género ya que la mantiene en la práctica en un rol tradicional, pero al mismo tiempo le permite integrar el discurso moderno que, aunque temido, contempla

una imagen ansiada de mujer autónoma, interesante y que asegura su lugar en el mundo. Ya que su práctica de dueña de casa no parece corresponder a un modelo moderno de género, Magdalena se apropia del discurso moderno, lo que provoca cierto alivio a la situación y le permite, a la vez, mantener su opción por una mejor vivencia de la maternidad.

El Relato de Alberto

Alberto tiene 45 años y se dedica a su pequeña empresa de servicios. Tiene tres hijos y está casado hace 21 años.

Desde el contacto telefónico, Alberto bromea preguntándome si en las entrevistas deberá contarme “todos sus secretos”. Pregunta que se repite varias veces al comienzo de la primera entrevista, en el mismo tono de broma seductora. De esta manera, me transmite desde el inicio que para él su relato está asociado a develar aspectos secretos de su historia. Ciertamente, en ese momento yo no comprendo a qué se refiere y decido esperar su “revelación”, ya que lo que sí me queda claro es su necesidad de hacerlo.

Las entrevistas se llevan a cabo en su oficina. Cuando llego, él da expresas instrucciones a su secretaria de no ser interrumpido, sin embargo esto no sucede así y en dos o tres oportunidades Alberto detiene la entrevista para encargarse de asuntos de la empresa, hablando por teléfono o con algún empleado que entra a la oficina. El no parece incómodo por hacerlo, más bien parece parte de lo que quiere mostrarme en relación a lo bien posicionado que está en este trabajo que, como veremos, es parte de una etapa nueva y no exenta de conflictos en su vida.

La historia reconstruida

Alberto inicia su relato contando su precoz interés por la participación política. “Último” de cinco hermanos; hijo de un sindicalista comunista, acompañaba a su padre desde muy niño a las manifestaciones callejeras. A sus 13 años, ya participaba en huelgas estudiantiles y era quien hablaba frente a los estudiantes. *“...Creo que es algo heredado... Pero ahora ya no me atrevo a hablar frente a tanta gente como lo hacía en ese tiempo...”*

Sus recuerdos de esa etapa son claros y potentes. Recuerda con claridad haber participado de las manifestaciones en apoyo a la candidatura de Allende y de haber estado junto a su padre en ollas comunes. Sin embargo, no se extiende en su relato. Concluye rápidamente su narración de ese período agregando que en 1970 ingresó a la Universidad a estudiar Ingeniería Eléctrica. Carrera que no terminó, retirándose a los tres años. El mismo año del golpe de estado en Chile.

Es en esta etapa, desde el inicio de la dictadura, en la cual Alberto sí se extiende en su narración. Es el relato de un largo período de clandestinidad. Tal vez es este uno de los secretos a los cuales él hacía alusión antes de la entrevista.

Militante de un partido de izquierda, mantuvo una intensa actividad política clandestina. Alberto cuenta anécdotas y detalles de esa época. Y es en ese contexto en el cual menciona el inicio de su historia de pareja. *“...te tenía que explicar algunas cosas para que entendieras mi historia de pareja...”*

De esta manera, enmarca claramente el relato de su experiencia de pareja en el contexto de su trayectoria política, de su vivencia de la clandestinidad. Es esta trayectoria la que parece darle sentido a todas sus decisiones y es desde allí que cuenta su historia afectiva.

Es en el año 1975 cuando decide casarse. Su mujer tenía 18 años y estaba

terminando el colegio. Él tenía 20 años. *“...en parte nos casamos para afianzarnos contra la dictadura. Pololeábamos, teníamos vivencias juntos y quisimos casarnos para enfrentar lo que venía...”* Alberto es pragmático en su manera de expresar su motivación a vivir en pareja. Lo asocia expresamente a las necesidades que se derivaban de su situación política. *“...Yo era parte de la juventud idealista de la época, uno no podía vivir solo; necesitaba una familia, si no era peligroso...”*

A pesar que ambos tenían un compromiso y participación política, la decisión al casarse es que sólo él siga participando activamente. *“...ella tuvo que dejar... no por machismo, sino por prioridades; era más seguro que ella no estuviera tan metida...”* Así, Alberto narra el inicio de su vida en pareja como una medida de seguridad, en tanto, la familia funcionaba como "pantalla", haciéndolo menos sospechoso en sus actividades políticas.

En términos laborales, en esa época empieza a desempeñarse en el área de la mantención eléctrica, llegando a formar una pequeña empresa en ese rubro. *“...me iba súper bien, tenía contratos con los milicos, los pacos, con todo el mundo. No tenía ningún problema de plata...”*. Lo cuenta con mucho orgullo, ya que el desafío central en ese momento era lograr llevar una “vida normal”, objetivo en función del cual el tener un trabajo y un ingreso económico era un aporte significativo. *“...yo siempre he definido ese momento como de semi-clandestinidad. Aunque hubo períodos en que realmente estuvimos clandestinos. Yo hacía una vida totalmente normal, pero tenía actividades internas dentro de lo que era nuestra militancia... por eso te digo que es difícil hablarte de la pareja propiamente, del matrimonio...”*

Efectivamente, en su relato se superpone el tema de pareja con el de su trayectoria política. De hecho, en su evaluación sobre este período de su vida, no queda claro si se refiere a su experiencia de pareja, a la actividad política o a ambas. Para él se trató de una etapa gratificante, pero también frustrante. *“...fue una etapa dura, que tuvo también cosas simpáticas y alegres. Pero también te das*

cuenta que frustraste muchas cosas. Hay muchos temas frustrados... prefiero decir cosas que no se hicieron...evito decir frustración...Yo creo que eso fue muy importante como pareja... lo empezamos bien, pero llegó un momento en que la cosa se atoró, se cortó... por ahí por el año 89..."

Efectivamente, a pesar de las dificultades que implicaba la vida semi-clandestina de Alberto, él recuerda este período como de muchas gratificaciones. Se siente especialmente orgulloso de haber podido levantar su propia empresa, además de mantener su actividad política. Tanto así, que retomó sus estudios, estudiando de noche para obtener un título técnico que le permitiese "mejorar su gestión como empresario".

Sin embargo, es en ese mismo momento -en el último año de la dictadura chilena- que es detenido por la policía política. Lo que marca un quiebre brutal en su trayectoria de participación política. *"...Fui detenido la noche del plebiscito.... fui el último de los mohicanos... Ahí me despedí (de la política)... Estuve 20 días preso. A mi me bajaron de la mesa de tortura porque mi detención fue muy bullada, la Cruz Roja me buscaba..."*

Esta detención es catastrófica para Alberto. Al miedo y horror de estar en manos de una policía secreta, se le agrega el contexto en que esto sucede. Es exactamente en la noche del día en que, a través de un plebiscito, se inicia el final de la dictadura. Con esto la actividad política clandestina quedaba sin rumbo, dado el acuerdo político que se produjo con ocasión de dicho plebiscito. *"...Cuando caí preso, reaccioné, me di cuenta que la cosa iba para otro lado, que nosotros estábamos haciendo el loco. Lo entendí en un minuto, en un segundo ...Me di cuenta de los dobles discursos y estándares de alguna gente. Yo estaba de acuerdo con que hubiese elecciones, pero manteniendo la decencia..."*. De aquí, la dimensión de frustración de Alberto cuando evalúa esta etapa de su vida. Es muy crítico a la postura política que adopta su movimiento en ese momento y la entiende sólo desde el aprovechamiento político que él ve en sus compañeros, en términos del interés por conseguir espacios de poder. *"...Se sacrificó a mucha*

gente; yo la saqué barata, pude haberme muerto en ese minuto... Yo asumí mi detención; yo sabía que estaba metido en algo peligroso y había que afrontar lo que pasaba y hacer lo que tenía que hacer. Yo en ese minuto dije: yo salgo de aquí y se acabó, empiezo otra vida..."

Cuando Alberto es liberado, se encuentra en una situación en que siente que todo se ha desarmado. Su situación económica es muy difícil y la desilusión y la crítica son la tónica de su percepción del momento político. Su relación de pareja no es la excepción.

Un gran conflicto matrimonial tiene lugar en esos momentos. Dada la difícil situación en que se encuentran, su mujer insiste firmemente en irse a vivir fuera del país. Él se niega rotundamente, arguyendo que éste es su país y que es aquí donde es posible rearmar su proyecto. La situación con la mujer se torna muy conflictiva. Él empieza a sentirse muy enfermo. Tiene dolores de estómago, empieza a adelgazar y se siente desanimado. Se asusta; piensa que puede tener una enfermedad grave. Va al doctor, se hace exámenes. Da muchos rodeos para contar lo que le dijo su médico. Parece ser parte del secreto que ha venido anunciando. Hasta que finalmente le cuenta: *"...yo estaba muy asustado por el resultado de mis exámenes, hasta que fui a ver a la doctora y ella me dijo: sus exámenes están impecables, no tiene nada... y agregó: aquí yo veo en usted que hay algo que le falta, hay personas que necesitan algo para vivir....- y yo me empecé a reír- ...hay gente que tiene amantes y le gusta la historia de los amantes, cambia una, tiene otra y viven con eso.... entonces me dijo: yo creo que usted es de esos o tiene otra cosa en la vida que le dejó?... Me fui muy agradecido de la vieja, la encontré genial..."*

Trayendo estas palabras de su médico, Alberto nos da a conocer el gran vacío que significó este período de quiebre en su vida. Sin embargo, en su relato no se detiene en este aspecto, sino en la descripción de todo lo que hizo para superar esta crisis.

Se produce una separación y él se va de la casa “... *no me di cuenta si me separé o si me separaron. Ella me dio el aviso y en forma urgente. Yo tuve que asumir no más... Sabía que no quería estar solo, por eso acepté irme con un amigo que también se había separado...*”

Después de un año, vuelven a vivir juntos. Pero la convivencia sigue siendo muy conflictiva, especialmente por los celos de su mujer. Para Alberto, esto expresaba la intención de ella de controlarlo y eso él no lo iba a aceptar. “... *si yo llegaba tarde, ella pensaba que estaba con otra mina... me llamaba por teléfono a las 10 de la noche a la oficina para ver si yo realmente estaba allí. Hubo varias crisis, no sé si ella lo hacía por desconfiada o por molestarme... Volvimos a hablar de separación...*”

La relación matrimonial oscilaba así entre períodos más difíciles, en los cuales primaba la desconfianza y se hablaba de otra separación y otros más calmos que, para Alberto, se debían a que la mujer dejaba “de preguntar”. “...*No me gusta que me controlen; si me preguntan mucho, desconecto el celular o me demoro más en llegar. Las cosas andaban mejor cuando ella no me controlaba...*”

Frente a la posibilidad de una nueva separación. Alberto se planteaba en forma tajante. “...*ahora la separación la manejo yo, a mi modo: legal y definitiva...*”, aludiendo a que no estaba dispuesto a exponerse nuevamente a vivir situaciones que no fuesen decididas por él. A pesar de todo, decidió seguir casado. Sentía una gran necesidad de estabilizarse y le preocupaba la situación de sus dos hijos. Cuando su mujer le propone tener otro hijo en señal de reconciliación, Alberto sintió que valía la pena e incluso planteó cambiarse de casa, ya que durante ese tiempo él compró una casa sin decirle a nadie. “...*Yo me preguntaba qué hago, suelto o no mi casa; la entrego o no la entrego (a la familia, a la mujer)... Sentía que valía la pena intentar una reconciliación, que el amor no se había perdido totalmente... Ella quiso tener una guagua porque yo le había hablado de mi necesidad de estabilización, de parar los problemas y conflictos, que así no podíamos seguir juntos.... Yo estaba pasando una etapa de la vida en la que*

necesitaba estabilizarme, aunque fuera con otra familia, otra casa, otros hijos, pero no me quería quedar solo. Yo necesitaba una familia como corresponde...”

De este modo, entre los intentos de reconciliación y las amenazas de buscar “otra familia”, Alberto inicia un nuevo período de vida familiar, marcado por el nacimiento de su tercera hija. Se cambian a la nueva casa y él se vuelca al mundo del trabajo, logrando no en mucho tiempo una buena situación material. Adaptación a las nuevas circunstancias, llama él a este nuevo período. Contento con su familia y con su trabajo, sin mayores preocupaciones.

“...Ahora puedo decir que soy realmente papá. A los otros hijos, por todas las cosas de ese minuto, no los pude disfrutar como correspondía. Con mi tercera hija, he descubierto cosas que con los otros no. Con esto mi relación de pareja se enriqueció. Creo que en esto fue fundamental el que mi mujer me haya dejado tranquilo. No soy tomador; ni jugador; no soy gran mujeriego, entonces no se justifica que me controlen así... Ella aprendió, no sé si fue un cambio, pero aprendió... ahora , por el momento, me siento cómodo, Estoy disfrutando de mi hija y también de la mayor, a pesar de su adolescencia. Ella es orgullosa y soberbia, igual a mi, a como yo era con mis papás. Pero ahora yo soy el padre, yo mando, soy el dueño de casa...”

Describiendo su vida cotidiana, cuenta que está a cargo de las compras del supermercado y de ser apoderado del colegio de los hijos mayores. *“...de la más chica se encarga mi mujer, yo me encargué de los grandes, ahora le toca a ella. Ella se levanta en la noche, salvo que sea algo grave....”*. Su esposa tiene un trabajo muy absorbente en una oficina y él es dueño de una pequeña empresa. Dice no tener demasiado tiempo para las cosas de la casa y de los niños, pero que en él se aplica muy bien el refrán sobre que es mejor la calidad que la cantidad. Duda frente a la pregunta de quien es el principal sostén económico de la familia: *“...creo que yo... sí, definitivamente soy yo...”*

Ya no tiene participación política activa. *“...un amigo me dice que cambié la 38 por un celular... en realidad soy feliz dándole trabajo a la gente, tengo 95 personas que dependen de mi. No tengo esta empresa porque la haya heredado. En un principio trabajé para ganarme la vida; después para tener una imagen... y ahora me di cuenta que no podía vivir así... hoy toda esa gente depende de mi. Me costó mucho asumir mi rol de patrón. Era una contradicción. Pero tuve que asumirlo, porque cuando no lo hice, me fue mal... A mi me han acusado de amarillo, pero uno tiene que aceptarlo, tiene que ver como se inserta en la historia, como familia, como trabajo, como amante, pareja, como todo, porque uno es un todo...”* Se describe como un buen patrón, duro, pero bueno, igual que con los hijos.

En su reflexión sobre su historia familiar, Alberto se siente orgulloso de haber podido mantener su familia durante el período de la dictadura. Le llama el logro del “equilibrio familiar”. Se compara con la gran mayoría de sus compañeros de partido, quienes vivían solos, alejados de sus familias. *“...mis hijos fueron cómplices en un montón de cosas... ellos están orgullosos de lo que yo pude hacer por derrocar a la dictadura...”*

Sin embargo, Alberto reconoce la permanencia de un vacío. La ausencia de la pasión por la política le deja un espacio difícil de llenar. *“...Siento que los espacios que me quedaron al dejar la política, los lleno siendo apoderado de mis hijos; siendo un mejor empresario, tener trabajo, darle trabajo a la gente; también haciendo viajes con mi familia que nunca había podido... Ya no soy militante activo, pero puedo ayudar por ejemplo con un programa de finanzas...”*

Pero agrega también otro tipo de compensación y ésta parece ser parte de los secretos anunciados para nuestras entrevistas. Se refiere a que en los últimos años ha mantenido relaciones esporádicas con distintas mujeres. La condición de amante parece capaz de llenar en forma importante su sentimiento de vacío. Dice que si bien ellas no son realmente importantes para él, sí le permiten sentirse reconocido, audaz y entretenido. Este es un espacio absolutamente personal y

secreto, que él mantiene a pesar de los riesgos que le implica a nivel de su relación con la esposa, a quien ha acallado en sus quejas, alegando contra su tendencia a querer controlarlo y a desconfiar de él.

”...El hecho de sentir que puedes tener una amante me suple la falta de quehacer político. Me gusta tener amantes; es entretenido. Cuando no las tengo, siento que algo falta. No me enredo, mantengo las bases de mi casa; nunca me he quedado afuera; nunca llego después de las once (cosas de trabajo es la excusa). Es diferente a las experiencias que tuve antes (cuando era militante); cuando tenía algo pasajero, de dos o tres días... Me gusta tener amante, creo que me contagiaron el síndrome del eterno amante. Es entretenido, me siento vigente; estas relaciones que he tenido me han servido para tener más fuerza, más energía. Pero yo no soy un mujeriego...”

Con esto, Alberto parece sentir que ya ha contado todo. Finaliza su relato remarcando su orgullo por haber logrado montar una empresa y ser un buen empresario, lo que atribuye a los aprendizajes que tuvo como militante, tendiendo así una suerte de puente entre estos períodos aparentemente tan distintos de su vida. *“...Creo que mi éxito como empresario se lo debo a mi experiencia en la política. Allí aprendí a ser metódico, a planificar, a distribuir...”*

Análisis del relato de Alberto

El estereotipo de la masculinidad como ideal

Alberto es explícito en relación a que su historia de pareja no es un eje articulador de su proyecto vital. Nos advierte, desde un inicio, que desde su historia de pareja no podremos saber realmente de él. Que, por el contrario, necesita relatar su recorrido como militante político, dimensión que para él sí da sentido a toda su historia, incluyendo la de pareja. Con esto, parece decirnos que su historia de pareja está definida desde un proyecto “otro”, desde “El proyecto”.

Esta demarcación inicial puede asociarse, desde una perspectiva de género, a la definición clásica de la masculinidad, que en primera instancia debe responder al fantasma de ser mujer. “Ser un hombre es no ser una mujer”. La aclaración de Alberto respecto a que no se va a centrar en su historia de pareja, parece ir en la misma dirección: no va a contar su historia como una mujer, centrada en los afectos. Desde ya, nos está transmitiendo una manera “indiscutiblemente masculina” de posicionarse en la vida.

Lo “indiscutiblemente masculino” se va haciendo cada vez más nítido en el relato. Tanto en los contenidos como en la forma de relatar su historia, Alberto acentúa características que, en su conjunto, dan cuenta del estereotipo de la masculinidad. La seducción; el control; el manejo de los secretos; el poder; la concentración de su proyecto vital en el mundo de lo público. Este es el “contexto” que entrega para contar de su historia de pareja. La necesidad de ubicar la dimensión afectiva en un lugar acotado -o de controlar los afectos- pareciera ser tan importante, que Alberto, sin darse cuenta, llega al extremo de caricaturizarse a sí mismo para dar cuenta de sus vínculos afectivos.

Probablemente, puede entenderse dicha necesidad de control no sólo desde la referencia general a los modelos tradicionales de género, sino también

desde la manera particular en que Alberto los ha recibido. Desde su lugar de hijo hombre menor, intentando estar a la altura de la figura idealizada del padre, precisamente a través de la idealización de lo masculino.

En este marco, puede entenderse que dé cuenta sin aparente contradicción, del modo en que ha intentado estructurar su relación de pareja y su familia en torno a sus propias necesidades y circunstancias. Estructuración que incluso da la impresión de un pragmatismo difícil de creer, como es por ejemplo su aseveración respecto a que su motivación para casarse fue la necesidad de una “pantalla” que le diera mayor seguridad a su vida política clandestina.

Del mismo modo, desde su identidad “indiscutiblemente masculina”, es posible comprender la manera en que relata su opción por la clandestinidad política. Un relato que acentúa lo anecdótico, desprovisto del dramatismo y complejidad que inevitablemente conllevan largos años de vida clandestina en un país gobernado por una dictadura militar. Lo anecdótico de su narración pareciera estar en sintonía con una definición de sí mismo que exagera la aventura y la transgresión, características asociadas a una de las facetas de la definición tradicional de lo masculino. Esta es la significación de la masculinidad ligada a la imagen de la conquista sexual.

Quiebre vital

El término de la dictadura, paradójicamente implica para Alberto el quiebre de su proyecto. En las nuevas circunstancias, agudizadas por la detención de la que es víctima, no le es posible dar continuidad a su participación política. La crisis es profunda, todo pareció desarmarse. No sólo lo político, sino también su pareja, el trabajo y su salud amenazaban de un importante deterioro.

El momento clave para reponerse de esta crisis, Alberto lo ubica en su visita al médico. Y curiosamente, aquí recibe un diagnóstico que, de alguna manera,

parece confirmarle su identidad. La doctora descarta lo somático y lo diagnostica como “un hombre que ha perdido sus pasiones”. Alberto relata con gran énfasis este momento, señalando que desde ese instante pudo recuperarse y empezar una etapa nueva en su vida.

La manera en que logra sobreponerse a esta crisis es consistente con lo que él denomina una nueva etapa, ya que deja la actividad política, se transforma en un empresario y organiza su vida familiar de forma diferente a lo que había sido hasta el momento. Resuelve su crisis de pareja imponiendo su autoridad y sus condiciones. Se vuelve más activo en relación a sus hijos, siendo su apoderado en el colegio y mejora sus condiciones materiales desarrollando su empresa, lo que le permite adquirir una casa nueva.

Sin embargo, desde la perspectiva de género, esta etapa parece revelar una continuidad significativa con su trayectoria anterior. La manera de reestablecerse sugiere nuevamente la apelación a una idealización de lo masculino, pero esta vez desde otra significación de la masculinidad. Aquélla del hombre responsable en todos los ámbitos de su desempeño social. El buen trabajador, padre responsable y proveedor económico para su mujer e hijos. Significación distinta a la que describiéramos antes, pero que igualmente corresponde al modelo tradicional de masculinidad.

Sustitución de las pasiones: de la política a las amantes

La manera en que Alberto vive esta nueva etapa de su vida, exacerbando la dimensión “responsable y cumplidora” de la masculinidad (Viveros, M. 2002), no parece resolver del todo su conflicto identitario. Han pasado los años y el escenario social y cultural ha cambiado de manera importante, de modo que encarnar ahora el ideal masculino genera nuevos conflictos en las relaciones personales y, más aún, no encuentra el mismo reconocimiento social.

La vida familiar, ahora visible y expuesta, lo confronta a asumir nuevos roles. Se ve exigido de asumir tareas que nunca realizó dado que su condición clandestina lo eximía, pero también debido a los cambios de los que hablamos, que, en cierta medida, presionan a un reparto distinto de las responsabilidades familiares.

De este modo, Alberto, quien, como hemos aquí entendido, ha sostenido de manera central su identidad en pilares contruidos en base a una idealización de la masculinidad, entra en tensión con su ámbito familiar. No así en el mundo del trabajo, donde aún se siente muy cómodo, siendo un “buen patrón” y utilizando habilidades que aprendió en su vida política. No es ahí el espacio que genera tensión. Es en el ámbito de lo privado donde no encuentra aún una posición gratificante para él. A pesar que en lo explícito, tiene un discurso de conformidad con su vida familiar, su reconocimiento de un sentimiento que califica como de vacío, revela su conflictiva, ya que lo connota de una sensación de amenaza vital.

Lo que expresa más claramente esta tensión, es la forma en que ha intentado solucionarla. Las amantes. Las relaciones secretas con distintas mujeres, parecen aliviar su sentimiento de vacío. Alberto así ha retomado la dimensión de conquistador, aventurero y transgresor que lo sostenía en su juventud, en su época de dedicación a la actividad política. Tan intensa parece ser esta búsqueda, que se califica a si mismo como poseedor del síndrome “del eterno amante”, síndrome que siente como fuente de vitalidad, vigencia y energía.

Alberto ha respondido a la demanda familiar por la tranquilidad y la seguridad. Las buenas condiciones materiales, un nuevo hijo, un trabajo estable y su colaboración doméstica son expresión de ello. Pero a pesar de él mismo, este espacio parece no llenar su proyecto, su deseo. Vemos como a pesar de su dedicación y desenvolvimiento en el ámbito de lo privado, Alberto no encuentra en este espacio elementos definitorios de su identidad. Y paradójicamente, la pérdida de un proyecto político se ve reemplazada por las amantes, relaciones de orden privado que adquieren, desde su vivencia, una dimensión pública.

De este modo, vemos como el cambio que relata Alberto en términos de incorporar en su vida cotidiana una fuerte dedicación al ámbito familiar, no logra una presencia equivalente a nivel de su definición personal. En su relato se observan dos grandes ejes: la política y las amantes. Después de relatar detalladamente su trayectoria política, nada de lo que relata aparece con la misma fuerza y pasión hasta que se decide a contar su recorrido como “amante”. Es en relación a esta experiencia donde vuelven a aparecer sus rasgos transgresores, aventureros y dominantes.

En este contexto, la hipótesis de una estrategia identitaria de género adquiere sentido. En este caso, una estrategia de sustitución de pasiones, en la cual las amantes juegan un rol similar al que la política cumpliera anteriormente. Aparece la necesidad vital de estructurarse en torno a espacios fuera del conocimiento y control del otro. Relaciones en las cuales él decide solo, en las que no se involucra afectivamente.

El nuevo escenario lo asume desde la misma exacerbación de la masculinidad a la que siempre ha recurrido, pero ya no expresada en la militancia clandestina, sino en la clandestinidad de las amantes.

Hablamos de estrategia identitaria, en tanto no resuelve el conflicto proveniente de la confrontación de su identidad masculina exacerbada con el nuevo escenario sociocultural en relación al género. Alberto no puede resolverlo, él sustituye los contenidos perdidos, buscando una expresión clandestina que evite la confrontación. La tensión entre los nuevos roles y la identidad de género lo ha puesto en jaque: ¿Cómo asumir nuevos roles desde otra posición subjetiva? No ha logrado hacerlo, así entonces recurre a la sustitución de pasiones perdidas.

Tal vez la amenaza que esta tensión le implica, traducida en la fantasía de convertirse mujer (en términos de posición), que desde su perspectiva significa ser controlado, no considerado, sin espacio en lo público, sin reconocimiento, ni poder, es el gran motor que lo moviliza en el desarrollo de esta estrategia identitaria.

A modo de síntesis

Alberto ha vivido su condición de hombre, en la figura de una masculinidad tradicional idealizada o exacerbada en su dimensión de transgresión, aventura y riesgo. En el contexto de un proyecto político que le implicó vivir clandestinamente, esta manera idealizada de vivir la masculinidad se ajustó perfectamente, encontrando un gran reconocimiento social.

En un nuevo escenario, sin este tipo de actividad política, retoma el modelo de masculinidad tradicional, pero ahora en su dimensión responsable: padre, trabajador y proveedor. Pero ahora, a través de esta dimensión, no le es fácil la experiencia exacerbada de la masculinidad. No sólo no hay clandestinidad política, sino que además circulan nuevos referentes de género, desde los cuales la idealización de lo masculino, en cualquiera de sus formas, ya no es tan unívocamente legitimada. El conflicto de género, a pesar que Alberto no lo percibe, se instala así en la tensión que genera la expectativa idealizada de la masculinidad y el nuevo escenario social del cual no es ya tan fácil obtener un reconocimiento equivalente para el control y la omnipotencia asociados a la masculinidad exacerbada.

Frente a esta tensión latente, Alberto, de una parte, incorpora roles más flexibles en relación al funcionamiento familiar, de colaboración doméstica y de una paternidad más activa. Pero, de otra parte, sigue necesitando buscar espacios en los cuales pueda retomar la dimensión transgresora de la masculinidad. Es aquí donde puede reconocerse una estrategia identitaria de género. El mantiene la

misma figura transgresora de la masculinidad que desplegó durante su época clandestina, pero ahora con un contenido diferente, referido al espacio de relación con diversas amantes. Puede así pensarse que éste es aún un espacio de cierta legitimación como expresión de la masculinidad tradicional. Sustituye de este modo sus “pasiones”, de la clandestinidad política a la clandestinidad con las amantes.

Alberto, sin embargo, no expresa abiertamente un conflicto identitario de género. El da cuenta en su relato de la manera en que él ha podido sobreponerse a su exclusión de la actividad política. Las únicas alusiones a esta conflictiva tienen que ver con su percepción del riesgo, que considera permanente, a lo que el denomina ser controlado por su esposa. Algo que jamás aceptará y frente a lo cual se resguarda generando espacios propios y, nuevamente, clandestinos, como lo es, por ejemplo, aquél de las amantes.

El Relato de Carmen

El relato de Carmen me sorprende desde el inicio. Luego de recordar la fecha de su matrimonio, su narración se va estructurando en torno al tema de su formación y de su experiencia laboral. Los ejes que ella va priorizando, frente a mi petición de conocer su historia de pareja, no coinciden con los de otras de las mujeres entrevistadas que sí se corresponden con lo que señala la literatura como recurrente en las mujeres, en el sentido de relevar lo privado y afectivo como ámbitos centrales y estructurantes.

Carmen tiene 31 años, está casada hace cuatro años y tiene dos hijos pequeños. Es profesora y trabaja en un colegio.

A petición de ella, las entrevistas se efectúan en su casa, en horas de la tarde, donde están tanto los niños como su marido.

La historia reconstruida

Su relato lo inicia en la época escolar, a propósito de su autopresentación como alguien que siempre ha trabajado: *“...desde que tengo noción, siempre he hecho algo... a los trece años ya tenía un trabajo remunerado...”*

Esta temprana actividad laboral, no tenía, sin embargo, relación con una situación familiar problemática o de extrema necesidad económica. Su padre es profesional y en ningún momento de su relato ella da cuenta de problemas económicos de la familia.

Más bien, el haber realizado actividades remuneradas desde la adolescencia, parece expresar una actitud de Carmen de constante búsqueda, esfuerzo y actividad.

Así, va intercalando en su relato todos los pequeños trabajos realizados, junto con su búsqueda de definición vocacional.

Luego de terminar sus estudios, no obtiene el suficiente puntaje en las pruebas de admisión para postular a la Universidad, la que aparece como un proyecto pre-definido. A pesar que le es difícil, no muestra indicio alguno de dudas o cuestionamiento del proyecto de formación universitaria, que se expresa como algo ya trazado para ella.

A sus 18 años, se integra a un Centro de Pastoral Juvenil, el cual le ofrece una preparación para postular nuevamente a la Universidad. A fin de ese año, vuelve a intentar la entrada a una carrera, pero sus resultados no son suficientes. *“...me vino un bajón terrible... empecé a ir a una orientadora vocacional...”* La carrera que le interesaba era Obstetricia, pero cuando, motivada por la orientadora, fue a presenciar un parto, dejó de interesarle esta actividad; no le gustó el rol de la matrona. Con esto, su confusión se agudizó, sabía que quería

estudiar, pero no sabía cuál carrera elegir y además tenía dificultades para alcanzar las exigencias para postular.

Finalmente, a través de una amiga, comienza a ir de oyente a clases de la carrera de Teología. Sintió que allí se le “juntaban” aspectos que no había logrado unir hasta el momento, como era la necesidad de un estudio universitario con su interés por la participación en actividades pastorales. De este modo, entró a la carrera de Teología y siguió participando en el grupo juvenil. Pasaron así dos años entre su salida del colegio y su integración a la Universidad. *“...no me arrepiento, fueron dos años muy provechosos, que me dieron una parada muy distinta frente a la Universidad...”*

El tiempo como universitaria, lo vivió muy intensamente. Participó en el Centro de Alumnos y en un movimiento de no-violencia activa por la paz. *“...era una época buena en comparación con el año que salí del colegio, el 83, que fue espantoso... la dictadura, era macabro... en cambio, el 86, ya entrábamos a una época en que la cosa empezó como a decantar...”*

“...mi generación fue en la que hubo más mujeres laicas en la carrera de Teología. Eramos siete y eso nos dio un rol protagónico en la Facultad... estuvimos con cargos en el Centro de Alumnos... eso nunca se había dado... fue bien protagónico...”

Carmen relata así con orgullo la dimensión que alcanza, en su época universitaria, su temprana inclinación por la participación en actividades grupales, con sentido colectivo. En este período, ella destaca su participación en el contexto político y también en relación con la emancipación femenina, que permite un mayor protagonismo de las mujeres en el ámbito público.

Durante los dos años transcurridos entre su egreso del colegio y su entrada a la Universidad, cuenta que los padres la apoyaron en su decisión de participar en actividades de Iglesia mientras se seguía preparando para postular a la Universidad. Sin embargo, cuando ya ingresó a una carrera y decidió irse de la

casa, la situación dio un vuelco. *“...creo que a mi papá le preocupaba que yo no terminara la Universidad. Para mi mamá era espantoso que yo me fuera de esta manera de la casa, no lo toleraba... decía que me fuera de la casa por una “vía normal”: o casada o de monja... Entonces, aunque mi mamá no quería, mi papá siguió pagándome la Universidad... dijo que él se había comprometido con financiar la educación de nosotras (las hermanas) y que pasara lo que pasara, lo seguiría haciendo...”*

En su narración sobre ese momento, Carmen reflexiona sobre sus motivaciones: *“...mi motivación para independizarme tenía que ver con la independencia respecto a mi mamá. Ella no estudió, es dueña de casa únicamente y se volcó en sus hijas. Yo no satisfacía sus expectativas; ella pensaba que nosotras éramos princesas y necesitábamos príncipes azules... Yo logré independizarme de ella, en lo sentimental, psíquicamente, para poder hacer mi vida.... Yo me considero súper independiente, me las puedo arreglar sola sin problema, con gusto, con ganas...”*

Y, entremedio, me puse a pololear...La pareja

Siguiendo el hilo de la sucesión temporal de los hechos y sólo cuando ha quedado muy claro su recorrido de independencia y definición personal, aparece en el relato el tema de la pareja.

“...entremedio me puse a pololear con Hernán. Siempre fuimos íntimos amigos. Cuando lo conocí, me encantó... pero después lo invité a participar de mi comunidad y ahí fuimos como hermanos y entonces ya no me gustaba... la relación era muy vertical, yo me ubiqué en posición de mamá, le solucionaba todos sus problemas, le escuchaba sus penas, lo animaba a que buscara pega. Cuando él decidió partir a trabajar a provincia, yo lo animé... pero el día que partió, me di cuenta que se iba la mitad de mi vida... Después, venía a verme y salíamos juntos... hasta que un día me habló.... pololeamos nueve meses y nos casamos...”

Antes había tenido otros pololos, pero relaciones muy cortas. *“...creo que antes era muy poco expresiva, muy racional y quizás también por la situación que me tocó de vivir sola... no quería demostrar debilidad...”*

Su relato del inicio de esta relación de pareja, incorpora, paralelamente, la manera de organizarse durante los tres años en que vivió sola -después de irse de la casa de los padres- y de arreglárselas económicamente. *“...viví con una amiga, porque el barrio era difícil y yo ni siquiera tenía pololo para que me acompañara en la noche... mientras estudiaba, encontré trabajo en un colegio. Mi amiga me prestaba su cuenta de banco para poder depositar mi plata y así manejarme mejor...”*

Respecto a su pareja, describe un ciclo, en el período de amistad y pololeo, en el cual ella caracteriza la relación, en un inicio, por la horizontalidad, luego por la verticalidad y, por último, de recuperación de una interacción más igualitaria. *“...cuando empezamos a pololear, yo me sentía muy cómoda porque me impresionaba que el hecho de haber empezado a trabajar los dos, nos había vuelto a igualar, ya que antes me sentía por sobre él...”*

De esta manera, su definición vocacional y los inicios de su inserción laboral, tienen una resonancia para Carmen también en el ámbito de pareja, ya que siente que allí reside la clave para haber recuperado una relación horizontal con su pololo.

La vida de casada

Durante la primera época de casada, Carmen cuenta de las dificultades para compartir las responsabilidades domésticas con su marido: *“...él tiene una formación a nivel hogareño muy machista, a pesar que su mamá trabajaba, él nunca hizo nada. Y a mi me molesta tener que hacer las cosas sola; trataba de involucrarlo desde que pololeábamos, pero él no sabía nada... tuve que enseñarle*

cual es una cuchara de café y una de postre; a manejar la lavadora... pero no lo obligué con cosas que le daban mucha lata, como el lavado de platos por ejemplo...”

Al narrar este período, queda la impresión que ella estuvo realmente abocada a una gestión de organización y distribución que evitara el problema de la desigualdad en las responsabilidades domésticas. Tanto así, que para referirse a sus esfuerzos en esta área, habla de “todo el trabajo con él”. Esta actitud implicó un cuestionamiento desde Hernán, su marido: “...él me decía que el problema era que yo quería todo a la perfección y así no permitía el error, lo que a él lo inhibía para tomar iniciativas en la casa. Creo que efectivamente las mujeres somos así, pero pienso que es mejor determinar roles a estar pidiendo ayuda al otro, porque entonces él no se involucra, no se siente protagonista...”

Al escuchar a Carmen, queda la sensación que al contar sobre el inicio de su matrimonio, sigue estando muy presente para ella el tema de la autonomía y de la capacidad personal para su gestión material. Así, su descripción de la manera en que se anticipó a un eventual conflicto de pareja en el ámbito de lo doméstico, distribuyendo tareas, enseñándole lo que él no sabía, contratando sólo un mínimo de ayuda doméstica, aparece como una gestión personal más que un desafío de pareja.

Un año más tarde, nace Paloma, su hija mayor. Carmen parece dar cuenta aquí de un hito que pone a prueba su intento de compatibilizar el establecimiento de una familia con el desarrollo de su carrera profesional. “...necesitamos contratar una empleada puertas adentro, porque yo terminaba muy tarde mi trabajo y Hernán quiso estudiar un postgrado que lo absorbería mucho. Pero sólo contratamos la nana de lunes a viernes, porque queríamos estar solos el fin de semana, por una necesidad de familia... lo de la nana cambió toda nuestra rutina; hasta ese momento compartíamos todo, pero después ya fue distinto...”

Lo que Carmen parece sentir como pérdida en su intento de compatibilización, es su intención de compartir todas las tareas domésticas con su marido, lo que grafica en la contratación de una empleada.

Paralelamente, le ofrecieron un ascenso en el colegio donde trabajaba que le significó aumentar su sueldo: *“...así pude ganar alrededor de la mitad de lo que ganaba mi marido...”*

Cuando su hija cumplió los tres meses de edad, decidió llevarla a la sala cuna. *“...para mi no fue dramático llevar a la Paloma a sala cuna cuando tenía tres meses... todo el mundo decía que era muy chica, pero yo no sentía preocupación... puede ser que yo sea distinta a otras mujeres, las que, en mi medio, dejan de trabajar cuando nace la guagua como algo muy normal. Pero yo creo que eso es por un rol social, no por una definición personal. Yo, en cambio, entro a mi trabajo y me olvido... no estoy todo el día pensando en qué estará haciendo o si la habrán mudado...”*

El sentirse distinta a otras mujeres en este plano, Carmen lo transmite con satisfacción, en tanto ella ha hecho reales esfuerzos para hacer posible que, aun siendo mamá, ella pueda continuar su trabajo. En ese contexto, la contratación de ayuda doméstica es un hito que, a la vez, lo vive como un cierto fracaso de su plan de autonomía, pero también le reafirma su capacidad de adaptarse a las circunstancias, buscando estrategias para un buen funcionamiento.

¿Vale la pena todo esto? : Mi medio año sabático...

A pesar que Carmen había encontrado una manera de funcionar para hacer compatibles su trabajo y su familia, las cosas se van complicando y dificultando cada vez más.

“.....todo se fue haciendo cada vez más difícil, porque el hecho que Hernán estudiara -dos años de postgrado, con tres días hasta las nueve de la noche,

agotado, reventado, más los fines de semana fuera de la casa también por trabajo- se fue haciendo una cosa atroz de difícil de llevar. No estábamos nunca juntos... el sábado no podíamos salir porque la nana nunca podía quedarse...”

La opción del esposo por estudiar, marca un hito decisivo en el recorrido de Carmen. Tiene que ampliar la contratación de ayuda doméstica, lo que para ella constituye el fin de su intento por un reparto más equitativo de lo doméstico. Además de esto, decide finalmente renunciar a su trabajo y quedarse un tiempo en la casa. Es el período en que nace Martín, su segundo hijo.

“...hasta que llegó la nana que tengo ahora y fue un cambio radical, del cielo a la tierra, ya que se quedaba en nuestra casa de lunes a sábado. Junto con ella, llegó Martín, mi segundo hijo, del cual me quedé embarazada a los 10 meses de la Paloma. Yo prefiero tenerlos seguido... Me preguntaba si todo ese caos que vivíamos servía para algo... ¿para qué?.. ¿para ganar tres pesos?.. pero realmente, me preguntaba, ¿nos estamos realmente realizando como personas? ¿vale la pena estar tanto fuera de la casa? ¿capacitarse, especializarse tanto?... ¿Realmente lo vamos a disfrutar en lo que es más tuyo, en ser feliz de verdad?... Por eso, el medio año “sabático” que me tomé fue exquisito, absolutamente...”

Respecto de este período de su vida es donde ella transmite más sufrimiento, aunque no en la primera narración de los hechos, sino después, hacia el final del relato, momento que ella se da para reflexionar sobre su recorrido personal. Expresa con mucha claridad el sufrimiento que significó para ella el intento de mantener su trabajo después de haber tenido hijos. Pareciera tratarse de uno de los quiebres más importantes de su vida, y el que, de hecho, gatilla un cambio relevante como el dejar de trabajar.

“...Hace poco encontré la carta que le mandé a la directora del colegio donde trabajaba para explicarle mi renuncia. Me di cuenta al leerla, que estaba muy mal en ese momento. Vivía llorando porque no veía a los niños ni a mi marido... Además en ese trabajo me sentía absolutamente discriminada y

explotada por el hecho de ser mujer y en período fértil. Hubo varias situaciones de injusticia que fueron marcando la cosa para que yo, al año y medio de tener el cargo, con guagua entre medio, me fuera de ese colegio. Para aguantar esa pega en que pasaban 48 horas y yo no veía a mis hijos, tuve que apelar a un desgarró biológico-materno, muy grande... ahí sentí mucha culpa.... no sé cómo aguanté tanto... debo tener un deber ser muy grande para poder sacrificar lo que es más mío... lo lógico hubiese sido que yo no aceptara ese cargo y que mi marido no empezara con sus estudios....”

Frente a esta situación, en que veía muy poco a sus hijos, pasando éstos la mayor parte del tiempo con la empleada, Carmen decide dejar su trabajo. “Año sabático”, denomina a los seis meses durante los cuales se quedó en la casa. “...estuve medio año sabático en la casa.... yo soñaba con ser de esas mamás que iban al mediodía a buscar al jardín a sus hijos y volverme conversando con ellos... salir a dar una vuelta en las mañanas con los niños, arreglar la casa...”

Ella opta así por su dedicación a la familia, ya que es ahí donde reconoce el ámbito de lo que ella denomina la verdadera realización personal, a pesar que el llamar a este período año sabático -que más bien corresponde a un permiso de trabajo- revela en Carmen la fuerza del eje laboral en la percepción de su trayectoria vital. Así, aunque evalúa como un gran beneficio para los niños el que se quedase en la casa, no pensó que se tratara de una opción definitiva. “...yo sabía que ese período era pasajero... porque a mi me gusta trabajar y de hecho lo corroboré esos seis meses en la casa, porque queda un vacío... la vida de dueña de casa, de familia, la encuentro muy monótona, rutinaria...”

Si bien Carmen reconoce el espacio de la casa como un lugar en donde ella puede desarrollar algunas actividades productivas y recreativas que le gustan, como pintura, confección de bordados y toallas, no deja de sentir el espacio del trabajo remunerado como algo crucial para ella. Es por esto que su opción de dejar de trabajar, si bien le produjo alivio, en términos de lo angustiante y

culpabilizante que había sido el período anterior, también lo experimentó con un cierto sentimiento de vacío.

Durante estos meses sin trabajo, ella no deja de tener ayuda doméstica, pues siempre piensa en retomar su actividad laboral. Contar con una empleada es un recurso que le resuelve en gran parte la tensión entre la dedicación al trabajo y a la familia. Tanto es así, que la nana es un personaje calificado por ella como la persona que tiene el segundo lugar de importancia en la familia, sintiéndola como una hermana menor.

A pesar de reconocer en la persona de la empleada doméstica un gran recurso para la organización cotidiana, Carmen simboliza en ella su frustración respecto a sus expectativas de equidad en la pareja en la asunción de lo doméstico y de los hijos. *“...las nanas en la casa son súper poco ayudadoras para que el hombre se preocupe y se integre. Porque está todo hecho... yo de repente le digo a mi marido que sería rico para tu hijo verte en cuatro patas bañándolo...”*

Respecto de este tiempo “sabático”, Carmen siente que le aportó mucho como mamá; no así como pareja, ya que durante esos meses su marido intensificó cada vez más los estudios.

La vuelta al trabajo y la defensa del proyecto familiar

Carmen relata que si bien ella había pensado buscar un nuevo trabajo, esto no fue necesario pues aceptó la oferta de un colegio para que se hiciera cargo de un departamento. Pero esta vez, con un horario parcial, más compatible con su dedicación al hogar. Paralelamente, discutió intensamente con el marido a fin que éste postergara la continuación de sus estudios y así pudiese tener una mayor dedicación a la familia. *“...mi marido estaba cada vez más enganchado con sus estudios, con horarios más intensos... lo que nos llevó a una larga discusión y finalmente a que él tomara la decisión de postergarlos... su decisión fue más por*

mi que por él. Si hubiera seguido, no habríamos podido comprar la casa... era una opción por la vida de familia, tu casa.... le costó esa decisión... pero creo que es más que nada por presión externa.... parece que los hombres funcionan así... más que nosotras, que somos más de guata, de sentimiento. Para ellos, la presión externa es muy fuerte, tanto que si se detienen a estudiar es porque el medio se los exige, no es un yo quiero para mi no más... pero igual sé que le gusta mucho su estudio... Pero el que dejara de estudiar nos permitió comprarnos casa, necesitábamos algo más grande, ya era muy ahogante y él ahora está fascinado armándola... está más relajado... claro que respecto a las cosas de la casa, se acabó lo de las elecciones primeras con esto de la nana....”

Así, Carmen va dando cuenta, en este nuevo período, de una reinserción laboral supeditada al proyecto familiar y de cómo ha intentado que esto sea también válido para el marido, en términos de prioridades y dedicación. Si bien expresa interés y agrado con su nuevo trabajo, en esta parte del relato se aboca principalmente a narrar la forma de organización familiar actual y los detalles de su dedicación. “...empezamos un sistema para ahorrar, antes esperábamos hasta fin de mes para ver si podíamos ahorrar, hasta que me cansé que se quejara que era tan difícil y ahora, con mi nuevo trabajo, podemos hacerlo de otra manera... Ha sido un tema largo el de las platas... uno tiene que hacer un proceso de relajarse y yo he aprendido a priorizar... ya no me doy gustitos de comprar cosas para la casa, pero sí me preocupo de la comida, porque es algo desde la casa de mis papás... allí las comidas eran súper importantes, todo era en torno a las horas de comida... Pero, comparando con otras familias, estamos bastante bien (económicamente)... lo que sí es difícil es la cuestión de los roles... yo reconozco que una época me sentía bastante explotada... una como mujer que trabaja, llega a la casa y tiene que trabajar, el marido no... no toma iniciativas con los niños, hace lo típico y los fines de semana con su familia... esto me ha implicado hacer todo un trabajo... Al menos los domingos hacemos miti-mota las cosas, yo no tolero que alguien se esté rascando la guata al lado mío cuando yo me estoy sacando la cresta, eso no lo acepto... le ha costado... nos ha costado...”

En su relato, va apareciendo cada vez con más fuerza un enojo o queja respecto a la dedicación diferenciada entre ella y su marido tanto a los hijos como a la casa, lo que se explica por las “típicas” diferencias entre hombres y mujeres. *“...Yo me hago cargo de los niños en un porcentaje mucho más alto... cuento con más tiempo... pero no logro entender que el trabajo sea la excusa para no dar nada del tiempo que les queda. Me ha costado entender y... exigir a lo mejor. Porque cuando yo trabajaba hasta las siete de la tarde, igual di mi examen de grado con mi hija de dos meses y volvía a darle pecho. El, en cambio, respecto a la casa se paralizó... llegaba a puro dormir... y yo le decía que cuando recién nos casamos esto no iba a ser así... Ahora, cuando yo llego a la casa, llego a trabajar... Hernán no... él la tele, el diario... y los fines de semana, lo típico de ir a la casa de la familia... yo hago todo un esfuerzo por inventar algo distinto, vamos al parque... hagamos cosas con los niños, que compartamos con ellos... me aburrí de ir por obligación todos los fines de semana... hasta que estallé y dije que iríamos cuando realmente quisiéramos... Yo reconozco que a veces, cuando llego a la casa, me hace falta leer una novela o leer el diario, pero eso no me lo permito...”*

A pesar de sus quejas, Carmen no parece experimentar una situación crítica, ella siente bastante resuelto el tema de la organización doméstica y del cuidado y dedicación a los hijos. Más bien, se trata de una cierta frustración respecto a que constata que esta preocupación recae fundamentalmente en ella y que no ha podido compartir plenamente, como lo esperaba al inicio de su relación de pareja, la responsabilidad en este ámbito. Estas dificultades parece atribuir las espontáneamente a la condición de género y no a características específicas de su pareja, pues hace reiteradas menciones a como son los hombres en nuestra sociedad y a los límites que esto implica para las mujeres.

“...Hernán tiene súper buena voluntad, hace todo lo que le pido, pero a mi lo que me hace falta es que yo no tuviera que mandarlo, que él tuviera más iniciativa propia, porque, a la larga, de tanto solicitarle cosas es como que marca mucho

que una está como controlando la situación... aunque quizás esto también tiene que ver con mis características personales de perfección...”

Esta evaluación crítica cambia radicalmente cuando Carmen habla de su actual inserción laboral. *“...cuando me voy a mi trabajo, me convierto en la profesora encargada de departamento. Soy súper ejecutiva, o sea no tengo ningún rollo ni cargo de conciencia porque dejé a los niños. Tengo cualquier cantidad de pega, pero me las arreglo... estoy a gusto, el ambiente entre los profesores es bueno; tengo mi oficina, puedo programar y coordinar...”*

Finaliza su relato expresando que aunque volviese a tener circunstancias familiares que le impidan trabajar, ella siente que desde su casa, haría cosas que le llenasen el espacio laboral, pues la valoración que le da al desarrollo profesional es muy alta, en términos de desarrollo personal, de su espiritualidad. *“...de mi familia, sólo mi hermana mayor y yo trabajamos, estamos como dentro del mismo cuadro... ni mis abuelas, ni mis tías... Yo quería salir de eso... Pero para mí, también la motivación por trabajar es la capacidad que me da mi trabajo de transportarme con la mente a otras partes... en lo intelectual, ponerme a reflexionar y filosofar... Me gusta mi pega por lo que me deja adentro, es un sabor tan grato el que siento... Además, tiene una ventaja, ya que es un trabajo muy aplicable a una valoración personal interna, en cuanto a lo espiritual. No hay frutos inmediatos, pero sí va a tener resultados posteriores... Si no volviera a trabajar, escribiría libros, haría materiales educativos... algo así...”*

Análisis del relato de Carmen

Mandatos familiares contrapuestos

Dos mandatos familiares diferentes pueden reconocerse a lo largo del relato de Carmen. Uno, más explícito, es el que se refiere a la expectativa parental sobre su desarrollo profesional. Esta se materializa en el proyecto de formación universitaria en si mismo, independientemente de cual éste fuera. A pesar que para ella no fue fácil ingresar a la Universidad, hace grandes esfuerzos por lograr los puntajes necesarios para lograrlo. Su motivación parece ser precisamente ésta, ya que no tenía nada claro respecto al contenido, es decir lo que quería estudiar. Sólo tenía certeza de querer entrar a la Universidad. Este mandato tiene así relación con el esfuerzo, el logro y la excelencia. Mandato que Carmen asocia principalmente a su padre, en tanto lo reconoce como quien la apoyaría incondicionalmente, en términos económicos, para que pudiese llevar a cabo sus estudios hasta finalizarlos.

La noción de esfuerzo y logro está presente en Carmen desde antes de este período, bajo la expresión de haber conseguido, desde adolescente, pequeños trabajos remunerados. El orgullo que esto le produce es evidente en su autodefinición de ser una persona “que siempre ha trabajado”. El hecho que ella transmita esta expectativa asociada a su padre, se hace más claro a partir de lo que ella denomina “un vuelco en la situación”. Con esto se refiere a su decisión de irse de la casa paterna, motivada por su afán de independencia. Frente a este evento, la figura del padre se distingue claramente de la madre. Y es aquí donde, paradójicamente, empieza a visibilizarse la fuerza de un segundo mandato.

La madre se opone tajantemente a su decisión de independizarse e irse de la casa familiar de la manera que elige su hija. Esta no corresponde a lo que ella

considera “vías normales”: casada o de monja. Carmen siente que ella ha frustrado a la madre en su mayor expectativa respecto de sus hijas, “princesas con príncipes azules”. Carmen se revela frente a esta expectativa, privilegiando la vía que para ella se caracteriza por la independencia.

Evidentemente, Carmen se confronta a la imposibilidad de dar curso a expectativas tan contrapuestas, ser independiente y ser “princesa”. Su discurso, refiere a la primacía de la independencia, el proyecto de desarrollo personal. El mandato de definir su camino en torno a un príncipe azul, parece anulado en ese momento. Sin embargo, tal expectativa no parece ser susceptible de ser fácilmente borrada, especialmente, cuando es transmitida a través de la madre. Parece más bien convertirse en un mandato invisible.

Independencia vs/dependencia

La potencia del discurso de la independencia es la que parece invisibilizar el mandato asociado a la madre, el de la princesa, también posible de interpretar como aquél de la dependencia femenina. Y es esta bandera de la independencia la que dice haberla motivado para partir tempranamente de la casa de los padres. Independencia especialmente de la madre y así lo explicita con fuerza. Habla de haber logrado independizarse de ella, “en lo sentimental y en lo psíquico”, para poder hacer su vida. Logros que ve expresados en la capacidad que tuvo para efectivamente poder vivir sola, haciéndolo “con gusto y con ganas”. A este logro, opone la imagen de su mamá, como alguien que no estudió, que se dedicó a ser dueña de casa y que ha tenido una vida volcada a las hijas. De esta imagen parece haber querido escapar, de la mujer sin profesión, dedicada a su casa y a sus hijos.

La descripción de su época universitaria enfatiza justamente la dimensión de los logros y de la autonomía. Lo que resalta es el hecho mismo de haber ingresado a la Universidad, sin detenerse mayormente en su elección concreta de

carrera, la que no deja de ser llamativa: Teología. Al respecto, sólo menciona que llegó allí a través de una amiga y que se dio cuenta que en esa carrera juntaba dos motivaciones: su interés por la participación en la actividad pastoral –ya participaba en un grupo de iglesia- y el ser universitaria. Lo que transmite es la importancia de ese período para ella, en tanto fue parte del Centro de Alumnos y de una generación en la que se destacaron las mujeres que estudiaban Teología. Todo esto en el contexto del final de la dictadura en el país, en el cual los movimientos universitarios fueron relevantes.

Este eje de su narración, independencia-dependencia, está también presente en la manera de relatar sus relaciones de pareja. Así, por ejemplo, el hecho de haber tenido sólo experiencias muy cortas antes de conocer a su actual marido, lo atribuye a que durante el tiempo en que vivía sola era “muy racional y poco expresiva” ya que “no quería mostrar debilidad”. La expresión afectiva en el contexto de formar una pareja parecía estar asociada al riesgo de la dependencia. Nuevamente, el fantasma de la “princesa”.

En este sentido, puede hipotetizarse que el estar en la carrera de Teología era de cierta manera protector de dicho riesgo, dado el importante porcentaje de religiosos entre sus estudiantes.

Esta tensión se manifiesta también en como percibe el inicio de la relación con su marido. Cuenta que eran muy amigos, “como hermanos”. Que le costó mucho darse cuenta que estaba enamorada de él. Todo el período entre que se conocen y se casan, ella lo describe como un ciclo que oscila entre la verticalidad y la horizontalidad de la relación. Así, en el inicio, mientras eran amigos, ella se sentía a cargo de él, “como su mamá”. Luego, cuando él comienza a trabajar, ella percibió una relación más igualitaria, igualdad que ella atribuye a que ambos tenían una inserción laboral. En otros términos, a que ninguno dependía del otro. La eventual ausencia de esta inserción es significada por Carmen como el sustento de una relación de pareja necesariamente desigual, en la cual “uno es más que el otro”.

Es así que la definición vocacional y el ingreso al mundo del trabajo, se convierten para Carmen en su gran protección frente al temor que le significa un proyecto de pareja en relación a perder su independencia. Sus logros de autonomía los había alcanzado viviendo sola. ¿Cómo ser coherente con este mandato estando en pareja? ¿Cómo ser mujer en una relación de pareja sin convertirse en el estereotipo que tanto teme? Preguntas que parecen acechar a Carmen y que ella intenta resolver aferrándose a su posición de mujer profesional. Lo que queda invisible es la pregunta de qué hacer con su necesidad de dependencia y su gusto por los roles más tradicionales, los que parecen estar vetados, pero al mismo tiempo prescritos para ella. Necesidad que no sólo puede leerse en el espacio de la vida familiar, sino que también en la elección de carrera, ya que la orientación de estos estudios en Chile, suele caracterizarse por el contacto con la omnipotencia que da estructura y protección.

La queja y el discurso radical como estrategia identitaria de género

En la medida que Carmen va constituyendo su familia, sus intentos de conciliarla con el mundo del trabajo son intensos. Las dificultades van apareciendo y constituyen una fuente de conflictos con el marido.

Su necesidad de equidad la traduce en la exigencia a su pareja a desempeñar los mismos roles que ella. Una suerte de igualación que invisibilice su dependencia. Ella organiza y determina las tareas de cada uno. Incluso “enseña”, dada la “inhabilidad” que ve en el marido en el plano doméstico. Reclama la igualdad, pero paradójicamente en pos de una organización familiar rígida, con parámetros de familia tradicional. La paradoja está dada por la exigencia a su pareja de ocupar un espacio en la vida doméstica y familiar y, al mismo tiempo, no darle ese espacio en la definición misma de la forma de vida que pudieran ir creando. Su discurso de igualdad se transforma en una práctica de control. En este contexto, van emergiendo importantes sentimientos de frustración y de rabia.

Sus expectativas no pueden cumplirse, se siente limitada por la resistencia del marido a seguir su “pauta de trabajo”, la cual no se permite flexibilizar. En este ámbito de su vida personal, no aparece la espontaneidad ni la creatividad. Características que en cambio sí se concentran en el espectro del desarrollo profesional, que lo vive como separado y distinto, regido más bien por referentes más liberales, donde se da espacio para su propia creatividad.

En los períodos en que ha dejado de trabajar fuera de la casa, Carmen sin embargo, parece gozar de su casa e hijos. Se siente cómoda en ese espacio. Pero no puede incorporarlo a su discurso, definiendo esos períodos en función también del mundo del trabajo, denominándolos “sabáticos”.

Es entonces en el proyecto de pareja y familia donde se vuelve a confrontar a la dependencia, sin poder reconocerla como una dimensión legítima y mucho menos como una dimensión propia. La niega transformándola en una queja contra su marido. No puede contactarse con su propio gusto y ganas también por el ámbito de lo doméstico, la casa y los hijos. Pareciera que esto es impedido por el fantasma de la mamá, a través de la imagen de la mujer sin formación, dueña de casa y ahogante de los hijos.

Frente a esto, Carmen tiende a buscar respuestas totalizadoras en el discurso de la mujer moderna, apelando a una imagen algo estereotipada de la autonomía femenina. Queda así atrapada entre una suerte de reencuentro con lo tradicional y un discurso estereotipadamente liberal. Esto le configura un ideal inalcanzable que la frustra. Sentimiento del cual responsabiliza a su marido, en tanto no responde como ella quisiera a sus demandas. Carmen entonces queda definida, en tanto mujer, a través de la queja, depositando las razones de su frustración fuera de ella.

Experimenta los límites del desarrollo de su independencia desde la falta de apoyo de la pareja, sin poder contactarse con la dimensión de dependencia que esto mismo conlleva. Lo que queda fuera en esta externalización del conflicto, es

la posibilidad de apropiarse de una dimensión de si misma, dada por la satisfacción de la vida familiar y doméstica, en la medida que ésta, en tanto implica relaciones de dependencia, está completamente asociada al estereotipo de la princesa ignorante, sin horizontes propios.

A modo de síntesis

En su discurso, Carmen ha incorporado con radicalidad los nuevos referentes de género. Fundamentalmente, en relación a la incorporación femenina al trabajo. Tanto así que se describe primeramente como una persona que siempre ha trabajado. En contraposición, le parece que cuando no se tiene una inserción laboral, se arriesga establecer relaciones de desigualdad, especialmente en el marco de la pareja.

Así, el conflicto identitario de género se plantea, en su caso, en torno al eje dependencia-independencia. Su dificultad radica en la posibilidad de equilibrar ambas dimensiones. La dependencia, asociada a la figura de la madre, la percibe como dominación y la independencia, la ejerce como autoritarismo. Es decir, en relación a los nuevos roles de género, Carmen visualiza más bien una inversión de las posiciones tradicionales, más que maneras diferentes de relacionarse. La lógica de la dominación tiene un peso importante en su experiencia y en su modo de aproximarse a esta problemática.

Su manera personal de resolver esta tensión ha sido un intento esforzado de conciliar su roles, dedicando mucha energía tanto a su trabajo como a su familia. En relación a su esposo, ha tenido una posición de exigencia a que él responda a su demanda, y a sus lineamientos, de participación en las tareas domésticas y familiares.

Los resultados no han correspondido a sus altas expectativas. Ha tenido que ceder, recurriendo a la ayuda doméstica externa y a la reducción de su

jornada laboral. Los sentimientos de frustración y de rabia priman en ella. Su discurso de la igualdad se radicaliza más todavía. Resuelve su cotidianeidad, pero responsabiliza a su marido del fracaso de sus expectativas de igualdad, como al contexto social de discriminación de la mujer.

En esta dinámica puede identificarse una estrategia identitaria de género, organizada en torno a un discurso radicalizado sobre la igualdad de los sexos que se concretiza en la queja permanente especialmente hacia su marido. Esto la alivia de sus propias contradicciones y le permite desenvolverse en lo cotidiano. Sin embargo, no resuelve su conflicto central en relación a la integración de la dimensión de la dependencia, como un espacio no amenazante.

El Relato de Cristián

Desde los primeros contactos telefónicos, Cristián me transmite su fuerte implicación con el mundo del trabajo. Fue necesario hablar con diversas secretarias y cambiar varias veces la hora de la entrevista, dados los múltiples compromisos y contratiempos que -según relata- le surgen normalmente en su trabajo. Incluso, durante las entrevistas, su celular suena varias veces, recibe llamadas de trabajo, a pesar que éstas se llevan a cabo después del horario laboral común. Él prefiere realizar las entrevistas en un horario tarde y en mi consulta, la que se ubica en el camino “de vuelta a su casa”. Claramente, no tiene demasiado tiempo para contarme su historia. Probablemente, es el hecho que su hermano es un antiguo compañero de trabajo mío, lo que le lleva, finalmente, a colaborar con mi trabajo. Así me transmite su disposición, como de colaboración.

Cristián tiene 31 años; es ingeniero comercial de profesión y actualmente trabaja en el área de marketing de una empresa. Está casado hace 5 años; su mujer es artista sin ejercer, dueña de casa. Tienen dos hijos, de 5 y 2 años.

La historia reconstruida

Vergüenzas, temores y confusiones: infancia y adolescencia

Cristián es el hijo mayor y tiene tres hermanos, dos hombres y una mujer. El padre, quien murió cuando él tenía 24 años, era ingeniero comercial y la madre, profesora de colegio. De ellos, lo primero que cuenta dice relación con el aporte a la mantención de la familia. *“...mi mamá, como profesora, ganaba la nada en relación al ingreso familiar. Mi papá, como ingeniero comercial, trabajaba en el sector público, no ganaba mucho, pero era él quien llevaba el peso del ingreso...”*. Recuerdo que parece estar asociado a temores muy tempranos de la pérdida del padre. *“...cuando mi papá se demoraba en llegar en la noche, yo siempre pensaba ¿y si se muriera, cómo paramos este cuento?...”*. Desde su mirada actual, piensa que esta situación de su familia de origen fue marcadora para él, en tanto tiene hoy muy presente la exigencia o necesidad respecto a constituir el sostén económico de su actual familia. *“...no me siento el súper macho proveedor, pero al fin y al cabo cumplo el rol y soy el que aporta la plata ara la casa...”*. Califica a su familia de origen como muy tradicional, *“que, a pesar de no haber sido muy acomodados, ha sabido ascender”*.

También recuerda que, entrando a la adolescencia, en el colegio era el menor de sus compañeros y el más pequeño de estatura, lo que le avergonzaba mucho. Problema que siente haber resuelto integrándose a los scouts, a una patrulla en la que él era el mayor.

El sentimiento de vergüenza que le acompañó en su primera adolescencia dio paso luego al sentimiento de confusión, que primó durante su último período escolar. Este sentimiento tenía que ver principalmente con sus decisiones vocacionales, tensionadas entre sus intereses y la influencia paterna. *“...no sabía lo que quería estudiar... estaba perdido, quería muchas cosas. Pero elegí Ingeniería porque era hábil para las matemáticas y por la influencia de mi padre, quien era ingeniero comercial. En ese período tuve conversaciones muy importantes con él...”*

La significativa influencia del padre aparece en forma de “hitos”. Conversaciones muy importantes o cartas. Así por ejemplo, Cristián cuenta que tenía muchos conflictos familiares a propósito del desorden de su pieza. *“...para eso, mi padre me escribió una carta, un legado sobre el significado de ser hombre... y yo lo encontré extraordinario, porque era como leer un libro místico, una serie de cosas así sobre lo que era realmente ser un hombre...”*. De este modo, el tema del desorden daba lugar a que el padre le transmitiera su legado respecto a su visión de lo que significa ser un hombre. Queda la impresión que se trata para Cristián de una figura con mucho peso y de aparente cercanía. Cristián no es explícito en esto, se aleja del tema cuando está cerca de profundizar en él. Y lo cierra, contando que el conflicto por el desorden se resolvía porque uno de sus hermanos entraba “en secreto” a su pieza y la ordenaba para que no hubiese más problemas.

Entra a estudiar a la Universidad. Ingeniería comercial es la carrera que elige. Al cabo de tres años, decide retirarse. Dice que simplemente se aburría. Aunque agrega: *“...le había perdido cariño a la Universidad... no me sentía cómodo, había bandos políticos, la relación con los amigos era escondida para no tener problemas con los del otro bando. Ya no iba a clases, ya no tenía interés.... además todo era demasiado fácil...”*. Su aburrimiento entonces parece más bien tener que ver con la dificultad para enfrentar los conflictos que en esa época -de dictadura militar en el país- empujaban a definirse políticamente. El

intentó mantener amistades en secreto, “en uno y otro bando”. Nuevamente, frente a este tema, tiende a escabullirse y lo cierra aludiendo a que la carrera no era un desafío por ser demasiado fácil. Su salida de la Universidad fue radical, no suspendió ni utilizó fórmula alguna para dejar una puerta abierta, simplemente abandonó.

Se quedó en su casa durante todo un año. Sus amigos, preocupados, le decían que no podía seguir “vegetando”. Esto le empuja a hacer algo “productivo”. Comienza a vender tarjetas de navidad de los scouts. *“...vendiendo tarjetas me di cuenta de lo mucho que me gustaba vender y sobretodo convencer a la gente, motivarla, entusiasmarla...”* A Cristián le gustó la relación comercial, pero no ganaba mucha plata con esto. Decidió que no podía seguir viviendo así, “sin nada”, y optó por volver a postular a la Universidad, pero a otra carrera, Ingeniería en sonido, ya que ésta incorpora la música, lo que a él le gusta mucho.

El se sentía en ese período como “un tipo en crisis”. Pero inmediatamente aclara que no sintió que dejara de ser alguien “respetable” para sus hermanos, que no perdió su lugar de hermano mayor. Aun así, estaba incómodo, especialmente en relación a su madre. *“...ella era más dura y la más marcadora en la familia. Ella daba la norma y el papá orientaba. Mi mamá me presionaba preguntándome siempre que es lo que iba a hacer...”* Sin embargo, su cuestionamiento de haber abandonado la carrera universitaria le hace sentir culpa respecto al padre, no a la madre *“...creo que para mi papá fue una frustración el que yo haya dejado la carrera...”*

La muerte del padre y las decisiones “matemáticas”

Su nueva carrera le gusta más que la anterior. Pero, cuando aún no cumplía un año en estos nuevos estudios, decide abandonar nuevamente. Esta

decisión parece gatillada por la muerte de su padre. Muerte de la cual habla poco, sólo la menciona en relación a su decisión de volver a cambiar de carrera. *“...mi papá murió en septiembre y prácticamente ahí tomé la decisión (de volver a cambiarse de carrera)... saqué mis cuentas y me di cuenta que en esta carrera me quedaban tres años para terminar... en comercial, en cambio, sólo dos... fue una cuenta absolutamente matemática...”*. También esta decisión parece haber sido influenciada por el rechazo que sintió Cristián al ambiente “paternalista” que encontró en su Escuela cuando volvió luego de dos a tres meses de ausencia por el fallecimiento de su papá. *“...en el proceso en que falleció mi papá, estuve dos o tres meses fuera de la Escuela y cuando volví... era una Escuela totalmente diferente, eran todos como paternales: no te preocupes por nada, da los exámenes en marzo, puedes cursar dos años juntos...”*

Con estas preocupaciones, vuelve a dar la prueba de ingreso a la Universidad e ingresa por segunda vez a su antigua carrera, Ingeniería Comercial, en la cual convalidaría los ramos que ya había cursado la primera vez. A pesar que en ese momento creyó firmemente que era la mejor decisión que podía tomar, hoy, retrospectivamente, no está tan seguro. Por un lado, debido a que perdió la música, que lo apasionaba mucho y, por otro, porque cree que la carrera que dejó podría haberle permitido una mejor situación económica.

Su preocupación en ese momento era también poder aportar financieramente a su familia. Cuando reingresó a la Universidad, le ofrecieron de inmediato trabajos como ayudante de investigación. Piensa que esos ofrecimientos tan rápidos se debieron a que se trataba de la Facultad de su padre, quien era muy apreciado en ese medio. *“...mi padre era un gallo de mucho corazón...”*. Las alusiones al padre, son múltiples, pero parecen incompletas, como si Cristián no se permitiera adentrarse en los sentimientos que este recuerdo le gatilla. Siente que se quedó con cuentas pendientes con el

papá, dada la frustración que le provocó cuando se retiró la primera vez de la Universidad. Atribuye esa frustración a que él también funcionaba con el corazón y así tomaba decisiones que hoy ve como equivocadas. Ahora, se define como alguien “súper frío”, que funciona exclusivamente con la cabeza, para poder así controlar esta tendencia a lo emocional.

La pareja y la familia

La primera mención de su esposa aparece en el contexto de la narración de su recorrido como estudiante. Se detiene un momento y explica que fue en el momento en que entró por primera vez a la Universidad cuando empezó la relación con su mujer. A ella la había conocido a los trece años, a través de sus hermanos quienes eran sus compañeros en el grupo scout. *“...fue algo muy natural, no se dio como una pasión incontrolable... ella motivó más al pololeo, era más consciente que yo.... es la mujer de mi vida, no la única, pero sólo con ella he tenido un proyecto de pareja...”*. Ella tiene tres años más que él; cuando se conocieron esta diferencia le era muy importante *“...la veía como alguien mayor, como superior a mí...”*.

Mantuvieron un “pololeo” durante cinco años. Durante ese tiempo, él no sentía la necesidad de vivir juntos. Se sentía cómodo en su casa y no estaba seguro de querer casarse. Su preocupación central en ese momento era poder generar ingresos, no le gustaba la idea de ser dependiente económicamente cuando viviese en pareja. Aun así, hablaban de casarse, lo que. Él piensa, era una motivación más de ella que de él. Pero un embarazo no planificado, precipitó la decisión. *“...nos casamos antes de lo que habíamos pensado... para mí no tuvo ningún drama, ningún dolor, pero lo único malo es que fue anticipado... no me gustó sentir ese cuento de que me casé presionado... para mí lo lógico era casarse despacito, pero eso de tener hijos antes de casarte no iba conmigo...”*. Así, estuvo complicado durante dos meses, desde que se enteró

del embarazo. Pero piensa que lo resolvió apelando a su “ser racional”, decidió no afectarse más y que lo más razonable era concretar la decisión de casarse luego.

El primer tiempo de su matrimonio se desarrolló en condiciones materiales difíciles. *“...me preocupaba vivir en un departamento tan pequeño; ella estaba gordita y ni siquiera teníamos una buena cama... aunque para mí no era tan incómodo porque salía temprano y llegaba tarde, como buen hombre machista...”* No es fácil percibir lo que Cristián transmite en términos afectivos respecto a lo que significó este período para él. Pareciera hacer un intento por controlar la expresión emocional. *“...no soy tan pragmático, pero no dramatizo las cosas, al menos no me pasa nada por dentro... no se si es bonito o feo lo que te estoy diciendo, pero no me pasa nada adentro...”*.

Las dificultades económicas implicaron también que la mujer -artista de profesión- dejara su actividad pues ya no podía sostener los gastos de infraestructura que ésta le implicaba. Esto fue muy duro para ella, pues aunque estuviera dedicada al cuidado de los niños, ella quería mantener su espacio independiente para trabajar en lo suyo. Pero esto le significaba un gasto muy difícil de solventar. Desde ese momento, ella no ha vuelto a trabajar fuera del espacio doméstico, salvo para realizar trabajos esporádicos.

Al relatar este “retiro profesional” de la esposa, asociado al cuidado de los hijos, Cristián oscila entre contarlo como una decisión de ella -que él compartió- y el plantearlo más bien como una necesidad familiar, en el sentido que no hubo otra alternativa y que él piensa que esto debe ser así hasta que el menor de los hijos entre al jardín infantil.

Cristián dice que él se da cuenta que su mujer quisiera desarrollar su trabajo profesional y no dedicarse exclusivamente a los niños. Incluso cree que ella sufre por no hacerlo. Sin embargo, él no se plantea la posibilidad que esto pueda modificarse. Narra estos problemas principalmente en función de su

crítica a la esposa. Piensa que su mujer está a contrapelo con su dedicación exclusiva a lo doméstico y que se siente frustrada por ello. Pero que, sin embargo -y ésta es su principal crítica- ella no toma las iniciativas necesarias para cambiar. En relación a este tema, Cristián va expresando un cuestionamiento a ciertas características de su mujer que él atribuye a su familia de origen, frente a la cual también se muestra muy crítico. Esto significa un conflicto entre ambos; él percibe que ella está enrabiada y que a él le cuesta la cercanía emocional con ella. También le critica su “rigidez” respecto a las amistades comunes, lo que piensa que tuvo relación, en gran parte, con la ruptura de su grupo de amigos, cuyas mujeres no congeniaron.

Sobre su cotidianeidad familiar, opina que ve poco tiempo a su mujer. “Poco tiempo real”, especifica, ya que si bien el fin de semana están juntos, hay actividades que no comparten, como ver el fútbol. Por el contrario, él ve que su mujer no tiene actividades propias, pues, desde su percepción, ella está en un proceso de “recomponer” la red que dejó casi totalmente por la maternidad. *“...dedicó el cien por ciento de su energía, de su pensar, de su tiempo a la niña... dejó las amistades y otras cosas... ahora está regenerándose...”*.

Respecto a las tareas domésticas, cuenta que no le gusta realizarlas. *“...no me gusta nada de eso per se, pero me gusta sentir que lo que hago...”*. No le agradan las labores en si mismas, pero sí le satisface el ser capaz de hacerlo. Su mujer le pide compartir en partes iguales estas responsabilidades, frente a lo cual él se niega, ya que sólo está dispuesto cuando tiene el tiempo. *“...es un problema de tiempo y de donde tengo la cabeza... creo que le tiene que tocar al que esté libre...”*.

Es él quien provee a la familia de los recursos económicos. Pero se declara muy mal administrador al igual que su esposa. *“...así que vivo no más...”*.

Compara la relación actual con su mujer con períodos anteriores, *“...antes que entrara en el proceso de trabajar y todo ese cuento...”*. Antes, sentía que

podía tener una vida relajada y que tenía más momentos agradables. Ahora, aunque reconoce buenos momentos, siente que no puede relajarse, que tiene miles de cosas en la cabeza y también muchas actividades relacionadas con su trabajo. El conflicto con su mujer entonces lo asocia a estar muy absorbido por su trabajo, lo que es incomprendido por ella. *“...me pasa muchas veces que cuando llego a la casa, mi cabeza está en otra dirección... y no puedo hacer las cosas, ni ordenar, ni escuchar música... digo, mañana lo hago... ya no puedo tener una vida de relajo, no puedo, tengo miles de cosas por hacer y que me dan vueltas y vueltas...”*

El aprendizaje y la capacidad que siente ha desarrollado en lo doméstico es mucho más claro en relación a sus hijos. Piensa que ha sido un papá diferente con cada uno de sus dos niños. *“...con mi hija mayor fui más papá de cabro chico; más amistoso y juguetón. Con el menor, me siento más cómplice y más papá de obligaciones... limpiarle el potito, llevarlo al baño, todas esas cosas. Si antes no me gustaba y me costaba, ahora no me gusta, pero no me cuesta nada...”* A propósito de esta diferencia, cuenta también con detalles las características de sus hijos y la manera que él tiene de estar con cada uno. Lo que dice, hace pensar en una conexión importante con sus hijos, pero lo expresa de una manera casi neutra, sin una tonalidad emocional distinta a la narración de otros hechos o relaciones.

Hacia el final del relato, dice que le gustaría tener más momentos gratos con la esposa. Sin profundizar o explicar más sobre este deseo, desvía rápidamente de tema, diciendo que le gustaría tener una mejor relación con todo el mundo. *“...ella le pone hartito color a la vida... y hay otra cosa, en la cual yo me sustento, y es que... somos compañeros de viaje en este cuento, pero ella es responsable de lo suyo y yo soy responsable de lo mío, o sea nos encontramos. Por eso me gustaría más, si no es más, no es más, pero si nos encontramos tres minutos al día, tres minutos plenos, ya vale la pena vivirlos, o sea es reconfortante. Ahora, que me gustaría que fueran más, claro... Me gustaría que*

fuera más contigo, me gustaría que fuera más con la gente que trabajo, me gustaría que fuera más con todos....”.

A pesar de los conflictos con su mujer y de sus deseos de mejorar las relaciones interpersonales, Cristián considera que su vida es “muy apacible y poco conflictiva”. Dice que esto es así porque él no alega nunca, se “come la rabia”, no explota ni reacciona, guardándose sus sentimientos. Define su manera de reaccionar como de “derivación”. *“...derivo no más, hasta la próxima... además, el trabajo no me da tiempo para nada, lo que me ha deshumanizado bastante en mis relaciones... la gente me encuentra frío y si me lo dicen, ni siquiera me llega al corazón...”.*

También cree que es percibido de forma contraria a la imagen de frío, como “blandengue”, lo que no le gusta para nada. *“...a ojos de alguien duro de verdad, o sea de un Bruce Willis, me diría, no, tú no eres superman, hay cosas frente a las cuales eres blando. Por ejemplo, a mi cuesta despedir a dos personas del trabajo, no porque no tenga clara la decisión, sino porque no va conmigo...”.*

Ni duro, ni frío, Cristián no le gusta la imagen que proyecta, pero al mismo tiempo le gustaría que los otros le vieran de esta manera, que él asocia a un desempeño exitoso en el mundo del trabajo.

Análisis del relato de Cristián

El legado de ser hombre

El relato de Cristián tiene un acento importante en sus ansiedades adolescentes e, incluso, más tempranas, respecto a la manera de definir y encausar sus intereses y de como posicionarse respecto a los demás. Desde la vergüenza de ser el más pequeño de su clase, hasta la angustia por conciliar sus intereses personales con la necesidad de generar ingresos suficientes para una familia. Tensiones que se manifiestan particularmente en lo que él llama decisiones vocacionales.

De este modo, en un inicio, su narración pareciera dar cuenta del relato de un “desorden”. No encuentra una posición ni un eje en torno al cual dar sentido a sus decisiones o elecciones. Emprende estudios y luego los abandona. Intenta otras alternativas que rápidamente descalifica. El peso de este desorden se ilustra en el conflicto familiar que él describe a propósito del desorden literal de su dormitorio cuando era adolescente. En este contexto, probablemente como un intento para resolver el problema, el padre le escribe una carta. Cristián no habla de su contenido, sólo expresa que la entendió como un verdadero “legado” sobre el significado de ser hombre.

Con la muerte prematura del padre, Cristián parece recoger este legado, volviendo a estudiar en la Facultad en la cual él había trabajado. El tratar de dar curso a la expectativa que él piensa que frustró a su padre, cumple una función “ordenadora” en la dimensión de sus estudios y futuro profesional. Desde este momento, su relato se convierte en la narración de una suerte de orgullo por el “orden” que siente que ha ido alcanzando.

Así, en su relato, Cristián aparece como permanentemente entrampado entre el intento por lograr encarnar este “legado de ser hombre” y su dificultad

por cumplirlo. No sólo en relación a la decisión de sus estudios, sino también en torno a otra decisión vital como lo es el matrimonio. En este último, tampoco puede decidir. El embarazo no planificado de su pareja, define una decisión que no estaba tan clara para él.

Cristián va quedando sin posición frente a sus decisiones, éstas resultan más bien de lo que él llama “mentalidad pragmática”, quedando dissociadas de su subjetividad. Va respondiendo entonces más a una necesidad de calzar con un cierto orden, a un deber ser, más que a un “querer ser” que integre sus intereses y lo conecte emocionalmente.

La opción por lo pragmático

Sin embargo, Cristián entiende este proceso de otra manera. El atribuye los vaivenes de su recorrido personal y profesional a dos características que lo definirían: la racionalidad y frialdad. Características que para él no son expresivas de su personalidad, sino que las entiende como producto de su voluntad, ya que, por el contrario, lo que siente que fluye más internamente es su sensibilidad. Describe la racionalidad y frialdad como rasgos que él ha ido construyendo a partir de la muerte de su padre, hito que, como ya se mencionara, marcó muy profundamente su historia. Esta muerte ocurrió en un momento en que Cristián intentaba definir un proyecto de manera más autónoma, eligiendo una nueva carrera que no se ajustaba a las expectativas del papá. Su sensación es que queda con temas pendientes con él. La decisión de volver a la carrera “del padre”, la narra como producto de una opción racional: necesitaba tomar el camino más rápido y seguro posible.

De la misma “opción” da cuenta en otras dimensiones y momentos de su vida, poniendo así el acento en la primacía de la racionalidad. Es el caso de su desempeño en el mundo del trabajo, ámbito en el cual se defiende del estrés permanente que le provocan las múltiples decisiones diarias, a través de lo que él denomina actuar fríamente, bloqueando el miedo. Esto lo reafirma con la

expresión de “tratar de manejarse con la cabeza” en todas las situaciones. Así, expresa su rechazo a todo lo que sea funcionar emocionalmente y atribuye gran parte de lo que él considera errores en su vida laboral, precisamente a que en dichas situaciones no pudo hacer imperar la racionalidad.

De la misma manera, se refiere al inicio de su vida matrimonial. Decisión que no le era tan clara, pero que define a partir del embarazo. A pesar que reconoce haberse complicado con la situación, recalca su mecanismo de “separación emocional”: “...yo corto y actúo mentalmente...”. Esta sensación de incomodidad, de estar viviendo una situación que no iba con él, pero de la cual, al mismo tiempo, no podía desligarse, la vivió como una experiencia muy solitaria, en la que tomó la decisión de enfrentar esta contradicción, de una manera “súper mental”.

Al igual que en su decisión de retomar los estudios abandonados, la narración sobre la manera de enfrentar esta situación difícil, revela la tendencia de Cristián a evitar la implicación emocional, optando por una aproximación más pragmática a situaciones evidentemente cargadas de afectos, como la muerte de su padre y la decisión de casarse.

Es desde este mismo pragmatismo que intenta desarrollar su relación de pareja. Esto genera permanentes conflictos en la forma de entender y comunicarse con su mujer. Así por ejemplo, frente a la frustración que ella expresa por no poder desarrollar su carrera profesional o a sus demandas de compartir más las responsabilidades domésticas y familiares, Cristián responde desde “su mentalidad pragmática”, esperando que su mujer pueda solucionar los problemas en la misma forma que él intenta hacerlo. Es decir, le habla de su falta de “iniciativa” y de “ineficiencia”. Explicándose estas dificultades sólo en relación a problemas propios y personales de la esposa, dejando fuera lo relacional y, en definitiva, dejándose fuera a si mismo del problema, transformando su posición de marido involucrado en el conflicto, en aquél que tiene el rol de ver y proponer soluciones.

Parece ser la historia de alguien que intenta controlar sus emociones en todos los planos de su vida. Lo logra a través de su trabajo, ingeniero, como el padre, que se transforma en “locomotora” que no tiene tiempo para sus emociones. Y también en su relación de pareja, frente a la cual se ubica esencialmente como un buen proveedor. Conectado con el logro y las decisiones racionales, a pesar de identificar en su “naturaleza” a alguien que funciona desde lo emocional. Eso es lo que intenta controlar.

Si se mira desde una perspectiva de género, se puede entender que este funcionamiento calza con el estereotipo masculino, de disociación de los afectos. Cristián enfrenta sus relaciones, y particularmente los conflictos emocionales, exacerbando una actitud de control y resolución de problemas; su posición ejecutiva o de gerente y de proveedor familiar. Parece en una constante lucha contra lo que él define como su naturaleza sensible, en la que parece muy amenazante el contacto y confusión que pudieran provocarle. Frente al temor a este “desorden”, Cristián se refugia en el “orden” masculino.

La paternidad: Un indicador distinto

Si bien la relación de Cristián con sus niños también tiene la marca del orden que rige el resto de su vida, esta relación da cuenta al mismo tiempo de una faceta más libre.

Respecto a ellos, entrega un testimonio más concreto, más cercano y cotidiano que en otros planos de la relación familiar. Incluso, aparece una reflexión distinta en torno a su resistencia a las rutinas. Explica, por ejemplo, que a pesar que nunca le han gustado las obligaciones respecto a los hijos, se da cuenta que él ha cambiado entre el primer y segundo hijo. Hoy se siente más comprometido respecto a lo que él denomina “obligaciones” con los niños (cuidados, comidas, etc.). Su relación con ellos, además de lúdica, ha

incorporado paulatinamente la dimensión del cuidado cotidiano. Reconoce así un cierto aprendizaje de su parte, en el sentido que ya no le cuestan tanto estas “obligaciones”. Su relato da cuenta de un espacio interno importante para los niños: habla de sus características y de la relación particular con cada uno de ellos. La paternidad se bosqueja en Cristián como su mayor conexión con el espacio afectivo, una conexión gratificante que no se disocia de las responsabilidades y rutinas del espacio doméstico.

Es en esta relación, en la cual Cristián parece combatir menos la expresión de su afectividad, lo que permite pensar que se trata de un espacio en el que se sentiría menos atemorizado, sin necesidad de rigidizar tanto su aproximación a la relación.

Esta aparente flexibilización puede pensarse en el contexto de un orden masculino que hoy incorpora un rol de padre más activo y cercano. Aparece de este modo un espacio, aparentemente regido por normas que le brindan libertad para “desordenarse” un poco y, en este proceso, da cabida a la expresión de lo afectivo como una dimensión de la cual pareciera poder apropiarse.

Esta libertad, aparentemente ausente en sus demás relaciones, da paso a una incipiente integración de lo pragmático y lo emocional y le permite, a la vez, tomar postura frente a su propia vivencia de ser padre.

Puede entenderse entonces que el rol de padre, configura un doble mensaje. Es, por una parte, legado social indiscutible de la definición de masculinidad y de su expresión en lo público, la cual se ha transformado en eje articulador de su definición de si mismo y de sus relaciones, dando forma al orden a través del cual se vive la vida como un hombre. Y, de otra parte, es también legado privado y particular de la vivencia de un padre que, lejos del pragmatismo y ejecutividad propias de lo “masculino”, pareció ser lo suficientemente cercano como para regalar este legado. Es aquí donde las dos dimensiones de la masculinidad aprendida por Cristián se ponen en jaque y

parecen inconciliables, conflicto que parece solucionar dividiendo los espacios. Por un lado, aquél regido por un estereotipo pragmático de la masculinidad, el que ordena el mundo del trabajo y de la pareja, cruzando de forma importante su definición y reflejo de si mismo. Y, por otro, el espacio que incorpora una imagen cambiante del ser masculino, en la que el orden se desdibuja de cierta manera y aparece la posibilidad de lo distinto, de una fórmula propia, más allá de legado recibido. Este último espacio, se mantiene, sin embargo, como una dimensión que, de alguna forma, amenaza el equilibrio alcanzado en todas las demás áreas, por lo que permanece en lo privado de un ámbito íntimo, propio y solitario.

Apropiarse del deber: la desobjetivización como estrategia identitaria de género

Inevitablemente, este relato evoca la expresión popular “los hombres no lloran”. Frase que parece operar como un mandato permanente para Cristián y que le lleva a funcionar en un orden que no le permite tomar otra postura que la del control de su afectividad. La afectividad representa aquí no tan sólo el mundo de las emociones y los afectos, sino que se significa como toda vivencia propia. Por tanto, el control de la experiencia emocional es alcanzado por medio de la desimplicación de su experiencia, lo que la transforma en el cumplimiento de un deber.

La masculinidad tradicional se convierte de esta forma en una tranquilizadora solución, porque le permite soslayar el ámbito de lo emocional y de la implicancia personal. Cristián se constituye en un “gerente” de la vida cotidiana, tomando decisiones y generando soluciones desde una posición aparentemente desafectada, que si bien le permite funcionar ordenadamente, lo restringe de manera importante en el desarrollo de sus vínculos.

La necesidad de desapropiarse de su experiencia emocional y subjetiva, puede entenderse a la luz de la historia personal de Cristián, en la cual, ante la

muerte del padre, no puede sino abandonar la búsqueda de lo propio para poder recibir su legado. Pareciera que en este legado confluye tanto el reconocimiento de su propio padre, como el mandato social tradicional sobre la masculinidad.

Desde aquí puede entenderse que él exacerbe particularmente una de las dimensiones de la masculinidad como modelo tradicional, aquélla relacionada con el orden y el control emocional. La forma específica de vivir esta dimensión es tan extrema que le lleva hasta el límite de desplazar la expresión de su subjetividad. La identidad queda así sellada por el cumplimiento de deber, por el orgullo del logro, desprovisto en gran parte de contenidos propios. Puede hipotetizarse que es, por esta razón, que Cristián aparece como desafectado en sus vínculos, con un discurso centrado principalmente en el logro de las metas propuestas.

Cristián se presenta así como un hombre que “no necesita”, planteándose más bien como un hombre que responde a las exigencias que enfrenta. La negación de la dependencia y de la necesidad propia. Esta es su forma de transformarse en hombre adulto.

Considerando lo expuesto, puede pensarse que aquí más que entrar en conflicto con las variables sociales, como el género, Cristián hace “uso” de las dimensiones principales de lo que está definido como referente masculino, para reafirmar una identidad en que lo propio es difuso. Por lo que la dimensión de género de la identidad, parece ocupar un espacio particularmente importante, llenando vacíos que provienen, paradójicamente, de una suerte de retirada de la subjetividad.

En este relato entonces se invierte la lógica de la negociación que implica una estrategia identitaria de género. En este caso, el conflicto personal es tan poderoso que lo social - a través del deber ser- se constituye en una herramienta que permite una aparente solución. Así, en lugar de dar espacio a lo

individual que entra en conflicto con lo social, la búsqueda personal queda resignada a la definición desde lo social, materializada en el legado del padre.

De esta manera, no podemos identificar en este caso un impacto individual de la contradicción social de los modelos de género. Más bien, este relato parece dar cuenta de una resolución identitaria del conflicto personal, ya que el relativo vacío subjetivo quedaría compensado, desde la experiencia de Cristián, por la potencia del aún vigente referente más clásico de la masculinidad. Es la disponibilidad de este modelo lo que refuerza su recurso de bloqueo emocional como modalidad de resolución o evitación de conflictos.

Sólo la dimensión de la paternidad parece aquí escapar a esta dinámica, dando cuenta de referentes emergentes de género, que flexibilizan el rol, estimulando una paternidad más activa y cercana.

A modo de síntesis

En la historia de Cristián es particularmente difícil intentar una distinción de la conflictiva identitaria de género. Su relato da cuenta de un conflicto identitario más global, en el cual la dificultad por encontrar lo propio ha marcado su recorrido vital.

Su manera de enfrentar esta dificultad ha sido buscando “refugio” en lo que él llama legado del padre, el cual ha significado como un orden de lo masculino. Por tanto, en él no se reconoce un conflicto propiamente tal con la dimensión de género, sino que él más bien se ha instalado en los referentes tradicionales de la masculinidad que le permiten reafirmar su identidad, en la cual lo propio es difuso. Una suerte de subjetividad alienada, en los términos de Dubet (Legrand,M; 1996). La dimensión de género de su identidad ocupa así, paradójicamente, un espacio muy importante, no porque exprese precisamente

un conflicto específico en este nivel, sino porque llena un relativo vacío en términos de su subjetividad.

En términos descriptivos, este funcionamiento tan marcado en el orden tradicional masculino se expresa particularmente a través del control emocional y de una aproximación pragmática en las relaciones humanas. Esta actitud tan exacerbada pareciera protegerlo internamente de lo que él llama su “naturaleza sensible” (“actuar desde el corazón”), contra la cual se bate permanentemente debido al temor que le provoca por la eventual confusión o pérdida del orden que ésta pudiera implicarle.

Su estrategia identitaria de género de desubjetivización, a pesar de trascender a esta dimensión, muestra la actual vigencia y potencia del modelo tradicional de la masculinidad.

El ámbito que escapa a esta dinámica y que sí parece dar cuenta de la confrontación a nuevos referentes de la masculinidad, es el de la paternidad. Aquí Cristián incluso explicita un cambio personal, expresando una paternidad más cercana, lúdica y también cotidiana, en tanto ha ido asumiendo el ámbito del cuidado de sus niños.

El Relato de Silvia

Silvia es una mujer de 30 años, cosmetóloga, casada hace 5 años, una hija de 1 año y medio. Ella es la mayor de tres hermanos de una familia de clase media-baja. Su marido se desempeña como empleado de una fábrica.

La contacto a través de su trabajo; al proponerle que me cuente su historia, ella accede rápidamente. Parece sorprendida que alguien se interese por su vida y, al mismo tiempo, da la impresión de tener muchas ganas de contarla. Las entrevistas se llevan a cabo en su mismo lugar de trabajo.

La historia reconstruida

Silvia organiza el relato de su historia en torno a los hitos que han ido marcando su relación de pareja, los que, en su mayoría, tienen que ver con la trayectoria laboral de su marido y con los problemas de salud de su hija.

En esta descripción, lo que ella releva y relata con mayor vehemencia, es su capacidad para enfrentar y resolver las situaciones conflictivas o difíciles, en tanto pareja o familia. Capacidades de las que se siente orgullosa ya que las percibe como producto de su esfuerzo y no de un aprendizaje paulatino en su familia de origen. *“...yo soy la mayor de tres hermanas. En mi casa nunca me exigieron colaborar en lo doméstico, como a mis compañeras de colegio. No aprendí ni a cocinar. Soy hija de familia sobreprotectora, de mamá consentidora, nunca me dejó lavar ni un calzón...”*

Esta capacidad para resolver situaciones difíciles u obstáculos, la remarca desde la narración del inicio de su relación, en tanto vivían en ciudades distintas. *“...era un pololeo de fines de semana... nos veíamos poco...”*. Ella parece haber resuelto esta distancia, connotándola positivamente: *“...verse poco también significaba una relación color de rosa, llena de ilusiones...”*

Al conocer a su actual pareja, le llamó la atención la afinidad que sintió con él, como también el hecho que fuese permisivo con ella. *“...él era una persona que me dejaba ser, que me daba libertad, especialmente si lo comparada con una pareja anterior, quien era muy posesivo, patológico...”*

Después de 2 años, deciden casarse, lo que significó para ella un desafío. *“...queríamos ver qué pasaba con nosotros viéndonos todos los días...”*

Su descripción del inicio de la vida matrimonial es diversa, desde la manera en que se arregló para mantener su mismo trabajo, a pesar de haber cambiado de

ciudad. O como su marido, a pesar de ser "más machista" y de no tener habilidad ni conocimiento alguno en el ámbito doméstico, fue capaz de apoyarla en algunas tareas que ella, por su horario, no alcanzaba a realizar. *"...mi marido tuvo que aprender a cocinar... yo viajaba a Santiago y llegaba tarde... al principio, se invertían los papeles y él cocinaba. El es muy abierto, pero muy machista al mismo tiempo. Y se encontró con una mujer mucho más feminista, aunque no me gusta el feminismo absoluto. Me gusta que el hombre sea correcto con la mujer, que la atienda. No considero que seamos iguales... el machismo es rico, siempre que uno encuentre a un hombre equilibrado..."*

En un comienzo, viven en la ciudad del esposo. Ella viaja tres veces por semana a Santiago para trabajar. En todo ese tiempo, tienen una organización muy clara respecto a la distribución de los gastos: ella, la comida y sus gastos personales, él, todos los demás gastos del hogar.

En relación a lo doméstico, él aprendió a cocinar, ya que ella volvía tarde de Santiago. *"...cuando se vive en pareja, uno de los dos tiene que dar su brazo a torcer, porque se trata de personas diferentes... en este caso fue él, por mi trabajo..."*. Aun así, Silvia cuenta que sintió en esos momentos una gran dependencia de su mamá. *"...la llamaba para cualquier cosa, porque yo no sabía ser dueña de casa..."*

Para Silvia, el casarse no le implicó un cuestionamiento de su trabajo, a pesar de las dificultades que tenía el vivir en otra ciudad. *"...Nunca me planteé dejar de trabajar cuando me casé. El es una persona que deja ser y ha tenido clarísimo que para mi es muy importante trabajar, no sólo por ganar plata, sino porque el trabajo me enriquece como persona. Me encanta lo que hago, me encanta que las cosas funcionen..."*. Ni tampoco pensó en tener hijos de inmediato. *"...no quisimos tener hijos inmediatamente, porque no nos conocíamos mucho, era un pololeo de fin de semana. Queríamos ver qué pasaba con nosotros viéndonos todos los días..."*

Su marido es empleado en una fábrica y, desde muy joven, se ha dedicado a cantar en locales nocturnos. Del proyecto del marido, habla como si fuese colectivo. Por ejemplo, al referirse al cuestionamiento que ella le hizo, al poco tiempo de casados, de seguir cantando, dice: *"...yo no quería eso como familia, horarios bohemios, pero me daba cuenta que para él era importante, que no era tanto problema si todavía no había hijos. Decidimos que siguiera haciéndolo, porque era bueno para él..."*

Después de tres años de vivir juntos, deciden tener un hijo. Ella expresa una gran claridad respecto a los criterios o requisitos que cumplir para tener un hijo. Los enumera así:

- Responsabilidad sentimental: estar bien como pareja: *"...éramos lo que creíamos que éramos, durante tres años lo pasamos súper bien..."*
- Responsabilidad económica: estar bien en el trabajo y haber comprado las cosas mínimas que querían tener
- Período de vida: antes de los 30 años
- Igualdad de responsabilidades: *"...yo no voy a tener guagua para criarla sola y joderme en la casa: la guagua es de ambos, con las mismas responsabilidades..."*

Su hija nace con problemas importantes de salud que requieren operaciones y de mucha atención.

Durante los primeros meses de su hija, a pesar que dice haber tenido depresión post-parto, siente que fue un período muy bueno: *"...el nacimiento de nuestra hija significó un amor de pareja diferente: más lindo porque tienes algo en común: como si en la hija fuésemos uno solo; ambos somos capaces de sacrificarnos por lo mismo..."*

Pero esta visión respecto a la igualdad en la paternidad parece irse relativizando en la práctica. Por ejemplo, para hablar del compromiso del marido con la hija, dice que él siempre ha tenido una muy buena disposición, porque está dispuesto a ayudarla cuando ella se siente cansada. *"...yo soy un poco machista, me gusta atender a mi hija, pero también encuentro justo que si él me ve cansada, pueda ayudarme. Ahora él la saca a jugar los fines de semana, así yo puedo hacer mis cosas tranquila, cocinar y todo el resto... ella va feliz con su papá. El que el papá se gane a la guagua, ayuda en la relación de pareja..."*

Para ella, su rol de esposa incorpora fuertemente la preocupación por el buen funcionamiento de la pareja. Le inquieta que ésta se confunda con la familia; se esfuerza por tener espacios para ellos solos, por salir solos, sin la hija. Cuando la pareja se ve absorbida por la familia, ella se siente responsable: *"...me dejé estar, cometí errores...creo que era importante salir solos. Ahora lo veo más claro, que nos cuesta más salir sin la hija. Cuando lo hacemos, siento que sigo estando enamorada, porque la rutina te mata todo y creo que es importante seguir siendo pareja cuando ya tienes un hijo... Hay que proponerse hacer cosas para que todo siga funcionando y los dos se den cuenta que el amor existe. En mi caso, soy yo la que se preocupa, porque siempre me estoy cuestionando y tengo mucha voluntad para arreglar las cosas. Esto pasa porque las parejas hoy día tienen muchos problemas materiales, deudas...que te alejan de la relación de amor..."*

Efectivamente, la situación económica es una preocupación importante para Silvia. Especialmente, después de la operación a la que tuvo que ser sometida su hija a sus 8 meses de edad. *"...antes nunca habíamos tenido problema. Fuimos harto desordenados para gastar, pero no me arrepiento, lo pasamos muy bien como pololos, hicimos lo que quisimos..."*

Después de dos años, se trasladan a vivir a Santiago ya que al marido le ofrecen un ascenso en su trabajo. Pero es una situación paradójica, ya que el cambio les significa un problema económico *"...un ascenso no se puede rechazar,*

pero económicamente no nos convenía. Santiago es más caro y no nos pagaron los gastos del traslado...". Ella comienza a trabajar en su casa y él deja el canto. Para enfrentar el problema de las deudas que fueron adquiriendo, ella administra toda la plata. El le entrega su sueldo y ella maneja también las tarjetas de crédito. *"...esto tuvo que ser así porque él es tentado y desordenado...hay que tener cuidado con las platas, siempre significa pelea para una pareja. Yo nunca he peleado con mi marido por eso; desde que nos casamos, yo llevo mis cuentas aparte, a pesar de tener una misma cuenta en el banco..."*.

En el inicio de la relación, se distribuían los gastos. Ella se encargaba de la comida y de su mantención. El, de todo el resto. Ella justifica esta diferencia porque su sueldo era mucho menor, por lo que los gastos debían ser proporcionales. Al cabo de un tiempo, como compartían la cuenta bancaria, Silvia se dio cuenta que su marido ocupaba plata de ella y hacía cheques a fecha. Por esta razón le propuso al marido que, desde ese momento, fuese ella quien manejara la plata de ambos. *"...él se demoró dos o tres meses en tomar la decisión... yo soy como un Hitler, le paso lo justo para la bencina ni vamos a ver a sus papás, porque no estamos en condiciones de gastar esa plata. Le paso plata para que vaya él solo..."*. Silvia se siente más tranquila con esta decisión, pero al mismo tiempo se da cuenta que se trata de una medida que tiene consecuencias importantes para su marido. *"...antes que él se endeudara, estaba a cargo de las platas de las casa...ahí se ve el machismo: un hombre sin plata no se siente bien. Yo no le preguntaba cuánto ganaba, lo único que me importaba era que me respondiera con las cosas en que estábamos de acuerdo. Nunca pensé que se iba a endeudar tanto. Me enojó el que no supiera cuánto gastaba... Va a pasar mucho tiempo hasta que él vuelva a manejar la plata; queremos ahorrar y él es un tentado..."*.

Incluso, Silvia piensa que las dificultades económicas han afectado el ánimo de su pareja, en términos de sentimientos de culpa y de un estado depresivo. *"...creo que se siente súper culpable, porque sabe que a mi siempre me ha*

gustado que las cosas sean ordenadas, como yo digo... además el traslado a Santiago ha significado una depresión muy fuerte para él. Hay varias razones para que no esté contento, sobretodo porque ahora tiene un trabajo donde no es respetado. Tiene que mandar a mucha gente y él no tiene un carácter adecuado para eso...”

Es a partir de estas dificultades que hoy están enfrentando, que Silvia describe en la parte final de su relato tanto las características de su marido como su autopercepción. La gran diferencia que ella ve entre ambos es en términos de fortaleza personal, se ve a si misma como la gran sostenedora emocional de su familia. Así se explica que también en términos de distribución de responsabilidades familiares, sea ella la que lleva la mayor parte de la carga. “...él es muy diferente a mi; es dócil, sentimental, se afecta con las cosas; para él es difícil mandar... yo tengo un carácter más fuerte, siempre tomo las decisiones más serias, las conversamos, pero él casi siempre me encuentra razón...pienso que le cuesta mucho soportar esta manera... cuando yo tenga algo más de plata, le pasaré un poco para que él decida lo que hace. Por mientras, no. Sólo si canta, puede quedarse con esa plata. Yo manejo todo, soy la que da las ideas...”

Si bien Silvia describe un momento de mucha fragilidad emocional de su marido, no parece preocuparle tanto, en la medida que se da cuenta que ella puede contenerlo y sostenerlo. “...veo que lo único que sostiene a mi marido es nuestra relación. Si eso no anduviese bien, creo que él ya se hubiese vuelto a su ciudad. A mi en cambio, lo que me sostiene es que siempre tengo aspiraciones, que siempre tengo fuerzas para seguir levantando a esta familia. Yo la tengo que levantar porque él es súper depresivo y nunca tiene fuerzas para nada. Yo saco fuerzas para enfrentar esa tendencia que tiene a quedarse ahí, deprimido. Es un problema de su familia, de su papá que no hace nada, que no tiene don de mando y su mamá que es la fuerte. Yo trato que él haga algo, que sí tome decisiones. Yo soy fuerte, sí, pero trato que no se me note tanto. Soy más fuerte de lo que aparento...”

Es tan fuerte su sensación de gran fortaleza que también la relaciona con el hecho de haber tenido que enfrentar una enfermedad grave de su hija. *“...Dios me ha puesto obstáculos como la enfermedad de mi hija, porque soy capaz de soportarlos. Mi hija es súper inteligente, mucho de lo que ella es, es gracias a mi, a mi empuje, a la alegría que le he dado...”*.

También Silvia diferencia en términos de las preocupaciones que tanto ella como su marido tienen. A él, lo ve asustado. Ella, en cambio, le preocupa no perder su fortaleza y ser también capaz de mantener la relación amorosa. *“...el está súper asustado, porque sabe lo que es la pobreza. Es hijo de padre alcohólico y no quiere repetir la historia. Por eso me pasó la plata....a mi me da susto enfermarme, porque esta familia depende de mi. Por suerte tenemos buena comunicación. El es tolerante, es capaz de entenderlo todo, de escuchar. Pero es cómodo. Yo podría tomar las decisiones sin decirle, pero como yo quiero que él participe, siempre le pregunto...”*. Pero el acento de sus preocupaciones está puesto en el amor, en que éste no se acabe y que sea capaz de sobreponerse a todas las dificultades.

“...a mi lo que más me preocupa es que necesito sentirme enamorada y que seguimos queriéndonos como antes. Pero la rutina me mata un poco esa sensación de enamoramiento. Me carga verlo cuando está choreado, esas cosas no me gustan. Necesito tener unos días para salir solos y sentir que estamos bien y que nos seguimos queriendo igual...”

Análisis del relato de SilviaLa fortaleza y el aprovechamiento de oportunidades

Uno de los sentidos más fuertes que se recoge en este relato es la transmisión del gran orgullo que siente Silvia por la forma en que ella ha sabido salir adelante en la vida, enfrentando cualquier obstáculo que se le presente.

Haciendo el contrapunto con su infancia, en el sentido que fue una niña cuya madre no le enseñó a desenvolverse en lo doméstico, Silvia va narrando su rápido y esforzado aprendizaje no tan sólo en los deberes “femeninos”, sino que en todo lo referido a la organización, administración y gestión tanto de la vida familiar como del ámbito laboral.

“Salir adelante” parece ser su lema, aludiendo a su motivación por generar las condiciones materiales que le permitan tener una familia, cuidar y educar a su hija. Su identidad parece estructurarse de manera importante en torno al rol de madre fuerte y sostenedora. Preocupada de la sobrevivencia, protege y aglutina a su familia alrededor de su poder y fortaleza.

Pero, al mismo tiempo, junto a estas características, que tienen como referente el modelo clásico de feminidad, Silvia asume el control económico en su pareja. La manera en que lo hace, transluce una desvalorización de lo masculino o más bien un cuestionamiento a la concepción tradicional de hombre como “sexo fuerte”. La fortaleza se concentra en ella; quien asume la responsabilidad de llevar adelante a su familia y de compensar la “debilidad” que percibe en su marido en relación a los deberes familiares, calificándolo de poco ordenado y “tentado” para los gastos y con poca capacidad para tomar decisiones. Ella, en cambio, se esfuerza en ser ordenada y metódica. Trata de adaptarse a todos los cambios que se producen, tomando las decisiones que considera necesarias y esforzándose

por continuar con su trabajo para asegurar los ingresos y, así, el cuidado de su familia.

Soy más fuerte de lo que aparento: el cuidado de la pareja

Si bien la fortaleza enorgullece a Silvia, ésta le significa a la vez un cierto riesgo para su relación de pareja. Percibe a su marido como dependiente de ella, se siente su “sostenedora” en el amplio sentido del término. Frente a esto, ella intenta disimular su fortaleza, que “no se le note tanto”.

De cierta manera, su fuerza proactiva se contrapone al ideal femenino que ella parece sostener, particularmente en lo que se refiere a la pareja. Ideal romántico, asociado a la fuerza del amor como el gran referente vital, que justifica y da sentido a las prácticas cotidianas. En sus palabras: “ser uno solo en el amor”.

Es entonces frente a este ideal de la pareja y a la necesidad de mantención del amor, que Silvia se ve enfrentada a la contradicción. Los recursos que despliega con orgullo para salir de la pobreza obstaculizan, desde su experiencia, a aquéllos que siente necesarios para mantener el amor. Allí recurre a la posición más tradicional de mujer, siente que no puede relacionarse desde la misma fuerza con que se desempeña en otros ámbitos. Intenta así parecer más “débil”, dócil, dependiente e indefensa.

Silvia no ve dichas características como parte de ella, sino que las percibe como parte de una apariencia que voluntariamente desarrolla para evitar el distanciamiento con su pareja. Así por ejemplo, se propone consultarle gran parte de las decisiones familiares, aunque sabe que podría hacerlo sola, pero se preocupa que él se sienta considerado, participante y necesitado por ella. Se cuida asimismo de no generar discusiones en relación al dinero, porque sabe que se trata de un tema “que separa a las parejas”. Cuidados o “apariencias” que para

Silvia tienen sentido en pos de lo que ella plantea como su preocupación e interés principal: estar enamorada y mantenerse juntos como pareja.

Deja la impresión que se desenvuelve en dos escenarios separados: el de la vida diaria, con su desafío de salir adelante, y el de la pareja, donde la conservación del amor es la prioridad. En cada espacio Silvia recurre a recursos personales muy diferenciados, desplegando en el primero toda su capacidad de gestión, orden y decisión y, en el segundo, en un intento por difuminar las anteriores, su preocupación y dedicación a la armonía amorosa. En otros términos, se posiciona de dos maneras aparentemente disociadas. La posición de mujer moderna, con un rol muy activo y la posición de esposa, en la cual asume roles más tradicionales.

Formas masculinas para ideales femeninos: la disociación como estrategia identitaria de género

El relato de Silvia hace pensar en una contradicción fundamental entre su fortaleza y la necesidad de disimularla. Fortaleza desplegada en el escenario de su cotidianidad y disimulada en el de la pareja. Cómo entender esto desde una perspectiva de género. Aparece, en primer lugar, la dificultad de integrar el ideal de la independencia, representado por la fortaleza, con el ideal de pareja, en una lógica romántica. La independencia y autonomía que caracterizan a Silvia, parecen atemorizarla en la dimensión de la pareja. Su temor lo refiere al impacto que esto pueda tener en su pareja, en el sentido que se sienta descalificado y no ocupe su lugar de "hombre". Pero esto lleva también implícita su dificultad para aceptar las características "femeninas" de su pareja, descritas por ella misma como de docilidad y sensibilidad. En el plano de esta relación, Silvia apela, de este modo, al estereotipo de la masculinidad, haciendo esfuerzos para que en su marido aflore y predomine la fuerza, iniciativa, orden y poder de decisión.

Del mismo modo, su propia dimensión dependiente parece resultarle amenazante. Ella percibe el ocultamiento de su fortaleza como un manejo voluntario que le permite aparentar ser distinta a lo que es. Esta percepción invisibiliza sus propios aspectos más dóciles, sensibles y dependientes. Es como si no pudiera ver el natural juego entre la dependencia e independencia propio de una relación de pareja. Se asusta de sus aspectos dependientes, como si éstos tuvieran la fuerza de anular sus logros de autonomía e independencia. Así, éstos se expresan sin matices: o la ilusión del control total o bien el desastre de la dependencia, probablemente asociado a la pobreza a la que la llevaría eventualmente su pasividad.

Aquí radica la fragilidad de Silvia. Aferrada a su fortaleza y a los logros concretos que ha alcanzado, no se permite las contradicciones, los matices de la experiencia real.

Sin embargo, en el análisis de su relato es posible vislumbrar estos matices que dan cuenta de sus aspectos dependientes. Así, por ejemplo, en su narración puede observarse que esta historia permite saber mucho de él, y mucho menos de ella –al menos en forma explícita-. Se conoce detalles de su trabajo (del marido); de su traslado, de su cargo, de sus sueños de siempre. Y de ella, sólo sus reacciones frente a las cosas de él. Puede así pensarse que, paradójicamente, él es el eje de ella, y que a pesar del control y manejo que ella hace, él tiene finalmente mucho más ingerencia en las determinaciones y decisiones en esa familia que lo que parece. Una especie de eje pasivo.

Esto es lo que a Silvia le cuesta integrar; que a pesar de su autonomía, el plano de la pareja tiene otras complejidades y, como en toda relación, la dependencia no puede eliminarse por decreto. Esto es posiblemente lo que queda oculto para ella; no su fortaleza, sino por el contrario lo que ella percibe como su debilidad.

Esto permite pensar que en los nuevos referentes de la feminidad, los aspectos dependientes quedan tremendamente descalificados, como si anularan los procesos emancipatorios. No quedaría así espacio para la flexibilidad que requiere el mundo de los afectos y de las relaciones, ni para las modalidades singulares que éstos pueden adquirir.

En esta separación de escenas que se ha descrito, los roles de género parecieran divorciarse de los significados del poder a que están asociados. Hay una suerte de apariencia o actitud moderna de parte de ella y de él también. Porque van perfilándose como un “él” sumiso, que aprende a hacer lo que ella le enseña, que saca a pasear a la hija porque ella encuentra que la niña debe tener una buena relación con el padre, que le pasa la plata porque es un gastador, etc. Y una “ella”, que todo lo controla y que es ordenada y que le gustan las cosas de una manera y no de otra. Y que por sobretodo vela por el amor de esta familia...Una forma clásicamente masculina para lograr fines clásicamente femeninos, como lo son el cuidado y el amor. Todo queda radicalizado: “el fin justifica los medios”, adoptar características típicas de lo masculino, queda para ella justificado por el fin femenino que persigue. Así, evita la contradicción y el posible conflicto con su pareja, pero también consigo misma. Las formas se viven en un espacio y en el otro, los fines. Un verdadero intento de solución identitaria a la conflictiva marcada por la problemática actual de género.

A modo de síntesis

En términos del ejercicio de roles de género, Silvia da cuenta de una incorporación decidida de nuevos referentes, especialmente en relación al mundo del trabajo. Con gran orgullo, se describe a si misma como proveedora y responsable de la gestión económica de su familia. Roles que no se contraponen, en su experiencia, a los de madre fuerte y sostenedora afectiva.

Donde sí se le plantea un conflicto es en el espacio específico de la pareja. Aquí siente que el desarrollo de su autonomía no favorece lo que ella llama la armonía de la pareja. Silvia sostiene un ideal romántico expresado en la figura de “ser uno solo en el amor”. Su diferenciación, dada por la independencia y poder que hoy se hacen evidentes, se contraponen a este ideal de fusión.

Frente a esto, Silvia resuelve de dos maneras. Por un lado, ella se representa el desarrollo de sus capacidades de gestión -que pueden asociarse a características masculinas- en función de un fin clásicamente femenino, como lo es el cuidado y sostén familiar. Y, por otro, ella intenta disimular frente a su pareja, estas capacidades que los diferencian. Dos escenarios que, desde ella, quedan disociados. La vida diaria, donde despliega su fortaleza, y la relación de pareja, en la cual intenta difuminar las diferencias en pos de la conservación del amor. La disociación entonces caracteriza lo que se puede identificar como su estrategia identitaria de género.

Hablamos de estrategia, en tanto se trata de un despliegue protector de lo que Silvia percibe como amenaza en este ámbito de género. Pero al mismo tiempo, deja fuera dimensiones importantes del conflicto subyacente, como lo es el tema del poder. Para Silvia, ésta es una dimensión que se contrapondría a la armonía de pareja. Trata por tanto de aparecer menos fuerte, resguardada en lo que podría decirse una figura más tradicional de la mujer, sin ver que en esta misma el poder oculto también tiene fuerte presencia. Tampoco puede abordar a través de esta estrategia identitaria de género, el conflicto con la dependencia, dimensión que parece quedar fuera de la imagen de mujer moderna y emancipada, sin darse cuenta que con esto también se arriesga el dejar fuera los afectos.

El relato de Francisco

Francisco prefiere realizar las entrevistas en mi consulta. Allí nos reunimos después de su trabajo. Desde el inicio, se me hace difícil seguir el hilo de su relato, pues él hace permanentes referencias a anécdotas con personas que tienen alguna vinculación a quien nos hizo el contacto. Sin embargo, a medida que transcurre su narración, me voy dando cuenta que estas anécdotas están integradas al relato de su historia por lo que tienen un sentido importante de recuperar.

Francisco tiene 37 años. Se formó como técnico en informática y actualmente trabaja en la administración de una micro empresa de uno de sus hermanos mayores. Está casado hace 10 años y tiene dos hijos pequeños.

La historia reconstruida

Esta historia comienza narrando directamente la forma en que Francisco conoció a su actual esposa. Sorprende, pues da la impresión que la historia de pareja puede ser el eje central de este relato. Sin embargo, rápidamente la historia va derivando en lo que ha sido la trayectoria de formación y de trabajo de Francisco. Esta se convierte en el marco de su historia de pareja y es el principal énfasis temático de su narración.

La etapa universitaria: ambientación y desambientación

“...con mi señora nos conocemos desde los 10 años, éramos compañeros de colegio y muy amigos. Éramos confidentes...hasta que llegó la época de la Universidad...”.

Así Francisco cuenta que desde la infancia fue amigo de su actual mujer, amistad interrumpida por su traslado de ciudad a propósito del inicio de sus estudios universitarios. Esta amistad tuvo un contexto muy familiar en tanto su relación también involucraba muy especialmente a la familia de ella. *“...su familia era gente muy, muy especial....como que se siente un imán con ellos...el grupo de amigos siempre íbamos a su casa...”.*

Estudió ingeniería durante tres años. De ese tiempo, cuenta que vivía “en otro ambiente”, que se sentía cómodo en su nueva ciudad. Allí estudiaba y pololeaba. Cada cierto tiempo, iba a Santiago y siempre iba a ver a la familia de su actual pareja, aunque ella no estaba en Chile en ese período.

Sin embargo, lo que Francisco más destaca en la narración de este período, es la interrupción de sus estudios a causa de una enfermedad. *“...cuando*

tenía que matricularme para un próximo semestre, me empezó a doler un pie en forma extraordinaria. No podía apoyarlo porque me dolía el talón; si soltaba el pie, me dolía más. Apenas podía caminar y no alcancé a hacer mis trámites de matrícula...me volví a Santiago y estuve seis meses en cama...nunca encontraron la razón de mi problema...”.

A pesar que él se declara como alguien “sin creencias”, la manera de salir de su enfermedad fue a través de “espíritus de médicos brasileros” que su mamá contactó de alguna forma para que le realizaran una “operación a distancia”.

Su vuelta a la Universidad después de ese tiempo no le fue fácil. Ya no pudo retomar el mismo “ambiente” que antes había valorado en esta otra ciudad. *“...volví a Valparaíso y fue una desambientación; no estaban mis compañeros, algunos habían terminado y otros cambiado de carrera ; la gente de la pensión ya no era la misma...”.*

Decidió entonces, no seguir estudiando y volver a su ciudad. *“...un día me salí de una clase y me pregunté qué estoy haciendo aquí. No estoy escuchando la clase, no pasa nada, estoy preocupado por puras tonteras. Me desambienté. Agarré mis cosas y me fui a Santiago. No volví más a la Universidad...”.*

La etapa del trabajo

La descripción de su vuelta a Santiago rescata que su primera actividad fue la visita a la familia de su actual señora. Fue incluso con su polola de la época. Se encontró sorpresivamente con que ella había vuelto de su viaje. *“...allí se produjo una química media rara, algo pasó...al tiempo, terminé con mi pololeo, terminé con la Universidad, terminé con todo y me puse a trabajar en un Banco...”.*

Antes de trabajar en el Banco, Francisco intenta retomar sus estudios universitarios en Santiago. Pero está allí muy poco tiempo, encuentra de muy mala

calidad la formación, y es especialmente crítico respecto a la infraestructura de la carrera, especialmente de sus laboratorios. Él es muy crítico y lo explicita haciéndose parte del movimiento estudiantil, que en esa época peleaba contra la dictadura militar que gobernaba el país. Aquí hace la primera referencia al contexto político, que parece haber estado muy presente para Francisco. *“...a mi me daba mucha rabia y discutía mucho y me metía en cuestiones estudiantiles contra la universidad...era un tiempo bastante complicado y yo estaba tachado de conflictivo...”*

De esta manera, deja definitivamente la Universidad y se integra a trabajar en un Banco. Allí tiene un cargo administrativo y, a pesar de su inexperiencia y juventud, 20 años, le dan responsabilidades importantes. *“...entré al nivel más bajo, pero tuve la suerte que conocía al agente de la sucursal –había sido del partido socialista- y me pidió que creara el departamento de cuentas corrientes...acepté y me fue súper bien...después me pidieron que creara el departamento de créditos...”*

En durante este período que Francisco inicia una relación de pareja con su actual esposa, que hasta el momento era sólo su amiga de infancia. *“...yo iba a su casa...conversábamos de todo, ella me contaba sus cosas y de repente... un besito...que se yo...pololeamos 6 años...”*. Esto es lo que cuenta del inicio de su relación; sin dar más detalles de cómo se desarrolló. Sólo agrega, muy escuetamente, que pasó un período en que sintió muchos celos –“una onda súper mala de celos”, lo denomina- y que sugiere estuvo relacionada con rupturas intermitentes en su relación antes de casarse.

Rápidamente, retoma la narración de su historia laboral. Así cuenta que en un momento en que él consideraba que todo iba muy bien en su trabajo, la sucursal del Banco en que trabajaba fue cerrada y él fue trasladado. Francisco explica este cierre por la crisis económica que vivía el país en ese momento. *“...ahí me dije que esto estaba mal...que no debía haber dejado la Universidad.*

Recién en ese momento reaccioné... . Sin explicitar las razones de este arrepentimiento, Francisco cuenta que decidió estudiar en un Instituto tecnología en Programación. *“...conseguí que el banco me pagara estos estudios...en tres años saqué mi título y empecé a desarrollar sistemas computacionales...”*. De esta manera, estuvo tres años con una actividad muy intensa pues trabajaba y estudiaba al mismo tiempo. Describe un ritmo muy acelerado, en que, junto a otros compañeros, pasaban estudiando hasta tres noches sin dormir.

Francisco piensa que fue por la influencia del padre que decidió estudiar informática. Si bien su padre era contador, era un “autodidacta” en lo computacional. *“...él tenía muchos amigos que trabajaban en esa área en la Universidad...iban mucho a la casa y pasaban días trabajando con mi papá...y yo terminé estudiando la misma cuestión...”*.

Seis años más tarde, Francisco es despedido del Banco. *“...estuve 10 años allí y me echaron por razones políticas...”*. Con esto él alude a su colaboración en el plebiscito que hubo en el país que marcó el fin de la dictadura. Él formaba parte de un grupo que ayudó al recuento computacional de votos, paralelo al oficial, organizado por la oposición al gobierno militar. Sin embargo, Francisco afirma que nunca fue militante político, que si bien colaboraba, él no quería ser parte de estructuras que “te ordenan hacer cosas”.

La narración de su despedido queda nebulosa, ya que Francisco se detiene más bien en todas las ofertas laborales que, paradójicamente, recibió en ese momento. Incluso del mismo Banco del cual lo despidieron, lo llamaron para ofrecerle nuevas alternativas en entrevistas muy elogiosas de su persona y de mucho reconocimiento de sus capacidades. Cuenta con mucho detalle sobre estas entrevistas, en las cuales no parece haberse enrabiado explícitamente, aunque deja entrever ciertas manifestaciones irónicas frente a gerentes de los cuales él desconfiaba políticamente.

Su narración permite pensar que el despido no fue demasiado desestabilizante para él en términos económicos, ya que él ya tenía planes anteriormente de diversificar su trabajo, aceptando una propuesta del hermano mayor para trabajar con él en una micro empresa. De este modo, aun cuando tenía muy buenas ofertas de trabajo, él decide trabajar con el hermano porque, a pesar de no ser mejor económicamente en lo inmediato, "todo el mundo decía que en este tipo de trabajo estaba el futuro".

Casamiento y la etapa actual

Dos años antes que lo despidieran, Francisco se casa. Cuenta muy escuetamente de este suceso, ya que al mismo tiempo da cuenta de otros eventos que parecen significativos para él. *"...cuando llevábamos seis meses de casados y nos fuimos a vivir solos. Ella era la secretaria de mi hermano, pero dejó de trabajar cuando nació el primer hijo....cuando murió mi mamá y mi papá quedó solo, nos vinimos a vivir con él por un año. Yo le dije que viviría con él hasta que tomara sus decisiones acerca de qué iba a hacer con su vida....yo no quería someter a mi señora a no tener su propia casa...fijamos un plazo y nos fuimos. Él se quedó con sus hermanas solteras...yo era el último de los cinco hermanos en casarme....fue difícil quedarme con mi señora junto a mi papá..."*

A pesar que la esposa dejó de trabajar, Francisco dice que esto no fue muy decisivo ya que él siempre se las ha arreglado económicamente. Describe su situación actual como muy tranquila y que su mujer no volverá a trabajar hasta que sus hijos estén más grandes. *"...sobretudo porque el último embarazo fue jodido, se le murió el gemelo en el cuarto mes de embarazo.....yo también era gemelo....mi gemelo murió a los tres meses de nacido...mi mamá quedó traumada, estuvo en tratamiento psiquiátrico..."*

A pesar de lo impactante que resulta esto último, Francisco no habla más de estas pérdidas. Yo tampoco pregunto en ese momento.

Él retoma el hilo narrativo en torno al tema del trabajo de su mujer y luego del suyo. De ella, cuenta que ha intentado trabajos independientes, pero que ninguno ha sido muy relevante, a pesar de haberle ido bien. Que él le insiste en que arme un negocio con su padre, pero que ella está muy dedicada al cuidado de los niños y a las actividades del colegio al cual ellos van. “...*está muy metida en un comité cultural con profesores y apoderados...desarrollan cuestiones...*”. Francisco insiste en que se trata de una opción de su mujer, motivada por su gusto por los niños. Pero espontáneamente da más argumentos, mencionando las malas condiciones “objetivas” del trabajo femenino y la falta de título profesional de la mujer, lo que refuerza aún más la decisión. En esta argumentación, también menciona que él tampoco tiene un título profesional, sino técnico al igual que su mujer.

Respecto a su relación actual con el trabajo, él considera que ya no es un “obsesivo” como antes. Lo que se refleja en que ya no llega todos los días a las 8 de la mañana a la oficina para poder estar un tiempo con sus hijos antes que partan al colegio. Dice que esta decisión le ha traído algunas discusiones con el hermano con el cual trabaja. Él reacciona con cierta ironía frente a estas críticas, pidiendo disculpas por querer estar con sus niños. Pero fundamentalmente rescata su organización y buena administración de la empresa, lo que compensa que él ya no sea un “obsesivo”.

La gente le dice que su trabajo es fácil. Él asegura que están equivocados pues su nivel de preocupación es tan intenso que incluso sueña con su trabajo. Por esto, dice, trata de desconectarse cada vez que puede.

Respecto a su vida familiar, la evalúa como muy rica. “...*tenemos discusiones, pero le digo a mi señora que yo soy más italiano que ella, que es*

descendiente. Pero ella es igual a mi suegro, habla despacito y no se enoja con nadie, no sabe decir que no. Yo, en cambio, doy un golpe en la mesa y en cinco minutos se me pasa todo. Ella, no, se guarda todo. Yo grito, pataleo, reclamo y se me pasa...pero somos súper unidos...los hijos se ven bien. Lo dicen las profesoras, toda la gente nos dice que los niños se ven bien estimulados...”

Algo importante en su vida es la relación con sus suegros, a quienes hace varias referencias a lo largo de su relato. *“...siempre he tenido muy buena relación con mis suegros. Son bien choros y tienen un grupo grande, unos viejos que parten de paseo el fin de semana y el lunes a trabajar, como uno. Nosotros nos hemos incorporado al grupo, estamos aceptados...”*

Es a propósito de preguntas más activas de la entrevistadora, que Francisco incorpora en su relato aspectos de su familia de origen y también algunas reflexiones de la manera en que ésta ha influido en él.

Así, habla de la relación entre sus padres y de la que ellos tenían con él. *“...mi papá ha sido siempre muy intelectual...mucho de la forma de ser mía tiene que ver con que la casa siempre estuvo llena de gente de partidos políticos, de masones....ahí se veía una gran diferencia con mi mamá quien no se integraba mucho con sus intereses ni con su parentela. Además eran tiempos diferentes...la gente se separó políticamente. Había mala onda, éste es de izquierda, éste es momio. La familia de mi mamá, que era toda de derecha, estaba absolutamente aislada de las relaciones con mi papá. Creo que eso fue marcando la depresión de mi mamá, porque ella no tenía cerca de su gente...sin embargo, yo soy el más cercano a la familia de mi mamá...”*

De este modo, Francisco alude algo más detenidamente a un hecho aparentemente muy marcador en su vida, como es la depresión de la madre. Así también menciona aspectos más contradictorios con la imagen que hasta ahora había transmitido del padre. El sentimiento de culpa también aflora hacia el final

de su relato. *“...no tengo ningún recuerdo que mi papá me hiciera cariño, ni besos...él era el típico gallo que ponía la plata para la casa...y mi mamá era muy retraída. Mi papá sólo le pasaba plata para la micro, nunca para sus cosas. Ahora yo digo, chuta, ella tenía todo el problema por la muerte de mi gemelo y, a la vez, la vida para ella era complicada porque su familia no era bien vista por mi papá. Y ella asumía esa procesión...sólo hablaba con su prima porque era hija única, pero todo bien escondido. Ahora me vengo a dar cuenta por qué me pedía que viviera con ellos cuando me casé...no se atrevía a enfrentarse a mi papá...ahora, en retrospectiva, vengo a evaluar esa situación...si yo hubiera tenido, quizás, la capacidad de manejar esa situación un poco mejor...habría que haber remecido un poco al viejo...”*.

Inducido por las preguntas acerca de cómo había hecho con los celos que sintió al inicio de su relación de pareja, Francisco ahonda un poco más y cuenta de su propia depresión, que él relaciona con su madre. *“...los celos, los fui superando un poco por la vida en familia...y también influyó mucho un tratamiento psiquiátrico que tuve a raíz de una depresión angustiada. Yo creo que soy un poco depresivo en relación a mi mamá que puede haber influido...soy bien variable. Cuando estaba en el Banco, hubo un largo tiempo en que yo vivía con sueño, no me podía despertar...siempre andaba con dolores raros...hasta que un día me dije esta cuestión está mal, algo tengo que tener y fui al médico. Él me mandó al neurólogo y dijo éste dijo aquí hay otro problema y me mandó a un psicólogo. Al final, terminé con un psiquiatra que me dijo que necesitaba medicamentos porque tenía una depresión y todo lo estaba derivando a cuestiones físicas...”*.

Este relato de su depresión, es complementado con una descripción sobre sí mismo, que, hasta el momento, Francisco no había tocado. *“...yo soy siempre pa’ delante, como venciendo cualquier obstáculo...me doy cuenta que de repente puedo ser un poco pasivo, pero cuando estoy presionado, cambio absolutamente...siempre me ha pasado eso, como que me estimula presión...”*.

Siempre estimulado por las preguntas, también aquí hace alusión al impacto que tuvo la muerte de su hermano gemelo. *“...de chico tuve sueños que en alguna parte me iba a encontrar con mi hermano...me acuerdo que entraba en fantasías en el colegio....desde chico supe que mi gemelo había muerto...y fui muy cruel. En muchas oportunidades, cuando me estaban retando, decía: por qué no habré muerto yo en vez de mi gemelo...me habían contado la cuestión y yo la utilizaba...”*.

Su relato finaliza con más recuerdos de la infancia y de la relación con su padre. *“...yo tenía mucha libertad...pero en realidad no había mucha confianza con los viejos. Yo estaba metido con un grupo que era bien malo, no le contaba nada a mi papá, pero él no se preocupaba, de alguna manera sabía que yo no andaba en nada malo, entonces me dejaba ser. Por ejemplo, yo tenía pase en Ferrocarriles, porque mi papá era jubilado de ahí, yo me embarcaba gratis. Le decía: me voy a Valdivia –yo tenía 13 años- y él preguntaba con quién. Yo decía: solo. Y partía. En cambio, con mis hermanos mayores, eran dramas porque llegaban a las nueve de la noche...les exigía mucho. A mi nunca me exigieron nada. Yo era privilegiado, yo y mi hermano menor...con él siempre andábamos juntos, nos quedábamos a dormir afuera, pero siempre nos sacábamos buenas notas...”*

Análisis del relato de Francisco

Esta historia ha sido la última en analizar en el marco de este trabajo. No es casualidad. El permanente recurso de la anécdota en la narración de Francisco, hacía muy difícil lograr aprehender esta historia. En una primera aproximación, el propósito fue despejar lo anecdótico del “verdadero” contenido del relato. Sin embargo, en este intento fue posible darse cuenta que la anécdota formaba parte central del relato. Si bien, aparentemente, daba cuenta sólo de una forma, que podría ser incluso prescindible, en realidad ésta se hace central para la comprensión del sentido de la narración de Francisco.

Entre la necesidad de ser visto y el miedo a ser descubierto

La anécdota parece así cumplir una doble función. Por un lado, transforma un suceso común, dándole una connotación de un evento que tiene alcances trascendentales. Involucrando así a todo su entorno social en un conflicto en el cual él es la figura central. Deja la impresión que el sentido de engrandecer los hechos, está en la necesidad de generar un impacto en los otros que asegure su visibilidad y validación como alguien que hace bien las cosas. Y, al mismo tiempo, este recurso permanente a la anécdota dificulta justamente su visibilidad. Tras tanta descripción de hechos y personas, lo que queda borroso es él mismo. Desaparece detrás de la palabra de los otros. Se sabe más lo que otros dicen de él, que de su propia palabra.

Desde esta narrativa, ya puede pensarse en cual es el conflicto que moviliza a Francisco. Es por esto, que su manera de narrar es tan central en este relato. Puede leerse una tensión permanente entre el hacerse visible a través del

reconocimiento y la valoración externa y, por otro lado, ocultarse en lo más íntimo, afectivo y propio. Es esto lo que le deja sin voz. Son otros los que hablan por él. Él les da la palabra, quitándosela, sin darse cuenta, a si mismo.

En relación a la primera función de la anécdota, Francisco logra un impacto en los otros, pero probablemente no él que busca. Efectivamente, sus historias llaman la atención, sin embargo, generan un impacto desde la confusión más que desde la empatía. Entre hechos sobre elaborados y los muchos personajes que se cruzan en el relato de cada hecho particular, se va difuminando toda referencia a la descripción de su vivencia subjetiva y la posición y rol que ejerció en cada situación. Es así como, entre una historia y otra, se pierden las conexiones y, con ellas, el interés que pueden suscitar.

Puede pensarse entonces que es en la segunda función que cumple lo anecdótico, que Francisco sí logra su objetivo. Desaparece de la historia que cuenta. Se va haciendo borroso hasta el punto en que se hace difícil distinguir las palabras de otros de las de él mismo. Surge entonces la impresión de que no quiere ser encontrado en su relato, que la anécdota lo encubre y protege de la exposición de su experiencia afectiva personal, vivencia que parece esconder el dolor de las situaciones vitales que son parte de su historia. Son especialmente estas circunstancias las que enuncia y no profundiza. Ante la pregunta directa de la entrevistadora, surge una respuesta que se acerca a lo que pudiera ser la descripción de su vivencia, la que, sin embargo, queda interrumpida por continuos vacíos de información, los que limitan e impiden la posibilidad de descubrirlo.

Desde una perspectiva de género, pudiera pensarse que en esta particular dinámica, se expresa también una tensión entre lo masculino y lo femenino, en tanto la disociación de los afectos es un mecanismo muy relacionado al funcionamiento masculino tradicional. Sin embargo, en este relato la disociación parece entrar en tensión con la inseguridad que transmite su permanente inclusión

de las voces de otros, cuyo papel parece ser el aprobar o desaprobar sus acciones y lo que éstas dicen de su definición identitaria.

Aparentemente en busca de expresar la validación y valoración social y laboral alcanzada, Francisco hace continuas y detalladas alusiones a lo bien evaluado que ha sido en el transcurso de su historia. Genera entonces la impresión de que la evaluación y validaciones obtenidas constituyen una importante dimensión de la definición que hace de sí mismo. El reflejo de otros lo hace visible desde sus virtudes y esconde lo que en su discurso aparece como debilidad. No obstante, las continuas y detalladas referencias a la aprobación de los otros, transmiten también un mensaje en si mismas y es aquí donde parece expresar su profunda inseguridad sobre lo que es y lo que es capaz de hacer. Permanecen disociados este personaje exitoso y capaz de vencer cualquier obstáculo, de lo que él describe como un ser un poco depresivo, pasivo e inestable.

Referentes identitarios de género: Un impasse frente a las figuras parentales

Francisco hace pocas alusiones a su historia de origen, dando cuenta parcialmente de cómo es que fue aprendiendo lo que se esperaba de él como hombre. Más que su vivencia o alguna noción del conflicto en el que se encuentra, describe hechos, algunos de los cuales, incluso, mantienen su carácter traumático.

Es así como da cuenta de dos extremos, entre los cuales ha tenido que lidiar en la búsqueda de una definición de identidad personal. Parece entonces sostenido en un impasse, en el sentido de un bloqueo (Legrand, M. 1997) en el que no encuentra lugar desde el cual posicionarse y validarse a sí mismo como persona. En uno de los extremos, describe a un padre autoritario y distante, quien se hizo cargo económicamente de su familia y, sin embargo, jamás le puso ningún límite. Se siente privilegiado frente a sus hermanos quienes tuvieron que lidiar con

la autoridad paterna, mientras él gozaba de su aparente libertad. Describe con esto, la manera en que eludió el violento poder de un padre que sometió a su madre y a sus hermanos, a la vez que da la impresión de no haber sido visto o, más bien, de haber sido abandonado por el mismo. Por otro lado, en el extremo opuesto, hace breves alusiones a su madre, como una mujer deprimida y en continuo sufrimiento. Marcada por la muerte de su hermano gemelo e incapaz de reponerse de lo que se configura como traumático, parece haber desaparecido de la vivencia cotidiana y hacerse visible tan sólo desde la depresión que hoy Francisco siente que comparten.

Es desde este contexto, que parece configurarse un conflicto en el que es muy difícil encontrar una posición cómoda y propia. Desde un modelo muy conservador de familia, Francisco hace el intento de aparecer identificado con un padre al que, a la vez, cuestiona. Lo describe como intelectual, seguro, sociable y autoritario, todas actitudes que él ha logrado desarrollar en sí mismo, pero muy parcialmente. Pues en el otro extremo se encuentra con sus propias semejanzas con la madre, a quien comprende desde la dificultad, la sensación de debilidad y la depresión.

Parece no poder juntar estas dos imágenes tan extremas ni hacer con ellas una nueva, que lo refleje más genuinamente, pues, como ya se enunció, la historia se complejiza en su desconexión afectiva y subjetiva, en la que lo traumático parece quedar aislado, lo que lo deja sin posibilidad de nombrar y nombrarse.

Francisco parece cargar con una pérdida innombrable, pero permanentemente presente. La muerte de su hermano gemelo, la que solo enuncia, parece poder explicar en parte, la división por la mitad que cruza su narrativa y lo que expresa de sí mismo. Ni tan intelectual y seguro como el padre, ni tan débil y deprimido como la madre, parece quedar sin posibilidad de definición, a la vez que en una continua lucha por descubrir una imagen de sí

mismo. En este bloqueo es su cuerpo el que habla, a través de síntomas psicósomáticos y depresivos recurrentes.

Lo inasible como estrategia identitaria de género.

Delimitar la dimensión de género de lo identitario es difícil en el relato de Francisco, ya que éste parece estar cruzado por la vivencia de lo traumático, que se caracteriza por la dificultad para nombrar y desde ahí pensar sobre sí mismo. Aunque él no hace ninguna alusión directa a un problema o a un conflicto en relación al género, se hace igualmente posible reconocer ciertas prácticas que corresponden a un intento de solución para superar los obstáculos que, sin que él los nombre, corresponden a conflictivas de género. Sin embargo, parece que la dificultad de Francisco, aún cruzada por la variable del género, va más allá, pues ésta es una dificultad que se amplía y hace parte de su definición identitaria global.

En la incapacidad de tomar postura, Francisco parece enfrentar esta conflictiva evadiendo la necesidad de una postura personal. Limitado, a la vez que protegido, por la falta de posición, da paso a un ciclo que da cuenta de él mismo en ambos extremos. Es así como parece sobreadaptarse a las exigencias del éxito y la seguridad que requiere la vida cotidiana en sus roles laborales y parentales, por los que se ve estimulado a actuar y demostrar su capacidad. Esto se hace posible hasta que cumple con la tarea requerida de él por otros y se ve enfrentado a la necesaria apropiación de lo que ha producido. De este modo, para Francisco parece ser relativamente fácil responder a la exigencia de los otros; se adapta al contexto y logra hacer lo que se espera de él. Sin embargo, no puede apropiarse de su iniciativa, pues esto lo obliga a tomar postura, posición en la que surge el contacto consigo mismo y con emociones que se le hacen intolerables. Es entonces, que surge el cuerpo como recurso de desconexión y expresión. Pues es a través de éste que expresa el conflicto, hasta quedar incapacitado de tomar una

decisión. Es así como hace síntomas, psicosomáticos y depresivos, que lo obligan a detenerse y hacen patente el otro extremo de este conflicto. Sin reflexión, ni la elección de una posición con la que hacer frente a lo que le pasa, sin poder elaborar sus circunstancias de vida, solo actúa este infinito ciclo en el que se le repiten historias y vivencias que al parecer no ha podido nombrar. Quizás este ciclo, toma un sentido relevante desde esta perspectiva, convirtiéndose en un modo de revivir lo que no ha podido resolver, tal vez intentando encontrar una salida diferente.

Deja la impresión que tuviera que mantener todas las opciones presentes y disponibles, más que para poder tener la libertad de decidir sobre ellas, para evitar contactarse consigo mismo y hacer uso de la confusión que generan para evadir la necesidad de una posición.

Extraña combinación entre sobreadaptado e inasible. Parece estar presente de acuerdo al contexto y, sin embargo, se queda fuera. Lo mismo pasa con su relato que obedece a la pregunta por su historia de pareja y, sin embargo, es lo único que no cuenta.

El mismo efecto evasivo que tiene para él perderse en la anécdota, parece operar en quienes lo escuchan, lo que se ilustra en el impacto de este relato en quien lo entrevistó, quien inicialmente sorprendida por lo que parecía ser un relato distinto, termina en la confusión que hace desconectarse y dejar de lado esta historia.

El relato se torna así inasible, al igual que Francisco.

Es de este modo que lo inasible se configura también como una estrategia identitaria de género, pues lo deja en una posición inalcanzable, haciendo que sea el otro quien se pregunte por su capacidad o motivación para aprehender lo que está contando. Genera culpa en el interlocutor, lo que se hace coherente con su

vivencia de lo traumático y la culpa que él mismo carga y de la que se descontacta.

Es así que la relación se sostiene, pero se hace necesario prestarle sentidos y significados, como si, sin pedirlo, fuera a la vez él quien pide que alguien ponga nombre a lo que él ha vivido y no puede significar. Esto se expresa en este análisis, que termina dando un lugar central a lo que sucedió en la relación con la entrevistadora durante la conversación y relevando el impacto y reacciones emocionales de quien escuchó su historia.

En este contexto, puede entenderse mejor las dificultades que conlleva su actual intento de flexibilización de su rol masculino. No ser autoritario y abandonador, como el padre, lo ubica a las puertas de la melancolía y de lo traumático, como la madre. En Francisco, se manifiesta exacerbadamente la connotación de amenaza identitaria que contienen las transformaciones de género. Una masculinidad diferente a la tradicional lo expone a la fantasía no sólo de dejar de ser reconocido en tanto hombre, sino también en tanto persona. Lo confronta a la pasividad, al no saber sobreponerse, a la depresión. En este dilema sin aparente salida, Francisco se va adaptando a la necesidad de los otros, a la definición desde los otros, quedando inasible en su propia definición.

A modo de síntesis

En el caso de Francisco es también muy difícil delimitar la dimensión de género de lo identitario, ya que su historia está cruzada por la experiencia traumática que trasciende, pero también tiñe esta dimensión.

En una situación de impasse respecto a la identificación con sus figuras parentales, la definición de sí mismo se dificulta. Ni violento como el padre, ni depresivo y sometido como la madre. Pero tampoco lo contrario, ya que no le es

tolerable definirse en lo depresivo, pero tampoco puede dejar de hacerlo, ya que allí se reconoce, aunque desee identificarse con el padre.

Francisco busca así el reconocimiento externo, desenvolviéndose de acuerdo a lo que él percibe como expectativas de los otros. La masculinidad tradicional, en su dimensión responsable, ha sido un referente tranquilizador para él. Se instala así en un funcionamiento sobreadaptado, pero también inasible, pues él se desdibuja al otorgar toda la palabra, en el sentido del reconocimiento, a los otros. Lo inasible y la sobreadaptación pueden entonces pensarse también como una estrategia identitaria de género.

En esta sobreadaptación a los referentes tradicionales de la masculinidad, no deja de mencionar, sin embargo, su preocupación por ser más flexible en el ejercicio de su paternidad. De hecho, toma algunas medidas concretas, pero con muchos resguardos respecto a la manera en que éstas puedan ser percibidas por los otros. En él es muy marcado su temor a la pérdida de referentes tradicionales de género, pues en su fantasía no sólo arriesga dejar de ser reconocido en tanto hombre, sino también en tanto persona.

IV. ANALISIS TRANSVERSAL. DISCUSION DE RESULTADOS

1. LOS REFERENTES DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO EN CONFLICTO

En todos los relatos recogidos puede observarse la fuerte presencia de los referentes de género a la hora de contar la historia de pareja. La distinción entre lo femenino y lo masculino parece seguir siendo así un significado necesario para poder dar un sentido a la relación entre hombres y mujeres y, más en general, un sentido de la manera de desempeñarse en los ámbitos público y privado. Estos sentidos parecen relacionados con un ordenamiento de la vida y de los proyectos personales que trascienden las diferencias biológicas entre los sexos. Más bien, a partir de ellas se extrapolan características psicológicas y sociales que quedan en un ordenamiento binario, poco flexible (Héritier, F. 2002). Esto, en tanto las distinciones están siempre marcadas por una relación jerárquica, no se encuentra una ética de la diferencia, sino una lógica de poder, donde las distinciones entre uno y otro sexo, se significan desde la jerarquización de éstas.

Sin embargo, esta dualidad de lo femenino y lo masculino aparece en una forma particular. Podría denominarse una “doble dualidad”, en tanto está asociada a lo tradicional y a lo emergente o moderno. Es decir, las referencias a lo femenino y masculino están al mismo tiempo presentes en una doble expresión en relación a nuevos y viejos modelos de género.

De esta doble distinción, es desde donde puede identificarse el conflicto o tensión que atraviesa los relatos recogidos.

1.1 Feminidades

1.1.1 Referentes tradicionales

Los indicadores de feminidad que aparecen en los relatos dan efectivamente cuenta de esta doble referencia. Por un lado, las distinciones con lo masculino aparecen desde el análisis más general de la forma en que se estructuran los relatos. Incluso allí, los referentes más tradicionales muestran su fuerte presencia. Así, las mujeres entrevistadas tendieron a organizar la narración de su historia en torno a la trayectoria de pareja. Y en función de ella, dieron cuenta de otros ámbitos de su vida. En sus relatos, de este modo, es posible conocer los detalles de la historia de su pareja; la experiencia actual e incluso aspectos personales de su marido. A diferencia de los hombres, que organizan sus historias en torno a sus recorridos profesionales, laborales o políticos. Sólo cuando ese contexto está instalado en la narración, incluyen la pareja en la historia.

Las mujeres contaron así su historia de una manera muy “femenina”, ubicando a su pareja en el corazón de su narración. A ellas, el mundo de los afectos, del hogar, de la reproducción..., dice E. Badinter (1992), frase que parece traer todo el peso de una visión de mundo tradicional, con un arraigo que se expresa hasta en la forma de representarnos nuestra propia historia. Las mujeres que han dado vida a esta tesis, no son la excepción. No sólo en la forma en que organizan sus relatos, sino también en muchos de sus contenidos, puede reconocerse una visión de lo femenino que contiene los viejos referentes de los que habla Badinter. La responsabilidad y cuidado de los hijos; la armonía de la pareja; la reproducción de la vida cotidiana a través de la asunción de las responsabilidades domésticas; el cuidado afectivo de la pareja, son contenidos o temas que inundan cada uno de sus relatos.

Los hombres, por su lado, hablan relativamente poco de sus mujeres. Su figura aparece asociada a la maternidad, a su rol de dueña de casa y al de esposa.

Esta dimensión tradicional de la feminidad aparece principalmente vinculada a la posibilidad de experimentar más aliviadamente la maternidad. En este marco, las mujeres entrevistadas encuentran el espacio y la validación para el cuidado y la dedicación a los hijos. Así también, les proporciona un marco de certezas desde el cual vivir la relación de pareja, tanto en su dimensión cotidiana como en aquella más idealizada, asociada al amor romántico. Del mismo modo, los hombres apelan a este modelo tradicional de la feminidad, valorando el espacio para la crianza de los hijos y como lugar de referencia afectiva que permite la estabilidad.

Sin embargo, se trata de un espacio que también es vivido de manera ambivalente, especialmente para las mujeres. En ellas, esto se expresa en un abanico que se extiende desde la culpa, en tanto perciben que se trata de un espacio poco validado, asociado a falta de desarrollo personal, hasta un discurso radical de rechazo a la dependencia que implica este modelo para la mujer. Es decir, al mismo tiempo que el ejercicio de la feminidad tradicional les significa un eje central de sus vidas, asociado a la vivencia de los planos más valorados, como la maternidad y la pareja, expresan un discurso muy crítico, en ocasiones portador de intensa queja y rabia, en relación a la posición de la mujer tradicional. Lo asocian a importantes renunciaciones personales, desde aspectos muy concretos como la falta de tiempo personal hasta aspectos más globales, como la restricción del desarrollo laboral o profesional. Este cuestionamiento no aparece ligado a una postura de develar una discriminación social, sino más bien se ubican en el discurso moderno que valora a la mujer por su participación en lo público, especialmente en lo laboral. Si bien identifican la falta de valor social de los roles femeninos en lo privado, su postura no es buscar esta legitimidad, sino encontrarla en los espacios que ya están validados en la lógica que se denomina masculina.

En los relatos de los hombres, esta ambivalencia respecto a la feminidad tradicional no está tan asociada a un cuestionamiento de su falta de valoración social, sino más bien algunos de ellos expresan su sensibilidad frente a las dificultades concretas que experimentan las mujeres que trabajan fuera de la casa. Reconocen una mayor dificultad para las mujeres en conciliar sus roles, atribuyéndolo unos a cierta arbitrariedad en los lugares de trabajo y, otros, a un estilo menos “ejecutivo” en las mujeres, que les impediría resolver expeditamente los problemas.

1.1.2 Nuevas feminidades

Junto a los referentes tradicionales de la feminidad, en los relatos analizados puede también identificarse la presencia de una dimensión distinta de la feminidad. Esta tiene que ver principalmente con la apertura de la mujer hacia el espacio de lo público.

Las mujeres expresan esta dimensión a través de una búsqueda de reconocimiento social expresada en su desenvolvimiento en el mundo laboral. La capacidad proveedora que de aquí se desprende es también una motivación importante para ellas.

Incluso para aquéllas que están en un momento en el cual no tienen necesidad ni motivación para trabajar fuera de la casa, la inserción laboral constituye una suerte de valor de gran importancia. “Quiero tener un rol social”, dice una de las entrevistadas, quien a pesar de expresar un gran alivio por no estar trabajando, siente una suerte de invisibilidad en relación a la valoración que percibe que los otros tienen de ella.

Esta otra faceta de la feminidad se presenta así, desde las mujeres, asociada a la legitimidad social de la inserción laboral. Junto a esto, lo femenino se liga también a la capacidad de gestión, a la función proveedora, al pragmatismo para resolver dificultades y a una mayor ingerencia y control de los ingresos familiares. Asimismo, puede observarse una demanda hacia los

cónyuges de mayor participación en el trabajo doméstico y en las responsabilidades familiares. Esta demanda suele adoptar la forma de una petición de ayuda en este plano. La expresión más radical se da sólo en una de las entrevistadas, quien sostiene un discurso de igualdad que se expresa en la expectativa que su pareja realice las mismas tareas domésticas que ella y de la misma forma, es decir bajo su control.

Desde el relato de los hombres, esta faceta emergente de la feminidad es percibida como un empoderamiento de las mujeres. Por un lado, esto es valorado en términos de admiración, pues lo identifican como un cambio que requiere de esfuerzo y que no está exento de dificultades en tanto deben compatibilizar con los roles familiares. En el mismo sentido, la mayor independencia de las mujeres es vista como aliviadora del peso de la responsabilidad asociada tradicionalmente a los hombres en términos de hacerse cargo de la familia.

Pero, de otra parte, esta faceta les preocupa, ya que perciben implícita una cierta amenaza que les involucra. Una de estas preocupaciones dice relación con el cuidado de la familia, lo que se dificulta cuando ambos miembros de la pareja trabajan fuera de la casa. Así también, les inquieta que el empoderamiento de las mujeres signifique un mayor control sobre ellos, tanto en términos económicos como respecto al uso del tiempo. Las exigencias de apoyo en las tareas domésticas, si bien las consideran necesarias, al mismo tiempo son percibidas como restrictivas de su tiempo y de su manera propia de desempeñarse en este terreno.

Las mujeres perciben esta nueva expresión de la feminidad, como una ampliación de sus roles tradicionales. No aparece como un modelo alternativo, que ponga en juego el anterior, sino que se vivencian de manera paralela, con las consecuentes ambivalencias que esto implica. Para ellas, lo que se pone en juego es el esfuerzo. Para los hombres, esto constituye una tensión amenazante, pues parecen visualizar consecuencias negativas que las mujeres no consideran, como es, por ejemplo, el cuidado de la familia.

En otros términos, los nuevos roles de las mujeres, son percibidos por los hombres más cercanamente a la idea de un cambio de modelo de lo femenino. Mientras que para ellas, éstos corresponden más bien a una ampliación de los espacios de desarrollo, sin que ello conlleve a una modificación sustantiva de lo que perciben como central de la feminidad, la maternidad y su rol de cuidadora de la familia.

1.2 Masculinidades

Lo masculino también aparece identificado con claridad, asignando a los hombres características de género comunes. Al igual que en el caso de lo femenino, la manera de estructurar sus narraciones, muestra un patrón común en los hombres que contaron sus historias que expresa aspectos de gran arraigo, característicos de la manera en que tradicionalmente se ha significado la masculinidad. Nuestros entrevistados contaron sus historias en torno al trabajo, su formación profesional o a la participación política. Incluso uno de ellos fue explícito: "...no entenderías mi historia de pareja, si no conoces "mi historia"...". No hay aquí la lógica romántica que sí se encuentra, en mayor o menor grado, en las mujeres. A todos se les hizo necesario establecer un contexto de su ubicación social, para poder hablar de sus parejas. Si se piensa en términos identitarios, los ejes centrales que se reconocen en las historias masculinas tienen que ver con la dimensión de la trayectoria laboral o un equivalente. No así las mujeres que, aun cuando varias integraron con fuerza esta dimensión, organizaron su relato en torno a la historia afectiva. Vieja distinción que todavía guarda importante vigencia en relación a las identidades de género.

1.2.1 Lo tradicional de las masculinidades

Como se planteara respecto a lo femenino, no sólo se trata de una distinción entre los géneros, sino que la significación de lo masculino aparece también en una doble dimensión.

La faceta tradicional da cuenta, a su vez, de las dos vertientes en que se ha expresado la masculinidad latinoamericana, como lo ilustra tan claramente el estudio colombiano que distingue entre “quebradores” -transgresión y seducción irresponsable- y “cumplidores” -autoridad y responsabilidad- (Viveros, M. 2002).

En esta línea, desde la mirada de las mujeres, lo masculino tiene un sentido de autoridad, por lo que le atribuyen a los hombres un carácter dominante asociado al desarrollo intelectual y a la función proveedora. A lo masculino se le percibe así con una mayor fortaleza, constituyéndose en un referente tanto emocional como económico para el proyecto vital de las mujeres.

Dentro de esta faceta más tradicional de lo masculino, las mujeres asocian paralelamente lo masculino a la imagen de una suerte de niño necesitado de cuidado. Esta imagen tiene que ver principalmente con el ámbito doméstico, donde los hombres son percibidos como inhábiles o pasivos, que requieren de enseñanza para poder desenvolverse. Allí, las mujeres los ven desprovistos de “don de mando” y necesitados por tanto del apoyo femenino en este ámbito.

En esta dimensión tradicional de la masculinidad, las mujeres se sienten expuestas tanto a un potencial sometimiento de los hombres como al abandono, a propósito de su autoridad y descentramiento del ámbito privado. Los ven tan fuertemente concentrados en sus proyectos personales, que sienten más frágil su compromiso afectivo, razón por la cual ellas ven posible un eventual sometimiento a sus condiciones para evitar rupturas o abandonos de sus parejas.

Los hombres, por su lado, dan cuenta de un referente tradicional de la masculinidad centrado en el poder. Este se expresa tanto en la seducción, ilustrada en la imagen del hombre conquistador de mujeres, con la capacidad de definir las relaciones en este ámbito. Imagen que puede asociarse, como ya se mencionara, a lo que se denomina el “macho quebrador”. Como también el poder asociado a la racionalidad, la capacidad de trabajo y de proveer y al control de los afectos. Imagen esta última asociada al estereotipo del “macho cumplidor”.

En sus relatos, algunos de los hombres dejan traslucir un sentimiento de orgullo respecto a su capacidad de seducción y, por otra parte, un sentimiento de obligación y exigencia respecto al control de afectos, que sienten necesario para un buen desempeño en el mundo laboral. La experiencia que transmiten es de una responsabilidad que pesa y de un logro al mismo tiempo.

1.2.2 Masculinidades emergentes

Entre el sentimiento de presión y logro a la vez, los hombres expresan también una dimensión distinta de la masculinidad. Esta tiene que ver básicamente con el mundo afectivo y la experiencia de la paternidad. Se valoriza una experiencia más cercana y de mayor implicación en la crianza de los hijos. En este sentido, aunque con menor fuerza, también se expresa una preocupación por la vida de pareja, especialmente a que ésta no se vea fundida con la parentalidad. Hay un esfuerzo así por mantener una cierta independencia de esta relación, diferenciándola de los espacios familiares que incluyen a los hijos.

Si bien esta “ganancia” en afectividad es valorada, los nuevos aspectos de la masculinidad son percibidos por los hombres como una pérdida de poder. Esto, en el sentido que el desarrollo de la dimensión afectiva puede significar el debilitamiento de su imagen más pública. Una eventual mayor dedicación a los

hijos, por ejemplo, la ven asociada a una potencial crítica especialmente desde su entorno laboral.

Esta percepción tiene coherencia con algunos de los contenidos que las mujeres incluyen en su visión de estos nuevos aspectos de la masculinidad. Ellas visualizan una tendencia a la igualación en el ámbito del reparto de responsabilidades familiares. Sin embargo, algunas sostienen este nuevo panorama en una cierta desvalorización de lo masculino, en tanto inhábiles en este terreno. La desvalorización aquí implica entonces una posición de sometimiento de lo masculino, en tanto para alcanzar este ideal de igualdad, los hombres debieran someterse a los criterios femeninos para el buen desempeño de nuevas tareas.

Otras mujeres, ven menos radicalmente estos cambios, pensando en equidad más que en la imposición de igualdad respecto a la distribución de las tareas domésticas. Resaltan lo no autoritario como un nuevo valor asociado a la masculinidad, así como la mayor dedicación de tiempo a la familia y a la pareja.

Así entonces, la referencia a nuevas facetas de la masculinidad, se extiende para las mujeres en un abanico que va desde la expectativa de mayor compañía y apoyo cotidiano, hasta la inversión del poder, ubicando a los hombres en lugar más cercano al sometimiento. Abanico coherente, como se decía anteriormente, con la amenaza que perciben los hombres respecto a que el desarrollo de la afectividad les signifique también la pérdida de un lugar legitimado.

1.3 El conflicto

El análisis de los relatos recogidos ha permitido reconocer distintas maneras en que se hacen presentes los referentes de género en cada una de las historias. Como ya se explicara anteriormente, las distinciones de género no sólo aluden a las diferencias entre hombres y mujeres, sino también a aquellas

tradicionales y a las más recientes. Esta coexistencia de referentes aparece asociada en todas las historias a un conflicto. Este está relacionado, en términos gruesos, con la dificultad de integrar esta diversidad, de poder realizar una síntesis propia. Esta constatación trae a colación las palabras de Silvia Tubert (en Burín, M. & Dio-Bleichmar, E. 1996) respecto a que se sabe más de las transformaciones de los roles de género que del grado de reflexividad y distancia crítica que ha acompañado a estos procesos. De este modo, los conflictos que se desprenden de las narraciones recogidas, si bien se expresan en la dimensión del ejercicio de roles, los trascienden, apuntando más bien a la dificultad de articulación de los referentes identitarios de género.

Una dimensión de los conflictos de identidad de género que se puede reconocer en las historias tiene que ver con la relación entre lo diferente y lo similar, dinámica que se encuentra en el corazón de los procesos identitarios y que apunta a la necesidad de parecerse a un conjunto y al mismo tiempo de ser particular (de Gaulejac, 1996). En el caso de algunas de las mujeres entrevistadas, los nuevos referentes de la feminidad son significados como una exigencia de igualación con los hombres, ya sea a través de su "masculinización" (rol de proveedora, control económico, frialdad en el mundo del trabajo, etc.) o bien desde la "feminización" de ellos (sumisión o ejercicio de roles domésticos). Esta manera de significar los cambios o flexibilización de los roles, implica un conflicto en términos de la identidad de género, ya que se vuelve potencialmente debilitante del sentimiento de ser único y particular y al mismo tiempo parecido al resto de las mujeres o de los hombres. El ejercicio de nuevos roles es también conflictivo para algunos hombres, ya que esta amenaza de no tener un referente de género claro, también es percibida por ellos.

Es entonces la implicancia identitaria del ejercicio de roles no tradicionales, la que potencialmente puede interferir en la relación dialéctica entre lo parecido y lo diferente. El problema parece radicar en la confusión entre los roles y la identidad. Los nuevos referentes de género hablan de flexibilización de los roles, sin contenidos claros que pudieran sostener

aspectos identitarios diferentes a los tradicionales. La dinámica del asemejarse y diferenciarse requiere un marco más claro y compartido.

En este contexto, muchos homologan la práctica con el sentimiento de ser, por lo que el desempeño de nuevos roles, antes asociados al otro sexo, generan el temor de perder la identidad asociada al propio sexo. Para la mayoría entonces, lo que está al alcance es el modelo tradicional de género, que es al cual recurren como referente identitario, aunque funcione en oposición.

Lo medular de los conflictos de la identidad de género, parece sin embargo, referirse a la relación entre la permanencia y la integración de lo nuevo. Como dice C. Camilleri (1991), el sentimiento de constancia de la identidad no implica adherir a un contenido fijo, sino que el desafío es que la integración de nuevos elementos no impida el sentimiento de coherencia. Si bien el autor está describiendo aquí características generales para los procesos identitarios, parece totalmente válido para la dimensión de género de la identidad. Y es precisamente en este punto donde se encuentran las mayores dificultades en las historias recogidas. La coexistencia de referentes de género que se observa, no aparece en una relación de integración fluida. Los nuevos modelos de género son connotados positivamente, pero también con incertidumbre. Lo emergente en el género se presenta como un discurso validado socialmente en términos generales, pero no se asocia a una práctica específica establecida, sino a una idea general de flexibilización. Cada uno de los entrevistados ha debido buscar una forma para darles una expresión concreta. Y es en esta búsqueda, donde aparece la dificultad. No es claro para ninguno, la forma en que pueden apropiarse de estos emergentes. En todos puede reconocerse una sensación de amenaza que tiene que ver con el miedo a la eventual pérdida de los marcos conocidos y establecidos que dan certezas para las relaciones humanas, de pareja más específicamente.

Probablemente, es a causa de esta falta de certezas que acompaña a los emergentes de género que también se pone aquí en juego el

reconocimiento desde los otros como uno de los factores del conflicto identitario que se está planteando. Reconocimiento que constituye uno de los vértices centrales de todo proceso identitario (Tap, P. 1980; Barbier, J. M. 1996; Camilleri, C.1991). Es decir, el sentimiento de ser uno mismo, de unicidad y continuidad, requiere del reconocimiento, validación y legitimación desde el otro para instalarse como tal. En las historias analizadas, el tema de la legitimación adquiere gran fuerza. Ya sea en relación al cuestionamiento que se percibe por el ejercicio de nuevos roles de género, particularmente en el caso de los hombres, o bien el acento está puesto en la desvalorización que sienten que acompaña a ser percibidas como “abandonadoras” de los roles tradicionales, como lo es especialmente para las mujeres. De esta manera, siguiendo a P. Tap (1980), no basta el sentido que para cada uno tenga la incorporación o no de nuevos roles de género, sino también juega un rol relevante el grado de aceptación y reconocimiento que se percibe que los otros tengan de estas opciones.

El conflicto entonces puede entenderse utilizando lo propuesto por C. Camilleri (1991) respecto a las funciones de la identidad. La integración de referentes más flexibles de género no sólo requiere que éstos tengan sentido para cada persona –función ontológica-, sino que esta función no es posible si no tiene algún grado de concordancia con la función pragmática de la identidad, que es la que vela por la relación con el entorno. El conflicto parece instalarse precisamente en el espacio de negociación interna entre ambas funciones. De la manera de cada persona de resolver las discordancias que percibe respecto a lo que parece ser un nuevo escenario de género.

La dificultad en esta relación de negociación entre ambas funciones, se expresa en la fragilidad con que se presentan los polos de la identidad, de género en este caso, en cada una de las historias (Camilleri, C. 1991). Tanto los elementos que dan sentido, como la valoración y legitimidad desde los otros y, muy ejemplarmente, la jerarquización de los múltiples referentes de género en función de los sentidos que cada uno se reconoce a si mismo, se ven muy desdibujados en la narración que cada entrevistado hace de su historia.

Las historias que se han presentado, son así historias de conflictos. Pero no están planteados como conflictos interpersonales o de pareja. Son más bien transmitidos como conflictos personales, referidos a la búsqueda de respuestas individuales frente a la incertidumbre de cómo ser hombre o mujer hoy día.

El problema para cada uno no parece estar centrado en el ejercicio mismo de nuevas prácticas, sino en el reconocimiento que perciben que éstas tienen y que permiten, o no, devolver una imagen coherente y legitimada de sí mismo.

Como se verá más adelante, en las distintas maneras de vivir y expresar este conflicto, se encuentran diferencias de género. Una de las más evidentes es respecto a su grado de explicitación.

Todas las mujeres son explícitas al respecto. Hacen referencia a la condición femenina; a las diferencias con los hombres o a las situaciones vividas que asocian a su condición de mujer.

En los hombres, en cambio, sólo uno formula abiertamente la problemática de género. Los demás sólo hacen pequeñas referencias, dejando deslizar esta conflictiva desde otros ejes. Aquí la conflictiva de género tiende a entremezclarse más intensamente con otras dificultades, de tipo afectivas, que son las que, precisamente salen a flote con la flexibilización de los roles masculinos.

2. NEGOCIANDO EL CONFLICTO: ESTRATEGIAS IDENTITARIAS DE GÉNERO

Una cierta noción de “nuevos tiempos” en relación a los roles de género puede deslizarse de todos los relatos analizados. Más explícita en unos que en otros, ésta da cuenta de nuevas prácticas en relación a las condicionantes de género. Pero, como se decía anteriormente, esta adopción de nuevos roles no está exenta de conflictos. El mandato de cambio es percibido por todos, pero parece tratarse de un mensaje que no es unívoco. La idea que circula es de flexibilización, pero sus términos no son suficientemente claros ni precisos. Gran oportunidad entonces para mayores grados de libertad y singularidad. Pero, a la vez, gran exigencia de encontrar un modo de responder a un modelo emergente que no explicita con claridad sus parámetros de valoración. En esta búsqueda, aparece el ejercicio de nuevas prácticas, sin un sentido muy sólido que las sostenga. La sensación de incertidumbre empuja a retomar lo conocido. Nuevos roles terminan conviviendo con viejos sentidos. Así, un proyecto laboral, como el del Silvia o Ximena, se presenta sostenido en el mandato de entrega y cuidado a la familia. La flexibilización de los roles parece bienvenida. Pero la manera en que éstos se articulan a la identidad de género, parece constituir el núcleo del conflicto. No hay que olvidar que la definición de lo masculino y lo femenino ha estado anclada culturalmente a los designios de la naturaleza. No se trata de una tarea menor su redefinición. Desde allí que resulta comprensible la confusión y sentimiento de amenaza que se entrevé en los relatos. Si se pudiera plantear una pregunta transversal que interprete las interrogantes comunes en los relatos, ésta aludiría a cómo encontrar una manera de integrar o de dar un sentido articulado a las nuevas prácticas de género, sin que ello arriesgue un claro y validado sentimiento de ser hombre o mujer.

2.1 La autonegociación

Con mayor o menor conciencia, en todos los relatos aparece un intento de resolver dicho conflicto. Maneras individuales que no apelan a la dimensión de lo colectivo. Maneras que impresionan como defensivas, en el sentido de autoprotección, pues dan cuenta de un cierto temor a la confusión en la definición de si mismos en tanto género. Estos intentos están movilizados por el querer incorporar nuevas formas a nivel de los roles, pero también por no arriesgar la definición identitaria de género, aunque ésta se sostenga en referentes incongruentes con estas prácticas.

Esta incorporación de nuevos roles es la que da cuenta de una dimensión de la transformación de género. Un cambio contradictorio en tanto comporta la defensa de una definición de género tradicional, que es la que subjetivamente asegura un lugar social validado. Parece tratarse de un cambio que no identifica “enemigo”, no hay nada explícito que combatir, nadie ni nada externo contra quien negociar. El debate se torna básicamente interno.

Para una comprensión más profunda de la manera en que los sujetos enfrentan este conflicto, puede resultar atingente utilizar el concepto de “negociación”. Su utilización en las Ciencias Sociales ha aportado al análisis de fenómenos psicosociales en que la discordancia de intereses o posiciones juega un papel central en la prevención de riesgos en distintos ámbitos. Así por ejemplo, la Organización Mundial de la Salud propuso conceptualizar la negociación sexual como una dimensión importante en las conductas preventivas del contagio de VIH (OMS, 1993). C. Coria (1994) define la negociación como un proceso interactivo, donde las personas involucradas en la relación tienen intereses distintos y llevan a cabo una serie de tratos destinados a obtener aquello que desean de esa relación. La negociación se entiende así como un proceso que puede llevarse a cabo en ámbitos diversos como lo afectivo, lo sexual o incluso en el terreno político o en el comercial.

Lejos de su connotación comercial, interesa aquí el concepto en su acepción más amplia, en tanto forma de resolver situaciones marcadas por las discordancias. Según C. Coria (1994), la negociación es, en relación a otras formas de enfrentamiento de conflictos, como el ceder o el imponer, una alternativa no violenta de resolución de las divergencias.

Negociar parece, de este modo, un buen concepto para entender la manera en que se enfrenta la actual diversidad de referentes de género. Sin embargo, un matiz es necesario de incorporar. El conflicto, como se decía anteriormente, tiene en este caso una apariencia de conflicto individual. La negociación se desarrolla frente a sí mismo. En forma más precisa, autonegociación sería el término ajustado para dar cuenta de los fenómenos que aquí se abordan.

Entender como autonegociación los intentos de resolución de los conflictos ligados a la condición de género, es coherente con una suerte de invisibilización de la dimensión social que se observa en las nuevas formas que adopta hoy esta condición. Como dice J.C. Kaufmann (2004), la gran diversidad de referentes identitarios dispares disponibles hoy en día, tiene el riesgo de que éstos se anulen entre ellos. A esto precisamente se quiere aludir al plantear la invisibilidad de lo social. A una suerte de anulación, que favorece que el problema se traslade casi exclusivamente al individuo. Lo social se flexibiliza y deja en manos de cada individuo la resolución identitaria. Un gran espacio, aparentemente, para la acción del sujeto.

Y es desde esta multiplicidad de posibles modos de ser disponibles, que cada uno intenta articular un sentido de identidad de género integrado y coherente. Este intento parece adoptar la forma de una negociación interna en función de la necesaria adaptación al contexto social en el que se vive y la continuidad de un sentido único de identidad personal. Cada uno encuentra un modo particular de negociar su propia identidad intentando encontrar un espacio social desde el cual expresarse.

En los relatos, puede observarse que esta autonegociación toma también un carácter defensivo, en el que algunos se aferran al estereotipo genérico y en los que otros entran en abierta lucha con la expectativa externa de lo que es ser hombre o mujer. La dificultad se hace presente en la articulación de discursos y prácticas incongruentes. Discursos apegados a la flexibilidad de la modernidad se acompañan de prácticas tradicionales, así como censurados discursos tradicionales, se traducen en prácticas modernas que buscan fines tradicionales, los que quedan encubiertos en la negación de lo que se busca realmente.

El conflicto propio de esta negociación hace difícil encontrar verdaderas coherencias pues se lidia con referentes sociales que se hacen pasar por individuales. Todos buscan un lugar de validez social a la vez que la conservación de su propia subjetividad. La dificultad común se configura en torno a la imposibilidad de apropiarse de dichos referentes en conjunto con la individualidad que surge de la historia vital de cada uno. Mujeres y hombres se encuentran atrapados en la confrontación con referentes sociales invisibilizados, con una enorme dificultad para apropiarse de la posición que han adoptado frente a los mismos.

Podría pensarse que los modelos tradicionales, claros y rígidos en relación a la identidad de género, ejercían la función de dar estructura y sólidos lineamientos generales desde los cuales construir individualidad y sentido identitario. Existía entonces un discurso social explícito y claro al cual someterse o contra el cual rebelarse.

El desdibujamiento de dichos referentes en la actualidad, en la que se han diversificado y multiplicado, configurándose como distintos modos de ser u oponerse a la tradición, está marcado por el debilitamiento de las instituciones en las que se sostenían, dejando a cada persona enfrentada a su propia individualidad. Es de este modo, que el camino de definición de la identidad de género ha sido forzosamente llevado al plano de lo íntimo, individualizando un conflicto que involucra tanto la dimensión subjetiva como la social y que, hasta

hace un tiempo, podía buscar solución sosteniéndose en lo externo. Se ha transformado así en un aparente conflicto personal, lo que lleva consigo la vivencia de la amenaza como un ataque al núcleo de la identidad y ya no sólo a una de sus dimensiones centrales, como lo es el género.

2.2 Las estrategias identitarias de género

Es en este contexto que hace sentido el concepto de estrategia identitaria desarrollado por C. Camilleri (1991). La negociación interna, o autonegociación, implica una verdadera estrategia de adaptación, en el sentido que constituye reacciones de defensa y preservación de la identidad, como lo define este autor.

Es frente a la amenaza que paradójicamente implica la multiplicidad de referentes de género, que se busca protección y se hace necesaria la estrategia identitaria. Esta, lejos de ser una planificación consciente, se vuelve un modo de resolver la inestabilidad de la incertidumbre y confusión propias de la búsqueda de una posición social, a la vez que, fuente de un sentido de coherencia y unidad vital, tanto en lo ontológico como en lo pragmático.

Los relatos dan cuenta de modos aparentemente muy distintos de posicionarse y definirse, ya sea como hombre o como mujer. Diferencias tras las que puede descubrirse un conflicto compartido de cuya vivencia común no existe conciencia alguna. Cada cual relata una historia individual que sostiene sentidos y prácticas que son transmitidas como únicas y subjetivas con las cualidades de un conflicto psicológico individual. La lectura común de las distintas vivencias, da cuenta sin embargo, de una dinámica compartida por todos los relatos, como la música de fondo a la que hace referencia J.C. Kaufmann (2004), partitura que se hace presente en cada melodía particular.

Los intentos de apropiación de los referentes de género

Si bien las estrategias identitarias de género se caracterizan por su carácter adaptativo, esto no excluye que al mismo pueda reconocerse en ellas un intento personal por integrar o realizar una síntesis propia de los referentes sociales.

Las distintas formas de hacerlo pueden organizarse de acuerdo a lo que se ha descrito como componentes de una estrategia identitaria (Taboada-Leonetti, I. en Camilleri, C. 1990), es decir, el actor, el conflicto y la finalidad. A partir de estos componentes, se analizarán las distintas estrategias que se derivan de los relatos recogidos.

Los hombres

Como hemos dicho, sólo en una de las historias de hombres el conflicto ligado al género es explícito. En los demás éste sólo se deja entrever sin mencionarlo abiertamente. Si se extiende el vocabulario usado por Martín, el único que se expresa directamente al respecto, el conflicto de género para ellos se plantea en la dificultad de flexibilizar los roles masculinos sin perder el lugar social de reconocimiento.

En todos se reconocen esfuerzos y voluntad por integrar nuevos roles. Desde la colaboración en lo doméstico, como Alberto, hasta el intento de compartir en igualdad este plano con la esposa, como lo intenta Martín. Francisco y Cristián resaltan sus esfuerzos por una mayor cercanía con los hijos. Sin embargo, el temor de perder referentes seguros, les confunde y asusta, instalándose así el conflicto en este intento de flexibilización.

Alberto, por ejemplo, teme a ser controlado por su esposa. A perder su autonomía y quedar, en esta eventual relación equitativa de pareja, sin espacios propios. Sin embargo, dentro de su actual definición vital como padre y trabajador responsable, no parece querer dejar fuera -aunque no lo explicita

tan claramente- un desempeño cotidiano respecto al funcionamiento del hogar y de los hijos. Ambitos de los cuales nunca antes participó, dada su actividad clandestina.

Desde un modo desimplicado afectivamente, Cristián también deja ver su interés por desarrollar una paternidad más activa y cercana. Reconociendo avances y aprendizajes en este ámbito, expresa una cierta satisfacción, pero al mismo tiempo un temor respecto a perder un modo de funcionamiento racional y frío que le ha costado mucho adquirir y que, para él, es la clave de su desarrollo en el mundo laboral. El aflorar de la sensibilidad en la relación con sus hijos pondría en juego este logro de Cristián.

Francisco, acostumbrado a responder sobreadaptadamente a las expectativas externas, también se ha planteado tomar ciertas medidas concretas que le permitan una paternidad más cercana, más acorde “con los tiempos”. A pesar de no plantearlo directamente, desarrolla, paralelamente, una serie de resguardos frente a la posibilidad de ser cuestionado desde su ámbito laboral, asegurando con ellos que no disminuirá su rendimiento laboral.

Y, Martín, quien más abiertamente plantea el problema, lo expone en términos de no poder conciliar sus continuos intentos por responder paralelamente a las exigencias laborales y a su expectativa de involucrarse activamente en todas las responsabilidades familiares. Habla de haber “abandonado la lucha”, a propósito de la incompreensión que encuentra en su medio laboral y de las restricciones concretas que de ahí se derivan.

Puede observarse así que para todos los hombres, la incorporación de nuevas prácticas ligadas a sus roles de género, aun en niveles diferentes, es percibida como un cierto riesgo a perder un orden que les otorga, en tanto hombres, un grado importante de reconocimiento.

La manera de enfrentar este conflicto es diversa, pero puede reconocerse una finalidad similar, que es precisamente el poder protegerse de la amenaza identitaria que perciben. Se busca evitar la incertidumbre asociada

a la pérdida de un orden que les ha provisto históricamente de legitimidad. Pero, al mismo tiempo, tampoco quieren quedar fuera de los nuevos tiempos, que parecen prometer un grado de reconocimiento a una mayor integración de los afectos y al desarrollo de la paternidad en los hombres.

En función de estas finalidades, cada uno desarrolla acciones complejas para alcanzarlas. Acciones que, como se ha explicado, se caracterizan más bien por una autonegociación, constituyéndose así en una estrategia identitaria de género.

Estas acciones se extienden, en el caso de los hombres, en un abanico que va desde una cierta flexibilización de los roles, pero en una figura de resistencia a los cambios, hasta una mayor flexibilización de estos roles, en una figura de conciliación de diversos modelos de género.

En un extremo, se encuentra Alberto, quien ha realizado una suerte de ajuste defensivo al estereotipo de la masculinidad. A pesar de incorporar una práctica de cierta colaboración doméstica y de involucrarse más en el cuidado de sus hijos, él parece requerir guardar un espacio que lo defina en el sentido más tradicional de la masculinidad. Es así como hemos denominado su forma de adaptación como una estrategia identitaria de género de “sustitución de pasiones”. En ésta ha reemplazado el contenido de su anterior clandestinidad política, por una clandestinidad de relaciones con amantes. Con esto puede, desde su percepción, resguardarse del temor que la flexibilización de roles le provoca en términos de perder el poder y control que siente que ha tenido sobre todas las dimensiones de su vida y por lo que se ha sentido reconocido y valorado.

Si se sigue en la idea de un continuo respecto al grado de flexibilización de los roles, se encuentra a Cristián y a Francisco, ambos funcionando más bien en una figura de evasión de los aspectos afectivos involucrados en esta conflictiva.

Cristián, expresa su orgullo por su capacidad de resolver los problemas pragmáticamente, evadiendo así cualquier conflictiva afectiva. La cercanía con los hijos, sin embargo, lo moviliza en este sentido. Cristián aísla esta experiencia, reforzando su pragmatismo en otros ámbitos. Es así como tiene una dedicación absoluta a su trabajo, tanto en términos concretos de tiempo, como también de espacio personal. La “desubjetivación” hemos denominado a esta estrategia identitaria de género, que parece trascender esta dimensión. El predominio de su pragmatismo, el aparecer como duro y frío, parece protegerlo de su temor a perder el orden que ha podido alcanzar a través de estas características, que evidentemente están asociadas a una visión estereotipadamente tradicional de la masculinidad.

En el caso de Francisco, la sobreadaptación es la tónica. En una larga descripción anecdótica va evadiendo e incluso perdiéndose en su propio relato. Releva particularmente el cumplimiento de la expectativa externa, tanto desde lo tradicional como desde lo emergente de la masculinidad. Evade el impacto afectivo. Su estrategia identitaria de género de sobreadaptación y de inaccesibilidad, parecen mantenerlo en un espacio de no definición personal, pero que al mismo tiempo, le permite, a su manera, responder a lo que percibe como expectativas sobre él.

Al otro extremo, está Martín. No sólo es el hombre que más ha intentado flexibilizar sus roles, sino que es quien más significado personal explícito otorga a estas transformaciones. A pesar que no ha logrado un reparto equitativo de responsabilidades familiares con su mujer, como pretendía, Martín intenta aún una cierta flexibilización. La estrategia identitaria de género que en él se distingue es la de la disociación. A momentos funciona bajo un modelo de masculinidad y, en otros, referido a uno distinto. Su intento es la conciliación y sólo disociándose puede sortear los límites que este intento comporta.

Como puede observarse, desde aquéllos que se ubican en un modelo de resistencia hasta los que intentan conciliar los distintos referentes de género, las estrategias identitarias de género en los hombres hablan al mismo tiempo

de un refugio en los modelos tradicionales y de una manera distinta de vivir la paternidad. Principalmente defensa, pero apropiación a la vez.

Las Mujeres

El conflicto de género es explícito en las mujeres, parecen tener más vocabulario para expresarlo. Es probable que la proliferación de artículos y reportajes en los medios de comunicación sobre el tema de “las mujeres”, tenga una influencia en esta mayor explicitación. Por otro lado, no hay que olvidar la tradicional socialización femenina en lo afectivo y expresivo, factor a considerar en esta aparente mayor facilidad para explicitar los problemas ligados a la condición de género.

De alguna manera, en todas sus historias subyace una discusión respecto al significado de ser mujer en la actualidad. Les inquieta ser capaces de mantener una concepción de feminidad que conserve las características tradicionales, pero que, a la vez, logre un espacio de mayor validación en el mundo social. También es parte de su conflicto, la dificultad concreta de poder responder a demandas diversas y absorbentes que, muchas veces, se presentan como excluyentes. El caso de Magdalena es el más claro al respecto. Ha renunciado a trabajar fuera de su casa, dada la fuerte demanda horaria de su trabajo que le impide el cuidado de sus hijos pequeños. Así se alivia de la angustia que esto le provocaba, pero un nuevo sentimiento de angustia aparece, ahora asociado a la sensación de “no tener rol social”. Es decir, fuera del mundo del trabajo, ella no percibe un reconocimiento social significativo.

Para las demás, todas con una inserción laboral actual, el conflicto tiene su acento a la inversa. Es decir, éste radica en que la dedicación al trabajo, no les reste valoración en lo “verdaderamente femenino”, la maternidad, su rol de esposa y el cuidado del hogar.

La pregunta para ellas es entonces cómo conciliar su desempeño tanto en el mundo privado como en el de lo público. Las distintas maneras de enfrentar este conflicto persiguen una finalidad común, en relación a la integración de nuevas posibilidades para su desarrollo; a la necesidad de reconocimiento y, muy centralmente, a evitar la posibilidad de un conflicto o quiebre en la pareja.

Cada una ha desarrollado sus propias estrategias que, al igual que para los hombres, les provean de la sensación de protección frente al riesgo de fragilización identitaria.

Si se vuelve a pensar en un continuo de acuerdo a los grados de flexibilización que expresan sus roles de género, en un polo, estaría Silvia, quien, a la vez, se ubica en un modelo de mantención de los sentidos tradicionales del ser mujer. Es decir, ella despliega un abanico amplio de roles –tradicionales y emergentes- como madre, esposa, dueña de casa, pero también como trabajadora, proveedora y organizadora de las finanzas familiares. Para ella, no es necesario un cambio del significado global de su posición como mujer. Silvia conserva en su discurso el sentido primordial dado por la definición de si misma en tanto madre y esposa. Su estrategia de disociación entre los medios y los fines, que aquí hemos denominado medios masculinos (fortaleza) y fines femeninos (románticos), permite pensar que su manera de responder a los modelos emergentes es a través de la diversificación de sus prácticas, pero manteniendo el sentido de éstas.

Algo similar sucede con Ximena, quien también flexibiliza enormemente sus roles, dentro de los cuales releva en forma especial el de proveedora de la familia. Pero en ella opera más bien una negación de lo que esto implica, en tanto su modelo de funcionamiento se acerca a la transformación del sentido. Si bien su descripción de la forma en que ella logra convertirse en proveedora hace pensar en un sacrificio personal, sentido tan anclado en la feminidad tradicional, ella lo entiende y lo subraya como opción personal. Opción que tiene otra connotación, en términos de autonomía y voluntad personal. Este es

el cambio de sentido con que ella intenta articular las nuevas prácticas que ejerce actualmente.

El sentido de la igualdad es el que, siguiendo con el continuo, caracteriza la postura de Carmen. A pesar de la diversificación de roles que ella ha vivido, éstos son rígidos, pues en pos de la igualdad entre los sexos, muchas veces se confunde flexibilidad con inversión de roles. Ella ha decidido ser mujer profesional y no “princesa”. Ella intenta que su pareja realice tareas domésticas bajo su control y criterio. Su estrategia del discurso radical sobre la igualdad y de la queja, especialmente dirigida a su marido, quien no responde como ella quisiera, devela como está operando el sentido de la igualdad que ella maneja. Allí aparece una dimensión autoritaria y también impotente frente a una expectativa de la no-diferencia entre hombres y mujeres.

Finalmente, Magdalena, en su estrategia de la identidad negativa, se instala en el modelo del no-sentido. Sostenida en una situación sin salida, donde ella no se decide a tomar posición. Siendo muy crítica a las implicancias del trabajo femenino y a las enormes dificultades por conciliarlo con el cuidado de los hijos pequeños, no valida, sin embargo, su decisión de suspender su actividad laboral y querer vivir mejor su maternidad. Ella busca un reconocimiento social que se deriva del trabajo remunerado y, a pesar de ello, no quiere renunciar a la condición que ella ha elegido para cuidar a sus hijos. No ve esta situación como meritoria de reconocimiento social. Busca un sentido que no tiene sentido para ella. Su camino no tiene salida y allí está instalada Magdalena.

Es así como en las distintas estrategias desarrolladas por las mujeres, el conflicto se hace visible en la necesidad de negar parte de lo “femenino” para convertirse y sentirse como una mujer moderna y profesional. Lo que refiere a los clásicos modelos de feminidad, es censurado y queda sin espacio, características que, aún presentes en lo latente, son descalificadas y desterradas, como la sensibilidad emocional y la sensación de dependencia y vulnerabilidad. Parecen entonces obligadas a masculinizarse en términos de

volverse fuertes, pragmáticas, en control y poder para insertarse en la modernidad, en la que el espacio público se hace protagonista.

Sin embargo, es en la maternidad, experiencia íntimamente ligada a la definición histórica de feminidad, que la “mujer moderna” se difumina y aparece la otra cara de esta disociación, donde se abre espacio al mundo de los afectos y los vínculos, cuyo cuidado se vuelve foco de atención y principal objetivo. La maternidad como parte de la definición de identidad, aparece en los distintos discursos como una dimensión innegable de feminidad que no es puesta en cuestionamiento por ninguna de las mujeres, manteniendo su cualidad de condición natural e insolayable, propia del referente tradicional. Es esta dimensión la que se pone en conflicto con la necesidad de ser más competitivas y agresivas en el mundo público y del trabajo.

Todas, de modos muy distintos, intentan articular estas dimensiones disociadas generando, incluso, contradictorios equilibrios, como se puede ver en cada una de las estrategias identitarias de género desplegadas.

¿Estrategias apropiativas o defensivas?

Pareciera ser así que las mujeres mantienen implícitamente los grandes temas de los movimientos feministas acerca de lo propiamente femenino, a la vez que la lucha por derechos y validación en espacios tradicionalmente masculinos, en los que no se sabe bien como posicionarse como mujer.

Los hombres, por su parte, en su recurso a la masculinidad tradicional como lugar de protección, se encuentran con mínimas herramientas ante la implícita exigencia de adaptarse a una flexibilización para la que no está disponible todavía un discurso claro que indique cómo ni hacia dónde pueden dirigirse.

Es así como todos y todas necesitan, de un modo u otro, disociar referentes masculinos y femeninos, tradicionales y modernos en busca de una articulación propia del conflicto que intentan resolver.

La estrategia identitaria de género puede definirse entonces como una especie de defensa de lo establecido, ante la amenaza de la flexibilización, única característica claramente identificable de los nuevos referentes de género. Ante la necesidad de adaptarse a un contexto de múltiples y cambiantes posibilidades de identidad, parece hacerse más fácil flexibilizar en el nivel de las prácticas que en el nivel del discurso. Es entonces, que se disocian discursos de prácticas, protegiendo el sentido más profundo de identidad del cambio. Pero con esto se queda atrapado en una articulación superficial que muchas veces confunde lo que se es con lo que se hace.

Esta negociación permite, no obstante, una posición en ambos mundos: referentes tradicionales y modernos, a la vez que seguir sintiéndose masculino o femenino, en función de una igualdad de derechos que, sin embargo, mantenga claras las diferencias. Se logra, de este modo, una flexibilidad en las prácticas, sostenida por un fondo establecido, seguro y tradicional.

Esto parece dificultar, sin embargo, la genuina apropiación de lo que se hace, pues prácticas y discursos se articulan en una negociación estratégica que defiende contra la amenaza de la difuminación de la identidad. El acento está así en una suerte de auto protección, más que permitir o buscar un acto creativo y propio, que integre lo que se hace en una unidad de sentido coherente. Esto último abriría a nuevas posibilidades, más que buscar mantener el hilo conductor y de unidad que se ha logrado. Es así, que las nuevas prácticas asociadas al género parecen funcionar como defensa más que como propuesta propia.

Aun así, no puede dejar de considerarse la dimensión de apropiación que estas estrategias comportan. A pesar de no ser su dimensión más destacada, puede pensarse en su impacto futuro en términos identitarios. Se trata de nuevas prácticas que son muy significativas, como para considerarlas

anodinas en su impacto identitario. El ejercicio más cercano y activo de la paternidad en los hombres, por ejemplo, o la inserción laboral de las mujeres, tienen potencialmente un gran peso en tanto condiciones de existencia. No puede descartarse su impacto identitario.

Lo que se observa a partir del análisis de los relatos aquí recogidos, es que, por el momento, el peso mayor se encuentra en la dimensión defensiva y protectora, lo que resta definición a las estrategias como modos de construcción singulares y subjetivos.

2.3 Lo común de las estrategias identitarias de género

Efectivamente, las estrategias identitarias que pueden reconocerse en cada relato, tienen puntos comunes en relación a sus componentes primordiales.

Desde una mirada transversal de los relatos, puede encontrarse patrones comunes tanto a nivel de la posición en que se ubican los narradores frente al conflicto, como en relación a las características de éste y a las finalidades que de ahí se desprenden.

Para todos, la principal dificultad se configura en torno a la búsqueda de un espacio donde poder posicionarse como identidad individual en el contexto de ideas y acciones sociales. Cuesta integrar lo interno y lo externo, la definición simbólica y su expresión en lo concreto, las distintas dimensiones de lo concebido como femenino y masculino, y los diferentes sentidos que toman estas características en cada historia particular junto a su significación social.

En función de mantener un sentido de integración, se busca hacer coherentes múltiples dimensiones, en un complejo proceso que obliga a negar partes de esta realidad, forzar uniones y sentidos, con el fin de alcanzar alguna

solidez identitaria y el permiso para ser desde la definición que se hace de sí mismo. El proceso se complejiza, pues se confunde lo interno y lo externo, llegando a hacer muy difícil distinguir qué pertenece a dónde y cuál es el lugar apropiado para hacerse cargo del conflicto. Algunos intentan resolverlo sólo en la realidad de la vida en el afuera, otros buscan solución en la introspección y reflexión sobre sí mismos, conciliar los dos mundos parece imposible, inevitablemente se es coherente en uno de ellos en desmedro del otro.

Todos disocian, todos intentan separar las dimensiones y espacios, algunos más en el discurso, otros en la acción, en un aparente intento de controlar el conflicto latente. Algunos, las mujeres más que los hombres, están más conscientes del conflicto en el que se encuentran. Los hombres parecen tener menos voz para mostrarse en conflicto. Adaptarse al espacio que ha sido privilegiadamente del otro género, parece tener una connotación de exclusión de las características históricamente asociadas al propio sexo.

Los referentes culturales encarnados por los padres, son enfrentados en la relación con el hogar de origen, ya sea para no repetirlo o bien para cumplir con sus expectativas. Ese es el nicho donde se manifiesta este intento de hacerse cargo de un conflicto que, además de ser parte de la individualidad singular, constituye una problemática social, que se ha transformado en un debate interno, aparentemente irresoluble y complejo.

En este debate parece ser necesario sacrificar parte de la identidad personal en función de encontrar una posición y validez social. Lo complejo es que desde la desinstitucionalización de los referentes, esta validez, tradicionalmente entregada desde fuera, se relativiza y difumina dando paso a la sensación de que es uno mismo quien tiene que resolver enteramente el conflicto y darse esa validez, lo que queda de manifiesto en las reflexiones de los entrevistados acerca de como conjugar roles e ideales. El conflicto que antes estaba solucionado desde fuera, se presenta actualmente casi como un deseo de exigir lo pasado para insertarse en el referente del futuro.

Podría pensarse que el problema surge pues los referentes modernos, cruzados por el individualismo y la filosofía de la libertad individual, devuelve la responsabilidad sobre la definición de sí mismo y su campo de acción al individuo. Se plantea algo así como “sea lo que quiera ser”, como si los referentes comunes no existieran, a pesar que siguen vigentes, aunque de un modo más invisible. Siguen vigentes, pues brindan la seguridad de la tradición, son un terreno firme desde el que se puede construir nuevas formas de ser. Nada nuevo existe si no es en referencia a lo viejo. Conviven la libertad y la trampa en la que puede convertirse la misma. Ya no hay explícitas limitaciones sociales, las latentes se mantienen, sigue habiendo un modo privilegiado de convertirse en mujer u hombre.

Las personas quedan entonces atrapadas dentro de si mismas, con una sensación de frustración aun mayor, pues parecen autolimitarse. Sólo se hace posible debatir consigo mismo, no hay a quien enfrentar para ampliar las fronteras de la identidad. Parece ser una discapacidad propia, cuando en realidad conviven niveles y discursos invisibilizados, que cruzan la construcción y permiso de expresión de la propia individualidad subjetiva y social.

Cuesta cada vez más encontrar una posición social valida donde ubicar la propia identidad. Los distintos relatos transmiten dos discursos superpuestos: en un nivel se habla de una solución y un cierto orgullo por ella. En otro nivel, expresan la angustia de un conflicto irresuelto y las ansias de un lugar distinto desde donde mirarse a sí mismos. Pues encontraron el espacio de una solución que permite coherencias y constancias identitarias, un hilo conductor estable y unificador de lo que son. Pero para esto tuvieron también que negar parte de lo que son, así como de la realidad social en la que viven, aspectos que se hacen visibles como fugaces preguntas o cuestionamientos de esta estabilidad alcanzada, marcando persistentemente una grieta en esta construcción de identidad. Algo desafina en esta partitura musical personal, hay notas que no logran encontrar un lugar en la música de fondo cultural y viceversa.

3. ESTRATEGIAS IDENTITARIAS DE GÉNERO: ¿UNA ACCIÓN DEL SUJETO?

Las historias que aquí se han presentado, permiten constatar el carácter de proceso de la construcción identitaria. En estos relatos hay señales claras de transformaciones en la dimensión de género de la identidad. La definición más rígida y fija de lo femenino y masculino, hoy convive con una idea más flexible. No hay una esencia que inmovilice el sentimiento de ser hombre y mujer. Los tiempos han cambiado, el escenario social permite y exige el desempeño de roles más flexibles, lo que no es anodino respecto a la identidad.

En el intento de tender los puentes necesarios entre el espacio de lo individual y lo social para la comprensión de estas transformaciones (Gonzalez, J.M. en Cruz, M.1999), una tendencia aparece en los narradores a invisibilizar la dimensión social del género.

El cambio o transformación de la identidad de género, adopta características particulares. Su análisis, a través de las historias de vidas relatadas por hombres y mujeres, lleva a identificar este cambio en el desarrollo de estrategias identitarias. Estas revelan un movimiento defensivo individual que se asocia a percibir el cambio como portador de una fragilización de la identidad que debe por tanto ser protegida. El movimiento de autonegociación que implican estas estrategias, lleva a una disociación entre prácticas y discursos que permiten evitar un potencial conflicto. En este sentido, las estrategias tienen una connotación de cierta rigidez, en la medida que su patrón común es evitar el conflicto que podría implicar en términos de legitimidad social y más específicamente en términos afectivos.

Por esto cabe preguntarse por el grado de singularidad y apropiación que implican las estrategias.

La pregunta por el sujeto, en el marco de la definición sartreana de la capacidad de apropiarse de las determinantes sociales: "...lo que cada uno puede hacer con lo que han hecho de él..." (Legrand, M. 1993), lleva a retomar una distinción importante con el concepto de individuo, que más bien apela a la diferenciación. La acción individual es muy clara en las estrategias identitarias. Demasiado clara, en tanto, como se decía anteriormente, incluso se sobredimensiona, en tanto lo social y lo colectivo quedan relativamente invisibilizados o anulados.

Tal como dice Kaufmann (2004), los roles de género se han flexibilizado. La pregunta es si efectivamente, como plantea el autor, permiten la acción del sujeto, en tanto éstos son susceptibles de significados diversos. Otra manera de formular la pregunta es respecto a cuán actores, en el sentido del sujeto, se está siendo en las estrategias identitarias.

Como puede observarse, la discusión sobre el concepto de identidad de género, aporta tanto en la comprensión específica de los fenómenos de cambio en esta dimensión, como también da luces a una discusión más amplia aún en relación a la construcción identitaria y la subjetividad en el escenario actual. Dos líneas de reflexión que se entrecruzan y que han alimentado el desarrollo de este trabajo.

El sentido de develar el género en lo identitario, no se sostiene en una postura que aspire a su anulación, sino que pretende abrir la posibilidad que las diferencias puedan significarse en una lógica distinta a la de las jerarquías a las que conlleva el pensamiento binario. Género habrá siempre, pues no puede pensarse la diferencia sexual sin un significado asociado, significado que comporta necesariamente los acuerdos y resonancias socioculturales. El desafío es entonces la legitimidad de la diversidad, versus el escenario actual que, si bien flexibiliza a nivel de los roles, en términos identitarios no da el espacio para pensarse, en tanto hombre o mujer, de maneras menos homogéneas, con patrones menos rígidos y dicotómicos.

La reflexión sobre la identidad de género se entrecruza y permite pensar más ampliamente sobre la temática de la construcción identitaria actual, reafirmando la doble connotación de la construcción identitaria más libre. Cada sujeto se hace a si mismo, significa en efecto un espacio más libre de definición personal, pero al mismo tiempo la fragilización de las instituciones, expresada en una fragmentación de los referentes sociales e ideológicos, genera una suerte de obligación, de deber de autodefinición. El riesgo al que se está expuesto es el quedarse sin un lugar de reconocimiento social, “sin lugar en el mundo”. Amenaza que moviliza todos los recursos personales en pos de preservar estos referentes que legitiman la experiencia personal, a través de un sentido de valoración compartido. Esta movilización personal no se encuentra con posibilidades muy diversas que estén disponibles. Los nuevos referentes de género, pueden ser ilustrativos de los nuevos referentes en cualquier ámbito de la identidad (identidad nacional, étnica, ideológica, de clase, profesional, laboral, etc.), en los cuales hay una aparente diversificación, pero ningún nuevo referente se constituye con el mismo nivel de institucionalización que los tradicionales. Paradojalmente, esta mayor libertad de opciones y matices, va asociada a que las personas busquen una suerte de “refugio” en los modelos tradicionales, que, aun no dando cuenta de las nuevas realidades, parecen proteger del fantasma de no tener lugar en el mundo.

Extraña paradoja que resulta de una sobrecarga de lo individual que caracteriza a algunas sociedades latinoamericanas de comienzos de un nuevo siglo. La necesidad de visibilizar y rescatar la dimensión individual de los grandes procesos sociales, ha tenido un camino distorsionado, donde se ha confundido el desarrollo del sujeto con la libertad individual inspirada en el liberalismo económico. De este modo, podemos entender hoy que problemas de carácter sociocultural, como lo es la condición social de los géneros, intenten resolverse principalmente desde el espacio de lo individual. Titánica tarea que no tiene otra posibilidad de enfrentamiento que la generación de estrategias adaptativas que den una pseudo resolución a las conflictivas que se producen. La negociación social, da paso a la negociación interna, desde la

cual, a través de un complejo tejido psicológico los individuos soslayan los conflictos resultantes de la coexistencia no integrada de múltiples referentes de género y, posiblemente, de muchas de las dimensiones de la identidad.

Considerando lo anterior, puede retomarse la pregunta por el sujeto en las estrategias identitarias. Pregunta a la que no se puede responder con certezas absolutas. Si se enfatiza en los roles, puede encontrarse una respuesta que reconozca la acción del sujeto, pues efectivamente éstos flexibilizan su quehacer y los roles se tornan así susceptibles de significaciones variadas. Sin embargo, estos roles menos rígidos, son tan susceptibles de sentidos distintos, que pueden llegar a anularse entre sí. Los sujetos aparecen sumergidos en la obligación de la flexibilidad y recurren a lo tradicional para otorgar significado. La acción del sujeto, en este sentido, está restringida. Se apropia de los roles sólo en un cierto nivel, pues parece que la ideología respecto al género sigue operando más allá del aparente declive de las instituciones en este ámbito.

Como dice el mismo Kaufmann, no puede fusionarse la identidad con los roles para su comprensión. La construcción identitaria es un proceso complejo, que requiere de una legitimidad desde los otros para lograr un sentimiento de unidad y continuidad en el tiempo. Y es en este punto, donde la acción del sujeto parece encontrarse hoy restringida, en tanto lo social se presenta, tras múltiples referentes posibles, como un espacio confuso respecto a esta legitimidad. Lo emergente del género no es percibido como la diversidad de lo colectivo, sino como su ausencia o al menos su vaguedad.

La ausencia o invisibilidad de lo colectivo parece tener un peso relevante en esta descripción. Lo que no significa una añoranza de la fuerza homogeneizante y rígida de las instituciones, sino una referencia nítida que incorpore la diversidad. Un parámetro colectivo es necesario para que florezca la subjetividad.

3.1 Género y subjetividad

La sola constatación de la flexibilización de los roles de género, no es suficiente para entender la dimensión del sujeto que aquí está involucrada. El cuestionamiento a las corrientes funcionalistas que intentaron, en una primera fase de los Estudios de Género, explicar esta problemática en función del aprendizaje de roles, mostró que la explicación de la complementariedad de los roles, despolitizaba la problemática de la desigualdad, ocultando las cuestiones de poder y conflicto que atraviesan las relaciones de hombres y mujeres (Bonder, G., en Montecino, S. y Obach, A. 1999).

Los Estudios de Género han progresivamente girado hacia la utilización del género como una categoría de análisis. Lo que amplía el estudio de los roles y de la identidad. En este contexto, se ha planteado el proceso de subjetivación en términos de una trama de posiciones del sujeto, inscritas en relaciones de fuerza en permanente juego de complicidades y resistencias (Bonder, G. 1999). Esto se contrapone a pensar que habría una identidad de género única. Para la autora, el hecho que el género no sea considerado hoy como un constructo fijo y terminado, condenado a la repetición, impulsa a explicar cómo los sujetos “se en-generan en y a través de una red compleja de discursos, prácticas e institucionalidades, históricamente situadas, que le dan sentido y valor a la definición de sí mismos y de su realidad. Ello implica abrir el interrogante acerca de qué, cómo y por qué invisten y negocian, en y a través de estos dispositivos, posiciones y sentidos singulares” (p.37)

Esto lleva a plantearse sobre la noción de sujeto y subjetividad, desde la que estamos mirando los contenidos de esta investigación. La necesidad de posicionarse frente a estos conceptos, tiene relación con la pretensión de acercarse al viejo dilema de la teoría social sobre la tensión individuo-sociedad (Gonzalez, J. M. En Cruz, M. 1999).

Retomando a G. Bonder (1999), a partir de la filosofía postestructuralista y postmoderna han surgido poderosos argumentos para justificar el planteamiento de la muerte del sujeto unitario, racional, universal, autodeterminado y enunciador de la verdad. Desde allí se incita más bien a reconocer la sujeción a una trama de discursos y dispositivos de poder; a convivir con la propia fragilidad, contingencia e ignorancia; a renegar de lo único y exaltar las virtudes de lo múltiple y a rechazar lo universal. “La idea de la existencia de una identidad singular y coherente es denunciada como una construcción ilusoria, un artificio –quizás inevitable- en la conformación de la subjetividad, una coartada frente a la incerteza” (Bonder, G. en Montecino, S. y Obach, A. 1999. p.40). Lo que hoy se releva entonces, para la autora, es la posición del sujeto, desde el contexto en que habla y actúa, aceptando así la multiplicidad de posiciones en y desde las cuales los sujetos se conforman y por tanto sus posibles tensiones y contradicciones.

Es precisamente desde esta perspectiva de la posición del sujeto, que interesa analizar aquí lo que se ha denominado como estrategias identitarias de género. Si bien se ha relevado en ellas las contradicciones que comporta, no es la contradicción misma la que cuestiona la dimensión de sujeto que está involucrada. Lo que llama la atención es que el desarrollo de estas estrategias no parece mayormente movilizadas por un sentido de apropiación de los referentes de género, sino más bien da cuenta de una acción defensiva desde cada individuo.

La relativa ausencia de un sentido apropiativo es relevante en el contexto de la definición de sujeto que aquí se ha manejado. En ésta importa menos su capacidad de dominio y transformación de mundo que la distancia que el sujeto toma respecto a esta misma capacidad y a los discursos que la ponen en obra. Sin negar el mundo social en el que surge, se trata de constituirlo en el espacio desde el cual reivindicar el derecho del sujeto a ser actor, su voluntad de protagonizar su propia existencia (Cruz, M. 1999). La capacidad de apropiación, sería así expresiva de la reflexividad y voluntad del sujeto.

En los relatos que se han aquí recogido, se observa una gran pugna de cada uno de los narradores por la diferenciación, pero más en un sentido comparativo que de afirmación de lo que cada uno siente que lo singulariza. La identidad de género se define aquí en base a pertenencias o a diferenciaciones de otros, no a tener una posición propia que es lo que daría el carácter de acción subjetiva. La acción de cada individuo se ve aquí muy restringida a la defensa frente a un contexto percibido como amenazante. Por esto, la posición de cada uno se torna primordialmente defensiva, en tanto no se percibe una definición nítida desde lo social, frente al cual subjetivarse en este ámbito.

Esta dimensión de no-apropiación que se desprende del análisis de las estrategias identitarias de género, tiene una suerte de “ganancia secundaria” asociada, que puede explicar en parte su mantención. Ganancia en términos que la apropiación o toma de posición parece estar inconscientemente relacionada al cuestionamiento social y a las pérdidas afectivas. Cualquier posición demasiado definida respecto al género, elicitaba una fantasía peligrosa respecto a la percepción externa como a la mantención de la relación de pareja y familiar. Ubicarse desde los referentes más tradicionales genera molestia en las mujeres, en tanto su asociación al sometimiento y a la falta de desarrollo personal. Pero tampoco desde los más nuevos se sienten cómodas, pues las masculiniza en el sentido de desconectarlas del plano de los afectos. Para los hombres, lo tradicional ya no encuentra un espacio tan validado, pero tampoco en el espacio emergente del género sienten el reconocimiento necesario, a pesar de las gratificaciones que éste implica principalmente a nivel de una vivencia más cercana y activa de la paternidad.

Las estrategias identitarias permiten así, en la dimensión de género, responder al llamado de los tiempos actuales en términos de “hacerse a sí mismos”, pero evitando al mismo tiempo el conflicto al que se asocia una toma de posición en este ámbito. Situación paradójica, si se piensa desde la experiencia clínica, que el posicionarse o apropiarse implica un movimiento vital que conduce a una experiencia de segurización y de vínculos más desarrollados.

Subjetivar la propia identidad, en una articulación personal de las dimensiones sociales e individuales implicadas, parece ser un camino frente al que se está, pero que no se ha decidido tomar. Se trata una opción marcada por la amenaza de derribar lo construido en la incertidumbre que trae consigo la apropiación de dicha libertad, más que una opción creativa que permita liberarse en parte del conflicto identitario. Se hace más fácil hacerse sujeto del actuar cotidiano, y es justamente en los roles que el conflicto queda pseudo-solucionado, más que apropiarse y tomar posición frente a lo que se es, haciéndose sujeto en la construcción, afirmación y sostén de la propia identidad.

3.2 Narración e identidad de género

El enfoque biográfico desde el cual se han mirado aquí los relatos recogidos, ha permitido observar con claridad el peso de la historia respecto a la dimensión de género de la identidad. El individuo es producto de su historia, como afirma V. de Gaulejac (1987)pero al mismo tiempo es actor de ella. Y es justamente las maneras de actuar sobre estas determinantes lo que aquí genera desconcierto. Lo que desentona, siguiendo la metáfora antes propuesta, es que la música de fondo -lo social- tiene tal cantidad de tonalidades que hace difícil la composición propia. El contraste se difumina, pierde sus perfiles. Sin embargo, nadie parece fuera de la orquesta, nadie parece querer quedarse afuera. Así, cada uno entona fragmentos sucesivos que sintonizan con distintos fondos, lo que da la ilusión de una composición armónica. Estrategias que implican un gran esfuerzo personal, cada uno es diferente, nadie se resigna a desentonar definitivamente, pero tampoco nadie se expone a definir una composición que le arriesgue quedar fuera de esta orquesta.

Si se piensa que la identidad “no es más que el relato que nos hacemos de nosotros mismos” (Montero,R., en Cruz,M.1999, p.45), puede observarse que nuestros narradores han contado aquí sus historias transmitiendo gran

orgullo por este esfuerzo de no quedar fuera. El orgullo de conciliar lo inconciliable; de asumir nuevos roles sin dejar los antiguos; de dar peleas por cambios sin arriesgar la estabilidad familiar. Evidentemente no se trata de una tarea menor. Y es este orgullo el que invadió la primera escucha de la investigadora de los relatos. No se trataba de un sentimiento ajeno a la propia experiencia. Tomar distancia crítica no era fácil.

Una segunda escucha permitió develar un efecto más de fondo aún en relación al significado de validación social de esta narración. Contar la propia historia de pareja para una tesis de doctorado parece contener un sentido de reconocimiento y legitimación. Sentimiento que no es menor ya que constituye uno de los polos constitutivos de la identidad.

Un tercer elemento de las narraciones que ilustra los hallazgos sobre la identidad de género que se han descrito, se refiere a que cada uno de los entrevistados relató de tal manera su historia que pudo darle un cierre resolutivo a todas las contradicciones y conflictos expresados. Casi nada quedó abierto. La impresión de un control sobre todo lo conflictivo quedó transmitida con fuerza en cada uno de los relatos. La pseudo resolución de conflictos que conllevan las estrategias identitarias

Historias de pelea, discurso del orgullo, defensa de lo que cada uno es y de lo que ha logrado. Efectos de la narración que permiten entender la enorme disposición e interés que cada entrevistado manifestó de inmediato para colaborar con esta investigación. Motivación que en un inicio no pudimos reconocer en toda su magnitud, ya que no estaba tan claro el efecto de validación social que tendría el narrar su historia de pareja en este contexto.

Estos narradores han producido historias. Historias que muestran el peso de las determinantes sociales de género, pero también una manera particular de vivirlas. Hay actores que tratan de hacer algo con lo que han hecho de ellos... Pero también hay una dimensión ilusoria, de pseudo resoluciones de los conflictos, de evitación de lo contradictorio. La narración se convierte en una defensa que dificulta la creación de una composición propia y

se confunde con una versión moderna de la tonalidad única y homogénea que parecía olvidada.

No es tarea fácil la de subjetivarse respecto a la dimensión de género de la identidad. Las palabras de J. C. Kaufmann al respecto, hacen aquí pleno sentido, cuando se pregunta por la posibilidad de imaginar mil maneras de ser hombre o mujer: “...esta perspectiva es tan improbable (actualmente) y desestabilizante que puede comprenderse mejor la insistencia social por bi-categorizar y forzar las identidades de género. La revolución de las identidades en esta dimensión se encuentra sólo en sus primeros balbuceos.” (Kaufmann, 2004, p.108)¹⁵.

¹⁵ Traducción libre

4. CONDICIONES DE PRODUCCIÓN DE LA TESIS Y LA IDENTIDAD DE GÉNERO: SER UNA TESISISTA NO ES LO MISMO QUE SER UN TESISISTA

Mi promotor de esta tesis, Michel Legrand, escuchaba con un cierto asombro mi aseveración-intuición-testimonio sobre la diferencia de género en el recorrido de producción de una tesis de doctorado.

Sin embargo, creo que tanto él como mi comité de acompañamiento, Françoise Digneffe y Guy de Villers, ayudaron a hacer emerger este planteamiento, a través de sus sugerencias anteriores respecto a elaborar mis propias dificultades para llevar a cabo este trabajo, ligándolas con el tema elegido. En términos psicoterapéuticos, podría asociarse a una suerte de co-construcción del (mi) problema.

¿Cómo fue esto surgiendo en el recorrido de trabajo? La primera parte de elaboración de los antecedentes teóricos, fluyó en forma relativamente armoniosa. Construir un marco que mostrara como desde las Ciencias Sociales se revelaba la inequidad de género y luego un proceso de flexibilización que auguraba mejores tiempos para las relaciones humanas y el diseño de horizontes más amplios para hombres y mujeres, fue una tarea interesante, de aprendizaje y ordenamiento intelectual, que no ofreció mayores obstáculos.

El juntar a las psicoanalistas argentinas con perspectiva de género, con la mirada de Bourdieu sobre la dominación masculina y a las antropólogas francesas con su perspectiva intercultural, aparecía como una tarea posible y coherente.

Lo cultural se iba estructurando como un buen telón de fondo para mi pregunta de investigación. Sin embargo, todavía en ese momento, yo no sopesaba que ésta me conducía a un desafío mayor. Yo quería saber qué pasaba a nivel del

sujeto; cómo hombres y mujeres se (nos) estaban (estábamos) apropiando de este emergente escenario sociocultural en relación al género.

En realidad, a esas alturas, yo no hablaba en primera persona, sólo en tercera. O a veces en una primera plural, con un claro tinte maternal-psicológico. Me ubicaba con cierta distancia. En tanto parte de una generación que vivía la flexibilización como “estado natural”, sin que esto resonara a tarea o desafío personal. De hecho, mi propia posición de profesional mujer, en vías de realizar un doctorado, así lo demostraba.

Fue mientras elaboraba la segunda parte del marco teórico, cuando comencé a adentrarme en la temática de la identidad, que comencé a paralizarme. Allí empezaron a visibilizarse las dificultades en el desarrollo de esta tesis.

Aunque pienso que no puedo tomar todavía la suficiente distancia que requiere la elaboración de un proceso como éste, alcanzo por el momento a entender que las dificultades que he experimentado se han manifestado en dos planos. Un primer orden de problemas ha tenido que ver con las circunstancias concretas que contextualizaron este trabajo. En un iluso y autoexigente esfuerzo por cumplir con los múltiples quehaceres en que estaba comprometida, intenté conciliar la dedicación a la tesis, con el desempeño profesional y la vida familiar. Todo esto, en forma relativamente solitaria, ya que mis profesores se encontraban a un continente de distancia. Si bien la sensación de esfuerzo me acompañaba permanentemente, no visualizaba mayores costos personales, más que la extensión del trabajo en el tiempo. Evidentemente, no alcanzaba a hacerme cargo de todo y lo que se iba postergando, era precisamente la tesis, ámbito en que yo sentía que no tenía mayores consecuencias más que para mí. La feminidad tradicional en toda su expresión, como hemos desarrollado en este trabajo. Sacrificio, ser para otros, esfuerzo. Ahora parece evidente. No lo veía en ese entonces. Esta ceguera parece dar cuenta de la presencia de una dimensión distinta de la feminidad. Aquélla moderna, de la mujer inserta en lo público, que no

renuncia a nada, que se autoexige y se siente culpable de despreocupar el ámbito del cuidado de los otros. La tesis avanzaba a un ritmo demasiado lento, no había tiempo real ni menos espacio mental para ser sistemática en el trabajo. Tampoco la posibilidad de darme cuenta que estaba escribiendo también sobre mi misma...

El otro ámbito de expresión de mis dificultades también creo que ilustra mi condición de mujer “moderna”, parte de una generación atrapada entre dos modelos. Y justamente estas dificultades se manifestaron al intentar escribir sobre la identidad y la subjetividad. La dificultad de tener un claro punto de vista propio, de atreverme a discutir a grandes autores y en definitiva de apropiarme de mi trabajo, me hicieron escribir una y otra vez este capítulo. Atrapada es la expresión. Intentando una y otra vez responder a las exigencias externas. Cumplir y responder a exigencias invisibles. Perdiendo de vista cada vez más el eje que puede sostener una tesis: el sentido propio. Se me hace así inevitable mirar este proceso, más allá de mis propias especificidades personales, como expresión de la restricción que provoca en el ámbito creativo las contradicciones de género que he descrito en este trabajo. En este caso, desde la experiencia de una mujer.

Y es aquí donde aparece un “uso no esperado” del dispositivo de interanálisis, pensado en un inicio para una mejor lectura de las historias de “otros”. Un viraje se produce, retomando lo que M. Legrand denomina “una puesta en disposición clínica”, que permite descubrir y explicitar el lugar desde donde se ubica el investigador frente a su tema y propuesta de investigación. A pesar que yo pensaba que esto ya estaba claro en mi proceso de trabajo, volver a disponerme activamente a esta reflexión sobre la implicancia personal abrió un camino posible para superar los obstáculos que tenían detenido mi trabajo.

Así se fueron iluminando todos los ingredientes que requería la producción de mi tesis. Estaban allí, pero fragmentados, sin un hilo de sentido personal que los tejiera. Se clarificó mi posición respecto del género como variable psicosocial, en tanto aquí no subyace una propuesta de abolirlo, sino de apropiación. No había

aquí un sentido militante que me movilizara, sino una profunda convicción sobre el fortalecimiento de la subjetividad como sostén de relaciones humanas basadas en la reciprocidad y no en las jerarquías y desigualdades.

Se hizo así coherente la opción teórico-metodológica de trabajar con un enfoque biográfico, desde una mirada clínica de las Ciencias Humanas. Buscar nuevos paradigmas que validen la subjetividad dentro de las Ciencias, tiene plena coincidencia con el desafío de investigar la condición de género desde los sentidos que pueden desentrañarse de la narración de la propia historia de vida. Las implicancias de trabajar con relatos de vida iban haciéndose cada vez más claras para mí y adquiría pleno sentido para esta investigación y para mi propia aproximación como investigadora. El carácter clínico del enfoque de trabajo se hacía así cada vez más nítido. Este no sólo se expresaba en trabajar con la relación dialéctica entre ser sujeto y objeto a la vez de la investigación; sino también con la paradoja, al decir de G. Pineau, de lo singular como vía privilegiada a lo universal. La particularidad de cada historia se convertía al mismo tiempo en una fuente de información sobre las dinámicas de género más universales. Desde esta complejidad, la lógica de la generalización, adquirida desde mi más temprana formación, se iba difuminando.

Por último, el carácter clínico del enfoque de trabajo, permitió validar mi práctica como fuente de conocimiento. Así, tanto la experiencia de haber recogido los relatos, la resonancia que éstos me produjeron y mi propia experiencia personal y laboral, constituyeron parte del material que entró en diálogo con lo teórico en el proceso de producción de conocimiento.

Si bien esta etapa del trabajo se caracterizó por una mayor claridad, coherencia y sentido, no estuvo exenta de contradicciones. Principalmente, éstas se manifestaron a nivel de la presentación y desarrollo de la metodología de investigación. Ciertos “deslices” de paradigmas más tradicionales acechaban frecuentemente el trabajo, generándome cierta inseguridad y timidez en el

tratamiento de los relatos. Incluso en la escritura misma de los pasos metodológicos, la tendencia a utilizar referentes tradicionales entraba en franca contradicción con la opción metodológica. Una y otra vez los subtítulos me traicionaban. Categorías tales como “tamaño muestral”, “selección de la muestra” o “análisis de los datos”, surgían espontáneamente a la hora de redactar para dar cuenta del trabajo realizado. A pesar que estos términos no se correspondían con la forma de llevar a cabo el dispositivo metodológico, seguían estando presentes en mi forma de sistematizar lo realizado. A pesar de las innumerables correcciones, parece inevitable encontrar las huellas de este recorrido. Quizás una de ellas, es el énfasis puesto en la utilización de cuadros ordenadores de los contenidos de los relatos. Si bien su uso permitió efectivamente ordenar y dar una panorámica de cada historia, no es menos cierto que una motivación inconsciente también operó en su elección. Esto en el sentido de la seguridad que me produjo tener una “herramienta metodológica” que me proporcionara un alero metodológico validado. Utilizar una metodología interpretativa en el análisis de los relatos, a pesar de su plena coherencia con el carácter clínico de un enfoque biográfico, no tiene aún un espacio de reconocimiento en los medios académicos latinoamericanos, en los cuales parecen seguir preponderando los paradigmas positivistas para la investigación.

Seguramente, un análisis más fino de este trabajo podrá mostrar más ejemplos de estas huellas. No creo necesario borrarlas. De alguna manera, ellas testimonian como en el proceso de producción de esta tesis, también se encuentran algunas respuestas a la pregunta de investigación. Huellas que ilustran la manera ilusoria de resolver las contradicciones asociadas a la coexistencia de referentes, haciendo un intento personal de conciliarlos. No quiero evadir este conflicto.

Tampoco quise borrar el sesgo femenino del trabajo. Tanto en la mirada como en el hecho concreto de hablar más de mujeres que de hombres. En su inicio, este trabajo lo pensé sólo en torno a la condición femenina. En el camino,

se hizo clara la necesidad de ampliarlo, en tanto hablar de género involucra a ambos sexos y la incorporación de relatos de hombres enriquecía la comprensión. Aun así, fue inevitable desarrollar un marco teórico que profundizara más en el conocimiento de lo femenino que de lo masculino. Mi experiencia personal, pero también un mayor recorrido profesional e investigativo en relación a las mujeres, son los responsables de estas marcas indelebles.

Es así que el poder develar mi propia condición de mujer chilena, psicóloga, madre y esposa, no se restringió a una explicitación inicial para el trabajo, sino que se convirtió en un proceso que recorrió toda la producción de la tesis, con distintos momentos, de mayor intensidad y, también otros de relativa ausencia. Aquéllos de mayor intensidad, permitieron retomar los hilos perdidos, favoreciendo que la implicancia personal estuviese al servicio del desarrollo del trabajo y no se transforman en obstáculos.

Los vaivenes de mi implicancia personal han posibilitado el darme cuenta que la motivación al tema de género no es, en mi caso, sólo una motivación intelectual, sino que también expresa mi propia experiencia vital.

Explicitar los conflictos en juego en las transformaciones de la condición de género, no me ha conducido a respuestas únicas ni certeras. Pero sí me ha permitido, al menos, desarrollar una experiencia que me acerque a la apropiación de dichos conflictos, una de cuyas expresiones está presente en la manera de haber intentado comprender y resolver las dificultades que he experimentado en la producción de mi tesis.

V. CONCLUSIONES

Pensar y analizar los cambios socioculturales desde historias singulares es, sin duda, un gran desafío. Aún así, siempre me interesó. Pero no siempre tuve claridad respecto al cambio paradigmático que esta aproximación implicaba, en relación a los enfoques predominantes de investigación en las Ciencias Humanas, rigurosamente transmitidos en mi primera formación como psicóloga.

El proceso de elaboración de esta tesis de doctorado me ha permitido dar un paso importante en dicho sentido, ya que una de sus características es precisamente la instalación paulatina de un enfoque clínico de investigación.

Gran desafío, efectivamente, abordar desde allí una problemática como la de género, que ha sido objeto, más bien, de importantes desarrollos desde la Sociología y de las Ciencias Políticas. Estos han develado una realidad de dominación e inequidad asociada al sexo de las personas, que tiene múltiples y diversas expresiones en las distintas sociedades. Desde estas aproximaciones, se sabe también que en las últimas décadas pueden identificarse ciertos cambios en esta dimensión de las relaciones sociales. Sin embargo, se trata de cambios contradictorios, pues al mismo tiempo que se conoce de avances, también se sabe de la permanencia de grandes expresiones de inequidad y discriminación.

Es en este marco de contradicciones que se ha planteado aquí un abordaje clínico que permita aportar al conocimiento de estas transformaciones desde la subjetividad. El objetivo, propuesto, en términos de conocer las distintas maneras de apropiación subjetiva de estos cambios, ha implicado la centralidad del concepto de identidad de género en el desarrollo de la investigación. El enfoque específico de la investigación está dado por el enfoque biográfico, que permite, a

través del trabajo con relatos de vida, acceder a la dimensión identitaria que cada narración conlleva.

Se ha entonces abordado la dimensión de género de la identidad, desde dos ejes. Un primero es el desarrollo de la teoría de género, que ha distinguido hace ya tiempo la noción de roles y de identidad de género, entendiendo esta última como un sentimiento y visión sobre si mismo en relación a las expectativas sociales sobre los modos de ser y comportarse de cada sexo. Y un segundo, a partir de una noción de la identidad global como compleja, subjetiva y biográfica.

La hipótesis de trabajo es que si se han sucedido cambios sociales respecto a la condición de género, tendremos que encontrar entonces, a nivel individual, una determinación menos poderosa del género como condicionante de la identidad. Es decir, “menos género y más sujeto”, aludiendo con esto a una definición más diversa y flexible tanto de los roles como de la identidad de género.

El encuentro con las narrativas sobre la propia historia de pareja de hombres y mujeres, ha permitido un análisis que permite conclusiones en varios niveles. Un primero, descriptivo, en relación a las prácticas que dan cuenta de la manera en que actualmente se desempeñan los roles de género. Un segundo nivel, referido al tipo de conflicto que se deriva de estas prácticas. Otro nivel de resultados proviene de las maneras de enfrentar dichos conflictos, lo que responde más directamente a las formas de apropiación de los referentes de género y en el que se ha postulado la presencia de estrategias identitarias de género. Esto nos ha permitido un cuarto nivel de conclusiones, en el cual se discute la cualidad de los cambios en este ámbito, desde la perspectiva del desarrollo de la subjetividad.

Flexibilización de los roles, nuevos conflictos de género

En relación a los roles de género, se constata una flexibilización importante. Tanto hombres como mujeres se desenvuelven en ámbitos diversos que no corresponden a la tradicional división sexual del trabajo. Particularmente las mujeres dan cuenta de su incorporación clara al mundo del trabajo remunerado. Y los hombres, a pesar que no con tanta fuerza, también muestran una mayor involucración en “áreas no tradicionales”, como es el trabajo doméstico y especialmente las responsabilidades parentales.

Pero el ejercicio de lo que puede denominarse nuevos roles, se da en forma simultánea al ejercicio de los viejos roles. Lo que evidentemente implica una contradicción, en tanto los roles tradicionales están definidos desde un modelo que concibe rígidamente los espacios femeninos y masculinos. Sin embargo, todas las historias, están, en mayor o menor grado, cruzadas por la simultaneidad de nuevos y viejos roles de género.

La situación porta una contradicción. El conflicto puede reconocerse en todas las historias. En los relatos de las mujeres, éste es explícito: Aparece como una tensión provocada por la necesidad de responder a referentes diversos. No sólo en términos de la posibilidad real y concreta de hacerlo, sino que principalmente la preocupación tiene que ver con el temor a que el ejercicio de nuevas prácticas, como la dedicación al trabajo por ejemplo, pueda anular o interferir el reconocimiento social del sentido tradicional del ser mujer, ilustrado en el rol de madre y esposa. Esto funciona también en un sentido inverso, como en el caso de la única entrevistada que ha dejado su trabajo por no poder conciliarlo con el cuidado de sus hijos. Su conflicto también se estructura en torno al tema del reconocimiento social, lo que expresa nítidamente al decir que se siente sin un “rol social” al haber dejado de trabajar.

En las historias de los hombres, el conflicto no es explícito en la mayoría. Salvo en un caso, ellos no hablan directamente de esta situación. A pesar que en sus narraciones puede reconocerse la presencia del conflicto que se deriva de la coexistencia de referentes de género, ellos no lo abordan directamente. Aún así, se deslizan elementos que permiten caracterizar este conflicto también en función del reconocimiento social. Cómo flexibilizar los roles, es decir cómo participar más activamente en la vida doméstica y cómo integrar más abiertamente la afectividad en las relaciones, sin arriesgar el lugar social de reconocimiento.

Probablemente, esta diferencia en la manera de expresar el conflicto tiene relación con la mayor presencia en los medios de comunicación de lo que se ha llamado la problemática de la mujer. Cualquiera sea el tipo de enfoque, desde esta cobertura es posible que se valide y dé vocabulario para su explicitación, especialmente si se piensa en el impacto del discurso feminista. Pero también puede pensarse que para los hombres aún suele ser menos fluido el ámbito de los conflictos personales, en tanto desde la masculinidad tradicional no se les ha socializado precisamente en el manejo de los afectos y de la expresión personal.

Las estrategias identitarias de género: la autonegociación de los conflictos

Tanto en hombres como mujeres, se pueden identificar modos particulares de reaccionar frente a dichos conflictos. Estos modos, tienen en común el encontrar alguna fórmula que les dé sentido y permita articular referentes de género diversos sin sentir que se exponen a la pérdida de ninguno de ellos. Estos modos son, por tanto, principalmente defensivos de una eventual amenaza que se percibe asociada a los cambios en la dimensión de género. Las maneras son diversas, pero se asemejan en que todas tienden al mecanismo de la disociación

entre roles y discursos o, bien, entre distintos roles, difíciles de articular entre sí. Se buscan los equilibrios, aunque éstos tengan un carácter contradictorio.

Lo más característico de estos modos de reaccionar frente a la conflictiva de género, es que tiende a ser solitaria. Es decir, cada uno se debate internamente, sin abrir un conflicto en lo relacional. Aun en aquéllos que responsabilizan a la pareja de sus frustraciones en este plano, su reacción sigue siendo privilegiadamente de autoprotección. Se protegen, sin tener mayor claridad frente a qué o a quién lo hacen. La amenaza percibida es vaga y difusa, pero no por ello, menos poderosa. Autonegociación hemos denominado a esta manera de enfrentar el conflicto.

La autonegociación constituye ciertamente aquí una paradoja. Frente al conflicto, se trata de evitar el conflicto, buscando maneras de adaptarse que permitan soslayar sus eventuales consecuencias. En otros términos, se convive privadamente con el conflicto que provoca la coexistencia de referentes de género, evitando abrir otros posibles conflictos en la esfera de lo relacional.

Considerando estas características, el concepto de estrategia identitaria, desarrollado por C. Camilleri (1991) en relación al estudio de la inmigración, se hace también válido en este contexto. Más que identificar cambios a nivel de la identidad de género propiamente tal, lo que hemos encontrado puede entenderse como estrategias identitarias de género. Estas últimas se caracterizan por su carácter principalmente defensivo, frente a un entorno que contiene fuertes contradicciones en relación a una problemática de dominación o desigualdad. La estrategia más bien tendría un rol protector de la identidad. Lo que parece estar en juego aquí es básicamente la dimensión del reconocimiento social, un polo importante en la configuración identitaria. Es decir, la defensa que se despliega tiene que ver con el temor a no ser legitimado en la integración de nuevas formas de significación del género.

De esta manera, la manera de lidiar con el conflicto que conlleva la incorporación de nuevos roles de género, corresponde a una suerte de arreglo interno que permita responder a diversas expectativas de género a la vez.

Entre las estrategias identitarias de género y la subjetividad de género

El sentimiento de temor que se desprende de cada historia recogida, y que se ha entendido aquí en el marco de las estrategias identitarias de género, cuestiona la aparente amplitud de posibilidades que hoy día ofrecería el escenario social para el desarrollo de la subjetividad, en términos de la libertad para dar significaciones y sentidos diversos a la propia existencia.

La diversidad de referentes culturales disponible, que va aparejada al declive de las instituciones homogeneizantes, haría pues pensar en un abanico mayor de posibilidades para el trabajo reflexivo y creativo del sujeto. Sin embargo, las historias que hemos analizado transmiten un sentimiento de miedo que expresa la limitación de dichas posibilidades. Los nuevos significados de género no son muy claros; sólo se sabe que hablan de flexibilización. Más pareciera saberse sobre los eventuales riesgos que comportan, aludiendo a un imaginario sobre la desaparición de las diferencias; la desprotección de lo afectivo en un supuesto nuevo escenario donde predominaría la competitividad y la “guerra entre los sexos”. Frente a esta incertidumbre, el refugio en los modelos tradicionales es claro. Entregan certezas que, aún insuficientes, no amenazan los espacios identitarios ya definidos para hombres y mujeres.

Mediante las estrategias identitarias de género puede, al mismo tiempo, incorporarse nuevos roles que dan la ilusión de un cambio. El problema parece que se circunscribe al ámbito personal, a las fórmulas que cada uno pueda desarrollar en este complejo escenario. Parece así que un problema del orden

social, se transforma en uno principalmente individual. Si antes se denunciaba la naturalización del género, hoy día habría que develar su “individualización”, mecanismo que vuelve a esconder las relaciones de desigualdad que parecen seguir siendo predominantes en nuestra sociedad.

Pero no sólo miedo hemos encontrado en estos relatos. También se nos ha transmitido un fuerte orgullo. Sentimiento potente que no podemos dejar de considerar a la hora de concluir el trabajo y que nos lleva a matizar los resultados.

Orgullo por todo el esfuerzo que implica, aunque no siempre lo expliciten de esta forma, la incorporación de nuevos roles de género. Por ser capaces, sin sentir ayuda alguna, de resolver esta magna tarea en forma solitaria y discreta. Efectivamente, se vive como un desafío muy personal. Responder a las exigencias de los nuevos tiempos. Más aún, a las dobles exigencias de estos tiempos. Cambiar sin cambiar; conciliar lo nuevo con lo viejo; adentrarse en áreas desconocidas sin descuidar lo conocido....Y, por sobretodo, mantener los equilibrios; no generando rupturas ni conflictos importantes. La tarea es, sin duda, ardua. Requiere, como hemos visto, complejos mecanismos adaptativos y defensivos. Pero el orgullo es señal que no se trata tan simplemente de adaptaciones defensivas poco significativas. La experiencia de desenvolverse en nuevos ámbitos -aunque sea en forma disociada- parece dar cuenta de una relación distinta con lo emergente del género. La experiencia de una paternidad más activa en los hombres y la inserción laboral permanente, en el caso de las mujeres, son experiencias tremendamente marcadoras. No se puede decir de ellas simplemente que son expresión de estrategias adaptativas. Son también una manifestación de una manera de apropiarse de este nuevo escenario social. Todavía su impacto no es definitorio de una menor determinación de las variables de género. Pero promete serlo.

La hipótesis sobre el desarrollo de estrategias identitarias de género queda así matizada. Si bien su predominio es claro en todos los casos analizados, no es

tan claro, por otra parte, que se contraponga tan radicalmente a la idea de cambio identitario.

De este modo, la comprensión de las estrategias identitarias de género como expresión de un bloqueo de la posibilidad de cambio, debe abrirse a la posibilidad de entenderse más bien como una expresión de transición en este ámbito. El cambio entendido no como una eliminación de la tensión entre lo individual y lo social, sino como la posibilidad real de los individuos de hacerse sujetos de esta tensión.

Valorizar esta dimensión de apropiación que también contienen las estrategias identitarias de género, fue un trabajo tardío en esta tesis. Tal vez aquí radica una de las debilidades más importantes del trabajo. Probablemente, esta relativa ceguera que me acompañó durante el tiempo de las entrevistas y del análisis de los relatos, constituyó un sesgo de la interpretación, en términos de instalarme desde una posición de alta exigencia en relación a cada una de las historias, que impidió estar receptiva a una mayor amplitud de sentidos transmitidos.

Pero el enfoque clínico que sostiene esta investigación permite, en alguna medida, compensar este probable sesgo mediante un dispositivo que incorpora y explicita la mirada y posición del investigador. Una lectura atenta del trabajo evidencia mi propia implicación, desde la cual mi exigencia a cada una de las historias, ha sido también parte del material recogido, de la forma en que ha sido analizado y de las conclusiones a que ha conducido. Ciertamente, la investigadora es sujeto, pero también objeto de su investigación.

En relación al aporte que este trabajo pueda constituir a la apertura de nuevas puertas de investigación, no puedo dejar de expresar mis expectativas en relación a disminuir la disociación que tenemos gran parte de los psicólogos clínicos chilenos cuando participamos en un trabajo de investigación. Drásticamente, la mirada clínica es sustituida por el paradigma positivista y el potencial enriquecimiento que puede dar la clínica a la comprensión de problemas de investigación se pierde en largos intentos de medir lo inmesurable.

Se pierde así lo fructífero que resulta el mirar los procesos sociales también desde los matices de la experiencia individual. Y particularmente desde la construcción identitaria, a través de la narración de la propia historia, donde aparece con fuerza el encuentro de lo individual y lo social

Los clínicos sabemos de composiciones propias y de sus dificultades. Esta no es una mirada que deba aislarse de la música de fondo, ya que desde cada nota puede aportarse a la comprensión de como funciona -o no- la orquesta de la cual es parte.

Asimismo, desde este estudio se abren expectativas de trabajo interdisciplinario. Por una parte, orientadas a la investigación sobre los referentes socio culturales de género y su expresión en los espacios mediáticos. Cómo se va produciendo la expresión concreta de la fragmentación que se postula.

De otra parte, la puerta del ámbito de la intimidad parece ser una fuente muy fructífera para adentrarse en las complejidades del sujeto. La sexualidad, en tanto práctica y discurso, sugiere ser un espacio desde el cual hay todavía mucho que escuchar respecto a la expresión de la variable de género.

VI. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barus-Michel, J. Enriquez, E. & Levy, A. 2002. *Vocabulaire de Psychosociologie*. pp. 258 - 265. Ramonville-Saint-Agne: Editions Érès.
- Badinter, E. 1986. *L'un est l'autre*. Paris: Odile Jacobs
- Badinter, E. 1992. *XY de l'identité masculine*. Paris: Odile Jacobs
- Barbier, J.M. 1996. "De l'usage de la notion d'identité en recherche, notamment dans le domaine de la formation". En Rev. *Education Permanente: Formation et dynamiques identitaires*. N° 128. Paris: Arcueil
- de Beauvoir, S. 1949. *Le deuxième sexe (I)*. Paris: Gallimard
- Benjamin, J. 1996. *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P. 1980. *Le sens pratique*, Paris: Ed. de Minuit
- Bourdieu, P. 1984. *Question de sociologie*, Paris: Ed. de Minuit,
- Bourdieu, P. 1990. "La domination masculine", en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, N°84. Paris
- Burín, M. 1987. *Estudios sobre la subjetividad femenina*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Burín, M. & Dio-Bleichmar, E. (comp.). 1996. *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Camilleri, C. 1990. *Stratégies Identitaires*. Paris: PUF, Collection Psychologie d'aujourd'hui.
- Camilleri, C. 1991. "La construction identitaire: essai d'une vision d'ensemble". *Les Cahiers Internationaux de Psychologie Sociale*, N° 9-10. Paris
- Coria, C. 1994. "Negociación y Género: Mujeres que ceden para no negociar". Ponencia para el Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupos. Buenos Aires
- Cruz, M. 1999. *Tiempo de Subjetividad*. Barcelona: Paidós

- Daneau,A-M. 1988, *Romans personnels, Traits d'histoire commune*, Mémoire de Licence, FOPA, UCL: Louvain-la-Neuve
- De Barbieri,T.,1992, "Sobre la categoría género", en *Fin de Siglo, Género y Cambio civilizatorio*, ISIS Internacional, N°17: Santiago
- Desmarais,D & Pilon,J.M.1994. *Pratiques des histoires de vie*. Paris: L'Harmattan
- Dio-Bleichmar,E. 1992. "Del sexo al género", *Rev. Psiquiatría Pública*, Vol.4, Madrid
- Dubet, F. 2002. *Le Déclin de l'institution*. Paris: Seuil
- Encyclopédie Philosophique Universelle. 1990. Les Notions Philosophiques. Sylain Auroux (dir.). Tomo II. Paris: Presses Universitaires de France.
- Erkson,E.H. 1965. "Inner and outer space: Reflections on womanhood". En: Lifton, R.J. (ed.) *The woman in America*. N.York: Houghton Mifflin
- Erikson,E.H.1966. *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Hormé
- Erikson,E.H.1971. *Identidad, Juventud y Crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Ferrarotti, F. 1983. *Histoire et Histoires de vie*. Paris: Méridiens.
- de Gaulejac, V. 1987. *La névrose de classe*. Paris: Hommes et Groupes Eds.
- de Gaulejac,V. & Aubert,N. 1990, *Femmes au singulier*, Paris: Ed.Klincksieck.
- de Gaulejac,V. & Taboada-Leonetti, I. 1994. *La lutte des places*. Paris: Hommes et Perspectives.
- de Gaulejac,V.1996. *Les sources de la honte*. Paris: Desclée de Brouwer.
- Gissi,J. 1982, *Identidad, Carácter social y Cultura latinoamericana*, Santiago: Universidad Católica de Chile.
- Gomariz,E. 1992, "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: Periodización y perspectivas", en *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, ISIS Internacional, N°17, Santiago.
- Güell,P.1996. "Historia cultural del programa de identidad". En: *Persona y Sociedad. Identidad, Modernidad y Postmodernidad en América Latina*. Volumen X, N°1, p.25. ILADES. Santiago
- Héritier, F. 2002. *Masculin/Féminin II. Disoudre la hiérarchie*. Paris: Odile Jacobs

- Hola,E. & Todaro,R. 1992, *Los mecanismos del poder, hombres y mujeres de la empresa moderna*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer.
- Hola,E. & Pishedda G., 1993, *Mujeres, Poder y Política*,_Santiago:_Edic.CEM.
- Kaufmann,J-C. 2004. *L'invention de soi. Une théorie de l'identité*. Paris: Armand Colin
- Kellerhals,J. 1982. *Mariages au quotidien*. Lausanne: Ed. Favre
- Lamarche,H.1980, *Paysans,Femmes et Citoyens*. Paris: Ed. Actes Sud.
- Lamas,M. & Saal,F. 1991, *La bella (In)Diferencia*, México: Ed. Siglo XXI,
- Lacqueur,T. 1992. *La fabrique du sexe*. Paris: Gallimard
- Legrand,M.,1993, *L'approche biographique*, Paris: Hommes et Perspectives
- Legrand,M. 1996. "Questions adressées à François Dubet à partir d'une lecture de la "Sociologie de l'expérience". Louvain-la-Neuve: Faculté de Psychologie et des Sciences de l'Education, Université Catholique de Louvain
- Legrand,M. 1997. «*Le sujet alcoolique*». Paris: Desclée de Brouwer
- Legrand,M. & Rigaux,N. 1998. "La subjectivité dans «Sociologie de l'expérience» de François Dubet. *Les Cahiers du Laboratoire de changement social*, Université Paris VII, N°3, pp.57-66
- Lejeune, P & Leroy, C. (dirección) 1995, *Le tournant d'une vie*. Paris: Université de Paris X.
- Leomant, C. (direction), 1992. «L'histoire de vie au risque de la recherche, de la formation et de la thérapie». *Etudes et Séminaires*. N°8. Centre de Recherche Interdisciplinaire de Vauresson.
- Lewis,O. 1963. *Les enfants de Sanchez*, Paris: Gallimard.
- Matrajt, M. 1994, "La mujer que hablaba con las flores", en *La jornada semanal*, Ciudad de México.
- Mead,M. 1975. *L'Un est l'Autre Sexe*. Paris: Ed. Denoël-Gonthier
- Meler,I. & D.Tájer. 2000 *Psicoanálisis y Género. Debates en Foro*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

- Meler, I. 2004, "Familias contemporáneas", en *Actualidad Psicológica*. Año III, N°21, Santiago
- Money, J.1982, *Desarrollo de la sexualidad humana*. Madrid: Morata
- Montecino, S. & Obach, A. 1999. *Género y Epistemología. Mujeres y Disciplinas*. Santiago: PIEG, Universidad de Chile, LOM, UNICEF
- Mucchielli, A.1991. *Les méthodes qualitatives*, Paris: P.U.F.
- Organización Mundial de la Salud. 1993. "Sexual Negotiation, the empowerment of women and the female condom". Ginebra: Programa del SIDA, OMS
- Peña-Marín, C. 1982. "La femineidad, máscara e identidad". Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Pineau, G. & Marie-Michèle. 1983. *Produire sa vie, autoformation et autobiographie*. Montréal: Ed. Saint Martin
- Pineau, G. & Jobert, G. (eds.) 1989. *Histoires de vie (II)*. Paris: L'Harmattan.
- Pineau, G. & Le Grand J-L. (1993), *Les histoires de vie*, Paris: Presses Universitaires de France.
- Rocheblave-Spenlé, 1964, *Les rôles masculins et féminins*, Paris: PUF.
- Roussel, L. 1989, *La famille incertaine*, Paris: Odile Jacob.
- Rubin, G. 1986, "El tráfico de mujeres", *Nueva Antropología*, N°30, México
- Sharim, D. & Silva, U. 1992. *Identidad femenina y modernidad*. Documento de Trabajo. Santiago: SUR Profesionales
- de Singly, F. 1987, *Fortune et infortune de la femme mariée*, Paris: PUF.
- Shorter, E. 1977. *Naissance de la famille moderne*. Paris: Points-Seuil
- Stoller, R., 1978, *Recherches sur l'identité sexuelle*, Paris: Gallimard
- Sturdivant, S. 1983, *Les Femmes et la psychotérapie*, Bruxelles: Pierre Mardaga, Éditeur.
- Sullerot, E.1978. *Le Fait Féminin*, Paris: Fayard
- Tap, P. 1980. "Production et affirmation de l'identité". *Actes du colloque de Toulouse*: Privat:

Touraine, A 1974. *Pour la sociologie*, Paris: Seuil

Touraine,A. 1994. *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica

Valdés,T. & Gomariz,E.(coord.) 1993, *Mujeres Latinoamericanas en cifras*.
Santiago de Chile: Ministerio de Asuntos Sociales de España y Facultad
Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Valdés,T. & Olavaria,J. (eds.) 1998 *Masculinidades y equidad de género en
América Latina*. Santiago: FLACSO/UNFPA

de Villers, G. 1999. "Le sujet divisé et le désir de formation". Louvain-la-Neuve:
Document UCL:

Viveros,M. 2002. *De quebradores y cumplidores*. Bogotá: Universidad Nacional de
Colombia.

VII. ANEXOS